



William
March

La mala
semilla

Lectulandia

Rhoda Penmark es una niña modelo, estudiosa, educada, pulcra, aunque sus propios compañeros y aun algunos adultos perciban en ella algo turbio. Su madre, Christine, también advierte en ella ciertas cosas extrañas, comportamientos inquietantes, una frialdad, un egoísmo, una falta de empatía. Con su marido ausente por negocios, poco a poco entra en la terrible sospecha de que su hija puede tener algo que ver con algunos episodios terribles que han pasado por accidentales. En su soledad casi claustrofóbica, va progresando en su dolorosa y terrible averiguación, hasta que no puede seguir ocultándose que quizá sea la responsable directa de haber transmitido una mala semilla.

William March

La mala semilla

ePub r1.0

Titivillus 25.01.2024

Título original: *The Bad Seed*
William March, 1954
Traducción: Rubén Martín Giráldez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Uno

Cuando, algo más avanzado el verano, la señora Penmark echaba la vista atrás y se ponía a recordar, cada vez que se encontraba tan profundamente sumida en la desesperación que comprendía que no había escapatoria ni solución posible a las circunstancias que la atenazaban, le parecía que el 7 de junio, el día del pícnic del colegio Fern de primaria, había sido su último momento de felicidad, pues desde entonces no había vuelto a disfrutar de un instante de paz ni sosiego.

El pícnic era un acontecimiento de tradición anual que se celebraba en la playa, entre las encinas de Benedict, la antigua finca de veraneo de los Fern en Pelican Bay. Aquí era donde habían nacido las intachables hermanas Fern y donde vivieron una serie de lánguidos veranos sin pena ni gloria. Se habían negado a vender el lugar y lo conservaron fielmente como una prueba de amor incluso cuando la necesidad las obligó a convertir su residencia en un colegio para los hijos de sus amigos. El pícnic se celebraba siempre el primer sábado de junio, ya que la mayor de las tres hermanas, la señorita Octavia, estaba convencida de que, el primer sábado del mes de junio era una fecha indiscutiblemente adecuada, pese a la de veces que ese día en concreto terminaban llevando a cabo la celebración en el interior por culpa de las lluvias.

—Cuando era tan pequeña como muchos de los que estáis aquí hoy —decía cada año a sus alumnos—, siempre organizábamos un pícnic en Benedict el primer sábado de junio. Venían todos nuestros familiares y amigos (a algunos de los cuales llevábamos meses sin ver). Lo cierto es que era la típica reunión repleta de risas, sorpresas y alegría general. Disfrutábamos todos de un día hermoso y feliz. Por entonces no había desavenencias; las clases refinadas no se andaban con disputas, ni una palabra malsonante entre damas y caballeros. Mis hermanas y yo recordamos aquellos días con cariño y gran nostalgia.

En ese momento la señorita Burgess Fern, la mediana, el elemento racional que se encargaba de todo lo relativo al funcionamiento del colegio, apostillaba:

—Las cosas eran, con diferencia, mucho más fáciles en aquella época; con la casa llena de sirvientes y todo el mundo dispuesto y ansioso por ayudar. Madre y algunos de los criados bajaban a Benedict unos días antes del pícnic, a veces ya a primeros de junio, cuando se inauguraba oficialmente la temporada, aunque los residentes de la playa no la consideraban verdaderamente iniciada hasta el día de nuestro pícnic.

—Benedict es un lugar tan hermoso —dijo la señorita Claudia Fern—. El Little Lost River delimita nuestra propiedad por la parte del Golfo y discurre hasta la bahía. —Claudia Fern impartía la asignatura de arte en la escuela, así que añadió de manera automática—: El paisaje de esa zona nos recuerda tanto a aquellas encantadoras escenas de Bombois... —Entonces, con la sensación de que algunos de sus alumnos tal vez no sabían quién era Bombois, prosiguió—: Para los más pequeños: Bombois es un primitivista francés moderno. ¡Ah, su falta de pretensiones artísticas es tan *ingeniosa*! ¡Su composición y su uso del verde son tan acertados! Más adelante aprenderemos más cosas sobre Bombois.

Era en la casa familiar de los Fern, el propio colegio, donde los participantes del pícnic darían comienzo a aquel largo día de fiesta, y se les había pedido a los padres de cada alumno que se presentaran con sus respectivos hijos en el jardín antes de las ocho en punto, que era cuando los autobuses alquilados tenían prevista la salida. Esa es la razón por la que Christine Penmark, a quien no le gustaba llegar tarde ni hacer esperar a nadie, programó su reloj para las seis, con la esperanza de que le diese tiempo a realizar sus tareas matutinas y tener en cuenta esos apremiantes detalles de última hora que con tanta facilidad se pasan por alto.

Se había grabado la hora en la cabeza, diciéndose mientras se quedaba dormida: «Te despertarás a las seis en punto exactamente, aunque la alarma no suene», pero la alarma se disparó como debía y, bostezando un poco, Christine Penmark se incorporó en la cama. Iba a ser, lo percibió enseguida, un día hermoso: el día que la señorita Octavia se prometía. Se echó hacia atrás la rubia melena, casi del color del lino, y se dirigió de inmediato hacia el cuarto de baño, donde se contempló atentamente durante un prolongado instante con el cepillo de dientes en la mano, como si no tuviese demasiado claro qué hacer con él. Sus ojos eran grises, serenos, y generosamente separados; tenía la piel bronceada y tersa. Replegó los labios en una primera tentativa, la sonrisa provisional de la jornada; y así, frente al espejo, escuchó con expresión ausente los ruidos al otro lado de la ventana: un coche que arrancaba a lo lejos, el trinar de los gorriones en las hileras de encinas que

dibujaban la calle sumida en la quietud, una voz infantil que se elevaba de repente y se apagaba acto seguido. Entonces, tras despejarse con rapidez, recuperó su habitual energía, se bañó, se vistió y fue a la cocina para preparar el desayuno.

Después entró en el cuarto de su hija para despertarla. La habitación estaba vacía y tan ordenada que daba la impresión de que no la usaban desde hacía mucho tiempo. La cama hecha con pulcritud, el tocador aparecía immaculado, con cada objeto en su lugar, colocado en su posición habitual. En una mesa próxima a la ventana había uno de los puzzles a medio terminar con los que la niña se entretenía. La señora Penmark sonrió para sus adentros y se dirigió al cuarto de baño de su hija. Lo encontró tan arreglado como el dormitorio, con la toalla cuidadosamente tendida para que se secase; y, al contemplarlo, se rio por lo bajo mientras pensaba: «No me merezco una hija tan diligente. Yo a su edad, dudo mucho de que fuese capaz de hacer nada por mi cuenta». Se adentró en el amplio y enrevesado pasillo de parquet pasado de moda, en maderas de distinto color, y la llamó alegremente:

—¡Rhoda! ¡Rhoda!... ¿Dónde estás, querida? ¿Ya levantada y vestida a estas horas?

La niña respondió con su voz pausada y cauta, como si las palabras que pronunciase fuesen un comprometedor objeto de debate.

—Estoy aquí. Aquí, en el salón.

Los adjetivos que con más frecuencia utilizaba otra gente cuando se refería a su hija eran «singular», «modesta» o «clásica»; y la señora Penmark, parada en el umbral, sonrió aprobadora y se preguntó de quién habría heredado aquella calma, aquella pulcritud y aquella serena autosuficiencia. Entró en la sala diciendo:

—¿De verdad has sido capaz de peinarte y hacerte las trenzas sin mi ayuda?

La niña dio media vuelta para que la madre pudiera inspeccionar su pelo liso, delicado y de un color castaño oscuro mate: su cabello estaba entretejido con premura en dos delgadas trenzas cuyos extremos se replegaban formando dos finos nudos de horca ceñidos respectivamente por un par de lacitos. La señora Penmark examinó los lazos, pero al comprobar que estaban atados con firmeza y bien asegurados, rozó con los labios los mechones castaños de la frente de la niña y le comunicó:

—El desayuno estará listo en un momento. Creo que lo mejor será que desayunes bien hoy, porque no hay nada más incierto en un pícnic que la llegada de la comida.

Rhoda se sentó a la mesa con una expresión fija de solemnidad en el rostro; luego sonrió debido a algún pensamiento secreto y al instante se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda. Dejó caer la mandíbula y la alzó con aire meditabundo; sonrió de nuevo, pero muy levemente: una sonrisa enigmática y dubitativa que esta vez la obligó a separar los labios y mostrar el pequeño espacio natural entre los incisivos.

—Adoro ese huequecito que tiene mi querida Rhoda entre los dientes —había dicho justo el día anterior la señora Monica Breedlove, que vivía en el piso de arriba—. Desde luego, es una chiquilla realmente *clásica*, con sus mechones, sus coletas y ese hoyuelo. Me recuerda a los niños de la época en que mi abuela era joven. De hecho, en su casa había una reproducción en color que no olvidaré jamás; se trataba de una niña patinando: ah, una chiquilla radiante a más no poder y desbordante de seguridad, con la melena al viento, medias a rayas, botas acordonadas y un gorro de piel que hacía juego con un manguito del mismo material. Sonreía mientras patinaba, y tenía también un gracioso hueco entre los dientes. Cuanto más pienso en ella, más me recuerda a Rhoda.

Se había callado de repente, al preguntarse si su afecto por la pequeña Penmark no habría sido condicionado por su reacción, tantos años atrás, ante aquel cuadro de su abuela, porque la señora Breedlove negaba la existencia de las asociaciones arbitrarias; todo lo que decimos, sostenía, sin importar lo fortuito que sea, está relacionado, ligado y forma parte de una secuencia lógica y lo bastante comprensible para quien sea capaz de descubrir sus claves o entrever su propósito. Llegó a la conclusión de que en su admiración por el dibujo de la patinadora se hallaba la génesis de su admiración por la niña. ¡No cabía duda!... ¡Ninguna duda!... Entonces se acordó de que su hermano Emory, con quien vivía, le profesaba tanto afecto como ella misma. Ahora bien: el cariño de Emory, desde luego, no era el resultado asociativo final de una vieja litografía, dado que tenía nueve años menos que ella y no había razones para suponer siquiera que hubiese visto jamás la imagen de la patinadora. De hecho, su abuela murió y sus pertenencias se disgregaron dos años antes de que él naciese... Así que era improbable que... En otras palabras: no había razones para suponer... Se detuvo, preguntándose si su sistema de conocimiento asociativo era tan eficaz como creía; la inquietud hizo que le apareciesen unas arrugas en las sienes.

Eso había dicho y eso había estado rumiando la mañana del día anterior mientras regresaba a casa tranquilamente con la señora Penmark y su hija después de la ceremonia de final de curso del colegio Fern. Habían tenido

lugar las acostumbradas recitaciones con los acostumbrados lapsus de memoria y el proverbial derramamiento de lágrimas; la torpe aplicación de los pañuelos paternos; las tradicionales caricias y palabras de consuelo. La señorita Burgess Fern (la hermana mediana) había pronunciado su previsible discurso sobre el honor y la necesidad del juego limpio; asistieron también al solo de arpa de la misma profesora, que en sus tiempos había estudiado en Roma.

Cuando estos preliminares tocaron a su fin y el coro de niños terminó de cantar el himno de la escuela, se otorgaron los premios a las distintas virtudes exhibidas. Como colofón se entregó el más importante, en opinión de todos los alumnos: la medalla de oro que se concedía anualmente al chico que hubiera mostrado a lo largo del curso un mayor progreso en caligrafía. («El sello distintivo de una dama o de un caballero es la calidad de su caligrafía — como tan a menudo afirmaba la señorita Octavia Fern—. En la claridad, elegancia y refinamiento de nuestra caligrafía se pone de manifiesto el verdadero carácter y educación de un individuo, a falta de pruebas más concluyentes»).

Rhoda codiciaba la medalla a la caligrafía desde el principio, y desde el principio estaba convencida de que la ganaría. Había practicado con constancia, la punta de la lengua asomando entre los dientes, la pluma aferrada en la mano con determinación; pero, cosas de la vida, la medalla fue a parar no a sus manos, sino a las de un chico apocado y escuálido llamado Claude Daigle, que estaba en su clase y era de su misma edad.

Una vez la ceremonia tocó a su fin y los alumnos y los padres deambulaban bajo las encinas del patio de las Fern, la señorita Claudia se acercó, le puso una mano en el hombro a Rhoda y le dijo:

—No debes sentirte mal por no haber ganado la medalla, aunque sé lo importante que son esta clase de cosas a tu edad. Este año la competición estaba muy reñida. —Luego, volviéndose hacia la señora Breedlove, añadió —: Rhoda se ha esforzado muchísimo; se ha entregado con extremada diligencia a mejorar su caligrafía. Todos sabemos cuánto deseaba obtener esa medalla, y yo por lo menos estaba segura de que la ganaría. Pero nuestros jueces, que son absolutamente imparciales, que ni siquiera conocen la identidad de los niños cuyo trabajo inspeccionan, han decidido que el chico de los Daigle, si bien no escribe con el impecable pulso de Rhoda, es quien más ha progresado a lo largo de este curso, y a fin de cuentas es la mejora lo que premiamos con la medalla.

Al recordar los sucesos del día anterior, a sabiendas de lo decepcionada que la niña se sentía, el motivo de su actual silencio, Christine dijo con jovialidad:

—¡Hoy te toca pasártelo en grande! Cuando tengas mi edad y tal vez una hija que vaya a los pícnicos del colegio, echarás la vista atrás y recordarás este día con agrado.

Rhoda sorbió el zumo de naranja mientras le daba vueltas en la cabeza a las palabras de su madre; luego, con una voz carente de emoción, como si repitiese algo que ni le iba ni le venía, contestó:

—No entiendo por qué le dieron la medalla a Claude Daigle. Era mía. Todo el mundo sabe que era para mí.

Christine tocó con un dedo la mejilla de la niña.

—Este tipo de cosas suceden todo el tiempo; y cuando así es, las aceptamos y punto. Yo que tú me olvidaría del asunto.

Atrajo hacia sí la cabeza de la muchacha y Rhoda se sometió a la caricia con esa paciencia tolerante pero esquiva de la mascota que nunca llega a ser domesticada; a continuación, atusándose los mechones que le caían sobre la frente, se apartó de la madre con inquietud. Pero, al pensar quizás que estaba siendo desconsiderada o grosera, esbozó una rápida sonrisa apaciguadora, la lengua rosa y puntiaguda picoteando dentro del vaso.

Christine se rio por lo bajo y le comentó:

—Ya sé que no te gusta que te hagan arrumacos. Perdona.

—Era mía —dijo Rhoda, testaruda—. La medalla era mía. —Sus ojos redondos, de un castaño claro, se entornaron, inflexibles—. Era mía —repitió—. La medalla era mía.

Christine suspiró y se dirigió al salón; se arrodilló en la banqueta junto a la ventana y descorrió las pesadas y antiguas persianas de manera que los rayos de sol matutinos inundaran la habitación. Eran casi las siete en punto y la calle se iba desperezando a toda prisa. El viejo Middleton salió al porche de su casa, bostezó, se rascó la barriga y, encorvándose con cuidado, recogió el periódico de la mañana; los cocineros de los Truby y de los Kunkel, aproximándose desde direcciones opuestas, se hicieron un gesto con la cabeza, alzaron una mano a modo de saludo y desaparecieron casi al mismo instante a la vuelta de la esquina de sus respectivas casas; una muchacha jovencita de piernas tan deformes y casi tan delgadas como el dibujo infantil de una chica se apretó la bufanda alrededor del cuello y corrió hacia su autobús a paso constante y torpe, los tobillos un poco hacia afuera como los de una patinadora inexperta...

La señora Penmark, tras contemplar estos detalles familiares, se dio la vuelta y comenzó a ordenar el salón. Cuando el trabajo de su marido los llevó a aquel sitio su deseo era hacerse con una casa en propiedad, ya que llevaban viviendo de alquiler desde que se casaron; pero, al no encontrar de momento lo que querían, habían terminado alquilando un nuevo apartamento, con la vaga intención de mejorar más adelante.

El apartamento en cuestión constaba de tres plantas de solemne elegancia victoriana. Era de ladrillo rojo y sus torrecillas, miradores, agujas y volutas ornamentales se equilibraban y armonizaban entre ellas en una especie de locura arquitectónica espectacular. Se asentaba en una pequeña loma natural, bastante retirada de la calle, y aparecía poblada de setos y rodeada por un césped bien cuidado. Cuando se proyectó la construcción compraron el terreno de la parte trasera como zona de juegos para los niños que algún día podrían vivir en la finca, y lo habían convertido en una especie de parque privado cercado por un alto muro de ladrillos. El parque, no tanto como el apartamento, grande y poco práctico, era lo que había atraído a los Penmark.

En ese momento sonó el timbre y Christine fue a abrir la puerta. Era la señora Monica Breedlove, del piso de arriba, que anunció vivaracha:

—Quería asegurarme de que no se había quedado dormida en un día tan importante como hoy. Se suponía que mi hermano Emory nos iba a acompañar, pero todavía está roncando. No hay nada en el mundo que lo haga levantarse antes de las ocho en punto, aunque se ha espabilado lo justo para decirme que su coche está aparcado enfrente del edificio y sugerirme que lo utilicemos. Así que les llevaré a usted y a Rhoda hasta el colegio Fern, si no tiene inconveniente. En cualquier caso, así se ahorra la molestia de sacar su coche del garaje. —Luego se volvió hacia la niña y, meneando ligeramente la cabeza, añadió—: Tengo dos regalos para ti, querida. El primero es de Emory. Unas gafas de cristal tintado con adornos de diamantes de imitación que me encarga que te diga que son para proteger del sol esos preciosos ojos castaños.

La niña se acercó presurosa a la señora Breedlove con esa expresión en el rostro que Christine había dado en llamar para sus adentros «el aire codicioso de Rhoda». Se quedó quieta obedientemente mientras la señora Breedlove le colocaba las gafas, acto seguido giró sobre sus talones y se examinó en el espejo. Monica se echó hacia atrás, juntó las manos y profirió con voz extasiada:

—Pero bueno, ¿quién es esta glamurosa actriz de Hollywood? ¿Es de verdad la pequeña Rhoda Penmark, la que vive con sus encantadores padres en el primer piso de mi edificio? ¿Es posible que esta criatura adorable y

sofisticada sea la pequeña Rhoda Penmark a quien todos quieren y admiran tanto?

Hizo una pausa de efecto y enseguida, en un tono más grave, continuó:

—Y ahora, como segundo premio, que entregaré yo misma... —Sacó de su bolso un corazón de oro al que iba engarzada una cadenita de fino acabado. La señora Breedlove explicó que le regalaron aquel medallón cuando también ella tenía ocho años y durante todo este tiempo había estado en su joyero aguardando precisamente esta ocasión. En su día fue un regalo de cumpleaños, así que por un lado del corazón aparecía engastado un granate, su piedra natalicia, pues había nacido en enero. Tenía la intención de llevar el medallón al joyero en cuanto tuviese oportunidad para que sacase el granate y lo reemplazase por una turquesa, que era la piedra natalicia de Rhoda. También tenía pensado que limpiase el colgante y arreglase la cadena; el cierre no encajaba bien, cosa nada extraña habida cuenta de que lo conservaba desde hacía más de cincuenta años.

—¿Puedo quedarme con las dos piedras? —preguntó Rhoda—. ¿Puedo quedarme también con el granate?

Christine sonrió, sacudió la cabeza con desaprobación y dijo:

—¡Rhoda! ¡Rhoda! ¿Cómo se te ocurre pedir eso?

Pero a la señora Breedlove se le escaparon una serie de risitas irreprimibles.

—¡Pues claro que puedes! ¡Vamos, faltaría más, cariño mío! —Se sentó y prosiguió—. Qué maravilla, conocer a una muchacha tan natural. Mira: cuando mi tío Thomas Lightfoot me regaló este mismo medallón me limité a quedarme muda en medio del salón retorciéndome el vestido a cuadros, hecha un manojo de nervios, ofuscada.

La niña se le acercó, le echó los brazos al cuello y la besó como si le fuese la vida en ello. Rio por lo bajo y restregó su mejilla contra la de la extasiada mujer.

—Tía Monica. ¡Ay, tía Monica! —dijo con una voz dulce y tímida, pronunciando el nombre con lentitud, como si su mente no se decidiese a dejarlo escapar.

Christine dio media vuelta y se fue al comedor. Pensó, entre divertida y preocupada: «Qué teatrera es Rhoda. Tiene clarísimo cómo manejar a la gente a su antojo».

Cuando regresó al salón la señora Breedlove inspeccionaba el vestido de la niña.

—Da la impresión de que vayas a una elegante velada a tomar el té en lugar de a un pícnic en la playa —comentaba alegremente—. Ya sé que no estoy al día, pero yo tenía entendido que las niñas llevaban petos y ropa de batalla a los pícnicos. Y sin embargo tú, cariño mío, pareces una princesita con ese vestido rojo y blanco a topos. Porque, dime, ¿no tienes miedo de ensuciártelo? ¿No te da miedo caerte y rasparte esos zapatos nuevos?

—No se manchará el vestido ni se rasparán los zapatos —contestó Christine. Se detuvo un instante, como si discutiese consigo misma, y luego añadió—: Rhoda no se ensucia jamás, aunque no sé cómo lo consigue. —Entonces, al percibir la mirada interrogante de la señora Breedlove, comentó —: Me gustaría que se vistiese igual que las otras niñas, pero lo tiene tan claro que..., bueno, si quiere llevar uno de sus mejores vestidos la verdad es que tampoco veo el problema.

—No me gustan los petos —dijo Rhoda en un tono vacilante y terco—. No son...

Se calló, como si no se decidiese a terminar la frase, y la señora Breedlove se rio con regocijo y completó:

—Quieres decir que no son propios de una dama, ¿verdad, cariño? —Abrazó de nuevo a la niña, paciente, y siguió con entusiasmo—: ¡Ay, mi damita clasicona, mi damita fuera de serie!

Al poco, cuando todo estuvo dispuesto para la partida, Rhoda fue a su dormitorio a guardar el colgante a buen recaudo y, al pisar fuera de la alfombra, sus zapatos emitieron un ruido seco en *staccato* contra el suelo de madera.

—Suenan como el señor Fred Astaire bailando claqué escaleras arriba y abajo. ¿Qué llevas en los zapatos? ¿Es alguna moda de última hora que me he perdido?

Rhoda volvió sobre sus pasos, posó una mano sobre el hombro de la señora Breedlove y se mantuvo de pie obedientemente mientras ella le levantaba un pie y luego el otro para examinar sus zapatos. Pesaban más de lo normal, estaban pensados para los juegos infantiles y provistos de unos tacones de sólido cuero reforzados con unas láminas metálicas en forma de medias lunas. La niña comentó, a modo de explicación:

—Suelo cargar el peso sobre los tacones cuando camino, así que madre ha hecho que les coloquen estas piezas de acero para que duren más. ¿Es una idea genial o no?

—Se le ocurrió a Rhoda, no a mí —intervino Christine—. Me temo que no me corresponde ningún mérito en ello, usted ya sabe lo poco imaginativa y

práctica que soy por lo general; jamás se me hubiese ocurrido. La idea fue únicamente de Rhoda.

—Yo creo que quedan bonitas —dijo Rhoda con solemnidad—. Y así ahorramos dinero.

—Ay, mi niñita tacaña. Ay, mi amita de casa ahorradora —dijo Monica arrobada. La abrazó con efusividad y añadió—: ¿Qué vamos a hacer con ella, Christine? Dime, ¿qué vamos a hacer con esta criaturita admirable?

Al rato salieron del edificio de apartamentos y se detuvieron en los escalones de mármol que conducían al portal, porque Leroy Jessup, el conserje, estaba regando el camino que iba de la casa a la calle. El hombre trabajaba con un empeño pesaroso, como si clamase al cielo para que le sirviese de testigo ante la injusticia que había caído sobre él y cuyo resentimiento impregnaba sus labores más insignificantes; mientras se afanaba, los labios y las manos se le movían al unísono dándole forma a sus impertinentes pensamientos, ya que rememoraba sin cesar las iniquidades que le había tocado sufrir (iniquidades que debía soportar en silencio, dado que formaba parte de los desfavorecidos de este mundo, la patética víctima de un sistema opresivo, como cualquiera que tuviese dos dedos de frente admitiría y ha admitido desde siempre).

Era consciente de que las dos mujeres y la niña se habían detenido en la escalera pero fingió que no las había visto y no retiró la manguera del pavimento encharcado para franquearles el paso; en lugar de eso, se volvió y, mirando para otro lado, dirigió el chorro de agua hacia las baldosas de manera que las mujeres se vieran obligadas a entrar de nuevo en el porche. Se tapó la boca con la mano para que no se notase cuánto le divertía su consternación.

La señora Breedlove dijo pacientemente:

—Leroy, ¿nos harías el favor de apartar la manguera? Vamos a coger el coche de mi hermano. Ya llegamos tarde.

Él fingió que no la oía; quería prolongar la situación hasta el límite, pero Monica, perdiendo la paciencia, le gritó:

—¡Leroy! ¿Es que has perdido la poca cabeza que tenías?

Él se la quedó mirando con insolencia, como dudando cuál debía ser su próximo movimiento; luego, a regañadientes, desvió la manguera para que el agua cayese sobre el césped.

—Tengo mucho que hacer —murmuró—. Pero supongo que usted no tiene ni idea, ¿verdad? No tengo tiempo para ir de paseo en autobús o de pícnic. Me queda mucho trabajo por delante.

Se quedó quieto, con una mano en la cintura, pensando en lo injustamente que lo trataban los demás. Él no vivía en un gran edificio de apartamentos ni disponía de criados a sus órdenes; ni tenía un bonito coche con el que pasear por ahí; para pasear no tenía más que un viejo trasto destartado que no servía ni para el desguace. Tampoco tenía ropa elegante que ponerse, y de pequeño no fue a carísimos colegios privados donde andaban siempre celebrando pícnicos y jueguecitos para los inútiles de sus alumnos. ¡No, señor! ¡Él iba al colegio a pie! Y sin importar el mal tiempo que hiciese; y la mayoría de veces descalzo. Pero al menos era mucho más listo que la mayoría de aquellos zopencos que disfrutaban de todas las ventajas del mundo; él era capaz de dejar por imbéciles a aquellos zopencos cuando le diese la gana...

Sentía una pena infinita de sí mismo. ¡No, señor! No tenía nada ahora y nada tenía cuando era un chico de la edad de Rhoda más o menos. El mundo se había confabulado para arrebatarse lo que le pertenecía por derecho, pensaba. Contempló a las mujeres y a la niña emprender la marcha sobre las baldosas chorreantes, pero cuando alcanzaron la acera se giró de golpe levantando la manguera y el agua salpicó los pies de aquella gente a la que despreciaba tantísimo.

La señora Breedlove dejó caer la mano, que ya estaba tocando la portezuela del coche, con súbita brusquedad. Cerró los ojos mientras su rostro y su cuello iban adquiriendo un tono rosa coralino oscuro y contó con calma hasta diez; luego, con su voz refinada, pasó a diagnosticar la afección mental de Leroy al detalle: antes pensaba que se trataba de un individuo emocionalmente inmaduro, obsesionado, acuciado por rachas de furia irracional y, en cierto modo, próximo a la psicopatía congénita; pero ahora, tras el despliegue que acababa de presenciar, se preguntaba si su diagnóstico no habría sido demasiado benévolo; ahora estaba convencida de que se trataba de un esquizofrénico con rasgos muy definidos de paranoia. Y otra cosa: ya estaba harta de sus groserías y asperezas..., una sensación que el resto de inquilinos del edificio compartía sin reservas. Tal vez él no era consciente, pero si seguía teniendo un empleo era gracias a su mediación: los otros inquilinos, incluyendo a su hermano Emory, un hombre al que costaba tomarse a la ligera, se habían mostrado a favor de pedir que lo despidiesen, pero ella había intercedido por él, no porque disculpase su comportamiento, sino porque consideraba que era un perturbado no del todo responsable de algunos de sus actos irracionales.

Christine tocó la manga de la señora Breedlove en un suave gesto apaciguador.

—No nos ha mojado a propósito. Ha sido un accidente, estoy segura.

—Lo ha hecho a propósito —dijo Rhoda—. Conozco bien a Leroy.

La señora Breedlove sacudió los hombros con indignación.

—¡No ha sido un accidente, querida Christine! Se lo aseguro, no ha sido un accidente. —Pero su enfado ya se estaba aplacando, de modo que, extendiendo las manos con ademán tolerante, añadió—: Lo ha hecho adrede: el acto rencoroso de un crío neurótico.

—Lo ha hecho a propósito —repitió Rhoda. Su voz era fría y reflexiva; contempló fijamente a Leroy con aquellos redondos ojos calculadores suyos como si fuese capaz de ver el interior de la temblorosa mente del hombre. Luego, dirigiéndose a él, continuó—: Se te ha ocurrido cuando estábamos en la escalera. Te estaba observando cuando has decidido que ibas a mojarnos.

Entonces Leroy, dándose cuenta de que esta vez había ido demasiado lejos, que su desprecio y sus fantasías de injusticia lo habían traicionado provocando en él una reacción que su inteligencia no justificaba del todo, se volvió extremadamente humilde y empezó a deshacerse en disculpas. Cayó de rodillas en la acera húmeda, se agachó, sacó su pañuelo y, como muestra de humildad y sumisión, frotó los zapatos de la señora Breedlove y sus acompañantes.

La señora Penmark dio un paso atrás inmediatamente, como azorada, y dijo:

—¡Ay, por favor! ¡Ay, no... por favor!

Monica abrió la puerta del coche. Su cólera se había disipado del todo y, avergonzada ya de su estallido, suspiró arrepentida y concluyó:

—¡Vamos, está bien! ¡Está bien! Pero mi paciencia tiene un límite y eso también has de tenerlo en cuenta.

Leroy arrugó el pañuelo que había usado y lo tiró al suelo. Se puso en pie, recuperando una sensación de poder, la convicción de que podía manejar esta o cualquier otra situación que surgiese... Aquella atractiva señora Penmark, aquella rubia tonta, no se enteraba de qué iba la cosa. Bien mirado, era demasiado estúpida para comprender el desprecio que le inspiraba. Era una de esas mujercillas apocadas, cándidas, que van por ahí apiadándose de la gente. Una de esas que desbordan amabilidad. Le podrías jugar cualquier mala pasada y en lugar de devolverte el golpe u odiarte con todas sus fuerzas, se sentiría culpable y pensaría que es ella quien debe de haber hecho algo mal. Escupió en el césped con descaro, recuperada la seguridad en sí mismo.

En cambio, aquella señorona Breedlove, la zorra parlanchina aquella, era harina de otro costal. Esa también se sentía culpable, pero por otros motivos.

Se creía tan lista, estaba convencida de saber todo lo que había que saber; se creía que nadie era tan astuto como ella. Se sentía culpable, claro, no por modestia, sino porque era prisionera de sí misma. No esperaba que nadie estuviese a su altura; no era justo esperar que la gente vulgar fuese tan delicada y refinada como ella. Se sentía mal, claro, cuando se pensaba las cosas dos veces, y entonces, para limpiar su mala conciencia, mandaba a su criada con un billete de diez dólares para pagarle por todo lo que había hecho por ella. ¡Menudo elemento, aquella!

Cogió de nuevo la manguera. Esta vez triunfaría sobre aquellos zopencos como tiempo atrás. Que se esperasen y verían. Era cuestión de tiempo... Y entonces Rhoda le espetó:

—Lo has hecho a propósito. Sé cómo eres. Desde el principio tenías claro que ibas a hacerlo.

El rostro de la niña no mostraba rencor; ni siquiera desaprobación; únicamente un atento análisis de su personalidad que a él le resultó inquietante. Se dio cuenta de que la chiquilla le tenía bien tomada la medida; de que nada que pudiese hacer o decir, ninguno de los comportamientos que confundían a los demás y le permitían salirse con la suya la afectaban. Le dio la espalda, confuso ante la fría perspicacia de sus ojos, como si sus armas hubiesen fallado ante ella; y cuando el coche tomó la curva y giró en la esquina, con un rayo matutino destellando un instante en la mano enjoyada de la señora Breedlove, dijo para sus adentros, refiriéndose no a la mujer sino a la niña:

—¡Maldita zorra! ¡Maldita zorrita asquerosa! De esa te puedes esperar cualquier cosa. Esa es capaz de clavarte un cuchillo entre las costillas y quedarse a mirar mientras te desangras.

Rhoda declaró en voz baja:

—Algunas veces, cuando a Leroy le apetece ser malo, dice que ha perdido la llave de la puerta del parque y no la abre para que jueguen los niños. Le gusta que esperen y le supliquen que la abra. Yo creo que es un hombre muy malo.

La señora Breedlove había recobrado ya su habitual buen humor:

—Es que me encanta el acento de la pequeña Rhoda, sin más. —Le acarició con afecto el lóbulo de la oreja—. Qué maravilla de acento. Es tan fascinante, querida mía. ¿Algún día me enseñarás a hablar así?

Christine se rio suavemente y, tocando la mano de su hija, dijo:

—Con este aparatoso acento mío del Medio Oeste y el acento de Nueva Inglaterra de Kenneth, la verdad es que a la pobre no le quedaba otra.

Leroy desenroscó del grifo la manguera y se preparó para guardarla en el sótano mientras pensaba: «Nadie puede poner la mano en el fuego por Rhoda, y punto. Igual que nadie puede poner la mano en el fuego por mí. Supongo que nos parecemos».

Aunque en esto último se equivocaba, como veremos llegado el momento, ya que Rhoda era capaz de poner en práctica aquello que él solo se atrevía a realizar en su imaginación y en sus fantasías.

Dos

La señora Penmark había inscrito a su hija en el colegio Fern el pasado mes de agosto; la señorita Burgess Fern, que se ocupaba de las admisiones, comentó con perspicacia:

—No quiero que se quede con la impresión de que el nuestro es uno de esos colegios «progresistas», como los llaman. Les enseñamos a nuestros alumnos las finezas e incluso algo de saber estar en lo tocante a la tediosa existencia, pero también les proporcionamos una base sólida en lo que respecta a cuestiones prácticas. Enseñamos a nuestros niños a deletrear con precisión, a leer fluidamente y, dentro de lo posible, con cierta expresividad. Enseñamos aritmética de la única manera que se debe enseñar la aritmética: con un libro y con una pizarra, no sentados sobre una pila de arena en el jardín contando conchas y pétalos.

—Sí, lo sé —respondió Christine—. Mi marido y yo hablamos con una de nuestras vecinas de los apartamentos Florabelle, una tal señora Breedlove, y por lo que nos ha explicado nos parece que su colegio es ideal para una niña con el carácter de Rhoda. —En ese momento entró la señorita Claudia Fern y fue hasta uno de los ficheros mientras la señora Penmark continuaba con voz vacilante—: Ustedes conocen a la señora Breedlove, ¿verdad?

Las hermanas intercambiaron una fugaz mirada, como sorprendidas de que alguien pudiese preguntarles tal cosa.

—¿*Monica* Breedlove? —interrogó la señorita Burgess Fern con asombro—. Vamos, en este pueblo todo el mundo conoce a Monica. Es una de nuestras ciudadanas más activas. Hace un par de inviernos le otorgaron el galardón de la Asociación Cívica en calidad de ciudadana más valiosa del año.

La señorita Octavia Fern entró y se sentó frente a su escritorio. Sonriendo amablemente dijo:

—Me temo que el apellido Penmark no me resulta familiar. No es un nombre muy común, y estoy segura de que lo recordaría. ¿Llevan mucho tiempo por aquí?

—No, no demasiado. Mi marido trabaja para Barcos de Vapor Callendar y lo trasladaron aquí, a Baltimore, hace una semana más o menos. Apenas

conocemos a nadie todavía. —La señorita Fern suspiró, como si estuviese a punto de emprender una tarea que la importunase, y Christine, al darse cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos, apostilló con voz mitigadora—: La familia de mi marido procede de Nueva Inglaterra. Por lo que me han dicho, el apellido Penmark es más conocido allí.

—El nuestro no es un colegio barato —dijo la señorita Burgess Fern—. Nuestros honorarios son elevados, algo que va en consonancia con los criterios a la hora de escoger el alumnado. Rechazamos a muchos más de los que aceptamos.

La señorita Octavia intervino:

—Aquí no encontrará usted ni falso orgullo ni esnobismo. Empatizamos con los problemas de los niños y actuamos sin prejuicio alguno, pero no creemos que lo más beneficioso para un muchacho pase por minimizar los criterios de excelencia establecidos por sus antepasados, un modo de actuar bastante en boga en algunos lugares durante el dominio de los Roosevelt; y tampoco somos de la idea de que debamos rebajar el nivel que sus antecesores alcanzaron ni restarle importancia a lo que hayan atesorado en materia de prestigio, fama o posesiones terrenales. —Esperó y, luego, añadió—: Dicho de otro modo: al tiempo que abogamos por el ideal democrático, estamos convencidas de que únicamente es posible llevar a cabo dicho ideal si todos los miembros de un grupo en particular provienen de la misma categoría social, preferiblemente de una alta.

La señora Penmark rumió aquellas distinguidas aseveraciones y contestó:

—Creo que encontrarán aceptable mi historial familiar. —En un tono de voz más cauto añadió que había nacido en el Medio Oeste y que su infancia transcurrió viajando prácticamente por todo el país; estudió en la Universidad de Minnesota y se graduó el verano anterior a Pearl Harbor. Sus logros académicos no fueron sobresalientes; pasó por la carrera con resultados razonablemente buenos y eso fue todo, más o menos. Vaciló, bajó la mirada a las manos y continuó—: Mi padre, al que admiraba, murió en un accidente aéreo durante la Segunda Guerra Mundial. Se llamaba Richard Bravo y fue bastante conocido en su momento como columnista y corresponsal de guerra.

—¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó la señorita Octavia—. Conozco su trabajo. Tenía imaginación y un estilo de prosa muy hermoso. —Se volvió hacia sus hermanas, que asintieron con la cabeza, y prosiguió—: Era un hombre dotado de gran profundidad y comprensión. Su muerte fue una gran pérdida.

—En la biblioteca tenemos una antología de sus artículos —dijo la señorita Burgess.

Pero la señorita Octavia alzó una mano como si el asunto estuviera zanjado, como si la señora Penmark acabase de demostrar sin lugar a dudas la idoneidad de su hija:

—Nuestras admisiones son limitadas, como probablemente sabe usted; y ya hemos cubierto el cupo para nuestro próximo curso, pero estoy segura de que mis hermanas y yo encontraremos una plaza para la nietecita de Richard Bravo.

A continuación se puso en pie, se despidió con una inclinación y salió del despacho.

La señorita Claudia, la más joven de las hermanas, encontró lo que buscaba en el fichero y dijo:

—Entonces, ¿Monica Breedlove es vecina de ustedes?... En uno de los bailes de carnaval, el año de mi puesta de largo, me pisó la cola del vestido y me lo arrancó. ¡Pasé una vergüenza! ¡Me fui a casa y no me atreví a volver!

—Monica fue la primera mujer del pueblo que se hizo un corte de pelo a lo *flapper* —comentó la señorita Burgess—. Y fue la primera mujer, al menos la primera mujer respetable, que fumó en público.

—Cuando la vea —continuó la señorita Claudia—, díglele que me parece que me pisó la cola porque el coronel Glass había bailado conmigo tres veces aquella tarde y ni una sola con ella.

Christine asintió y prometió que así lo haría; aunque se olvidó hasta la mañana del pícnic, cuando, mientras se acercaba al colegio, divisó a la señorita Claudia arrastrando por el césped un saco de arpillera repleto de papeles. Sonrió al recordarlo y después de que la señora Breedlove hubiese aparcado el coche y Rhoda se uniese a un grupo junto a las higueras repitió las palabras de la profesora. La señora Breedlove comenzó a reírse de inmediato y reconoció que se acordaba perfectamente.

Sucedió en el baile anual de gala de la Pegasus Society, y lo único que hizo, en realidad, fue colocar la punta del zapato sobre la cola del vestido de la pobre y desaliñada Claudia y ejercer una minúscula presión en el momento en que la muchacha soltaba una risita tonta al alejarse del brazo del coronel Glass; entonces, tal como ella esperaba, la cola se desgarró y se desprendió como en una escena de una vieja película de los Hermanos Marx. El problema fue que en aquella época las jóvenes Fern iban tan apuradas de dinero que compartían la totalidad de su guardarropa: una especie de cajón de sastre del que cada una echaba mano cuando la ocasión lo exigía. Por ese motivo

estaban siempre organizando, y reorganizando, las partes de dicho vestuario de distintas formas, usando colores diferentes para contrastarlo, con la esperanza de lograr cierta ilusión de frescura; pero, dado que cada elemento se tomaba prestado para una ocasión concreta, no cosían completamente todo como suele coserse la ropa por lo general; cada parte se anudaba, se prendía con alfileres o se hilvanaba por encima para que fuese fácil separarlas al día siguiente y volver a usarlas.

La señora Breedlove soltó una carcajada jovial y se abanicó un segundo en silencio; luego siguió explicando que Claudia tenía bastante razón al sospechar el motivo. Pues sí: lo hizo a propósito, pero no porque bailase tres veces con el coronel Glass (a quien recordaba como un hombre pomposo y tremendamente cansino interesado en la pesca y en las propiedades regenerativas de la disciplina impartida de manera indirecta), sino porque estaba representando esa escenita para su hermano Emory y ella, Monica, estaba decidida a impedir que, independientemente de la suerte que corriese la familia Wages en adelante, una vaca desastrada como Claudia Fern formase parte de ella.

Habían acercado los dos autobuses al bordillo y algunos de los niños ya habían tomado asiento. La señora Breedlove miró en dirección a Rhoda y la llamó, y cuando la niña estuvo a su lado le preguntó:

—¿Dónde está el pequeño Daigle, el que ganó la medalla a la caligrafía? ¿Ha llegado ya? No lo he visto.

—Está ahí. Ahí, junto a la entrada —indicó Rhoda.

El chico era pálido y extremadamente delgado, tenía la cara larga y ovalada y su rosáceo labio inferior sobresalía con una sensualidad indecorosa. Su madre se pegaba a él posesivamente, le ajustaba la gorra, le alisaba la corbata, le manoseaba los calcetines, le frotaba la cara con un pañuelo. Llevaba la medalla a la caligrafía prendida en el bolsillo de la camisa, y su madre, como si de algún modo fuera consciente de que aquel objeto era la comidilla del día, colocó nerviosamente el brazo sobre los hombros de su hijo y alzó la medalla en la palma de la mano como si fuese ella y no su hijo quien la hubiera ganado.

La señora Breedlove le dijo en tono divertido y persuasivo a Rhoda:

—¿No crees que sería un gesto encantador que te acercases a darle la enhorabuena y le dijese que ya que no la has ganado tú te alegras muchísimo de que se la hayan dado a él?

Tomó la mano de la niña como para guiarla hacia la entrada, pero Rhoda retrocedió:

—¡No! ¡No! —Sacudió la cabeza con determinación y añadió—: No me alegro de que la haya ganado. Era mía. La medalla era mía y la tiene él.

La señora Breedlove se quedó asombrada ante la gélida vehemencia de la voz infantil, pero enseguida soltó la risotada y dijo:

—Vaya, me gustaría que mis instintos fuesen tan naturales como los tuyos, querida. —Se volvió hacia Christine en busca de aprobación y prosiguió alegremente—: La mente infantil es de una belleza tan inocente... Tan carente de marrullerías o hipocresía.

Pero la señora Penmark ya se había apartado para hablar con Octavia Fern, que tras saludarla con un gesto de la cabeza la había llamado por señas.

Estaba una al lado de la otra junto al pequeño porche donde crecían los jazmines estrella cuando la señorita Octavia comenzó a hablar:

—A mis hermanas y a mí nos apena muchísimo que el señor Penmark no haya podido venir hoy con usted. Aún no lo conocemos, pero nos morimos de ganas, porque hemos oído contar cosas tan sugerentes de él... Todo el mundo dice que es un joven dotado de gran talento. De hecho, esperábamos verlo ayer al final de la ceremonia, pero supongo que estaba demasiado ocupado para asistir.

Christine explicó que, en este preciso punto de su carrera, el trabajo mantenía a su marido fuera de casa la mayor parte del tiempo. En ese instante se encontraba en Sudamérica elaborando un informe sobre las instalaciones portuarias de toda la Costa Oeste. Había embarcado justo la semana anterior; hasta ahora, las únicas noticias que había tenido de él eran las del telegrama que anunciaba su llegada. Por supuesto que lo echaba de menos, pero se había resignado al hecho inevitable de que esta vez pasaría fuera todo el verano. De haber existido alguna posibilidad, sin duda habría asistido a la ceremonia de clausura del día anterior, dado que él, por su parte, había oído hablar mucho de las hermanas Fern y había expresado su deseo de conocerlas personalmente.

Se sentaron en las mecedoras del porche y, tras unos segundos, la señorita Octavia, habituada desde hacía mucho a las preguntas tácitas de los padres, comentó:

—¿Tiene usted curiosidad por saber qué pensamos de Rhoda y de sus logros desde que está con nosotros?

La señora Penmark respondió que en efecto, y añadió que la niña, prácticamente desde que era un bebé, había representado un enigma tanto para su marido como para ella. Era algo difícil de concretar, de identificar, pero tenía una cualidad extrañamente madura que se les antojaba

perturbadora. Ambos esperaban que un colegio como el suyo, una escuela que ponía énfasis en la disciplina y en las virtudes clásicas, sería el lugar ideal para Rhoda..., que eliminaría o al menos modificaría alguno de los inquietantes rasgos de su temperamento.

La señorita Fern saludó con un movimiento de cabeza a algún recién llegado, se presionó la frente con una mano como si ordenase sus pensamientos y dijo que, en cierto modo, Rhoda era una de las alumnas más ejemplares que había tenido el colegio. No había faltado a clase un solo día; jamás era impuntual; era la única niña en toda la historia de la escuela que había obtenido un diez en buena conducta cada mes, en las clases, y un diez en autonomía e independencia en el recreo durante todo el curso académico; y si la señora Penmark hubiese tratado con tantos niños como la señorita Fern a lo largo de su larga carrera como profesora comprendería la singular hazaña que esto suponía. Se colocó su raído sombrero de paja y se lo ajustó sobre los ojos para protegerlos del potente sol matutino que ahora estaba filtrándose con insistencia entre las rígidas hojas del alcanforero.

—Rhoda es una niña tradicional y diligente —continuó—, y puede que sea la muchacha más pulcra que he conocido.

Christine se rio y dijo:

—Pulcra es, desde luego. Mi marido dice que no entiende de dónde ha sacado esa pulcritud... De nosotros no, se lo garantizo.

La señorita Burgess Fern se acercó, se sentó en la silla libre junto a su hermana y, después de escuchar un momento, intervino:

—Me parece que la clave de la personalidad de Rhoda radica en el simple hecho de que no necesita a los demás en la misma medida que la mayoría los necesitamos. ¡Es una muchacha tan autosuficiente! ¡No he conocido en toda mi vida a nadie de tal entereza!

La señora Penmark suspiró, alzó las manos con humorística exageración y dijo:

—A veces me gustaría que dependiese más de los otros. A veces me gustaría que fuese menos práctica y más afectuosa.

La señorita Octavia se explicó con suavidad, desde la profundidad de su experiencia con niños:

—No será capaz de cambiarla. La niña vive en su propio mundo y estoy segura de que ese mundo no se asemeja en nada al que habitamos usted o yo.

La señorita Burgess secundó:

—La chiquilla, aunque tenga ocho años, parece capaz de valerse por su cuenta, y eso, desde luego, es algo poco común a su edad. —Se levantó, bajó

los escalones, y se paró para decir—: Rhoda posee una gran cantidad de cualidades notables. En primer lugar, su valentía es bastante infrecuente. Da la impresión de que no conoce el miedo físico; se mantiene serena ante cosas que aterrarían y provocarían el llanto en cualquier niño, o que lo harían salir corriendo; y hay que decir también que no es una soplona; eso lo tenemos comprobado. El invierno pasado uno de nuestros chicos lanzó desde la calle una piedra contra la ventana de la señora Nixon y...

—¡Por el escándalo que montó Adelaide Nixon, uno hubiera creído que acababa de caernos la bomba de hidrógeno! —interrumpió la señorita Octavia con afabilidad.

—Eso no importa: el caso es que Rhoda —prosiguió la señorita Burgess— lo vio todo y, evidentemente, sabía quién era el culpable. Pero cuando se la interrogó y se le dijo que era su deber como pequeña ciudadana honorable entregar al autor, fue infructuoso. Se limitó a quedarse ahí comiéndose una manzana, negando con la cabeza y contemplándonos con esa mirada calculadora, casi despectiva, que adopta a veces.

—¡Ay, lo sé, lo sé! —exclamó Christine—. ¡He sido testigo de esa mirada en muchas ocasiones!

—Nunca habríamos averiguado la verdad —explicó la señorita Burgess— de no ser porque al día siguiente el niño rompió a llorar y confesó el crimen.

Llegados a este punto, la señorita Octavia, como directora del colegio, retomó la historia:

—Al principio mis hermanas y yo pensamos que Rhoda debía ser castigada por su tozudez y falta de colaboración, pero llegamos a la conclusión de que en realidad su actitud constituía una muestra de lealtad y que no debíamos considerar una infracción (cosa que habría significado estropear sus perfectas calificaciones) el hecho de negarse a ser una chivata.

Christine posó impulsivamente su mano sobre el antebrazo de la señorita Octavia:

—¿Es popular? ¿Les cae bien a los demás? —preguntó.

Pero antes de que la directora tuviese oportunidad de responder, antes de verse en el brete de contar una mentira o admitir que los otros alumnos temían y detestaban a Rhoda, su hermana Claudia, que vigilaba junto a la acera, levantó la voz para informar de que el último de los niños había llegado y de que ya había pasado lista. Los autobuses estaban listos para arrancar, el pícnic a punto de comenzar y la señorita Fern y sus hermanas, cargando en brazos todas aquellas cosas de última hora que alguien, a fin de cuentas, consideraría útiles, descendieron el largo camino ribeteado de banderines hasta la puerta.

Durante un rato se formó un alboroto, se oyeron risas y se produjeron incómodos zarandeos; luego, por fin, las hermanas Fern, sus ayudantes y los alumnos acabaron de embutirse en los autobuses y el primer vehículo se despegó del bordillo, el conductor mirando hacia atrás, escuchando, y volviendo la cabeza de nuevo con el rápido movimiento de un pájaro desconfiado. El autobús que debía ir en cabeza estaba aparcado en el camino, bajo las verdes ramas colgantes del alcanforero, y cuando comenzó a avanzar las rozó, provocando una lluvia de hojas revoloteantes y aromáticas sobre el pavimento.

Al primer movimiento del autobús principal, al primer rumor de partida festiva, dos terrier Airdale que habían permanecido pacíficamente con los bozales apoyados sobre las patas delanteras, salieron disparados del césped de la casa hacia la calle y ladraron histéricos, brincando por el aire, dando vueltas y correteando a lo largo de la verja. A un chico la gorra se le voló y rodó por el suelo; el autobús principal se detuvo al tiempo que Monica Breedlove, roja y entre risas, corría y se la devolvía de nuevo a su dueño; a una chica del segundo autobús se le cayó la agenda por la ventanilla (por razones personales le había parecido apropiado llevársela al pícnic) y el conductor, acompañado de gritos, berridos y silbidos, frenó el vehículo, volvió atrás y la recogió. En aquel intervalo de tiempo la señora Daigle se acercó apresuradamente hacia un lado del autobús para despedirse una vez más de su hijo. Acarició la mano húmeda que él le tendió con mansedumbre y le preguntó:

—¿Se te ha pasado el dolor de cabeza? ¿Llevas un pañuelo limpio?

El conductor, de vuelta con la agenda, dijo con paciencia exagerada:

—¡Cuidado! ¡Cuidado con esa ventana, señora!

—No te esfuerces más de lo necesario. Y protégete del sol cuanto te sea posible —le aconsejó a su hijo la señora Daigle con voz tensa y nerviosa.

Lentamente, los autobuses avanzaron de nuevo; luego los conductores doblaron la esquina, aunque con cuidado, recordando las insistentes exhortaciones de la señorita Octavia, y la calle volvió a la calma; el pícnic había comenzado con todo bajo control. Fue entonces cuando Rhoda se cambió de asiento y tomó posesión de uno más cercano al pequeño Daigle. Sus ojos estaban fijos en la medalla a la caligrafía, pero no decía palabra; un instante después, cuando se sintió más segura de sí misma, se incorporó en su sitio junto al niño, estiró una mano y tocó la medalla, pero Claude se apartó irritado y le dijo:

—¿Por qué no te sientas en otro lado y me dejas en paz?

Una vez hubieron desaparecido los autobuses, la señora Penmark se dirigió hacia el coche de la señora Breedlove. Volvió la cabeza en busca de su amiga y vio que Monica, como de costumbre, era el centro de atención de un grupo de gente (viejos conocidos, sencillamente, a quienes hacía tiempo que no veía); y, como de costumbre, charlaba animadamente, gesticulando con las manos y los hombros, estirando el cuello con energía para enfatizar algo. Viendo esto, la señora Penmark caminó hasta el trozo de césped que había entre la acera y la calle a la espera de que la mujer terminara de contar su historia. Llegaron dos hombres que se detuvieron bajo el árbol de lilas a su espalda y consultaron sus respectivos relojes al unísono.

—El otro día leí que vivimos en una época de angustia —dijo el más alto—. ¿Y sabes qué? Me pareció que era una apreciación bastante acertada. Se lo expliqué a Ruth al llegar a casa y me contestó: «¡Y que lo digas!».

—Todas las épocas que uno vive son épocas de angustia —repuso el otro—. Si alguien me preguntase le diría que vivimos en una época de violencia. Me da la impresión de que, en los días que corren, la violencia se encuentra en la mente de todo el mundo. Parece que estamos empeñados en seguir por ese camino hasta que lo devastemos todo. Si uno se para a pensarlo es terrorífico.

—Bueno, tal vez vivimos en una época de angustia y violencia.

—Eso suena más atinado. Supongo que, pensándolo bien, así es exactamente nuestra época.

Se estrecharon las manos, acordaron comer juntos a la semana siguiente y se fueron a reunirse con sus respectivas esposas mientras la señora Penmark permanecía allí en silencio, dándole vueltas a lo que acababa de escuchar. De repente le parecía que la violencia era un factor connatural al corazón, quizás el factor más importante de todos: algo imposible de erradicar y oculto, como una mala hierba, bajo la amabilidad, bajo la compasión, bajo el mismo abrazo amoroso. A veces se escondía en las profundidades y otras se encontraba en la superficie, pero siempre estaba ahí, dispuesto a manifestarse, si se daban las condiciones adecuadas, en toda su espantosa irracionalidad.

Al poco se acercó Monica y se reunió con Christine sobre la hierba; entonces, mientras caminaba majestuosamente en dirección al coche, dijo:

—El incidente de la cola desgarrada de Claudia Fern está cargado de simbolismo, así que no me sorprende que lo haya guardado en la memoria a lo largo de todos estos años y se lo haya contado ahora a usted. Cuando me psicoanalizaban, el asunto de la cola aparecía una y otra vez; de hecho, se convirtió en una de las situaciones clave de mi ansiedad neurótica. —Irguió la

cabeza, hizo un vago gesto de saludo a la gente que pasaba y continuó—: Mi fijación incestuosa con el pobre Emory es tan obvia que no hace falta explicarla, así que ni lo intentaré, porque el incesto es algo trilladísimo. Lo más interesante, a ojos de mi analista, era que el desgarró de la cola del vestido revelaba una hostilidad latente hacia el pene, a la vez que una envidia del mismo; denotaba, además, mi impulso de destruir y castrar tanto a hombres como a mujeres.

Hablaba animadamente, subrayando sus palabras con gestos afirmativos; había tantas cosas que le hubiera gustado decir, pero sabía que se requería circunspección a la hora de conversar, aunque fuese con la mayor neutralidad científica, aunque fuese con personas tan objetivas e inteligentes como Christine había demostrado ser, sobre asuntos de tal carga emotiva (aquellos tabús primitivos de la tribu civilizada a medias) si uno no quería que la considerasen una depravada o, con suerte, un tanto peculiar; pero de cualquier modo había un montón de asociaciones, un montón de implicaciones, en el simple y en apariencia inocente desgarró de la cola del vestido de la pobre Claudia. Sin embargo, se contuvo; se mordió la lengua y se calló aquellas otras cosas, aunque eran evidentes, Dios lo sabía, para quien supiese escuchar con imparcialidad...

Christine, no obstante, oyó poca cosa de lo que se decía, porque su mente continuaba rumiando la conversación que había escuchado antes, concentrada todavía en torno al tema de la violencia. Su propio padre, a quien había amado tan profundamente, había muerto a consecuencia de la violencia indiferente de otros; y, al recordarlo de nuevo, pensó: «Era demasiado joven; le quedaban muchos años por delante. Si no hubiese sucedido, tal vez hoy estaría vivo y me consolaría como hacía cuando era una niña asustadiza». Recordó la última vez que lo vio; fue una semana antes de que el fuego enemigo derribase el avión en el que viajaba en algún punto del Pacífico Sur. Lo había acompañado sola al aeropuerto, porque su madre siempre estaba enferma, donde debía embarcar para la primera escala del que sería su último viaje, y mientras comprobaba su equipaje, una tarea innecesaria que siempre había insistido en llevar a cabo en su lugar, él le echó un brazo por encima y apretó su mejilla contra la suya. Ahora le daba la impresión de que había tenido el presentimiento de su propio fin, el palpito de que aquel sería el viaje del que no regresaría, porque la besó y le dijo en voz baja al oído: «Eres la luz de mi vida. Has sido lo que más he amado por encima de todo. Quiero que lo recuerdes, pase lo que pase. Quiero que lo recuerdes siempre. Y que no cambies nunca, que seas como eres ahora mismo».

Al rememorarlo, Christine apartó la cara para que el ojo sagaz de Monica no detectase su emoción y dijo para sus adentros: «Lo tengo presente, padre. Lo tengo presente».

La señora Breedlove aparcó el coche bajo la encina y al levantar la mirada sus ojos se encontraron con Leroy, que sacaba brillo a los cacharros de cobre en la parte trasera de la casa. Hizo un gesto de arrepentimiento con los labios y dijo:

—Lamento haber sacado de quicio el asunto de la manguera, pero es que Leroy puede acabar con la paciencia de un santo. Me repito a mí misma que no ha disfrutado de nuestras oportunidades ni de nuestras ventajas, y que no tengo derecho a esperar demasiado de él, pero, claro, termino perdiendo los estribos y olvidando mis buenas intenciones.

Al oír la voz de la señora Breedlove, Leroy levantó la vista y sus miradas se cruzaron. Ella lo saludó con un gesto de la cabeza y agitando una mano para darle a entender que el malentendido era ya cosa del pasado, que no le guardaba rencor ni le deseaba ningún mal; que se las había arreglado para perdonarle su grosero comportamiento. Pero Leroy no iba a contentarse tan fácilmente ahora que la victoria era suya de manera tan clara. No devolvió el saludo; se limitó a sostenerle la mirada, se encogió de hombros y desapareció a la vuelta de una esquina del edificio, en dirección al patio de las cocheras nuevas, el lugar donde se guardaban los carruajes en su día. Se apoyó contra una pared y escupió en el cemento, torciendo la boca con amargura y disgusto.

Aquella sabelotodo de Monica Breedlove; la zorra vocinglera aquella... Se creía que nadie se enteraba de nada menos ella. Venga a insultar a la gente a diestro y siniestro; mirando a los demás por encima del hombro, creyéndose la mejor y que lo sabía todo. Pues ya vería, cualquier día le iba a enseñar un par de cosas. Le enseñaría a la zorra esa todo y más. No le sorprendería que resultase ser una de esas busconas sobre las que se leía tanto últimamente... Su mente se inundó de obscenidades, sus labios silabeaban sin emitir sonido; luego se puso en marcha, lanzando miradas a uno y otro lado, sus manos dibujando gestos furibundos en el aire. Oyó cerrarse la portezuela del coche de la señora Breedlove y a las dos mujeres recorriendo el camino mientras charlaban. Permaneció oculto tras un gran arbusto, observándolas entre las hojas.

En cambio, la rubia tonta aquella, aquella mantenida de Christine Penmark, era otra cosa. Le gustaría pillarla un día en el sótano. Le enseñaría lo que es bueno. Le haría de todo menos dejarla escapar. Le haría todo lo

imaginable y alguna cosa más que se le ocurriese sobre la marcha. La convertiría en su esclava. Y cuando terminase ella le iría detrás como una perra en celo. La haría llorar y suplicarle más, eso es lo que haría. Y unas veces se lo daría y otras no, dependiendo de lo que le apeteciese.

La señora Breedlove, con la mano en la puerta, echó un vistazo a su reloj y exclamó:

—Por Dios y la Virgen, ¡ya son las ocho y cuarto!

Corrió escaleras arriba para despertar a su hermano, que tenía que ir al trabajo. Una vez en su apartamento, Christine se hizo una taza de café y se la llevó al salón, donde comenzó a bebérselo mientras hojeaba la prensa del día; pero su mente no prestaba demasiada atención a lo que leía, porque en ese instante sus pensamientos giraban en torno a su pasado.

Había conocido a su marido en Nueva York, el año en que cumplió los veinticuatro, en un momento en que acababa de llegar a la conclusión de que no se casaría nunca. Ese año había estado viviendo en Gramercy Park con su madre, enferma del corazón y a quien ella se dedicaba en cuerpo y alma. Ahora se sentía orgullosa de haber tenido la oportunidad de devolverle a su madre al menos una pequeña parte de todo lo que había hecho por ella; pero su madre, pese a saber que se estaba muriendo, se negó a convertirse en una inválida o a cargar con fastidiosas exigencias a los demás, y en consecuencia Christine aceptó un trabajo en una galería de arte en la que no se trabajaba demasiadas horas y donde su madre podía avisarla rápidamente en caso de urgencia.

Aquel invierno, una tal señora Bogardus, una de las viejas amigas de su madre, la invitó a una fiesta que ofrecía en honor de su sobrino Kenneth Penmark, un joven teniente de navío, y ella accedió a ir más por satisfacer a su madre, que pensaba que era demasiado seria y que no salía con suficiente frecuencia, que por otra razón. El teniente le había gustado desde el primer momento, y durante un rato, antes de que la bulliciosa euforia del resto de invitados los apabullase, estuvieron sentados junto al fuego conversando sobre los pintores de la Escuela de París. Ella se marchó pronto y con la idea de que a él no le habría llamado demasiado la atención, pero al día siguiente por la tarde se presentó en la galería y le dijo: «Me gustaría ver el dibujo de Modigliani del que me contaba maravillas anoche». Ella se lo enseñó y él comentó: «Estoy pensando en regalárselo a la chica con la que voy a casarme. ¿Usted cree que le gustará?». Christine tenía la certeza de que a la chica le gustaría; pero si, por increíble que pareciese, no era así, entonces le aconsejó

al teniente que no perdiese el tiempo con una criatura tan anodina. Él compró el dibujo y se lo llevó.

Ese mismo día, antes de la cena, la llamó por teléfono a casa. Tenía que dedicar la noche a su tía Clara y a los recuerdos familiares, dijo, así que no podría verla como esperaba; pero a las once telefoneó de nuevo para explicarle que había logrado que su tía se fuese a la cama y que tenía el resto de la noche libre. Le propuso que salieran a algún sitio a bailar. Ella volvió a casa cansada y satisfecha, sabiendo que Kenneth Penmark era el hombre de su vida. El día siguiente era domingo y cuando él llamó lo invitó a tomar el té para conocer a su madre; luego fueron precisamente al Museo Natural de Historia.

El lunes le envió rosas a su madre y a ella una orquídea.

Su partida estaba programada para el martes, así que aquella mañana pasó por la galería para decirle adiós. Le entregó el Modigliani y le dijo: «Espero que sepas leer entre líneas, muchachita mía». A continuación, delante de todo el mundo, la cogió entre sus brazos y la besó, dio media vuelta y salió tranquilamente por la puerta. Su madre murió ese mismo invierno; a la primavera siguiente, el teniente Penmark volvió para verla y se casaron. El suyo había sido un matrimonio realmente dichoso, según le parecía. Ya echaba de menos a su marido, y aunque había terminado por asumir sus inevitables ausencias jamás se había acostumbrado a ellas; allí en el salón, reflexionó en cómo se había pasado la vida esperando a alguien: primero a su padre y ahora a su marido.

Esta vez, dado que el viaje era especialmente largo, habían barajado la idea de ir juntos; pero desafortunadamente habían desechado la ocurrencia. Convinieron en que a fin de cuentas supondría un gasto adicional, que harían mejor en destinar aquel dinero a la casa que planeaban construir más adelante. El verdadero motivo había sido más profundo y relacionado con su hija. Se daban cuenta de que no podían llevársela con ellos y sabían que dejarla con otra persona, aun en el caso de que fuese alguien tan comprensiva y cariñosa como la señora Breedlove, no era una opción válida.

La niña siempre había tenido algo de enigmático, pero habían pasado por alto sus rarezas con la esperanza de que con el tiempo fuese asemejándose más a otros niños, aunque esto no había sucedido; luego, cuando ya tenía seis años y vivían en Baltimore, la apuntaron a un colegio progresista del que se hablaban maravillas; al cabo de un año, sin embargo, la directora de la escuela pidió que la sacasen de allí. La señora Penmark exigió una explicación, y la mujer, fijando la mirada con prudencia en el caballito de mar de oro y plata

que su visitante llevaba prendido en la solapa del abrigo gris claro a modo de adorno, respondió secamente como si su tacto y su paciencia se hubiesen agotado hacía mucho tiempo que Rhoda era una niña fría, autosuficiente y complicada que se regía según sus propias normas y no según las de los demás. Era una mentirosa locuaz y convincente, como no habían tardado en descubrir. En ciertos aspectos, su madurez estaba por encima de la media; en otros, apenas se había desarrollado. Pero estos detalles no habían afectado a la decisión del colegio sino mínimamente; el verdadero motivo de la expulsión de la niña era que había resultado ser una vulgar, aunque consumadísima, ladronzuela.

La señora Penmark cerró los ojos y preguntó con cautela:

—¿Y no se le ha ocurrido que quizás se equivoca, que su criterio no tiene porque ser necesariamente infalible?

La directora admitió que había puesto en entredicho la falibilidad de su criterio, no una sino muchas veces. Era una cuestión que le seguía preocupando, de hecho, en aquel preciso instante, pero no a propósito de los robos, dado que sobre eso no había duda alguna; le habían tendido una trampa al ladrón y habían cogido a Rhoda con las manos en la masa. Su reacción ante el acto de la niña no había sido de condena, sino de compasión.

—Ya hemos tenido casos similares antes en nuestro centro —concluyó—, así que la llevé enseguida a ver al psiquiatra del colegio para saber su opinión.

Christine suspiró, se cubrió el rostro con las manos y preguntó con voz débil:

—¿Y cuál fue su opinión? ¿Qué le aconsejó?

La directora esperó, acto seguido dijo que el psiquiatra consideraba a Rhoda una de las niñas más precoces que había conocido; desde luego, su perspicaz y madura lucidez era notable; ignoraba la noción de culpabilidad y las ansiedades propias de la infancia, y por supuesto tampoco poseía capacidad de afecto alguna, ya que no se preocupaba más que de sí misma. Pero lo más llamativo, tal vez, era su infinita codicia. Era como un animalillo encantador al que jamás se lograría enseñar a encajar en los esquemas convencionales de la existencia...

A las diez llegó el cartero. Se trataba de una carta de su marido; mientras leía las hojas de apretadas líneas, Christine iba diciendo «¡Ay, Kenneth! ¡Ay, Kenneth!» en el tono suave y desdeñoso de quien acepta de buen grado los halagos. Resueltamente alejó de su mente aquello que le preocupaba. Le

invadió una oleada de felicidad irracional, porque en aquel instante le parecía que tenía todo lo que una mujer puede desear. Se sentó frente al escritorio para contestar la carta, pero antes apoyó las mejillas en las manos y miró la calle serena y verde, aferrándose a su felicidad, un gesto no poco lúcido si se tiene en cuenta que era la última vez que iba a experimentarla.

Tres

La señora Breedlove vivía con su hermano un piso por encima de los Penmark. En su vida había tenido lugar un suceso fundamental, algo que no había sido capaz de olvidar. A mediados de los años veinte su marido, sin saber ya qué hacer con ella, accedió a sus deseos de ir a Viena para que la psicoanalizase el profesor Freud. La historia de este análisis era algo que nunca se cansaba de relatar, algo cuyas posibilidades jamás terminaba de agotar. Por lo visto, tras su sesión inicial, el profesor le había comunicado con franqueza que su particular carácter excedía sus capacidades, sugiriéndole entonces que viajase a Londres para que la ayudase un discípulo suyo, el doctor Aaron Kettlebaum. Y eso es lo que hizo.

—Fue un consejo muy acertado —decía a menudo—; no pretendo restarle importancia a la reputación profesional del doctor Freud en lo más mínimo, porque sigo considerándolo, a pesar de sus peculiaridades, el mayor genio de nuestra época; pero el doctor Kettlebaum era más... más empático, para entendernos. En mi opinión, Freud estaba tan comprometido con el materialismo decimonónico que su punto de vista quedaba distorsionado. Sin olvidar que despreciaba a las mujeres norteamericanas, especialmente a aquellas capaces de valerse por sí mismas y hablar de tú a tú con los hombres. En cambio, el doctor Kettlebaum creía en el poder del alma individual y consideraba el sexo del paciente de un interés poco más que trivial. Su mentalidad era más mística que literal: igual que la mía. Hizo muchísimo por mí, y cuando falleció bastantes años después le envié flores y me pasé una semana llorando.

Se reunió con su marido a los tres años, e inmediatamente inició los trámites de divorcio, un propósito al que él no opuso resistencia. Una vez libre de nuevo, decidió que era su deber construir un hogar para su hermano Emory, y así lo hizo. Le satisfacía analizar su personalidad, análisis que él soportaba casi siempre en silencio. Recientemente había llegado a la conclusión, por medio de una serie de deducciones propias, de que Emory era, como le gustaba denominarlo, un «homosexual larvado»; y en una ocasión, durante la primavera anterior, en medio de una de sus grandes cenas entre

amigos, planteó el novedoso asunto y lo argumentó con tal desparpajo que la única persona que no se sintió abochornada en la mesa fue ella misma.

—¿Qué significa *larvado*? —preguntó Emory—. Es la primera vez que oigo esa palabra.

—Significa *cubierto*, como con una máscara. Quiere decir *oculto* —respondió la señora Breedlove.

—Se refiere a algo que aún no ha alcanzado la superficie —apostilló Kenneth Penmark.

—¡De eso puedes estar seguro! —dijo Emory riéndose sin convicción.

Era un hombre orondo y colorado, algunos años más joven que su hermana. Su cabello había ido retirándose cada vez más de la frente rosa y abombada. Tenía una barriga pequeña y dura, con un aspecto de tirantez y rotundidad, como si hubiese sido diseñada por la naturaleza para atesorar la enorme cadena de su reloj y su medalla. Frank Billings, a quien Monica se refería invariablemente como «el compañero de baraja de Emory», preguntó:

—Y bien, ¿de dónde has sacado esa idea, Monica? ¿Qué es lo que te ha hecho pensar eso?

—Mi opinión se basa en los resultados de la simple asociación, y no hay mejor prueba que esa. —Dio un sorbo a su vino, frunció los labios pensativa y prosiguió con tono impetuoso—. Para empezar, Emory tiene cincuenta y dos años y no se ha casado. Dudo que haya tenido siquiera un *affair* amoroso en su vida—. Enseguida, viendo que Reginald Tasker, uno de los «amigos aficionados a la novela negra» de Emory estaba a punto de interrumpirla, alzó una mano y dijo—: ¡Un segundo! ¡Un segundo! —y se apresuró a continuar—: Entonces, seamos objetivos. ¿Cuáles son los intereses vitales de Emory? ¿Qué asuntos ocupan su psique? La pesca, los asesinatos misteriosos que impliquen el desmembramiento de alguna fiel ama de casa, jugar a las cartas, los partidos de béisbol y cantar en cuartetos masculinos. —Hizo una pausa y luego añadió—: Y ¿a qué se dedica los domingos? Se pasa los domingos en un bote pescando con otros hombres. Y ¿hay alguna señorita presente en dichas reuniones? Puedo responder a esa pregunta sin esfuerzo: ni una sola.

—¡Ten por seguro que no las hay! —exclamó Emory.

La señora Breedlove miró a su alrededor y dándose cuenta por primera vez del efecto que había provocado entre sus invitados sacudió la cabeza y manifestó con sorpresa:

—No veo por qué les resulta tan chocante la idea. ¡Algo tan a la orden del día! De hecho, ¡la homosexualidad es cosa más trillada que el incesto! El

doctor Kettlebaum consideraba que se trataba de un asunto de preferencia personal.

Pero sería un error catalogar a esta vieja señora obsesiva y locuaz de incompetente para las cuestiones que por lo general nos ocupan. Había empleado el capital del acuerdo de divorcio que tan de buen grado le concediera su marido para invertir en propiedades inmobiliarias, siguiendo un sistema que se basaba a un tiempo en el simbolismo sexual y en el hecho invariable de que si el pueblo continuaba creciendo, como todo el mundo vaticinaba, no haría sino beneficiarla. Había sido afortunada desde el principio. Le habían publicado un exitoso libro de cocina, era la gerente del hospital psiquiátrico local y se la consideraba una activista pública tenaz; la cabeza visible competente y racional en las campañas de caridad.

El día del pícnic escolar la señora Breedlove telefoneó a Christine y le propuso que comiesen juntas. Uno de los compañeros de pesca de Emory le había hecho llegar un precioso pargo rojo de tres kilos. El propio Emory acababa de llamarla para decirle que como era sábado iba a echar el cierre a la fábrica al mediodía y estaría en casa a la hora de la comida. Le había pedido que cocinase el pescado a la Gelpi, porque hacía mucho tiempo que no lo preparaba así, y ella había aceptado.

—Emory va a invitar a su amigo Reggie Tasker, ese escritor de novela negra que les presenté a Kenneth y a usted la primavera pasada, y le gustaría que nos ayudase a hacerle pasar un buen rato. De modo que, ¿por qué no sube pronto, digamos hacia las doce, y le enseño a preparar pargo rojo? La clave está sobre todo en la salsa.

Más tarde la señora Breedlove decidió servir la comida no en el sombrío comedor revestido de paneles, sino en el pequeño anexo exterior de su salón, donde tenía plantados helechos y violetas africanas; así que, cuando su hermano y su invitado llegaron, la mesa la encontraron colocada y dispuesta allí. Los hombres hablaban de un asesinato reciente que había aparecido en la prensa local. Reginald Tasker, por lo visto, iba a cubrir la noticia para una de sus revistas de crímenes, y en aquel momento se dedicaba a reunir los detalles preliminares. La señora Breedlove, al oír retazos de la conversación, se rio, sacudió la cabeza y dijo:

—¡Cada loco con su tema!

El caso tenía que ver con una enfermera de hospital de mediana edad, una tal señora Dennison, a quien se había atribuido el asesinato, el primero de mayo, de su sobrina de dos años Shirley, que era objeto de un cuantioso seguro de vida. Entonces fue cuando los habitantes del pueblo recordaron a

aquella otra sobrina, hermana de la víctima de 1952, que había muerto en 1950 en las mismas circunstancias y también a los dos años. La enfermera Dennison, una mujer dedicada a sacar partido de los seguros, había recibido cinco mil dólares a cuenta de la muerte de la primera niña; a la sobrina pequeña la había asegurado en seis mil.

La señora Breedlove entró en el salón para dar la bienvenida a su invitado; Christine la siguió de inmediato y colocó una jarra de martini en la mesita de centro; poco después pasaron al anexo para comprobar por última vez la mesa del almuerzo, y Reggie terminó de explicar apresuradamente que el marido de la enfermera Dennison, proverbialmente fiel a la tradición familiar de náuseas, irritación de garganta y convulsiones, había fallecido en el otoño de 1951, no sin dejar dispuesto, desde luego, el proverbial testamento vital.

Christine soltó una risita, se tapó los oídos y dijo en voz baja para que los hombres no pudiesen oírla que no le gustaba escuchar aquella clase de historias. Cualquier cosa relacionada con el crimen, especialmente con el asesinato, la deprimía y la ponía nerviosa. Había visto el artículo del caso Dennison pero no había sido capaz de leerlo; se había limitado a pasar la página y buscar algo más alegre.

—¡Pues ahí tiene usted un pequeño bloqueo psíquico! —apuntó la señora Breedlove en un susurro de regocijo cargado de intención—. Si se presta a hacer una asociación con el asunto puede que descubramos el origen de su nerviosismo. —Enderezó el centro de mesa y, al ver que Christine no daba réplica, prosiguió con entusiasmo—: ¡Dígame lo primero que se le pase por la cabeza! ¡Diga, sin importar lo estúpido que le parezca!

Reginald Tasker continuó explicando que la mañana del primero de mayo de aquel mismo año la enfermera Dennison fue a visitar a la familia de su cuñada. Llegó a la hora de la comida. Enseguida cogió a su sobrina Shirley y se puso a jugar con ella. Quería llevarle un regalo, comentó, pero se había olvidado, algo que le preocupaba tanto que salió a comprar golosinas y refrescos para toda la familia en una tienda cercana.

—No se me ocurre nada —dijo Christine—. Me he quedado completamente en blanco.

—En realidad, la enfermera Dennison, sí le había llevado un regalo a su sobrina —continuaba Reginald Tasker—. Me refiero a los diez centavos de arsénico que había comprado de camino a casa de su cuñada. En cierto modo, se trataba más de un regalo para sí misma que para la sobrina, ya que si lograba administrárselo con éxito esperaba obtener un gran beneficio.

—Pero ¿qué le ronda la cabeza en este instante? —insistió la señora Breedlove.

Volvieron a la cocina y, mientras ella removía la ensalada en un gran cuenco de madera, Christine respondió midiendo las palabras:

—Estaba pensando en lo impresionadas que se muestran las Fern por la reputación de mi padre. La señorita Burgess afirma que me parezco mucho a él, a pesar de que nunca lo vio en persona sino únicamente en fotografías.

La señora Breedlove dijo con voz vacilante:

—Tengo que decir que se trata de una asociación inesperada. No alcanzo a comprenderla.

Achinó los ojos, frunció los labios y escuchó con expresión ausente la conversación que se desarrollaba en el salón. Según las anotaciones de Reggie Tasker, la enfermera Dennison regresó con sus regalos y le preparó de inmediato un refresco de naranja a su sobrina Shirley. Durante la siguiente hora observó las convulsiones de la niña con extrema preocupación; al rato, tal vez porque la resistencia de la chiquilla parecía a punto de dar al traste con las intenciones de su tía, la enfermera Dennison dijo que, en su opinión, lo que le vendría bien a la pequeña Shirley eran un par de sorbos más del refresco de naranja; con toda seguridad, eso asentaría su estómago y le devolvería su acostumbrada vivacidad. Le tendió el vaso y Shirley, una niña dulce y obediente, bebió por seguir la recomendación de su tía.

—Bueno, entonces ¿cuál es su segunda asociación? —insistió la señora Breedlove—. Quizás su segunda asociación sea más clara.

—Es incluso más estúpida —contestó Christine. Durante un instante le dio vueltas a su pasado mentalmente y, luego dijo de manera impulsiva—: Siempre he tenido la impresión de que era adoptada, de que los Bravo no eran de verdad mis padres. Una vez se lo pregunté a mi madre (fue en Chicago, mi último año de instituto), pero comenzó a replicar: «¿Con quién has hablado? ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?». El asunto la molestó tanto que no volví a traerlo a colación jamás.

—¡Ay, mi pobre muchacha ingenua! ¿No sabe usted que eso del niño cambiado en la cuna es una de las fantasías más comunes durante la infancia? En su momento, yo estaba convencida de que era una niña abandonada de sangre real (de los Plantagenet, me parece). No sé cómo terminé en el portal de la casa de mis padres, pero lo tenía todo bastante claro a los cinco años. Sencillamente, los mitos y el folclore de la gente abundan en esta clase de fantasías.

Su risa se desvaneció de súbito. En medio de ese silencio, la voz de Reginald Tasker les llegó de nuevo. Después de que la niña aceptase su segunda dosis de arsénico y quedase claro que ya no iba a recuperarse, la enfermera Dennison anunció que tenía que volver sin más dilación al pueblo para ocuparse de un asunto personal. Dicho recado, como se supo más tarde, consistía en una visita al agente a quien había contratado la más baja de las pólizas, la que atañía a la vida de su sobrina; no había pagado la cuota anual y aquel día en concreto vencía el plazo. Pagó la cuota a tiempo y cenó con la seguridad de que acababa de rematar un gran negocio. No le cabía duda de que la niña no llegaría a la medianoche, y estaba en lo cierto, porque la chiquilla murió a eso de las ocho, dejando activadas ambas pólizas.

La señora Breedlove, que había estado escuchando mientras asentía con la cabeza ocasionalmente, dijo que, en su opinión, Reginald Tasker no era nada malo en su especialidad. Desde luego, no creía que le llegara ni a la suela del zapato a un psiquiatra intuitivo como el doctor Wertham; ni siquiera pretendía igualarlo a profesionales como Bolitho o Rougehead, pero sus mejores trabajos poseían un rasgo de ironía compasiva que lo distinguía y hacía que destacase en su ámbito. Llegados a este punto, terminaron con sus preparaciones para el almuerzo. La señora Breedlove y Christine se sentaron con los hombres en el salón. Cada uno tomó un cóctel y Monica, con sus expertos tobillos cruzados firmemente uno sobre otro, dijo:

—¿No se os ocurre otro tema de conversación?

—Cuando dice «otro tema» se refiere a «sexo» —puntualizó Emory.

Se volvió hacia Christine en busca de complicidad, pero ella se limitó a sonreírle y bajó la mirada mientras sus pensamientos se dirigían de nuevo a su pasado. Eran detalles poco claros, borrosos, que le habían supuesto quebraderos de cabeza durante la infancia, incluso cuando era más feliz; estaba aquel recuerdo incompleto de cierto suceso espantoso que jamás había llegado a comprender, ni siquiera en el momento en que tuvo lugar, pero se trataba de cosas tan indefinidas y lejanas que en su memoria existían más como una sensación de temor irracional que como certidumbres. Suspiró, se apartó el pelo de la cara y pensó: «Creo que una vez viví en una granja quién sabe dónde, y que tenía hermanos y hermanas con los que jugaba».

Monica proyectó la mandíbula hacia adelante y a continuación, con gesto repentino y espasmódico, lanzó la cabeza a su izquierda como si mantuviese en equilibrio una piedrecita sobre su barbilla y se afanase por echarla por encima del hombro.

—Hoy mi tic me está matando —dijo—. No sé por qué, ni idea. —Encendió un cigarrillo y continuó—. Hablé con el doctor Kettlebaum sobre mi tic y sobre cómo deshacerme de él, pero me echó una mirada sorprendida y soltó: «Pero, querida, es un gesto tan juvenil y curioso... ¿Por qué no lo deja como está?».

—Menudo debía ser ese doctor Kettlebaum —intervino Emory.

Monica asintió con calma. El doctor Kettlebaum había sido un hombre sabio y útil, dijo con sus ojos castaños anegados por una luminosidad. Desde luego, habría comprendido al instante los intentos de su hermano y de Reginald Tasker por transformar su violencia inconsciente en algo socialmente más aceptable: lo raro era que ninguno de los dos se hubiese convertido en cirujano, lo que habría sido mucho más sugestivo que leer y escribir historias de asesinatos. Había reflexionado sobre estos asuntos anteriormente y había llegado a la conclusión de que cuanto más intenso es el impulso, más debe uno resistirse a ese impulso si quiere sobrevivir como animal social.

Se levantó para entornar la persiana veneciana y Reginald, que la conocía de toda la vida, la miró con horrible lascivia y pellizcó sus rotundas nalgas. Al instante, Monica se transformó en un vendaval de alegría y sus carcajadas resonaron por todo el apartamento. Le sirvió otro cóctel y, tras aceptarlo, Tasker desplegó el resto de detalles con rapidez.

A la niña habían terminado por llevarla a un hospital, pero ya no se pudo hacer nada para evitar su muerte. Al verla en aquel estado, los médicos pidieron que se practicara una autopsia y encontraron el arsénico enseguida. Christine volvió a taparse los oídos. Pensó: «Soy muy vulnerable. No tengo ninguna presencia de ánimo». Soltó una risa nerviosa y dijo:

—¡Ay, por favor! ¡Por favor!

Reginald se rio con ella, le dio una palmadita compasiva en el hombro y agregó que, en su opinión, el caso estaba destinado a convertirse en un clásico en su género. Para empezar, estaba el previsor cálculo de la enfermera Dennison sobre el pago de la cuota atrasada, una circunstancia que le daba a todo el asunto el espantoso matiz que necesitaba; por otro lado, teníamos uno de esos añadidos inconscientemente humorísticos que parecen distinguir al crimen clásico del crimen menor, dado que tras la autopsia, cuando se la declaró culpable y confesó, la enfermera Dennison, en un instante de contrición, declaró que se arrepentía de haber envenenado a su sobrina como de nada en su vida, lloró y dijo que, de haber sabido que era posible encontrar

una pizca tan insignificante de arsénico, jamás habría hecho algo tan horrible...

A las dos y media, una vez terminaron de comer, Reginald dijo que tenía que marcharse, y mientras las mujeres se dirigían a la cocina Emory encendió la radio para escuchar las noticias de las tres. El locutor hablaba con vivacidad de la previsión meteorológica para los próximos días, luego, bajando la voz, prosiguió en tono grave: «Me han pedido que anuncie que uno de los niños de la salida anual de la Fern Grammar School se ha ahogado en la bahía esta tarde. El nombre de la víctima no se nos ha comunicado, ya que aún no se ha notificado el accidente a los padres. Esperamos recibir más detalles del trágico suceso de un momento a otro».

La señora Breedlove y Christine volvieron al salón de inmediato y se plantaron angustiadas junto a la radio.

—No ha sido Rhoda —dijo la señora Breedlove con convicción—. Rhoda es una niña demasiado autónoma. —Rodeó con su brazo la cintura de Christine y continuó—: Ha sido alguien más como yo de pequeña. Algún niño tímido y aturullado de los que se asustan de su propia sombra, como yo, y sin ninguna confianza. Eso no le pega a Rhoda.

Poco después, hacia el final de la emisión, el locutor volvió a la tragedia local; ahora estaba autorizado a decir que la víctima era Claude Daigle, hijo único del señor Dwight Daigle y esposa, de la calle Willow número 126. Añadió detalles a la historia. En la propiedad de las Fern existía un viejo embarcadero desde hacía mucho tiempo en desuso; cómo había llegado hasta allí el niño era un misterio, ya que se les había advertido expresamente que no fueran a aquel lugar; pero, a todas luces, se las había ingeniado de alguna manera, porque allí encontraron su cuerpo, encajado entre los pilotes, tras pasar lista durante la hora del almuerzo y notar su ausencia. El descubrimiento lo había hecho uno de los guardas, que sacó el cadáver del agua y le hizo la respiración artificial. Uno de los datos misteriosos del suceso era que en la frente y en las manos del chico se percibían heridas, aunque se daba por hecho que tales marcas se habían producido como resultado del impacto del cuerpo contra los pilotes.

Christine exclamó:

—¡Pobre niño! ¡Pobre criatura!

El locutor continuó. «Pocos días antes, el pequeño Daigle había ganado una medalla de oro durante la ceremonia de clausura del curso en el colegio Fern. La última vez que se le vio la llevaba puesta, pero cuando se encontró el cuerpo, la medalla había desaparecido. Se da por hecho que se habría

desprendido de su camisa de algún modo, pero no ha sido posible localizarla pese a haberse rastreado el fondo del río».

Christine se dirigió a su apartamento de inmediato. Tenía la esperanza de que su hija no hubiese visto cómo depositaban el cuerpo en la orilla ni los esfuerzos de los guardas por reanimarlo. Si la niña llegase aterrorizada o traumatizada quería estar ahí en la puerta para consolarla. Rhoda no era una niña sensible —y, desde luego, tampoco estaba dotada de una gran imaginación—, pero la inevitabilidad de la muerte, pensó, si esta noción irrumpía tan repentinamente, sin una preparación adecuada, era posible que causase un sobresalto incluso a la persona más entera; sin embargo, cuando la niña llegó al rato, se mostró tan sosegada y despreocupada como por la mañana. Entró con no poca naturalidad, pidió un vaso de leche y un sándwich de mantequilla de cacahuete con tal desparpajo que la madre se preguntó si habría comprendido bien lo sucedido. Se lo preguntó con voz serena y cariñosa y Rhoda respondió que sí, que lo sabía todo, que de hecho había sido ella quien sugirió a los guardas que buscaran entre los pilotes. Estuvo presente cuando sacaron el cuerpo del agua; vio cómo lo tendían en el césped.

Christine rodeó con sus brazos a la impasible niña y dijo:

—Tienes que intentar sacarte esas imágenes de la cabeza. No quiero que estés asustada ni preocupada por nada. Estas cosas pasan y tenemos que aceptarlas.

Rhoda, soportando con paciencia el abrazo materno, respondió en tono sorprendido que no se sentía lo más mínimamente angustiada. El hallazgo del cuerpo le había resultado emocionante, y los esfuerzos por resucitarlo, dado que jamás había visto una cosa así antes, le habían parecido tremendamente interesantes. Christine pensó: «Es tan fría, tan insolidaria en lo relativo a cosas que no tienen que ver con ella...». Eso era lo que nunca había sido capaz de comprender; era algo que les había hecho sonreír a Kenneth y a ella, y a lo que se habían referido entre ellos como «la reacción rhodesca»; pero esta vez sintió una incomodidad, una depresión que no lograba definir ni encajar en ningún otro esquema de realidad conocido.

Rhoda se apartó de su madre. Fue a su cuarto y se concentró en su puzle. Al poco entró Christine y colocó el sándwich y la leche en una mesa. Su rostro seguía asombrado, las cejas todavía un tanto alzadas.

—En cualquier caso, se trata de algo triste de recordar y de haber presenciado. —Besó a la niña en la coronilla y prosiguió—: Entiendo cómo te sientes realmente, cariño.

Rhoda encajó una pieza del puzle sobre el tablero en el lugar correcto; luego, alzando la mirada, dijo extrañada:

—No sé de qué hablas, madre. No me siento de ninguna manera.

Christine suspiró y regresó al salón. Intentó leer, pero era incapaz de concentrarse; entonces Rhoda, como si percibiese, aun levemente, que había cometido alguna equivocación, había hecho algo que, por bien que constituyese para ella algo incomprensible, había causado un profundo disgusto a su madre, dejó su puzle y se acercó a la silla de Christine y le dedicó su encantadora y vacilante sonrisa, con la súbita aparición de su hoyuelo. Restregó su mejilla contra la de la madre en una calculada simulación de afecto, rio coquetamente y se retiró.

«Tiene que haber hecho una diablura —pensó Christine—, una buena diablura, si se toma tantas molestias para tranquilizarme».

Entonces le pareció que su niña, como si acabase de descubrir algún factor físico o espiritual que la separaba del resto de las personas que la rodeaban, estaba intentando ocultar esa diferencia imitando el comportamiento de los demás; pero, puesto que no existía en su corazón nada espontáneo que la guiara, no podía más que reflexionar, debatir, experimentar y sentir sigilosamente a su manera a través del comportamiento y las mentes de sus modelos.

Volvió a acercarse a la madre, emitió un ruido ávido con la boca y la besó en los labios, algo que no acostumbraba a hacer sin que se lo pidiesen. Luego, con los ojos entornados, echando la cabeza atrás como si quisiese dedicarle una última mirada afectuosa, dijo:

—¿Qué me das si te doy una cesta de besos?

Se trataba de un juego al que algunas veces jugaba con su padre, y Christine, que se sabía bien las reglas, sintiendo que la inundaba una ola de ternura y compasión, acogió entre sus brazos a la chiquilla y respondió como se esperaba de ella:

—Te doy una cesta de abrazos.

Un rato después, cuando se aburrió del puzle, Rhoda sacó sus patines y dijo que le apetecía ir al parque. Su madre le dio permiso y no habían pasado más de unos minutos cuando oyó la voz analfabeta y recriminadora de Leroy, y fue de inmediato hasta la ventana de la cocina. El hombre decía:

—¿Cómo se te ocurre andar patinando por ahí y divirtiéndote mientras tu pobre compañero de clase aún no se ha secado después de ahogarse en la bahía? Me parece que lo suyo sería que estuvieses en tu casa llorando sin parar; o eso, o en la iglesia para encender una vela por su alma.

Rhoda miró fijamente al hombre pero no le contestó. Avanzó en dirección al parque y se quedó allí tanteando las pesadas puertas de acero; pero Leroy no tenía intención de dejarla en paz. Fue detrás de ella y continuó:

—Yo diría que ni siquiera te importa lo que le ha pasado a ese niño.

Rhoda, saliendo un momento de su perpetua calma, balanceó sus patines adelante y atrás y respondió:

—¿Por qué debería importarme? Ha sido Claude Daigle el que se ha ahogado, no yo.

Leroy sacudió la cabeza, sonrió con semblante sardónico y se alejó. Ya era casi la hora de marcharse, así que emprendió mecánicamente las pequeñas tareas que requerían de su atención antes de que terminase el día con las palabras de la niña resonando todavía en su cerebro. Barrió el patio y se aseguró de que la puerta del sótano estuviese bien cerrada, y mientras se ocupaba de ello, se iba repitiendo, imitando tan bien como podía la voz de la chiquilla: «¿Por qué debería importarme? Ha sido Claude Daigle el que se ha ahogado, no yo». Desde luego, ¡menuda pieza, aquella Rhoda! ¡A la pequeña Rhoda le importaba un comino todo el mundo, incluso su preciosidad de madre! ¡Esta Rhoda era una chiquilla malvada, y él sabía bien lo que decía! ¡Esta Rhoda era igual que él en muchos aspectos; nadie podía poner la mano en el fuego por ella y nadie podía poner la mano en el fuego por él! Eso seguro. Podías apostar lo que...

Leroy vivía en la calle General Jackson, a tres kilómetros largos de donde trabajaba, en una casa de madera sin pintar, con su mujer Thelma y sus tres niños delgaduchos y gritones. La casa estaba construida en un terreno por debajo del nivel de la calle, así que cuando llovía el agua se estancaba en un gran charco bajo la vivienda. Pegadas al porche, Thelma había fabricado jardineras con botellas de cerveza clavadas en la tierra, pero el terreno era demasiado húmedo y el gran sicomoro y el arbusto florecido de la altea arrojaban demasiada sombra sobre el extremo del porche, de manera que no parecía que nada brotase debidamente.

Aquella noche, antes de cenar, se sentó en el porche con su esposa, los pies apoyados en la barandilla desvencijada. De repente comenzó a explicarle lo de la muerte del pequeño Daigle, pero Thelma dio unas palmadas para matar algún mosquito, bostezó y le dijo:

—No te molestes en contármelo. Lo he escuchado en la radio.

Luego, como si sus palabras le hubiesen hecho acordarse de algo, como si el silencio fuese algo que no era capaz de soportar, entró en casa, encendió la

radio y buscó uno de los programas de baile que tanto le gustaban. Al volver al porche, Leroy le imprecó:

—¡La madre de Dios! ¿Puedes bajar un poco ese trasto? ¿Es que uno no puede estar tranquilo ni en su propia casa?

—Me gusta así. Me gusta poner la música alta.

Era una mujer grandota y vulgar, con una cara inexpresiva de pepona, y mientras se sentaba de nuevo en su mecedora, dijo malhumorada:

—Deja de escupir a las petunias. Ya me ha costado bastante que crezcan algo. Si tienes que escupir, siéntate en los escalones.

Él se trasladó a los escalones refunfuñando un poco. Luego, como si olvidase por un instante que su público actual no era del tipo que se dejaba impresionar con sus cuentos sobre la injusticia, comenzó:

—Tómala conmigo. Tómala conmigo y humíllame como hace todo el mundo. Estoy acostumbrado. Ya sé que no soy más que un pobre campesino.

—Mira, Leroy —dijo Thelma pacientemente—. No me vengas con tus trolas porque te veo venir. Tú no has sido campesino en tu vida, ni siquiera has vivido en el campo como yo de niña. Tu padre tampoco era campesino. Tu padre era estibador, y lo sabes tan bien como yo. Y tu padre, además, juntó un buen puñado de dinero. Nadie se moría de hambre ni le faltaba de nada en su casa. Es una lástima que no seas como él.

—No tuve la oportunidad. No tuve oportunidad de lograr nada.

—Tuviste oportunidades. Tuviste un montón de oportunidades. Eres un gandul.

Se abanicó con desánimo y tironeó de los bordados de su vestido; luego, estirando las piernas contra la balaustrada, siguió reprendiéndole por su gandulería, sus mentiras y su resistencia a adular a gente que podría echarle una mano, mientras su tono de voz se alzaba por encima del volumen de la radio. Su manera de actuar, su manera de ofender a la gente, era de lo más estúpido. No era de extrañar que lo echasen continuamente de los trabajos que conseguía. Por ejemplo, ella conocía a algunas de las personas del edificio Florabelle a quienes él siempre estaba menospreciando y no eran para nada como él los describía... Esa señora Breedlove, por ejemplo, era una mujer verdaderamente amable y jovial, y además tenía un gran corazón. A lo mejor si empezaba a comportarse bien con la gente en lugar de estar todo el día quejándose, a lo mejor si...

Entonces, en medio de una frase, dijo rápidamente, como si la aburriese su propio sermón:

—¿Y si me tomo una cerveza antes de ponerme a hacer la cena?

Fue a coger la cerveza y se la llevó al porche. Aún no había oscurecido, y los niños estaban jugando en el jardín a algo que parecía requerir de un gran despliegue de gritos y forcejeo. Sus voces interferían con la música, así que Thelma entró de nuevo en la casa y subió un poco más el volumen del aparato.

—¡La madre de Dios! —exclamó Leroy dándole el último trago a su cerveza—. ¿Es que uno no puede disfrutar de un poco de tranquilidad ni en su propia casa? Como coja a esos críos les voy a dar una buena zurra.

—Pero no los vas a coger —replicó Thelma con placidez—. Esos críos corren demasiado para ti.

Fue entonces cuando Leroy repitió el comentario de Rhoda sobre la muerte del pequeño Daigle, y Thelma, soltando una risita, lanzó a la calle su lata vacía por encima de la verja. Se levantó de la silla, se tiró del vestido para despegarlo de sus sudorosas nalgas y dijo:

—Me parece una cucada de comentario.

—Es una chiquilla muy mala. No me he topado a una chiquilla más mala en lo que llevo de vida.

Sacó su pipa, la encendió y fumó en silencio, pensando en cómo el resto de niños que jugaban en el parque (los otros, los que no eran malos) le tenían todos miedo, que era exactamente lo que él quería. Podía hacer que saltasen y saliesen disparados con solo pegarles un berrido; podía incluso hacer que las niñas llorasen y corriesen a quejarse de él a sus madres, aunque siempre se había librado de las consecuencias mostrándose luego humilde y diciendo que aquello no era como lo estaban contando, o que la niña en cuestión se estaba portando mal (pisoteando las flores, o tratando de sacar pececillos del estanque de los nenúfares). Sin embargo, a la pequeña Rhoda Penmark no la imponía en absoluto..., por lo menos, no hasta el momento. Pero que le diesen tiempo y ya verían. Que le diesen un poco de tiempo y ya haría que saltase y huyese de él como el resto. Se rio entre dientes ante la perspectiva de aquel día triunfal, y luego, desafiante, escupió de nuevo en las jardineras de su mujer.

Thelma, mientras mataba mosquitos con su paipay, dijo:

—Tu padre estuvo ganando dinero durante toda su vida. Y contribuía a base de bien. Eso sí lo puedo decir, y no me duelen prendas.

—La pequeña Rhoda Penmark es una chiquilla muy mala —insistió Leroy en voz alta—. Ahora, de una cosa puedes estar segura: no va por ahí chismorreando. Si sucede algo, queda entre ella y yo.

—Escúchame bien: deja en paz a esa chiquilla. ¿Me oyes, Leroy? Te vas a buscar un lío si no dejas de entrometerte en los asuntos de esos ricachones y sus hijos. Te lo advierto, te vas a ver en un buen lío.

—No le hago nada; si acaso chincharla y burlarme un poco de ella.

—Te estoy avisando —dijo Thelma—. Solo te aviso.

Se levantó de la silla, llamó a los niños y entró en la cocina para preparar la cena, pero Leroy se quedó en los escalones un rato fumándose la pipa y pensando en la pequeña de los Penmark. Le habría sorprendido descubrir que, en cierto modo, estaba enamorado de la niña, y que la persecución a la que la sometía, toda aquella fastidiosa preocupación por cada cosa que hacía, formaba parte de un perverso y atemorizado cortejo.

Aquella noche, después de cenar, Christine se dirigió a la casa de los Daigle en la calle Willow sin un propósito claro. Cuando subió los escalones aún no había oscurecido demasiado. El cielo era de un azul ligeramente oscuro, alterado solo por las primeras estrellas en el horizonte. Le abrió la puerta el señor Daigle. Era una copia a mayor escala de su hijo; tenía la misma frente pálida y recubierta de venillas azules, la misma mandíbula prominente con el labio inferior sobresaliendo. La mano que le tendió a Christine era fría y húmeda. Ella se presentó por su nombre y le explicó su cometido; deseaba darles el pésame y preguntarles si podía hacer algo por ellos; el hombre respondió con voz temblorosa a su pesar:

—Cualquiera que conociese a nuestro hijo es bienvenido a esta casa. —Luego, terminando de abrir la puerta, añadió—: Es usted la primera en presentarse. No somos grandes conversadores y no tenemos demasiados amigos.

El salón tenía ese aspecto del mal gusto caro. Había cuentas y lazos por todas partes. Todo estaba mal conjuntado, pensó, los muebles, los colores, los cuadros; incluso la gran alfombra oriental ofendía a la vista de algún modo. El señor Daigle se excusó:

—Tiene que perdonarnos por el aspecto de la casa. Acabamos de volver del tanatorio. Está todo un poco desordenado y le falta el toque de la señora Daigle.

A continuación, allí plantado junto a la visitante, añadió:

—Tiene que hablar con mi esposa. Quizás algo de lo que usted diga... Tal vez, de alguna manera, usted pueda... —Llamó a la puerta del cuarto de su

mujer susurrando—: ¡Hortense! Tenemos visita. Es alguien que conocía a Claude. Su niña era compañera de clase y estaba con él en el pícnic.

Se apartó en silencio y la señora Daigle se incorporó en el sofá en el que estaba estirada. Tenía el pelo alborotado, los ojos rojos e hinchados, se la veía un poco drogada aún por los sedantes que le habían administrado.

—No es verdad que Claude fuese apocado y le faltase confianza en sí mismo, como han dicho algunos. No digo que fuese un chico activo y agresivo, porque eso tampoco sería cierto. Lo que quiero decir es que se trataba de un chico sensible, un niño con sensibilidad artística, realmente. Me gustaría enseñarle algunos de los cuadros de flores que pintaba tan bien, pero es demasiado pronto para volver a mirarlos.

Rompió en sollozos y escondió la cara en un almohadón. Christine se sentó a su lado y tomó la mano regordeta y arrugada de la señora Daigle entre las suyas, apretándola compasivamente.

—Estábamos tan unidos —continuó la madre de Claude—. Solía decir que yo era su amorcito y me rodeaba el cuello con sus bracitos y me contaba todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Se detuvo, incapaz de seguir hablando, y al poco retomó la palabra:

—No sé por qué no encontraron la medalla. Estoy segura de que no buscaron bien. Era lo único que había ganado en su vida, así que para él tenía muchísimo valor. —Luego, como si la pérdida de la medalla fuese más terrible que la pérdida de su hijo, se deshizo en llanto, su cara pálida y abotargada, el cabello cayéndole lacio sobre los ojos. Cuando pudo volver a hablar, prosiguió—: Algunos han dicho que la medalla pudo desprendérsele de la camisa y hundirse en la arena, pero, como le he dicho a mi marido, no lo creo. No me explico cómo iba a desprenderse la medalla por sí sola. Yo misma se la prendí, y el cierre era firme y ajustado.

Se limpió la cara con una toalla húmeda y Christine dijo en medio del silencio:

—Lo sé. Lo sé muy bien.

—Sencillamente, no la han buscado como Dios manda —afirmó la señora Daigle—. Han dicho que han mirado de arriba abajo, pero yo les he pedido que vuelvan y busquen de nuevo. Teníamos un vínculo tan maravilloso. Estábamos tan unidos. Él decía que yo era su único amor y que se iba a casar conmigo cuando se hiciese mayor. Me obedecía en todo. No iba ni a la vuelta de la esquina sin pedirme permiso. Él habría querido que lo enterrasen con su medalla. No hace falta que nadie me lo haya dicho para saberlo. Quiero hacer

todo lo posible por que esté en paz... ¿Usted podría pedirle a los hombres que, por favor, vuelvan a buscar la medalla?

Cuatro

Cuando Christine regresó a casa, Rhoda estaba encaramada a una de las grandes sillas estudiando su lección del día siguiente para la catequesis, silabeando a media voz el texto a medida que leía. Cada domingo iba con las chicas de los Truby, que vivían enfrente, a la iglesia presbiteriana de la calle Lowell; era una entusiasta de los estudios y también constante en la asistencia. Su maestra, la señorita Belle Blackwell, era partidaria de animar a sus pupilos tanto en la asistencia a clase como en la seriedad del propósito de cada alumno por medio de una serie de pequeñas recompensas. Cada vez que un niño llegaba puntualmente al aula de la escuela dominical al sonar la segunda campana y se sabía la lección impresa en el reverso de la tarjeta ilustrada que se les había repartido el domingo anterior, le prestaba aquella tarjeta por un tiempo con una mariposa dorada que pegaba en la misma como prueba de devoción y diligencia. Cuando un niño reunía doce de aquellas tarjetas con sus doce mariposas doradas, se le entregaba a cambio «un bonito e instructivo premio».

La lección de aquel domingo en particular versaba sobre uno de los preceptos más sangrientos del Antiguo Testamento; se centraba en la condena y aún más cruenta destrucción de aquellos que habían sido incapaces o que se habían resistido a seguir ciegamente algún principio político hebreo de la época; y cuando Christine se sentó al lado de su hija bajo la lámpara, con el pensamiento aún fijo en el sufrimiento de los Daigle, Rhoda le tendió la tarjeta de la que la examinarían al día siguiente y le pidió a su madre que le preguntase. Christine leyó el texto lentamente, sacudió la cabeza y pensó: «¿Es que no hay más que violencia por todas partes? ¿No existe la paz verdadera en ningún lugar de este mundo?». Se preguntó si era bueno que le enseñasen aquellas cosas a su hija, pero con un suspiro por toda protesta, al reflexionar que los otros sabían desde luego mucho más que ella sobre asuntos de fe, interrogó a su hija sobre lo que se la requería. Rhoda se había aprendido bien la lección y, dedicándole su encantadora sonrisa, asintió triunfalmente, fue a abrir su caja de tesoros y volvió con las once tarjetas con sendas mariposas doradas que llevaba ganadas hasta el momento.

—Estoy segura de que mañana me ganaré un premio. Estoy segurísima.

—¿Qué crees que será? ¿Será algo bonito?

—Supongo que será un libro —respondió Rhoda—. La señorita Belle casi siempre regala un libro que sirve para desarrollar nuestra mente.

La perspectiva de la posesión se traslucía ya en su rostro; juntó las tarjetas y las devolvió a su sitio en el cajón de su cómoda.

Poco después, la señora Penmark leyó el periódico de la tarde y se fue temprano a la cama; pero le costó dormirse, porque el rostro de Hortense Daigle surcado de lágrimas y desmoronándose aparecía una y otra vez ante sus ojos en medio de la oscuridad; luego, por fin, consiguió dormirse y tuvo un sueño que la turbó, aunque al día siguiente no fue capaz de recordarlo. Se levantó más pronto que de costumbre para ser domingo con el cristalino y triunfal tañido de las campanas de la iglesia resonando en los oídos y preparó el desayuno.

Avanzado el día, Rhoda volvió de la iglesia con su premio bajo el brazo; se trataba de un ejemplar de *Elsie Dinsmore*; se fue directa al parque, abrió el libro y comenzó a leer con avidez, como si esperase encontrar en él la comprensión de los asombrosos principios que observaba en los demás; principios, a pesar de sus esfuerzos por imitarlos, de los que curiosamente carecía. Pero al rato se aburrió del libro y regresó a la casa; se sentó al piano para practicar sus escalas. Su profesora afirmaba que apenas poseía aptitudes musicales, en sentido estricto: sus únicos dones eran la paciencia y la perseverancia. Pero algún día tocaría de manera aceptable, con más precisión, tal vez, que los niños con talento.

Al mediodía, la vieja señora Forsythe, que vivía al otro lado del vestíbulo, les trajo una bandeja con tartitas de merengue de limón recién horneadas. Sabía que a menudo una mujer no está de humor para prepararse o prepararle a sus hijos, sobre todo si se trataba de una niña y mientras el cabeza de familia estaba fuera, aquella clase de caprichos extra, y se le había ocurrido que quizás a Christine y a Rhoda les apetecería comerlas con el almuerzo, aprovechando que le habían quedado bastante bien. Además, hacía un día precioso, de modo que si la señora Penmark tenía pensado salir, ella estaría encantada de vigilar a Rhoda. No sería ninguna molestia, la verdad, porque sus nietos venían a visitarla aquella tarde y uno más apenas se notaría.

La señora Penmark, truncada por un instante la cadena deprimente de sus pensamientos, se inclinó impulsivamente y besó a la anciana en la frente. Y la señora Forsythe, de vuelta a su apartamento, le dijo quedamente a su marido:

—Christine es una mujer muy cariñosa y agradable. Da gusto tenerla de vecina.

El funeral del pequeño Daigle se celebró el lunes, y en el periódico de la tarde apareció un relato de la ceremonia. La tumba había sido «inundada de ofrendas florales», pero la ofrenda más imponente la aportaron los niños de colegio Fern de primaria, al que asistía el difunto; cada uno de sus compañeros de clase había hecho su contribución a un hermoso manto de gardenias que primero se había extendido sobre el ataúd y después sobre la propia tumba.

La señora Penmark plegó el periódico y lo dejó sobre la mesa del vestíbulo pensando que era extraño que nadie le hubiese pedido a Rhoda una contribución. Se preguntó si se trataría de un descuido premeditado y luego reflexionó: «Le estoy prestando demasiada atención a esto. No hay ninguna intención oculta». Tal vez una de las Fern había telefoneado mientras ella estaba fuera, aunque no parecía probable; tal vez el nombre de Rhoda no figuraba en la lista por error. Tal vez...

Resolvió ignorar el desliz, a pesar de que las implicaciones eran un tanto dolorosas, y, dando media vuelta, se dijo que no haría alusión al asunto, ni siquiera ante Monica y Emory. Aquella misma tarde decidió salir de compras y, en compañía de Rhoda, fue en coche hasta el pueblo. Escogió un camisón color azul celeste para ella y compró tela para la ropa de otoño de su hija, pero cuando estuvieron de regreso y la niña patinaba en el parque, al final del paseo y alrededor del camino de cemento que rodeaba el estanque de los nenúfares, seguía sin poder sacarse aquel asunto de la cabeza, así que marcó el número de teléfono del colegio Fern sin pensárselo dos veces.

Contestó la señorita Octavia, y Christine dijo:

—He estado leyendo lo del funeral del pequeño Daigle y el hermoso manto de gardenias que los niños le han enviado. Lo siento, no estaba en casa cuando han llamado para la aportación de Rhoda.

Durante un instante no hubo respuesta; casi podía sentir el azoramiento de la señorita Fern al otro lado del aparato; pero finalmente la mujer dijo en un tono apenas audible:

—Hay tantos niños en el colegio... El manto no ha sido ni de lejos tan caro como parece creer el periódico. Por favor, no se preocupe. El dinero ya se ha recogido y las flores están pagadas.

—¿Me llamó usted a propósito de las flores? —preguntó Christine—. Si no es así, me parece que debería saberlo.

La señorita Fern, en tono suave y apaciguador, respondió:

—No, querida, no la telefoneamos. Mis hermanas y yo convinimos en que sería mejor no hacerlo.

—¡Ya veo! —Christine esperó un momento y continuó—: ¿Se ha dejado a algún otro niño fuera o soy la única a la que no han telefoneado?

—Mis hermanas y yo creímos que usted preferiría enviar flores por su cuenta —dijo la señorita Fern. Se detuvo de nuevo, como si le diese forma a sus palabras con el mayor de los cuidados, y prosiguió con una voz que no afectaba convicción alguna—: No se puede decir que lleve usted mucho tiempo por aquí; este es el primer curso de Rhoda con nosotros, como sabe.

—Ya veo. Ya veo. —Luego añadió con suavidad—: Pero ¿por qué supusieron que preferiríamos enviar flores por nuestra cuenta? Rhoda no se llevaba bien con el chico, y mi marido y yo ni siquiera conocemos a los Daigle.

—No lo sé, querida. No podría responderle mejor ni aunque me fuese la vida en ello. —A continuación, como pidiendo clemencia, dijo tan rápidamente que su voz sonó casi como un susurro—: Tengo que dejarla. Tenemos invitados y les va a parecer raro todo esto.

La señora Penmark se retiró del teléfono con una arruga en su por lo habitual serena frente. Se dijo a sí misma que si había alusiones veladas, si había insinuaciones que su mente no lograba descifrar, eran absurdas y no tenían sentido alguno. Se dijo que se trataba de un simple despiste; ni siquiera haría alusión a ello cuando escribiese a su marido. Después de todo, se obligó a recordar, Kenneth tenía también sus propios problemas; y aquel, desde luego, no debería ser uno de ellos. Se sentó frente a su escritorio y le escribió una carta espléndida repleta de cotilleos sobre la gente que conocían; lo echaba de menos muchísimo, como siempre, pero le consolaba saber que les esperaban bastantes años en los que no estarían separados, años de paz y plenitud. Reiteró el hecho invariable de que lo amaba. «Voy a desterrar de mi mente el ahogamiento del pequeño Daigle y de todo lo relacionado con ello. Ha sido triste, una desgracia, pero, a fin de cuentas, ¿por qué me afecta tan profundamente?»

Una semana más tarde, la señora Penmark recibió una carta del colegio Fern. Se trataba de una breve misiva, respetuosa y directa al grano; en esencia le comunicaban que, para su desgracia, el colegio había descubierto que tenía todas las plazas ocupadas, el cupo completo, para el curso que comenzaba en septiembre, y que por lo tanto no les era posible encontrar un lugar para Rhoda. La abajo firmante estaba segura de que el señor y la señora Penmark no tendrían ningún problema en encontrar otro acomodo para su hija;

lamentándolo una vez más y con sus mejores deseos, cordialmente, Burgess Whitterspoon Fern.

Aquel día Christine anduvo de aquí para allá inquieta, con la nota constantemente en la cabeza. Por la tarde le enseñó la carta a la señora Breedlove para pedirle consejo. La señora Breedlove dijo:

—¡Con el paso de los años y por cuanto voy observando, cada vez entiendo menos la estrechez de miras de gente como las Fern! —Lanzó su piedrecilla por encima del hombro y continuó—: ¡Lo que sucede en realidad es que Rhoda es demasiado encantadora, demasiado avispada y demasiado asombrosa para ellas! No es como esos pequeños neuróticos bobos que creen todo lo que les dicen y son incapaces de emitir jamás un juicio propio. Rhoda se vale por sí misma y toma sus propias decisiones, debo añadir. Es una persona hecha y derecha. Hace que los demás parezcan estúpidos y vulgares por comparación. ¡Ese es el verdadero problema, se lo aseguro!

Se encendió un cigarrillo y durante aquella pausa la señora Penmark pensó: «Monica nos quiere mucho a Rhoda y a mí. Cuando alguien quiere tanto a alguien es incapaz de percibir sus defectos. Su lealtad es incondicional. Tengo suerte de tenerla como amiga».

La señora Breedlove apostilló:

—Yo que usted enviaría a Rhoda a la escuela pública el próximo curso; pero, si cree que no encontrará allí la compañía adecuada, podemos buscarle un profesor privado. En cualquier caso, yo me olvidaría del asunto por el momento. Ni siquiera contestaría a la insolente carta de Burgess Fern.

Pero Christine no pudo desembarazarse de la sensación de pánico que albergaba en su pecho, como si el incidente del colegio de Baltimore estuviese a punto de repetirse. Se dijo, para ganar seguridad: «No es lo mismo. Si fuese algo así, hace mucho que me lo habrían dicho». Sin embargo, se daba cuenta de que había cosas que se le escapaban, detalles que las Fern se guardaban, tal vez, y que no le habían sido transmitidos; así que tres días más tarde, como si se tratase de lo más natural, telefoneó al colegio y pidió una cita para aclarar el asunto con las hermanas.

La señorita Claudia la escoltó hasta el amplio salón de recibir y dijo, como haciéndole a Christine un reproche:

—Generalmente, por estas fechas estamos en Benedict, pero la muerte del pequeño Daigle ha dado al traste con nuestro verano.

—No pienso volver allí —declaró Octavia con firmeza—. Para mí ese sitio ya se ha echado a perder.

Tocó una campanita y casi al instante apareció una criada trayendo té, pan y mantequilla. Una vez a solas de nuevo, Christine dijo, demasiado bruscamente a su pesar, que no podía sacarse de la cabeza la idea de que la muerte del chico y la expulsión de Rhoda estaban relacionadas de alguna manera. El asunto la turbaba y deseaba que le diesen una explicación franca sobre si aquello era cierto o no.

—Pero ¿por qué piensa que existe relación entre ambos sucesos? —preguntó la señorita Octavia remilgadamente—. Estoy segura de que ni mis hermanas ni yo hemos insinuado tal cosa.

—Entonces ¿debo dar por sentado que nada tienen que ver una cosa y la otra?

La señorita Octavia le dio un sorbo a su té y dijo que aquella era una situación que había deseado evitar a toda costa. No veía en qué podía beneficiarlas ni de qué podía servirles debatirla más en profundidad, pero dado que la señora Penmark traía a colación el asunto y quería oír la verdad, se veía obligada a confesar que existía una relación, una bien clara, entre las dos cosas.

La señorita Burgess intervino:

—Antes incluso de que los autobuses se pusieran en marcha, Rhoda ya estaba molestando al niño. No lo dejaba en paz. Se encaramaba por detrás a su asiento y lo acechaba con la mirada clavada en la medalla todo el rato. El chico que se había sentado con Claude acabó por levantarse y sentarse en otro lado, y al instante Rhoda ocupó su lugar. Pretendía que Claude se quitase la medalla para que ella se la cuidase, pero el niño la tapó con una mano y le contestó: «¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz!».

—Se puso tan pesada —interrumpió Claudia Fern— que al final tuve que agarrarla de un brazo y hacer que se sentase sola en la primera fila de asientos del autobús, junto al conductor: lo más lejos posible de Claude. Pero aun entonces giraba la cabeza y observaba la medalla sin descanso.

La señora Penmark suspiró y dijo:

—Lo cierto es que Rhoda es una niña agresiva, además de egoísta, eso está claro. Pero también el mundo en el que vivimos parece estar lleno de gente egoísta y agresiva. Mi marido y yo esperamos que con el tiempo vaya abandonando esta clase de comportamientos.

—Me temo que eso no es todo —replicó la señorita Burgess Fern—. Cuando llegamos a la bahía y el resto de niños gritaba y jugaba unos con otros, Rhoda no hacía más que perseguir al chico sin dejar de fastidiarlo. No decía ni una palabra, se limitaba a mirar fijamente la medalla hasta que al

final el niño, que era de natural nervioso y no demasiado fuerte, como sabemos, comenzó a temblar de tal manera que tuve que llamarlo y decirle que no le hiciese caso a Rhoda. Entonces hizo una cosa muy extraña en la que he pensado mucho desde el día de su muerte. Se quitó la medalla y me pidió que se la guardase hasta que terminase el pícnic.

—¿Y usted lo hizo? Tal vez, después de todo, la medalla no se perdió.

La señorita Octavia tocó la campanilla y pidió más agua caliente, y cuando la criada se hubo marchado, la señorita Burgess continuó:

—No, no hice lo que me pedía. Le volví a prender la medalla en la camisa y le dije que debía tener más confianza en sí mismo. Le recordé que la medalla le pertenecía a él y a nadie más. La había ganado de manera justa. Era suya. Tenía todo el derecho a llevarla. —Se acercó a la ventana y contempló el jardín al otro lado—. Llamé a Rhoda y hablé también con ella. Le dije que su comportamiento era de una grosería imperdonable y que distaba mucho de lo que esperábamos de nuestros alumnos.

La señorita Claudia tomó la palabra para proseguir el relato:

—Me acerqué a mis hermanas más o menos en aquel momento y le eché a su hija un discurso sobre educación y juego limpio; pero se me quedó mirando con esa expresión asombrada y calculadora que tan bien conocemos y no abrió la boca.

—No es una niña fácil de comprender —dijo Christine—. Supongo que no es de extrañar que nos hayamos equivocado con ella de algún modo.

—Tenía la esperanza de que mi charla le hubiese producido alguna impresión —siguió Claudia—, pero menos de una hora después una de nuestras alumnas más mayores se aproximó a Rhoda y al pequeño Daigle, que estaba a lo lejos, donde comenzaba la orilla. El chico estaba angustiado y lloraba, y Rhoda, frente a él, le impedía el paso. La chica mayor se quedó observando entre los árboles sin que ninguno de los dos la viese. Estaba a punto de intervenir cuando Rhoda empujó al chiquillo y trató de arrancarle la medalla; pero él la esquivó y corrió hacia la playa en dirección al viejo embarcadero donde lo encontrarían más tarde mientras ella lo seguía, aunque sin correr: caminaba tranquilamente, tomándose su tiempo, dijo la chica mayor.

—¿No se le ha pasado por la cabeza que tal vez esta chica que menciona no dijese la verdad?

—Eso es muy poco probable —replicó la señorita Claudia—. Se trata de una de las monitoras a las que habíamos encargado que vigilaran a los niños más pequeños; tiene casi quince años y lleva con nosotras desde la guardería.

A estas alturas conocemos su personalidad, y es intachable. No, señora Penmark: nos dijo lo que vio exactamente.

La señorita Octavia añadió:

—Un rato después (prácticamente alrededor de las doce) uno de los guardas vio regresar a Rhoda del embarcadero. Le gritó algo a modo de aviso y estuvo a punto de acercarse hasta ella, pero para entonces ya estaba en la playa de nuevo, así que decidió olvidarse del asunto, ya que dadas las circunstancias no parecía relevante.

Era cierto, prosiguió, que el guarda no la había identificado por su nombre; no se sabía el nombre de ninguno de los niños, de hecho, y a tal distancia tampoco podría haber identificado a nadie con exactitud ni aun en el caso de saber cómo se llamaba. Mencionó tan solo a una chica con un vestido rojo, y como Rhoda era la única chica que llevaba vestido aquel día, las hermanas habían supuesto que se refería a ella.

El viejo spaniel de la señorita Octavia entró y cruzó la sala tambaleándose. Ella lo cogió y se lo colocó en el regazo mientras el animal lanzaba débiles lengüetazos tratando de lamerle una mejilla.

—Como he dicho, el guarda vio a Rhoda en el embarcadero cerca del mediodía —continuó—. A la una en punto sonó la campana del almuerzo, y cuando terminamos de pasar lista faltaba Claude. Me parece que el resto ya lo habrá oído.

Christine respondió:

—Sí. Sí. Lo escuché en la radio. —Abrió y cerró el broche de su bolso, y luego, contra su voluntad, recordó el incidente que había tenido lugar en Baltimore el año anterior. Uno de los niños que vivía en el mismo bloque de apartamentos que ellos tenía un cachorro y Rhoda, al verlo, quiso uno. Compraron el perro que ella escogió, un pequeño terrier de pelo duro, contentos de ver que su hija mostraba por fin interés en algo que no fuese su persona. Al principio se la veía encantada con su mascota; se lo llevaba a todas partes, incluso se lo enseñaba a la gente que se cruzaba en el vestíbulo y presumía de lo que les había costado y de su pedigrí; pero con el paso del tiempo, cuando se dio cuenta de que se suponía que debía de ocuparse de su cuidado ella misma (Kenneth pensó que sería una excelente enseñanza, una lección tangible de responsabilidad y bondad), cuando descubrió que tenía que alimentarlo y sacarlo a pasear aun cuando ello interfiriese con sus lecturas, sus puzles o sus prácticas de piano, el perro se las ingenió para caerse por la ventana al patio de la casa.

Christine oyó los gañidos de agonía del animal y, al entrar en el dormitorio de su hija, la encontró asomada a la ventana observando impasible algo al otro lado. Se acercó a la niña y allí, tres pisos más abajo, estaba el pequeño terrier con la columna partida. Le preguntó: «¿Qué ha sucedido? ¿Qué le ha pasado al perro?». Pero Rhoda se apartó como si la cosa no fuese con ella. Se detuvo en la puerta y dijo: «Me parece que se ha caído por la ventana».

Esa fue la única explicación que ella y Kenneth consiguieron sonsacar a la niña, pero ahora, al recordar el suceso, intuyendo una vaga conexión entre ambos accidentes, la señora Penmark sintió crecer en su interior una ira repentina. Le comenzaron a temblar las manos y su taza tintineó sobre el platillo. Miró a su alrededor como si temiese el ataque de alguien. Posó con cuidado la taza, cerró los ojos, esperó hasta estar segura de que su voz sonaría tan despreocupada, suave y cortés como las de las hermanas Fern y dijo:

—¿Están ustedes insinuando que Rhoda tiene algo que ver con la muerte del chico? ¿Ese es el motivo de todo esto?

Sus palabras causaron un extraño efecto en las Fern. Intercambiaron entre ellas miradas de asombro, como si su invitada hubiese perdido la cordura.

—Pero ¿cómo? ¡Por supuesto que no! —exclamó horrorizada la señorita Octavia—. ¡Eso sería imposible! ¿Una niña de ocho años metida en algo así? ¡Ah, no! Jamás se nos ha pasado nada parecido por la cabeza.

—Si se nos hubiese ocurrido algo así —aseguró la señorita Claudia— nos habríamos visto obligadas a notificarlo a las autoridades pertinentes.

Burgess sonrió y dijo:

—Vamos, no se trata de algo tan melodramático, señora Penmark. Nuestra queja es que Rhoda es demasiado ambigua y no nos ha contado toda la verdad. Tenemos la impresión de que dispone de datos que no le ha explicado a nadie.

La señorita Octavia partió un trozo de sándwich, se lo dio a su perro y comentó que habían sido muy justas con la niña y le habían ofrecido más de una oportunidad para aclarar las cosas. La habían interrogado durante largo rato después de la tragedia y ella había negado todo con rostro impasible; negó que estuviese molestando al chico en el autobús, negó que intentase arrancarle la medalla en el bosque; negó haber estado en el embarcadero en algún momento del día. Se había mostrado tan inocente y sus negativas eran tan verosímiles que durante un rato las hermanas dudaron de lo que habían visto sus ojos.

Christine dijo:

—Ya veo. Ya veo.

Luego, mientras las Fern continuaban hablando del asunto, su mente voló al momento de la expulsión del colegio de Baltimore. Su marido le había quitado hierro a la cuestión, tal vez por su propio bienestar y por el de ella. Muchos niños roban cosas, dijo; él mismo había robado cosas de pequeño y no había terminado mal (al menos no demasiado mal). No había razón para preocuparse, se trataba de una fase del crecimiento infantil: especialmente del de los niños dotados de imaginación. Se reconfortaron el uno al otro y aceptaron aquellas justificaciones, pero en lo más hondo ambos tenían claras las diferencias; los niños hurtaban frutas de los huertos y flores de los jardines; y las mentiras que contaban eran las mentiras mágicas propias de los mundos imaginarios que habitaban en aquel momento. En su hija no se advertía ninguna de aquellas cualidades. A Rhoda le interesaban las cosas materiales en sí mismas, y los embustes que contaba eran las mentiras sólidas y objetivas de un adulto cuyo propósito era confundir y desorientar.

Volvió a la realidad que la rodeaba. La señorita Burgess estaba diciendo:

—Sentimos que las cosas se hayan desarrollado de esta manera y que la relación de Rhoda con nuestro colegio tenga que terminar así, pero tenemos la impresión de que su hija no es una buena influencia para los demás alumnos, por cuyos intereses también debemos velar.

—Creemos que no somos capaces de comprender ni tratar con una niña del temperamento de Rhoda —intervino Claudia Fern—. Creemos que no podemos hacer más por ella.

La señorita Octavia se levantó como si diera por finalizada la entrevista y concluyó:

—Nos parece que su hija será más feliz en cualquier otra parte. Francamente, no la queremos en nuestro colegio por más tiempo.

Christine se sentía deprimida y un tanto angustiada cuando regresó a casa; para serenarse se preparó una taza de té que se bebió en la mesa de la cocina. Desde donde estaba sentada podía ver el parque y el amplio patio pavimentado de la parte trasera del edificio. En el parque, los niños del bloque y los hijos de los vecinos (a quienes se les permitía el uso del mismo) se columpiaban, se salpicaban en el estanque de los nenúfares, patinaban o se entregaban a los juegos alborotados y escandalosos propios de la infancia. Rhoda también estaba en el parque, pero se mantenía apartada de la revoltosa concurrencia; permanecía sentada en un banco bajo el viejo granado blanco leyendo el ejemplar de *Elsie Dinsmore* que había ganado por asistencia y dedicación. Entonces Leroy Jessup salió del sótano con un cubo de cenizas

del incinerador. Se detuvo en la puerta para reñir a los niños que chapoteaban en el estanque, para advertirles que si arrancaban de nuevo los nenúfares haría que sus madres les diesen una buena tunda con una fusta; a continuación, alzando la mirada al cielo como poniéndolo por testigo de las vejaciones que tenía que soportar, salió del campo de visión de la señora Penmark por un vericuetto.

Comenzó a encontrarse mejor, la propia depresión se disipaba en la calidez del té. Después de todo, las hermanas Fern no le habían dicho sobre su hija nada que no supiese ya desde hacía mucho tiempo. Su voluntad de individualismo, su carácter ambiguo, su inocente decoro cuando se veía acorralada, su tendencia a mentir incesantemente, eran cuestiones que habían dejado de sorprenderlos a Kenneth y a ella, y cuando examinaba los detalles del suceso con calma tenía que reconocer que, en realidad, aquello era lo único que las Fern habían insinuado.

Los cargos que se le imputaban, si es que se podía denominar cargos a aquellos indeterminados motivos de descontento, eran susceptibles de más de una interpretación. No le parecía improbable que Rhoda hubiese molestado al pequeño Daigle ni que hubiese intentado arrancarle la medalla en el bosque, aunque ella lo negase con tanto empeño. Pero Claude Daigle, como nadie podía obviar, era la víctima natural de los demás: la clase de persona que, en cierto modo, anda por el mundo invitando a su propia destrucción. La violencia que la niña le dispensaba suponía algo tremendamente fuera de lo normal, no era propia de su hija. Jamás habría abordado de aquella manera a un niño más resuelto y seguro, a uno que fuese capaz de darse la vuelta y soltarle una bofetada.

No es que tratase de justificar a la niña, ya que no podía disculpar su comportamiento; lo único que se decía era que las cosas no eran tan malas como había temido. Rhoda era su hija y la quería. Su deber era protegerla, hacer concesiones, darle el beneficio absoluto de la duda. Fregó la taza y la guardó. Miraría el lado bueno del asunto. Confiaría en el futuro. Alimentaría la esperanza de que las cosas encajasen en su lugar con el tiempo.

Luego, de vuelta al salón, cogió el teléfono y llamó a Monica para decirle que había resuelto seguir su consejo y matricular a Rhoda en la escuela pública el próximo curso. La alegre voz de la señora Breedlove emergió del aparato y aprobó la decisión; acto seguido, bajando el tono, le explicó que Mildred Trellis y Edith Marcusson se encontraban en su apartamento en aquel momento. Habían llamado para debatir sobre una clínica para el tratamiento de los alcohólicos que estaba tratando de fundar. Conocía a las señoras Trellis

y Marcusson de toda la vida, eran mujeres encantadoras de excelente familia; pero, lo más importante para su propósito actual: estaban podridas de dinero. El problema era que Emory se había presentado en casa antes de lo esperado en compañía de Reginald Tasker y estaban interfiriendo en sus planes. Habían estado bebiendo en el centro y por lo menos Emory iba algo achispado. No se comportasen con ordinariéz ni empleando un lenguaje cuestionable, esto no habría molestado a sus amigas lo más mínimo, porque ambas eran mujeres de mundo: simplemente estaban sentados uno al lado del otro junto a los helechos susurrándose chorradas; y de tanto en tanto, Emory cogía el decantador de jerez y llenaba los vasos de sus invitadas. Soltó una risita y se preguntó si Christine le haría el favor de subir y distraer a los muchachos hasta que ella hubiese sableado a sus acaudaladas amigas.

—Póngase sus nuevos zapatos de tacón, los que tienen lacitos de cuero en el empeine, y compruebe que lleva las medias rectas. Emory le echa miradas cuando no se da cuenta. Dice que tiene usted las mejores piernas de todo el pueblo.

Los hombres la recibieron en la puerta, la acompañaron hasta la cocina y le prepararon una bebida.

—¿Por qué será que las chicas guapas como Christine nunca andan por ahí hablando de su subconsciente? —preguntó Reggie.

Emory le dio a ella un sonoro beso en la mejilla y le dijo:

—Se tiene o no se tiene, ¿verdad? ¡Y esta lo lleva de serie!

En el salón, Monica decía:

—Estoy tan cansada de las novelas sobre chicos sensibles y sus primeras experiencias sexuales... Ya sabes cómo va la cosa, Edith: vuelven a casa asqueados a hurtadillas, se sienten impuros y culpables. Unas veces pierden la chaveta, otras se tiran por el balcón: están tan delicadamente calibrados y pulidos...

La señora Marcusson tomó un trago de jerez y afirmó con solemnidad:

—El sexo es una experiencia saludable y natural.

Uno de los amplios ojos blanquecinos de Reginald estaba situado un poco más abajo que su compañero, como el ojo migrado de un rodaballo al inicio de su desplazamiento. Palpó el hombro de Christine y preguntó:

—¿Todo lo que hay debajo de ese vestido de raso negro es *suyo*?

Christine cogió su bebida y respondió:

—Se lo compré al tapicero. Viene dos veces por semana para ahuecarme.

Se rio y se hizo a un lado pensando: «Es probable que Rhoda siguiese al chico hasta la playa. Tal vez corrió hacia el embarcadero para escaparse y ella

lo siguió. Quizás reculó por su culpa y cayó sobre los pilotes. No sé si esto es lo que sucedió o no, pero sería el peor de los casos».

—Vamos, que la clase de libros que me gusta leer —continuaba la señora Breedlove— son aquellos en los que el chico no tiene ni pizca de delicadeza. —Dio un sorbo a su vaso, soltó una risita y prosiguió—: A mí el que me vale es el jovencito vil y vulgar que al crecer va a ser un hombrecito vil y vulgar. Trabaja en un colmado después de clase, pongamos, y ahorra cada penique hasta que tiene los suficientes para hacer su primera visita a la puta del pueblo, que es vieja y gorda y lleva sin bañarse desde el Día del Armisticio.

La señora Trellis se rio con estridencia; luego, al advertir cuánto había resonado su voz en la estancia, se recompuso, se enderezó en su silla y proclamó:

—Si lo escribes te compro cien ejemplares.

Christine pensaba: «Pero si el chico retrocedió hasta caer al agua, ¿por qué no avisó Rhoda al guarda que la divisó en el embarcadero? ¿Por qué huyó? ¿Por qué lo dejó morir?». Volvió el rostro hacia otra parte y contuvo un escalofrío. «No voy a seguir dándole vueltas a esto. Es extraño y terrible. No pensaré más en ello».

—Mi jovencito normalucho y vil —dijo la señora Breedlove— sale de allí con una sonrisa satisfecha y embobado. Silba y se pavonea aquí y allá. Se pregunta si podrá convencer a su viejo de que le permita dejar el colegio y ponerse a trabajar a jornada completa en la fábrica de sacos. De esta manera podrá ganar más dinero y visitar más a menudo a la vieja puta rolliza a la que acaba de entregar su virginidad. ¡Mi jovencito va a ser un chico tan entrañable y normal!

Emory asomó la cabeza y advirtió:

—Si vais a empezar a decir marranadas Reggie y yo tendremos que irnos.

Las mujeres estallaron en risas de alborozo y Monica, cruzando una mirada con su hermano, le gritó que abriera otra botella de aquel buen jerez, porque sus invitadas querrían otro trago antes de meterse en harina; luego, volviéndose hacia la señora Marcusson, dijo:

—Quiero disculparme por el estado de Emory, querida. Está borracho.

A Emory se le cayó un cubito de hielo, lo empujó con el pie bajo la estufa y exclamó:

—¡Vaya, mira quién fue a hablar!

Mientras sacaba el jerez, Christine y Reginald entraron en el salón y tomaron asiento. Christine dijo que había estado pensando en la conversación que tuvieron la última vez que se vieron. Él había contado la historia de una

mujer que envenenó a su sobrina para cobrar el seguro. Lo que quería saber ahora era en qué momento inicia su carrera ese tipo de gente. ¿También los niños cometen asesinatos o podía darse por sentado que solo los adultos llevan a cabo tan horribles actos?

Reginald opinó que no era el mejor momento para sostener una charla de aquella índole, pero si estaba realmente interesada en el asunto, ¿por qué no le telefoneaba o se pasaba por su apartamento para comer un día? Sin embargo, por lo pronto le podía decir, a pesar de las risitas y el alboroto, que a menudo los niños cometen asesinatos, y asesinatos bastante bien tramados, en alguna ocasión. Algunos asesinos, en especial los más destacados, los que con el tiempo se harán un nombre bien conocido, suelen comenzar en la infancia; muestran su genio muy pronto, al igual que los poetas, matemáticos y músicos eminentes.

Hizo una pausa y, en medio de aquel silencio, se oyó decir claramente a Monica:

—A menudo me pregunto por qué me casé con Norman Breedlove. Al final terminé dándome cuenta de que lo que me atrajo fue su nombre. —Le echó una mirada a su hermano y continuó—: Es decir: lo primero que asocio con Norman es *normal*; después de todo, solo se diferencian en una consonante. *Normal* es una palabra que da mucha confianza. Es la palabra que la atribulada gente de mi generación buscaba.

La señora Trellis blandió un dedo e inquirió:

—¿Dónde está el jerez? ¿Qué has hecho con el jerez, Emory?

La señora Marcusson, que más que una señora con posibles parecía una vieja campesina desaliñada que llega a la ciudad para vender sus hortalizas, se ladeó el sombrero astroso con el envés de la mano y dijo:

—Me pregunto de qué hablarán los jóvenes de hoy en día. En nuestros tiempos, por lo menos, podíamos ocupar nuestro pensamiento en las mejoras sexuales y sociales. Me da la sensación de que ahora los jóvenes no hablan de nada más que televisión y partidas de cartas.

Monica esperó con paciencia a que su invitada terminase de hablar y entonces prosiguió:

—Luego: *breed* (proliferar) lo asocio en mi cabeza con *crecer*, y *love* lo asocio con *amor*, naturalmente. Así que la combinación Norman Breedlove nos hace pensar en alguien que no solo sería equilibrado y normal, sino que además sería capaz de un afecto creciente. La cosa es tan simple cuando se mira a posteriori..., sin embargo, en aquella época no se me ocurrió en ningún momento.

Emory apostilló:

—Yo creía que te habías casado con Norman Breedlove porque fue el único que te lo pidió. —Y antes de que su hermana pudiese replicar se rio y añadió—: En cambio, me apuesto lo que queráis a que Christine, con esos ojazos grises y esa melena rubia tenía que sacarse de encima los pretendientes a paraguazos.

Christine respondió:

—No puede estar más equivocado. Nunca fui popular. Era demasiado impetuosa y vehemente para los chicos.

La señora Trellis comenzó a reírse y la señora Marcusson se unió a su hilaridad. La primera afirmó:

—Ha sido una velada más que estimulante, Monica. Ahora relájate, ponte cómoda y deja de preocuparte por cuánto nos vas a sacar a Edith y a mí. Que va a ser mucho. Ya hemos hablado del asunto de camino aquí. Probablemente no nos vayas a sacar tanto como tenías pensado, pero será una suma considerable.

Emory dijo para que lo oyesen todos los presentes:

—Estos tres vejestorios están como cubas. Se han pimplado más de la mitad de la botella.

Las tres se enderezaron y le lanzaron una mirada helada. Monica se puso rígida, se colocó las gafas y se dirigió a sus amigas:

—Chicas: vámonos a la biblioteca, donde podemos comportarnos como nos plazca. Tenemos papel, pluma y cheques en blanco para todos los bancos de la ciudad.

Se entrelazaron los brazos por la cintura las tres y salieron de la habitación, pero al cruzar las grandes y anticuadas puertas correderas volvieron las cabezas al unísono y soltaron una aguda carcajada.

Christine dejó sobre la mesa la bebida que apenas había probado mientras reflexionaba: «Pero supongamos que lo siguió hasta el final del embarcadero y Claude, antes que permitir que le arrebatase la medalla, la lanzó a la bahía. Supongamos que ella agarró un palo o lo que fuese y lo golpeó haciendo que cayese al agua aturdido para dejarlo morir allí. Supongamos que...».

Se quedó cabizbaja y apretó los reposabrazos de su silla, dado que llegados a aquel punto la desesperación y la culpa roían su mente como ratones. Se levantó y dijo que tenía que volver a su apartamento. Eran casi las cinco y Rhoda no tardaría en regresar del parque. Avisó a Monica de que se marchaba y ella, dejando a sus amigas en la biblioteca, volvió al salón enseguida.

—¿A una muchacha preciosa como usted no le da miedo vivir sola en la planta baja sin un hombre que las proteja? —le preguntó Reggie.

—No es exactamente una planta baja —contestó Monica—. Las escaleras de la entrada, si te fijas, la elevan un poco. Y debajo hay un sótano enorme construido prácticamente sobre el terreno. En realidad, la ventana de Christine está a unos tres metros del suelo.

—No me da ningún miedo. Kenneth me compró una pistola, y sé cómo usarla en caso de que sea necesario. —Sonrió y añadió—: Me sorprendió que aquí cualquiera pueda tener una pistola si así lo desea. En Nueva York, tener un arma es de los peores delitos.

—Hay que tener una licencia —informó Emory—. Es decir: cualquiera excepto el tarado que te dispare debe tener una. Bueno, en este estado somos más civilizados: creemos que la víctima también se merece una oportunidad.

La señora Penmark entró en su apartamento y se quedó allí sin ocuparse en nada. Se repetía en voz baja sin cesar, como si la negación fuese un conjuro que pudiera salvarla: «Todo va bien. No hay nada en absoluto por lo que preocuparse. Estoy dándole mucha importancia a algo que no la tiene, como de costumbre. Me estoy portando como una tonta». Las habitaciones que daban al este comenzaban a ensombrecerse, así que encendió la luz mientras pensaba: «Mi madre solía reírse y decía que yo era capaz de hacer una montaña de un grano de arena a poco que me lo propusiese. Recuerdo una vez, en un hotel en Londres, que estaba charlando con unos conocidos y puso las manos sobre mis hombros delgaduchos y dijo: “¡Christine se preocupa de cosas bien extrañas!”... No recuerdo a qué se refería, pero en aquel momento sí, claro».

Deambuló por la casa realizando las habituales labores automáticas del final del día, y luego, de pie y quieta en el salón, sacudió la cabeza con tozudez y se dijo: «no hay motivo para pensar que Rhoda pueda tener nada que ver con la muerte del pequeño Daigle. No hay pruebas que la inculpen de ninguna manera. No sé por qué me estoy comportando de una manera tan extraña. Se diría que intento elevar un pleito por daños y perjuicios contra mi propia hija basado nada más que en mi estupidez...».

De repente se sentó, como si se sintiese demasiado débil para mantenerse en pie, y apoyó la cabeza en el reposabrazos de la silla, ya que advirtió que algo que estaba determinada a no volver a recordar jamás (un asunto sembrado de misteriosos matices que nunca se había atrevido a afrontar con honestidad) había penetrado en su mente una vez más, pese a sus esfuerzos. ¡Oh, no! No era solamente la muerte inexplicable del chiquillo lo que había

desbaratado de golpe la actitud de moderada serenidad que con tanta dificultad había logrado componer; en realidad, se trataba de la muerte inexplicable del chiquillo unida a otra muerte igualmente peculiar, una muerte sin explicación, en la que también se había visto involucrada su hija (único testigo). Examinándolos por separado se trataba de casos que podríamos pasar por alto como uno de esos accidentes desafortunados e inevitables que tienen lugar a diario; pero si se observaban juntos, combinando las similitudes de ambos misterios, el efecto era más alarmante, más difícil de despachar con razonamientos poco sólidos...

La primera muerte aconteció en Baltimore hacía más de un año, cuando Rhoda solo tenía siete años. En aquel momento vivía en el mismo bloque que ellos una tal Clara Post, una anciana, y su hija viuda, Edna. La vieja señora había llegado a sentirse exageradamente ligada a la niña (era curioso, pensó la señora Penmark, la gran admiración que causaba Rhoda a las personas mayores, teniendo en cuenta que los muchachos de su edad no la soportaban) y esta, cuando llegaba del colegio por las tardes, acostumbraba a hacer una visita a su venerable amiga. La anciana rondaba los ochenta años y tenía un talante ligeramente infantil; le encantaba enseñarle sus posesiones a la niña. La cosa que más apreciaba de entre todas sus baratijas era una bola de cristal rellena de un fluido transparente, una esferita dentro de la cual flotaban fragmentos de ópalo que resplandecían y cambiaban, con un simple movimiento de muñeca, su disposición en brillantes variaciones. La esfera tenía hendida en un extremo una anilla de oro, como una especie de armella en miniatura a través de la cual la anciana había pasado una cinta negra para poder llevar el ópalo a modo de colgante.

A menudo decía que cuando no conseguía quedarse dormida le encantaba contemplar la bola cambiante y observar la variedad de dibujos que formaban los ópalos al flotar. Edna, su hija, solía sacudir la cabeza cuando se lo explicaba a los vecinos: «Mamá cree que puede ver su infancia en los ópalos. No le llevo la contraria. Le sigo la corriente cuanto puedo. A estas alturas no hay muchas cosas que la hagan disfrutar».

También Rhoda se había quedado prendada de la esfera de ópalos flotantes, y cuando estaban juntas, a veces la señora Post cogía el colgante de encima de la mesa e inquiría:

—Dime: ¿no es una preciosidad, cariño mío? Apuesto a que te gustaría quedártela.

Rhoda contestaba afirmativamente con avidez y la mujer se reía con suavidad y seguía:

—Algún día será tuya, amor mío. Te la dejaré en mi testamento cuando muera: te lo prometo solemnemente. Edna: ¿oyes lo que digo?

—Sí, mamá, lo he oído.

Entonces, soltando un graznido triunfal, la anciana añadía:

—Pero no alimentes demasiado tus expectativas, pequeña, porque no tengo ninguna intención de morirme de momento. Venimos de una familia con tendencia a la longevidad, ¿verdad, Edna?

—Sí, mamá, desde luego. Y además me da que tú vas a vivir más que el resto.

La anciana sonreía satisfecha y añadía:

—Mi querido padre vivió noventa y tres años, y no habría muerto tan joven si no le hubiese caído encima un árbol.

—Lo sé —decía Rhoda—. Ya me lo había contado.

—Mi madre superó el record de papá, incluso. Murió a los noventa y siete, y muchos afirman que seguiría con vida si no se hubiese mojado los pies una fría noche cuando fue a visitar a los Pendleton y volvió con una neumonía.

Y entonces, una tarde, mientras Edna compraba en el supermercado y la anciana y Rhoda estaban juntas, la señora Post se cayó, a saber cómo, por las escaleras de espiral y se partió el cuello. Cuando Edna regresó, Rhoda la recibió en la puerta y le contó lo sucedido. Tenía una explicación verosímil e inocente para el accidente. La anciana había oído un gatito maullando en el descansillo como si se hubiese extraviado, insistió en salir a echar un vistazo y la niña la siguió. Entonces, de algún modo, calculó mal la distancia, se resbaló en un escalón y cayó del quinto piso al pequeño patio de cemento de la planta baja. Rhoda indicó dónde se encontraba el cuerpo, y la señora Penmark se reunió con sus vecinos junto al cadáver a tiempo de oír a su hija repitiendo la historia.

Edna le lanzó una extraña e intensa mirada a la niña y dijo:

—Mamá odiaba los gatos. Les ha tenido miedo toda la vida. No se habría acercado ni a mirar aunque todos los gatitos de Baltimore hubiesen estado maullando en el descansillo.

Rhoda la miró con los ojos como platos.

—Pero eso es lo que hizo, señorita Edna. Salió a buscar al gatito como he explicado.

—¿Y dónde está el gatito?

—Se escapó —respondió Rhoda convincentemente—. Vi cómo bajaba corriendo la escalera. Era un gatito gris con las patas blancas.

Entonces, con urgencia repentina, tironeó de la manga de la señorita Edna diciendo:

—Ella me prometió que me dejaría la bolita de cristal cuando muriese. Ahora es mía, ¿verdad?

La señora Penmark la reprendió:

—¡Rhoda, Rhoda! ¿Cómo te atreves a decir eso?

—Pero es verdad, madre —contestó Rhoda con paciencia—. Me la prometió. La señorita Edna estaba delante.

Edna observó con desconcierto a la niña.

—Sí, te la prometió. Voy a buscártela ahora mismo.

La señora Penmark recordaba estos acontecimientos con dolorosa claridad, y ahora, al echar la vista atrás, se acordó también de que ni ella ni su marido habían preguntado cuándo sería el funeral, a pesar de que el resto de vecinos asistieron. También recordó que, tiempo después, cuando se encontró a Edna en el ascensor y charlaron, su hija, que siempre se había mostrado amable y amistosa, les dio la espalda fingiendo que no las escuchaba... Durante algún tiempo Rhoda llevó colgada la bola cada noche cuando se iba a acostar; durante algún tiempo se reclinaba sobre su almohada, los labios fruncidos, entrecerrados los ojos en una expresión que recordaba a la de la anciana, y escrutaba los ópalos cambiantes como si no solo se hubiese quedado con el colgante de la mujer, sino también con su personalidad.

Llevada por el impulso, Christine se dirigió rápidamente al cuarto de su hija. Contempló el colgante de ópalo enrollado alrededor de uno de los postes de la cama como si se tratase de un amuleto. Lo sostuvo un momento en su palma pero lo soltó de inmediato como si de alguna manera estuviese maldito, como si le hubiese quemado la mano.

Cuando Rhoda volvió del parque Christine le dijo de improviso, incluso antes de que la niña soltase su libro:

—¿Lo que les contaste a las hermanas Fern sobre el pequeño Daigle era la verdad?

—Sí, madre. Todo era verdad. Sabes que desde que me lo pediste ya nunca digo mentiras.

Christine hizo una pausa y prosiguió:

—¿Tuviste algo que ver, lo que fuese, lo más mínimo, con que Claude se ahogase?

Rhoda se la quedó mirando fijamente con expresión sorprendida y luego respondió con cautela:

—¿Por qué me preguntas eso, madre?

—Quiero que me digas la verdad, sea cual sea. Podemos arreglar las cosas de alguna manera, pero si vamos a hacerlo tengo que saber la verdad. — Colocó sus manos sobre los hombros de su hija y añadió súbitamente—: Quiero que me mires a los ojos y me lo cuentes. Tengo que saber toda la verdad.

La niña la miró con sus ojos cándidos y brillantes y dijo:

—No, madre. No tuve nada que ver.

—El año que viene no volverás al colegio Fern —le espetó la señora Penmark tras una pausa—. No te quieren allí.

Una expresión de recelo recorrió la cara de la niña. Esperó, pero dado que su madre no añadía nada, se apartó lentamente y dijo:

—Está bien, está bien.

Se fue de inmediato a su habitación, se sentó en su mesa y comenzó a montar su puzle.

Más tarde Christine sacó la máquina de escribir y se puso a mecanografiar una carta para su marido, una carta bastante más larga de lo habitual. Escribió la fecha 16 de junio de 1952 y comenzó: «¡Querido, querido mío!...». Tecleó y tecleó como si aquella fuese la única manera de librarse de los asuntos que la preocupaban. Finalmente, le dio los detalles sobre la medalla a la caligrafía que Rhoda no había ganado; escribió sobre la muerte del pequeño Daigle; le contó la decisión del colegio de no aceptar a su hija para el próximo curso; le habló de la muerte de la anciana en Baltimore.

Le dijo: «No sé por qué me aterran estas cosas. Se suponía que yo era la más serena de los dos. Fue uno de los rasgos que me dijiste que habías admirado en mí la primera vez que nos vimos en el apartamento de tu tía, con toda aquella gente tratando de quitarse la palabra los unos a los otros. ¿Te acuerdas todavía de eso? ¿Recuerdas las cosas que me dijiste a la noche siguiente mientras bailábamos juntos? ¡Yo sí las recuerdo, querido! ¡Lo recuerdo todo! Recuerdo el instante en que supe que te amaba y que te amaría siempre. Te vas a reír de mis bobadas, pero lo supe cuando cogiste el cambio, miraste a los lados y me sonreíste.

»Fue una noche llena de felicidad. Sin embargo, ahora me siento como si hubiese caído de repente en una trampa horrorosa, una trampa de la que no puedo escapar. Siento que tengo que afrontar algo que supera mis fuerzas. ¡Hay tantas cosas, cosas tan intangibles, que no puedo explicarte ni expresar con coherencia o claridad siquiera para mí misma!

»No te precipites a la hora de sacar conclusiones de todo lo que te he dicho en esta larga carta, porque son asuntos, como ves, sujetos a más de una

interpretación. Pero sigo viendo a la vieja señora Post tras caerse mientras Rhoda le hacía una visita; y sigo viendo, en mi mente al menos, las heridas en la frente y en las manos del pequeño Daigle. No sé. Eso es lo único que puedo decirte: sencillamente, no sé.

»Ojalá estuvieras aquí ahora. Así podrías abrazarme y reírte de mi estupidez; podrías soltar una de tus suaves y hermosas carcajadas, frotar tu mejilla contra la mía y decirme que no me preocupe tanto. Y, no obstante, si pudiese hacer que volvieras por medio de alguna clase de conjuro mágico, no lo haría. Te lo juro, no lo haría, cariño mío.

»¡Querido! ¡Querido mío! Estoy profundamente angustiada. ¿Qué debería hacer? Escríbeme y dime qué hago ahora. Escribe de inmediato: no sabía que fuese tan vulnerable».

Terminó la carta, pero mucho antes de hacerlo ya sabía que no iba a enviarla, porque se daba cuenta de lo importante que era el trabajo que estaba desempeñando en aquel momento de su carrera. Tenía la sensación de que el éxito o el fracaso constituirían el punto de inflexión de su actividad en aquel nuevo lugar y, por supuesto, también el punto de inflexión de la suya, ya que su vida estaba ligada a la de él para siempre. ¡No! Kenneth debía continuar con su trabajo sin ser importunado ni incomodado, y ella tenía que continuar con el suyo como mejor pudiese. El problema de Rhoda era, en esencia, cosa de Christine, y tenía que resolverlo por su cuenta. Se las arreglaría de algún modo.

Escribió la dirección en el sobre, lo selló, lo guardó en el cajón de su escritorio, que siempre dejaba cerrado bajo llave, alineándolo con la pistola que también guardaba allí. Después se sintió mejor: tal vez le estaba dando demasiada importancia a las adversidades. Tal vez...

Cinco

Hacia el final de la semana la señora Breedlove llamó por teléfono y dijo:

—Estoy verdaderamente avergonzada por haberme olvidado del medallón de Rhoda de esta manera, pero hoy tengo que ir a la ciudad y será una buena oportunidad para llevarlo a reparar. Si puede pedirle que se lo dé lo recojo cuando me ponga en marcha.

Su hija, contestó Christine, jugaba en ese momento bajo el enorme emparrado de los Kunkel, pero estaba segura de que podría encontrar el medallón sin su ayuda; Rhoda guardaba todas sus posesiones valiosas en una caja de hojalata de bombones suizos en el primer cajón de su cómoda, y allí estaría.

El medallón estaba donde ella suponía, y al devolver la caja a su sitio la señora Penmark tocó algo plano y metálico bajo el forro impermeable que recubría el cajón. Resiguió con la punta de un dedo el contorno del objeto preguntándose qué podía ser y luego, levantando la tela, presa de un pánico intuido y repentino, encontró la medalla a la caligrafía que se había dado por perdida.

Por un instante aquello no tuvo apenas sentido para ella, su mente se negó a aceptar las implicaciones del hallazgo; le parecía poco más que un fragmento de algo leído alguna vez en un libro, algo sin valor ni aplicación para consigo misma; luego, cuando el inevitable significado del descubrimiento de la medalla en aquel lugar en concreto adquirió claridad, la devolvió a su sitio bajo el forro, se llevó las manos a las mejillas y se quedó clavada en medio del cuarto. «Todo lo que me ha contado sobre la medalla es mentira. Todo. La tenía desde el principio», pensó.

Se acercó a la ventana y se quedó allí escuchando cómo se elevaban las voces gritonas de su hija y de los niños de los Kunkel desde el otro lado de la calle. Una sensación de mortificante tristeza la inundó, sentía que estaba siendo tratada de manera injusta, que la estaban castigando equivocadamente por algo que no había hecho...

¿Cuál era el problema de Rhoda, en cualquier caso? ¿Por qué no podía comportarse como el resto de chicas de su edad? ¿Cuál era el origen de su extraña conducta antisocial? Echó la vista atrás y pasó revista a la vida de la

niña en un esfuerzo por comprender qué educación o afecto podría haberle faltado, por descubrir los errores que había cometido (porque estaba claro que había cometido muchos errores), deseosa de arrogarse la culpa en aquel instante de autodegradación, en busca de alguna omisión, de cualquier error de juicio, sin importar lo insignificante que fuese, sin importar lo inocentemente que lo hubiese llevado a cabo; pero no logró encontrar nada de verdadera relevancia.

Seguía inmóvil junto a la ventana, incapaz de decidir qué debía hacer ahora, abriendo y cerrando las manos en breves espasmos de duda y ansiedad, cuando Monica hizo sonar el timbre. Abrió la puerta de inmediato y le entregó el medallón. La señora Breedlove se hallaba en uno de sus días más joviales; charló sobre el colgante y sobre los recuerdos que en su día había atesorado, como si se encontrase aún en el diván del doctor Kettlebaum y estuviese en pleno ejercicio de asociación.

Christine sonrió, escuchó y asintió, pero su mente retenía muy poco de lo que se estaba diciendo. Pensó: «Rhoda ha recibido amor y protección desde el principio. Jamás la hemos desatendido y jamás ha sido una consentida. No la hemos tratado nunca injustamente. Kenneth y yo nos hemos preocupado en todo momento de que sintiese que era importante para nosotros y que la queríamos. No comprendo ni su mentalidad ni su carácter. No lo entiendo».

La señora Breedlove decía:

—No llegué a poner mi propio monograma en el medallón, pero creo que si usted está de acuerdo mandaré que graben el de Rhoda en el reverso.

«Sea cual sea el problema —reflexionaba Christine mientras respondía con gesto ausente *Sí, sí, por supuesto* y se giraba a medias para apoyar la frente contra el panel de la puerta—, no creo que el entorno haya tenido mucho que ver en ello. Tiene que ser algo más profundo que eso». Suspiró, enderezó la cabeza y contempló a la señora Breedlove de nuevo mientras seguía con sus cavilaciones: «Algo más oscuro. Algo oscuro e inexplicable».

—¿Rhoda lleva alguna inicial entre el nombre y el apellido? —preguntó Monica alegremente—. Es curioso, pero no se me había ocurrido preguntárselo hasta ahora.

Christine volvió a la realidad y dijo que el nombre completo de su hija era Rhoda Howe Penmark. La habían llamado igual que la madre de Kenneth, una mujer de excelentes modales e indiscutible reputación. La anciana señora Penmark se había opuesto al enlace de su hijo con la familia Bravo con una vehemencia considerable. Según ella, eran una familia de vagabundos internacionales que jamás habían echado raíces en parte alguna; eran

bohemos disidentes, o como mínimo Richard Bravo, el padre, lo parecía, a juzgar por sus escritos; así que era natural pensar que el resto de los suyos también lo sería; siempre poniendo en solfa el orden establecido y fundamental de las cosas, las cosas que la gente más equilibrada reverenciaba y perpetuaba de generación en generación. La mujer predijo las consecuencias más calamitosas si su hijo persistía en «aquella absurda insensatez»; quiso que se tomase nota de que por lo menos ella había visto las cosas claras y había cumplido su deber advirtiéndole desde el principio sin importar el doloroso efecto que tal advertencia provocase en Christine ni el profundo pesar que experimentase el corazón de su madre ante aquella estricta desaprobación. Rhoda llevaba el nombre de la vieja dama celosa en un intento de halagar su vanidad, en un esfuerzo de ganarse su tolerancia y su benevolencia (un esfuerzo que jamás llegó a dar sus frutos por completo).

Monica tomó el medallón, lo dejó caer en su bolso y dijo:

—Ay, esa casta de Nueva Inglaterra. Me la conozco muy bien, querida.

Una vez se hubo marchado la casera, Christine se sentó junto a la ventana que daba al parque repasando con el dedo índice el reposabrazos de la silla. Pensó en la niña y se preguntó qué dirección debía tomar ahora. Entonces, de repente, tuvo una sensación de familiaridad, como si ya se hubiese encontrado en aquella tesitura anteriormente sin llegar a ninguna parte, de la misma manera que ahora tampoco lo lograría. Sintió autocompasión de nuevo. Su marido nunca se lo dijo así, pero ella sabía que la muerte de la anciana en Baltimore y la posterior expulsión de la niña de la escuela progresiva debido al robo habían sido los verdaderos motivos por los que había pedido el traslado aquí, a un puesto de menor importancia, en cierto modo, en el que se hallaría entre completos desconocidos... Pero después de autocompadecerse por un rato, cuando agotó las posibilidades del hecho de haber sido tan injustamente tratada, al compararse con mujeres más felices que ella, mujeres cuyos hijos eran normales y predecibles, recuperó el sentido de la proporción y con él la esperanza y algo de su habitual buen talante.

No volvería a precipitarse a la hora de llegar a conclusiones sin fundamento. Tal vez Rhoda tenía una explicación sincera y lógica para justificar que la medalla a la caligrafía se encontrase en su poder. Tal vez se había sentido demasiado aterrorizada como para admitir su posesión ante las hermanas Fern acosándola todas a una y lanzándole aquellas aceradas y duras inquisiciones. Por lo menos esta vez no había mentido, no de manera directa, desde luego, dado que a nadie (hasta donde ella sabía) se le había ocurrido preguntarle a la niña si tenía ella la medalla o sabía dónde estaba.

Se lavó la cara con agua fría, se pintó de nuevo los labios y se sentó diez minutos para recomponerse; luego cruzó la calle en dirección al jardín de los Kunkel y le dijo a Rhoda que la acompañase. Una vez en casa sacó la medalla de su escondrijo y la puso sobre la mesa frente a ella. Los ojos de Rhoda se abrieron como platos, alarmada, y a continuación, tras lanzar miradas evasivas, los cerró con cautela.

—¿Cómo ha llegado al cajón de tu tocador la medalla a la caligrafía? —preguntó Christine—. Dime la verdad, Rhoda.

Rhoda se quitó un zapato, lo examinó detenidamente y se lo volvió a calzar con lentitud, pero no respondió enseguida. Luego, sonriendo un poco, se apartó de su madre haciendo cabriolas de un modo que muchos habían encontrado siempre encantador, y dijo para ganar tiempo:

—¿Cuándo vamos a mudarnos a la nueva casa? ¿Podemos tener un emparrado también nosotros? ¿Podemos? ¿Podemos, madre?

—¡Contesta a mi pregunta, Rhoda! Pero ten en cuenta que no estoy tan desinformada como crees sobre lo que sucedió en el pícnic. La señorita Octavia Fern me contó un buen puñado de cosas cuando fui a verla. Así que, por favor, esta vez ni te molestes en inventarte una historia.

Sin embargo, la niña siguió callada, tramando algo, esperando taimadamente a que su madre continuase hablando y pisase la respuesta que esperaba; pero Christine, como si intuyese la intención de su hija y asqueada ante los calculados aunque torpes esfuerzos de la criatura por escabullirse, se limitó a decir:

—¿Cómo ha llegado al cajón de tu tocador la medalla de Claude Daigle? Está claro que no se ha metido ahí sola. Estoy esperando tu respuesta, Rhoda.

Se levantó de la silla y dio unos pasos por la habitación consumida por la rabia. Tendría que darle una buena tunda a la niña, se temía. No le habían pegado en su vida y tal vez aquel era precisamente el problema. Habría que darle una buena y eficaz tunda; habría que darle cuanto antes una lección de amabilidad y consideración hacia los demás. Pero su rabia se disipó con rapidez y comprendió que jamás sería capaz de hacerle daño a la niña, independientemente de lo que hubiera hecho. Quizás Rhoda también lo sabía. Quizás ahí estaba el origen de su gentil e inquebrantable obstinación.

—No sé cómo ha llegado ahí la medalla, madre —respondió con los ojos inocentemente abiertos—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Lo sabes. Sabes muy bien cómo ha llegado ahí.

Se sentó de nuevo y, en un tono de voz más suave, continuó:

—Lo primero que quiero saber es: ¿en algún momento (aunque solo fuese un momento) fuiste al embarcadero durante el pícnic?

—Sí, madre. Fui una vez —respondió la niña vacilante.

—¿Fue antes o después de incordiar a Claude?

—No incordié a Claude, madre. ¿Por qué piensas eso?

—¿Cuándo fuiste al embarcadero, Rhoda?

—Fue muy al principio. En cuanto llegamos allí.

—Sabías que teníais prohibido ir al embarcadero, ¿verdad? ¿Por qué lo hiciste?

—Uno de los chicos mayores dijo que allí había conchas que crecían en los pilotes. No me creí que pudiesen crecer en la madera, así que fui a ver si era verdad o no.

Christine asintió y dijo:

—Me alegro de que por lo menos admitas que estuviste en el embarcadero. La señorita Fern me contó que uno de los guardas te vio volver de allí. Aunque dijo que era más tarde de lo que tú aseguras. Dijo que no fue mucho después del almuerzo.

—Pues se equivoca. Lo mismo le dije a la señorita Fern. Sucedió como lo he contado. —Entonces, como si sintiese que se había anotado el primer tanto añadió—: El hombre me pegó un grito y me ordenó que volviese, y yo obedecí. Volví al césped y allí es donde vi a Claude. Pero no le estaba incordiando. Solo estaba hablando con él.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que ya que yo no había ganado la medalla me alegraba de que se la hubiesen dado a él. Y Claude me contestó que era seguro que me la darían a mí el año que viene, porque nunca la gana dos veces el mismo alumno.

Christine sacudió la cabeza fatigada:

—¡Por favor! ¡Por favor, Rhoda! Esto no es un juego. Quiero saber la verdad.

—Pero si es la verdad, madre —dijo la niña con convicción—. Palabra por palabra.

Christine se quedó en silencio durante unos instantes y luego añadió:

—La señorita Fern me contó algo sobre una de las monitoras que vio cómo intentabas arrancarle a Claude la medalla de la camisa. ¿Vio esa chica realmente lo que dijo haber visto?

—Esa chica era Mary Beth Musgrove. Le contó a todo el mundo que me había visto. Hasta Leroy Jessup sabe que me vio. —Hizo una pausa y

prosiguió con los ojos muy abiertos, como si la franqueza absoluta fuese ahora su única vía de escape—: Claude y yo estábamos jugando a un juego que nos habíamos inventado. Me dijo que si era capaz de atraparlo antes de diez minutos y tocar la medalla (era como el pilla-pilla o algo parecido) me dejaría llevarla puesta durante una hora. ¿Cómo puede decir Mary Beth que le quité la medalla? Es mentira.

—Mary Beth no dijo que le quitases la medalla a Claude. Dice que la agarraste y trataste de arrancársela. Dice que Claude huyó hacia la playa cuando ella te llamó la atención. ¿En ese momento ya tenías la medalla?

—No, madre. En ese momento no.

Durante el interrogatorio había ido ganando seguridad, y convencida de que a fin de cuentas su madre no sabía gran cosa se acercó a ella, le rodeó el cuello con los brazos y la besó en la mejilla con tal energía que Christine pasó a convertirse en el elemento pasivo, paciente.

Finalmente, la madre preguntó:

—¿Cómo conseguiste la medalla, Rhoda?

—Ah, pues un poco más tarde.

—Quiero saber cómo te hiciste con la medalla, Rhoda.

—Cuando Claude decidió cumplir su promesa lo seguí hasta la playa. Entonces se detuvo y me dijo que podía ponerme la medalla si le daba los cincuenta centavos que llevaba.

—¿Eso es verdad, cariño? ¿Es esa la verdad?

Rhoda afirmó, con un ligero deje de desprecio ante una victoria tan fácil:

—Sí, madre. Eso es exactamente lo que sucedió. Le di los cincuenta centavos y él me dejó ponerme la medalla.

—Pero, si le pagaste para poder ponerte la medalla, ¿por qué no se lo contaste a la señorita Fern cuando te preguntó? ¿Por qué te lo has callado todo este tiempo?

La niña comenzó a gimotear, a dirigirle miradas de fingida aprensión.

—A la señorita Fern no le caigo nada bien. ¡Nada, madre! ¡Te lo aseguro! Me daba miedo que pensase cosas malas de mí si le contaba que tenía la medalla.

Corrió hacia su madre, se le echó en los brazos y apoyó la cabeza contra su hombro mirándola de hito en hito expectante, como si aguardase una señal.

—Tú sabías lo importante que era esa medalla para la señora Daigle, ¿verdad? Sabías que pagó a aquellos hombres para que se metiesen en el agua y la buscasen; ya hablamos de eso. Sabías que pospuso el funeral con la

esperanza de que apareciese la medalla a tiempo y poder enterrar a Claude con ella. Sabías todo esto, ¿verdad, Rhoda?

—Sí, madre. Supongo que lo sabía.

—Si eras consciente de lo deseosa que estaba de encontrarla, ¿por qué no se la entregaste? Si te daba miedo devolvérsela tú misma yo se la habría dado de tu parte.

La niña no decía nada, se limitaba a emitir murmullos apaciguadores mientras acariciaba suavemente el cuello de su madre. Christine esperó, cerró los ojos y prosiguió:

—A la señora Daigle le ha roto el corazón la muerte de Claude. La ha destrozado casi por completo. No creo que se recupere jamás, no del todo, por lo menos. —Se deshizo del abrazo de su hija y apartándola de sí dijo—: ¿Entiendes lo que te digo? ¿Comprendes algo, Rhoda?

—Supongo que sí, madre. Bueno, imagino que sí, madre.

Pero Christine soltó un suspiro y pensó: «No comprende nada de nada. No tiene ni la más mínima idea de lo que le estoy hablando».

Rhoda sacudió la cabeza y dijo con testarudez:

—Era una estupidez empeñarse en enterrar la medalla prendida en el abrigo de Claude. Claude estaba muerto, ¿no? No hubiese sabido si la llevaba puesta o no.

La niña percibió la repentina y para ella inexplicable desaprobación de su madre; entonces, como para recuperar el terreno perdido, colmó su mejilla con un sinfín de besitos voraces.

—¡Ay, mi madre es la más dulce de todas! ¡Le voy a contar a todo el que conozca que mi madre es la más dulce del mundo!

Sin embargo, Christine se apartó de su hija y se sentó sola junto a la ventana, contemplando la hilera de árboles de la calle; Rhoda, intuyendo que la tentativa de acercamiento que tan buenos resultados le había dado siempre en el pasado fallaba misteriosamente en esta ocasión, balanceó la cabeza a uno y otro lado y dijo:

—Si la madre de Claude necesita tantísimo tener un crío ¿por qué no coge uno del orfanato?

Con una súbita sensación de asco, Christine apartó a la niña de su lado de un empujón, algo que nunca antes había hecho, y le conminó:

—¡Por favor, vete! ¡No me dirijas la palabra! ¡No tenemos nada que hablar!

Rhoda se encogió de hombros y dijo pacientemente:

—Bueno, está bien. Está bien, madre.

Se sentó al piano y comenzó a practicar la pieza que su profesora le había dado la semana anterior; practicó con enérgica concentración, la lengua asomando entre los dientes, y cada vez que tocaba una nota equivocada suspiraba, sacudía la cabeza con desaprobación y volvía al principio de la pieza.

Christine no tardó en ponerse a preparar la comida. Una vez hubieron comido las dos, mientras recogía el último plato recién fregado, echó una mirada por la ventana de la cocina y vio a Leroy en el patio de abajo. Él le sonrió burlonamente, mostrando una dentadura manchada e irregular, puso los ojos en blanco como si la invitase a acercarse y desapareció de su vista. Había estado bebiendo cerveza por ahí hasta tarde con su mujer y aún le duraba una ligera resaca. Esa mantenida, la sonrosada Christine Penmark, pensó. ¡Esa rubia tonta! Esa no daba pie con bola. Esa rubia era lo más idiota que conocía. Esa idiota de Christine dejaba que Rhoda se saliese siempre con la suya.

Se refugió del calor en el sótano mientras recordaba de nuevo el incidente de la manguera y las invectivas que le había dedicado la señora Breedlove aquel día. No llegó a ponerla en su sitio por decirle aquellas cosas, pero ya lo haría; que se anduviese con cuidado...

El garaje de la señora Breedlove estaba abierto y vacío; debía de estar en el centro gastando dinero por ahí y de cháchara. Se apostaba lo que fuera a que no estaría almorzando con la comida envuelta en una bolsa de papel; seguro que estaba comiendo en uno de esos sitios finos, mangoneando a los demás y venga bla-bla-bla. Sus ojos erraron por la habitación llena de trastos y se fijó en un rastrillo viejo de gran tamaño apoyado en un rincón. Soltó una súbita carcajada al experimentar la satisfacción anticipada de lo que se disponía a llevar a cabo; agarró el rastrillo, lo hizo girar entre sus manos y lo dejó frente a la puerta del garaje de la señora Breedlove. A continuación, por si no fuera bastante, colocó sus cubos junto a la herramienta y tendió sus trapos sobre el rastrillo para darle al asunto un aire casual y creíble. Contempló el resultado y, una vez quedó colmado su espíritu artístico, se sentó riéndose entre dientes e imaginando la cara de su víctima cuando se viese obligada a salir del coche con el sol achicharrándola y retirar aquel obstáculo para poder aparcar en el garaje.

Había improvisado una cama para acostarse en el sótano a base de papeles y virutas de madera acumuladas en un rincón, detrás de un sofá viejo y destartado, un lugar en el que los inquilinos difícilmente podían verlo si se asomaban a echar un vistazo; con frecuencia, cuando se sentía precisamente como en aquel momento, se metía allí y echaba una cabezadita sin que nadie

se enterase. Ahuecaba la colcha que había extendido sobre aquel relleno, se estiraba, suspiraba con voluptuosidad y dejaba volar su imaginación. Se preguntaba qué debía de hacer aquella rubia tonta para divertirse, con el marido tanto tiempo fuera de casa. Le gustaría tenerla allí en aquel momento, vaya que si le gustaría. Le enseñaría un par de trucos, ya te digo. Era la única que lo ponía así, que lo hacía sentirse de aquella manera. Y cuando aquella rubia estúpida hubiese probado lo suyo, le escribiría a su marido y le diría que no volviese nunca más. Se giró hacia un lado y observó una mosca que andaba por el techo.

Aquella rubia tonta estaba de muy buen ver, vaya que sí: a su lado, muchas estrellas de cine parecían poca cosa; pero era demasiado estúpida para él. Demasiado blanda y tontita. Uno podía domarla y manipularla en un abrir y cerrar de ojos; la podías tener comiendo de tu mano y suplicándote sin parar. No se diferenciaba mucho de su mujer... Pero aquella arpía de Rhoda era otra cosa. No se podía poner la mano en el fuego por aquella pequeña arpía. Y cuando creciese iba a ser para darle de comer a parte. Si algún hombre intentaba tratarla mal, como era muy probable, le abriría la cabeza de un sartenazo. Sonrió con desprecio, la voluptuosidad de sus fantasías inundaba sus sentidos, cambió de postura despacio en el jergón y se quedó dormido al instante.

La señora Penmark envió a Rhoda a jugar al parque, sacó las telas que había comprado para hacerle los vestidos del colegio y se puso manos a la obra con el primero. Tenía cortada e hilvanada la tela cuando la señora Breedlove pasó por su apartamento. Estaba cansada de su viaje al centro y era evidente que algo la había enfadado. Aceptó el vaso de té helado que Christine le ofreció, le dio un sorbo y sentenció:

—No voy a aguantar a Leroy ni un día más. Cada vez es más insoportable. Si no fuese por su pobre mujer y sus hijos... —Se desanimó, se encogió de hombros y concluyó—: Pero ¿para qué darle vueltas otra vez a lo mismo? Usted lo conoce tan bien como yo. ¡No vale la pena que siga hablando!

Pero lo hizo, por supuesto, y con todo detalle. Una vez hubo terminado volvió a encontrarse de un humor excelente; riéndose un poco, meneando la cabeza con energía, afirmó:

—Pero ¿por qué me sigo engañando, querida Christine? Me encanta gritarle a Leroy, estoy segura de que él es consciente. Tengo una vena de verdulera y Leroy es la única persona que conozco que me hace sacarla a relucir. —Se quitó el sombrero, lo lanzó al sofá y dijo súbitamente—: ¡El

medallón de Rhoda! Por eso es por lo que me he pasado por aquí, no para hablarle de Leroy Jessup.

Comenzó a explicar que había llevado el medallón a Pageson porque los consideraba los mejores joyeros de la ciudad, y que había hablado con el viejo señor Pageson en persona, a quien conocía desde hacía mucho. El señor Pageson la escuchó, estuvo de acuerdo con su idea, pero le dijo que no lo tendría listo hasta dentro de dos semanas como muy pronto, dado que tenía que acabar mucho trabajo antes. Ella le respondió que contaba con tener el medallón arreglado aquel mismo día, no dos semanas más tarde, que de hecho contaba con tenerlo en un par de horas; pero el señor Pageson negó con su frágil cabeza y le aseguró que aquello era del todo impensable, físicamente imposible.

Christine sonrió y dijo:

—Me puedo imaginar lo que le ha replicado al pobre señor Pageson.

—¡Ah, pues lo dudo! —contestó ella satisfecha—. Dudo que ni siquiera usted que me conoce tan a fondo, querida Christine, sea capaz de adivinar cómo he manejado la situación esta vez. —Estiró sus enormes y tubulares piernas y continuó—: Mi planteamiento era bastante sencillo y, si me lo permite, inspirado. Me he limitado a decirle con un tono de lo más razonable: «No olvide, señor Pageson, que este año estoy de nuevo al frente de la recogida de fondos para la comunidad, y que me corre bastante prisa lo de este medallón porque tengo que volver a casa para ponerme a calcular la estimación de los donativos que esperamos de varios ciudadanos y negocios. De todas formas, me alegro de haber pasado por su tienda, porque no tenía ni idea de que le iba tan bien. Ya me había hecho a la idea de apuntarle mil dólares, pero desde luego, sabiendo lo que sé ahora, será un placer aumentar esa cifra..., ah, ¡pero un buen aumento!».

—¡Monica! ¡Monica! ¿No le da vergüenza?

—¡En absoluto! —gritó la señora Breedlove—. ¡Ni por asomo, querida Christine!... «Digamos que unos veinticinco mil sería un donativo justo para un asunto de este calibre», le he dicho; por supuesto, guiñándole un ojo. Él lo pilló y me contesta: «Apúnteme la cantidad que le dé la gana. No tengo por qué pagarla, ¿sabe? No hay ninguna ley que me obligue a contribuir ni con un penique a la recogida de fondos para la comunidad».

La señora Breedlove dejó su vaso en la mesa y se secó los ojos con la punta del pañuelo:

—«¿Eso cree usted, señor Pageson?», le pregunto. «¿Está usted realmente convencido de eso?». Y él me contesta: «¡No es que lo crea, es que lo sé!».

Así que he tenido que explicarle cómo lidiamos con casos como el suyo. Lo ponemos en nuestro archivo de «Donantes esquivos» y entonces es cuando nuestros voluntarios se ponen a trabajar en serio. Le digo: «Para empezar enviamos a un grupo de nuestras últimas debutantes, chicas que harán lo que sea en nombre de la caridad. Las hemos aleccionado para que lloriqueen sobre su mostrador y le imploren que no sea tan inflexible (preferentemente cuando la tienda esté abarrotada de clientes, por supuesto). Y si eso no funciona tendré que llamar a la vieja Minnie Pringle: la más experta imploradora que he conocido en mi vida». Cuando mencioné a la señorita Minnie supe que lo tenía contra las cuerdas, querida.

Se interrumpió para decirle a Christine que si aún no había tenido la oportunidad de conocer a la señorita Pringle le esperaba una buena. Minnie tenía una voz afilada como un cuchillo, tan poderosa y monótona como la sirena de un buque; poseía la sensibilidad de un rinoceronte, la tenacidad de una tortuga mordedora. La verdad es que Minnie era la cosa más beligerante y terrorífica de la ciudad, peor aún que la propia Monica...

—Me he dado cuenta de que ya tenía en el bote al viejo Pageson —continuó—; pero para desalentarme ha respondido: «Minnie Pringle no me preocupa en absoluto. En realidad me cae bien esa mujer. Será un placer tenerla en nuestra tienda cuando le apetezca».

—Así que le he comentado que la estrategia de Minnie consistirá en entrar en su establecimiento y plantarse en la puerta para recordarle (a él y a sus clientes, claro está) que si cuenta con un negocio floreciente, una mina de oro que genera beneficios, lo debe no solo a sus esfuerzos, sino también a la tolerancia de Las Adoradoras del Altísimo. Las Adoradoras del Altísimo le han proporcionado su próspero establecimiento y, de la misma manera, Las Adoradoras del Altísimo también están dispuestas a descargar sobre él una tormenta y arrebatárselo todo sin pensárselo dos veces si no asume sus responsabilidades cívicas y entrega su parte a las recaudadoras de fondos para la comunidad.

—¿Habría sido capaz? —preguntó Christine asombrada.

—¡Por supuesto que no, querida! Si hiciese algo así Emory me ahogaría en la bañera. No tenía la menor intención de hacer nada parecido. Solo le tomaba el pelo al pobre señor Pageson, pero él lo veía tan poco claro como usted misma. Ya ve, tengo fama de excéntrica: una gran ventaja a la hora de tratar con gente, se lo puedo asegurar. La gente teme a los excéntricos; no hay manera de saber qué se les ocurrirá o qué harán a continuación. Así que, para terminar este relato cansino, salí de la tienda dejando caer: «Tengo que hacer

unos recados, pero a las doce y media estoy aquí como un clavo. No me cabe duda de que el medallón estará listo para entonces».

Christine se rio y preguntó:

—¿Y estaba listo el medallón a su vuelta?

—¡Ah, querida! ¡Ay, mi querida pero ingenua Christine! ¡Por supuesto que estaba listo!

Abrió el monedero y sacó de su interior el medallón. Lo habían pulido. El cierre estaba arreglado. Habían cambiado las piedras. Las letras R. H. P. aparecían bellamente entrelazadas en el dorso. La señora Breedlove se lo entregó a Christine y siguió hablando satisfecha. Después de salirse con la suya había tenido remordimientos de conciencia por la forma en que había chantajeado al pobre señor Pageson, entonces recordó que al hombre le gustaban los pastelillos de coco más que ninguna otra cosa en el mundo. Pero era muy puntilloso al respecto: le gustaban los que estaban hechos con coco fresco, y no con esa cosa insípida y seca que venden envasada. Le encantaba la mezcla de leche de coco y crema, con virutitas de coco fresco repartidas por la masa antes de cocerla. Le gustaba que el pastel llevara coco rallado por encima y que se dorase en el horno a fuego fuerte. Se lo había contado él pocos años antes, y también cómo la señora Pageson, antes de morir, le hacía esos pastelillos justo como le gustaban; sin embargo, desde entonces no había vuelto a probar ni uno que valiese la pena, ya que esta generación acostumbrada a los atajos y las soluciones fáciles no estaba dispuesta a tomarse tantas molestias.

La señora Breedlove abrió su bolsa de la compra y sacó un coco grande y velludo.

—Pasé por la frutería Demetrio y cogí el más bonito que tenían. Voy a subir a casa ahora mismo y le voy a preparar a ese encanto de hombre un pastel de coco de los que a él le gustan. Puede que no sepa apreciarlo, pero será mucho mejor que cualquiera de los que le hiciese su esposa, porque la señora Pageson, a pesar de lo que diga, era una cocinera del montón, como mucho. Yo soy la mejor pastelera de la ciudad y sé lo que digo.

Una vez Monica se hubo marchado, Christine volvió a sentir la tristeza que poco antes la atenazaba. Aquella tarde, después de la comida, le dijo a Rhoda:

—Llevo todo el día pensando en la medalla. Se la voy a devolver a la señora Daigle y le voy a pedir perdón por que la robaras.

—No robé la medalla, madre. ¿Cómo puedes decir eso? Claude me la vendió como ya te he contado.

—No sé cómo conseguiste la medalla —dijo Christine lentamente—. Pero estoy segura de que no fue tal y como lo explicas. Y aunque se la alquilaras a Claude, quedártela después ha sido algo indigno.

La niña le sostuvo la mirada con extrema frialdad y cálculo, un cálculo que ya no se molestaba en ocultar a su madre, dado que se daba cuenta de que sabía demasiado.

—Esa medalla no es de la señora Daigle. Ella no la ganó. Es más mía que suya.

Christine no respondió al razonamiento de la niña. Se limitó a añadir:

—No estaré mucho rato fuera. Quiero que te quedes aquí en casa hasta que vuelva. ¿Me has entendido?

Al principio había considerado la idea de llevarse a la niña consigo para darle una lección sobre las penurias del prójimo, pero terminó decidiendo que sería tan inútil como embarazoso, así que, con la medalla en el bolso, salió a la calle sin contarle a nadie cuáles eran sus intenciones. El señor Daigle la recibió en la puerta, aunque esta vez con cierto titubeo. Se le veía tenso e incómodo, y vaciló unos instantes (lo suficiente como para que la señora Penmark lo advirtiese y se extrañase) hasta que, estrujándose las manos, la invitó a pasar al salón. Dio media vuelta bruscamente, fue a avisar a su esposa de la visita y Christine oyó de inmediato la voz metálica e histérica de la señora Daigle desde el cuarto al otro lado del vestíbulo: «¿Para qué ha venido otra vez? ¿No se te ha ocurrido preguntárselo? ¿No nos ha traído ya suficientes males y desventuras como para presentarse aquí de nuevo a regodearse ante nosotros? Ha venido a recordarme que su hija está bien y es feliz y que mi niño...».

Su voz se elevó hasta convertirse casi en un alarido y el marido dijo con voz nerviosa:

—¡Por favor, Hortense! ¡Por favor! ¡Te está oyendo!

—¡Pues que me oiga! ¡Que me oiga! ¿Qué más me da? —Luego, en un tono más suave comenzó a decir fatigosamente—: Dile que se vaya. Dile que no nos apetece verla y que se vuelva a su casa inmediatamente.

El señor Daigle entró de nuevo en el salón. Se excusó:

—Hortense está fuera de sí últimamente. Tal vez usted pueda entenderlo. Odia a cualquiera que sea más feliz que ella..., y bien sabe Dios que ahora mismo cualquiera lo es. No hay manera de hacerla entrar en razón desde la muerte de Claude, está en tratamiento. Esta tarde ha tenido que venir de nuevo el médico. —Luego, bajando aún más la voz, añadió—: Nos tiene preocupados.

La señora Penmark le apretó una mano en un gesto de comprensión y se dirigió hacia la puerta, pero en ese instante la señora Daigle irrumpió en la habitación. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, el pelo le caía en mechones grasientos sobre la cara, que aparecía embotada y tumefacta como si le acabase de picar un insecto venenoso. Agarró a Christine por el brazo y le dijo:

—Ahora no se vaya. Ya que ha venido, quédese. —Lloró ruidosamente escondiendo el rostro contra el hombro de la visitante y prosiguió—: Me alegro de que haya pasado por aquí. Me gustó tanto que viniese a vernos la última vez. Si no me cree, pregúntele a él y se lo dirá. Ha sido un detalle que se deje caer por aquí de nuevo. Le dije a mi marido que ojalá se dejase caer por aquí de nuevo. —Luego, soltándola, se sentó en el sofá y le pidió—: Venga, siéntese a mi lado, Christine. ¿Puedo llamarla Christine? Soy consciente de que proviene usted de una clase social superior a la mía. Seguro que celebró una puesta de largo y todo eso, pero quizás no le importe por una vez. Yo trabajaba en un salón de belleza, ¿sabe? Christine me ha parecido siempre un nombre muy bonito. Hortense suena tan tosco, ¿no cree? De pequeña los otros niños solían cantar una canción inventada que decía: «Con Hortense me hago cruces, no tiene muchas luces, con oír su nombre ya lo deduces». —Dejó escapar un suspiro, se restregó los ojos y añadió—: Ya sabe lo malvados que pueden ser los niños a veces.

—¡Hortense! ¡Hortense! —intervino el señor Daigle. Luego, volviéndose hacia la señora Penmark, explicó—: Hortense no rige. Está bajo supervisión médica.

—Es usted tan atractiva, Christine. Aunque, claro, las rubias se marchitan con rapidez. Tiene un gusto tan exquisito para la ropa..., pero seguro que dispone de un montón de dinero para comprársela. De niña me hubiera gustado parecerme a usted, aunque por supuesto nunca lo logré. —Soltó una risita al rememorar alguna oscura anécdota de su pasado y continuó—: Fui a visitar a la señorita Octavia Fern poco después de morir Claude, pero no me contó nada que no hubiese leído ya en los periódicos u oído en la radio. ¡Ah, pero es bien escurridiza, esa Octavia Fern! Ha tomado la decisión de no contarme nada y ya puede estar segura de que no lo hizo. Yo creo que sabe más de lo que cuenta. Hay algo raro en todo este asunto, eso es lo que le llevo diciendo todo este tiempo al señor Daigle. Se casó bastante tarde, ya en la cuarentena, ¿sabe? Aunque tampoco se puede decir que yo estuviese «en la flor de la vida», como se suele decir.

—¡Por favor, Hortense! ¡Hortense! Deja que te lleve a la cama para que descanses un poco.

—¡Hay algo raro en todo este asunto, Christine! —repitió con convicción. Entonces se volvió hacia la señora Penmark y le dijo—: He oído que su niña fue la última persona que vio a Claude con vida. ¿Podría preguntárselo y contarme qué le dice? Tal vez recuerde algo. Aunque sea insignificante. La señorita Octavia no piensa soltar prenda, ya me he hecho a la idea.

—La señorita Fern te ha contado todo lo que sabe, Hortense. Tienes que sacarte de la cabeza esa idea de que es tu enemiga.

—La señorita Fern me desprecia. Sabe que mi padre era el propietario de un puestecito de frutas al final de la calle Santa Cecelia, cerca de los embarcaderos. —Al darse cuenta de que Christine estaba a punto de interrumpirla le colocó la húmeda palma de una mano sobre los labios y dijo con cordialidad—: Vaya si me desprecia. No intente disculparla. No soy tonta. Y aunque no sea por ese motivo, me desprecia porque trabajaba en un salón de belleza antes de casarme. Ella y sus hermanas entraban a menudo en la tienda. ¿Sabe una cosa, señora Penmark? La señorita Burgess se tiñe el pelo. Se desmayaría si se imaginase que se lo cuento a alguien, pero esa es la verdad. Se tiñe el pelo, vaya si se lo tiñe.

Christine abrazó a la angustiada mujer, cerró los ojos y pensó: «¡No me dejes mostrar mis emociones ahora! ¡Deja que aguante hasta que llegue a casa donde nadie pueda verme!».

El señor Daigle encendió un cigarrillo y deambuló sin rumbo de un lado a otro del cuarto colocando bien un jarrón, enderezando un cuadro, sacudiendo con los dedos los adornos que colgaban como telarañas de las horrorosas lámparas.

—Hortense está desconocida, señora Penmark —dijo—. Tiene que excusarla. —Se volvió hacia su esposa para implorarle—: Si vuelves a la cama la señora Penmark se sentará a tu lado y te sostendrá la mano un rato.

La señora Daigle, dirigiéndose hacia su dormitorio, preguntó:

—¿En serio? ¿De verdad, Christine? —Y añadió con humildad—: Puede usted vestir con tanta sencillez y todo le queda tan bien... yo nunca he podido vestir con sencillez. Nunca he entendido por qué. Ya sé que todas las madres dicen este tipo de cosas, y la mayoría de gente se ríe de ellas, pero era un niño tan dulce. Era un crío realmente adorable y encantador. Siempre decía que yo era su amorcito. Decía que se iba a casar conmigo cuando se hiciese mayor. Yo me echaba a reír y le contestaba: «Te olvidarás de mí mucho antes. Cuando te hagas mayor encontrarás a una chica más guapa y te casarás con

ella». —Su voz se elevó de nuevo y, mientras entraba en el cuarto apoyándose en su marido y en la señora Penmark, fue elevando aún más el tono.

—¿Y sabe qué respondía él entonces, Christine? «¡No, no te olvidaré, porque no existe una mujer en todo el mundo más guapa y dulce que tú!». Si no me cree, pregúntele a nuestra cocinera, que estaba presente y lo escuchaba todo y se reía conmigo. Tenía unas heridas en las manos y esa marca como de media luna en la frente que le tapó el de la funeraria. Debió de sangrar por ahí antes de morir. Eso es lo que me dijo mi médico, que lo vio. Me dijo que debió de sangrar un poco y que el agua limpió la herida. —Luego, volviéndose para aplastar la cara contra la almohada, gritó fuera de sí—: ¿Qué fue de la medalla a la caligrafía? ¿Dónde está ahora? ¡Tengo derecho a saberlo, así que no tratéis de detenerme! ¡Soy la madre de la criatura y si supiese qué ha pasado con la medalla que ganó me haría una idea de lo que le sucedió a él! ¿Por qué no encuentra alguien la medalla y me la trae? Entonces me quedaría tranquila. —Se incorporó en la cama y dijo—: No sé cómo ha tenido el atrevimiento de presentarse aquí sin que la invitemos, señora Penmark, pero me haría un favor si tuviese la bondad de largarse.

—Hortense está desconocida.

La señora Daigle, apartándose los mechones de pelo lacio de la cara, replicó:

—¡Soy insoportable! ¡Soy del todo insoportable!

—Hortense está bajo supervisión médica.

Cuando Christine regresó a casa con la medalla aún dentro del bolso, Rhoda leía en silencio un libro a la luz de una lámpara. Advirtió la expresión alterada y descontenta de su madre, percibió su reproche tácito, su desaprobación dolida. Entrecerró los ojos pensativa, preguntándose qué le habría contado su madre a la señora Daigle y qué le habría respondido esta a su vez. Se puso en pie, sonrió, balanceó la cabeza adelante y atrás y palmoteó con un gesto encantador que había copiado de alguien.

—¿Qué me das si te doy una cesta de besos? —preguntó.

Pero Christine no le respondió y Rhoda, presa de un pánico súbito, danzó alrededor de su madre; le echó los brazos a la cintura y repitió:

—¿Qué me das, madre? ¿Qué me das?

Christine se sentó de repente como si se sintiese demasiado débil para permanecer en pie y abrazó a la niña. Apretó su mejilla contra la de su hija y dijo:

—¡Oh, cariño mío! ¡Cariño mío!

Pero no respondió a la pregunta de la chiquilla.

Seis

A la señora Penmark le volvió a costar conciliar el sueño aquella noche; no dejaba de oír en su cabeza la declaración que la señora Daigle había hecho de la devoción filial en tonos que iban de lo estridente a lo gutural; la escuchaba exponer en una especie de desesperación compulsiva los desconcertantes detalles de la muerte del chico. Terminó por quedarse dormida, a la deriva en medio de un sueño demasiado terrorífico como para recordarlo; pero cuando se despertó al día siguiente rodeada de los agradables dibujos del sol sobre la moqueta y de los ruidos familiares matutinos, se sintió más calmada. Entonces, como si algo en el sueño olvidado hubiese puesto al descubierto un deseo personal también olvidado, se dio cuenta de que quería, y desde hacía mucho tiempo, ir a Benedict para ver por sí misma el bosque, la casa, la bahía y el embarcadero.

A las nueve telefoneó a la señorita Octavia Fern y esta le dijo que la comprendía perfectamente. Estaría encantada de acompañarla y servirle de guía para la ocasión. Le sugirió que fuesen al día siguiente y acordaron que la señora Penmark iría a recogerla a la puerta del colegio a las diez. Christine colgó el aparato mientras pensaba: «Rhoda nunca ha sido desobediente, ni perezosa ni descarada, como lo son otros niños. Tiene muy buenas cualidades. Lo único que chirría es su carácter».

Más tarde se sentó junto a la ventana para esperar al cartero, con la ilusión de que trajese correspondencia de Kenneth. Lo vio doblar la esquina según su horario habitual; su vecina, la señora Forsythe, que también lo estaba esperando, bajó a recibirlo al camino pavimentado.

—¿Ha sabido algo más de su hijo, el que está desaparecido en Corea? —le preguntó.

—No, señora. No hemos sabido nada más. Solo nos queda la esperanza.

—Esperar noticias es algo tan triste, señor Creekmoos... Cuente conmigo para lo que sea. Llevo rezando por él desde que informaron de su desaparición.

—Lo aprecio de veras. Es usted una amiga.

—A veces cuesta comprender por qué tiene que haber tanto dolor y crueldad en este mundo, pero es algo que no nos queda más remedio que

afrontar.

El cartero dijo que hay dos formas de enfrentarse a esta clase de experiencias: uno puede esperar dolor o puede esperar felicidad.

—Así que voy a esperar lo mejor hasta que no se sepa lo contrario. Voy a esperar lo mejor y a seguir diciendo que las cosas van a resultar como quiero que resulten.

—Eso vale más la pena que ponerse en lo peor, desde luego.

—Me acuerdo de la última guerra mundial, cuando tenía que entregar aquellas tristísimas cartas a gente que conocía muy bien. Fue lo más duro que me he visto obligado a hacer en mi vida, pero me repetía a mí mismo: «Alguien tiene que hacerlo, y supongo que soy yo». Ahora no creo que fuese capaz.

El cartero se alejó y, cuando la señora Forsythe entró de nuevo en su apartamento, Christine recogió de su buzón la carta que había estado esperando. La leyó con avidez. En ella se relataban las actividades de su marido, las cosas que había hecho hasta el momento, las cosas que le quedaban por hacer. Echaba de menos a Christine y a Rhoda más de lo que podía expresar con palabras. Su único deseo era terminar con el trabajo cuanto antes y regresar con ellas.

Una vez hubo leído la carta, y después de extraerle hasta el significado más sutil, Christine se dirigió a su dormitorio y examinó la fotografía de su marido colocada sobre la mesa del tocador, una fotografía en la que aparecía vistiendo el uniforme de la marina tal y como lo vio por primera vez el día que se conocieron. Tenía el pelo oscuro y pegado al cráneo; los ojos castaños contemplaban el mundo exterior con una especie de afán inocente (una cualidad que a ella siempre le resultaba conmovedora); y en ese instante deseó verlo de nuevo, oír su suave risa, sentir su abrazo casi abrumador. Se adelantó y tocó su suave y bronceada mejilla con un dedo mientras sentía colmarse de nuevo su corazón de la riqueza de aquel amor que compartían, recordando una vez más aquellos entrañables, absurdos y secretos placeres que cultivaban juntos; después, dado que no estaba en su mano hacer que volviese, se dio la vuelta con pesar y comenzó a coser la ropa de colegio de Rhoda.

Pero se dio cuenta enseguida de que aquello ya no le interesaba, ya que sus pensamientos habían tomado un derrotero distinto, así que colocó la máquina de escribir sobre la mesa y redactó otra larga carta para su marido. Le confió la gravedad de sus temores, que por lo pronto se sustentaban en detalles ambiguos, aunque no por eso la angustiaban menos. Habló sobre el

descubrimiento de la medalla y sobre las evasivas de Rhoda ante las preguntas. Describió su segunda visita a los Daigle. Habló del cartero que tenía un hijo desaparecido en Corea. En el futuro mediría sus palabras: reaccionaría como ese hombre lo hacía ante situaciones que no se pueden cambiar; dejaría a un lado las dudas; alimentaría la esperanza de la felicidad en lugar de la aflicción. Escribió: «Cuando estés de nuevo aquí y mis temores hayan quedado en pura estupidez quizás podamos leer estas cartas juntos. Entonces me abrazarás y te burlarás de mi debilidad, de mis miedos disparatados, podrás ridiculizar con tu agradable y encantadora voz mi imaginación desbocada...».

Escribió y escribió contándole que, en su desesperación, sentía la necesidad de buscar consuelo en una fuerza superior. Nunca había sido religiosa en el sentido habitual de la palabra, pero siempre había creído en el poder de quien quiera que hubiese creado el universo y lo regía. Decidió pensar que ese poder era benévolo. Ahora veía claro que el motivo por el cual había sentido rechazo y se había mantenido al margen de la previsible ortodoxia radicaba en el empeño de las instituciones por visualizar a Dios bajo forma humana, definirlo según los mismos parámetros que usa el hombre para definirse a sí mismo, atrapar su poder en obsesivos rituales, confundir las leyes con leyes que el hombre diseña para su propia seguridad...

Escribió: «¿Mi forma de hablar te recuerda demasiado a Monica? ¿Te sorprende saber que en mi mente hay sitio para estos pensamientos y que siempre han estado ahí? En realidad, no soy la persona pasiva y convencional que me he obligado a aparentar todos estos años. Sé lo que los demás ven en mí gracias a mi madre. Ya ves: mi padre, a pesar de su encanto, su brillantez y su amabilidad, podía ser en ocasiones más que impredecible. Pasaba por períodos de duda y depresión nerviosa, y era en esos momentos cuando se apoyaba en mi madre, y luego en mí, para recuperar la serenidad y la fe en sí mismo. Mi madre me dijo una vez que proporcionarle aquello que le faltaba, lo que necesitaba para llegar adonde llegó, representaba para ella la mayor de las alegrías, el verdadero sentido de su vida. Heredé algo de su serenidad, tal vez porque también yo amé muchísimo a mi padre. No me malinterpretes, querido. No te equivoques. Mis emociones más profundas están alteradas y se encuentran en pleno vigor. Los sucesos actuales las han exacerbado y tengo que luchar por mantenerlas bajo control una vez más.

»Te echo muchísimo de menos. En estos momentos te extraño tanto... Cuando recibas esta carta deja todo lo que tengas entre manos, independientemente de lo importante que te parezca ahora, y vuelve conmigo.

Ríete de mí. Dime que mis sospechas no tienen ningún fundamento tangible. Protégeme de nuevo entre tus brazos. ¡Pero vuelve conmigo! ¡Vuelve conmigo, querido! ¡Vuelve cuanto antes, por favor!».

Una vez terminada la carta, la guardó bajo llave en el cajón del escritorio. Fue hasta la ventana y permaneció allí un instante, con la cara entre las manos; y luego, algo más aliviada, se dispuso a acometer sus labores cotidianas. Más tarde se sentó a leer el periódico. En primera plana había un largo artículo sobre un asesinato que se dirimía en ese momento, caso que el periódico había destacado, puesto que algunos de sus protagonistas eran conocidos en la localidad. Generalmente se saltaba aquella clase de noticias porque no le interesaban, pero en esta ocasión la leyó de cabo a rabo. Se refería a un hombre llamado Hobart L. Ponder al que se acusaba de matar a su mujer para cobrar el seguro.

Apenas había terminado de leer la extensa noticia cuando la señora Breedlove se presentó para charlar un rato. Entró en la habitación, dejó un libro sobre la mesa y dijo:

—La veo pálida y cansada, querida. Parece distraída. ¿Qué le preocupa?

La señora Penmark respondió que había estado leyendo sobre el caso Ponder, que tal vez era por eso; y la señora Breedlove, como si aquel nombre tuviese la capacidad de hacer que su lengua funcionara a toda velocidad, dijo que había conocido a la madre de Hobart Ponder en su época. Tuvo dos hijos: Hobart, el mayor, a quien ahora se juzgaba por asesinato, y Charles. Por lo visto, la mala suerte había perseguido a Hobart desde muy joven. Cuando tenía unos siete u ocho años encerró a su hermano en un viejo congelador y se olvidó de sacarlo.

—¿Qué libro es ese que trae? ¿Es para Rhoda?

—Es una edición ilustrada de *Robinson Crusoe*. Lo tiene Emory desde niño. Se le ocurrió que a Rhoda podría interesarle.

Pero no tenía la intención de abandonar su relato sobre los Ponder, así que continuó explicando que la abuela de Hobart por parte de madre, que vivía con su hija tras la boda de esta con el señor Ponder, había sido asesinada misteriosamente con uno de los palos de golf del pequeño Hobart cuando el chico rondaba los catorce.

—De niña me encantaba *Robinson Crusoe*. Estoy segura de que a Rhoda también le va a gustar.

—Luego, cuando Hobart ya tenía veinte años —prosiguió la señora Breedlove implacable—, su padre se ahorcó en el garaje. Todo fue bastante difuso y parecía que nadie comprendía aquel suceso, ni siquiera hoy. Después

murió también su madre repentinamente. Un ataque de indigestión aguda, dijeron. ¡Y ahora esta horrible historia de su esposa y la pistola! —Suspiró y continuó con perspicacia—: Pero ¿por qué le ha dado ahora por leer sobre casos de asesinato?

Al día siguiente por la mañana la señora Penmark dejó a su hija con la señora Forsythe prometiendo que la recogería en cuanto volviese de su visita a Benedict. Rhoda llevaba su ejemplar de *Robinson Crusoe* y se fue directa a la galería de mármol que sobresalía en una especie de media luna desde un extremo del apartamento de los vecinos. Se sentó a leer, pero casi de inmediato oyó a Leroy, que se reía y hablaba para sus adentros. Se asomó al balcón y lo vio abajo trabajando en unos arbustos.

Él no alzó la vista, pero sabía que tenía toda la atención de la niña, y dijo entre dientes:

—Ahí está, sentada en la terraza de la señora Forsythe leyendo un libro con ese aspecto cuco e inocente. Como si nunca hubiese roto un plato. Con esa pinta inocente puede engañar a algunos, puede hacer y deshacer a su antojo, pero a mí no me engaña. ¡A mí no! ¡Ni una pizca, nada!

La niña lo observó desde arriba impasible y luego, como si su presencia la aburriese, se dio la vuelta y se concentró de nuevo en su lectura.

Leroy se rio y dijo por lo bajo:

—No le gusta hablar con nadie que sea listo. Le gusta hablar con gente a la que sea capaz de engañar, como su mamá, la señora Breedlove o el señor Emory.

Rhoda cerró el libro dejando un dedo entre las páginas y le dijo:

—Sigues podando el arbusto. Siempre estás diciendo tonterías.

Los ojos de Leroy se cruzaron con la mirada fría de la niña; alzó la cabeza doblando hacia atrás el cuello, apretó las tijeras de podar contra su mono de trabajo sucio y declamó, como si se encontrasen en la escena del balcón de un drama antiguo:

—¡Puede que me haya embaucado en los tiempos postreros, pero ahora la tengo calada, señorita! Vengo de oír cosas nada agradables sobre usted. Vengo de oír que zurró usted al pobrecito Claude en el bosque y que las tres hermanas Fern tuvieron que arrancárselo de entre las garras. Me han dicho que entre las tres se las vieron y se las desearon para que lo soltase. He oído que lo persiguió usted hasta el embarcadero, tan aterrorizado estaba. Eso he oído.

Rhoda abandonó su lectura, le prestó toda su atención y dijo:

—Si dices mentiras no irás al cielo cuando mueras.

—He oído muchísimas cosas —continuó Leroy—. Escucho hablar a la gente y oigo lo que dicen. No soy como tú, que estás siempre parlotando y no dejas que nadie diga la suya. Yo estoy siempre escuchando. Así es como me entero de lo que sucede. Por eso yo soy listo y tú eres tonta.

—La gente no hace más que decir mentiras. Y diría que tú eres el más mentiroso de todos.

Leroy trazó un amplio arco con las tijeras de podar en un gesto apasionado.

—Sé lo que le hiciste a ese chico cuando lo acorralaste en el embarcadero. Puedes engañar a otros, pero no a mí, porque yo no soy tonto. Te tengo calada, señorita. Más te vale tratarme bien de ahora en adelante.

—¿Qué es lo que le hice, ya que sabes tanto?

Leroy amagó un dramático gesto descendente con las tijeras y afirmó:

—Cogiste un palo y le golpeaste, ¿eso es lo que hiciste! Le pegaste porque no te daba la medalla, como tú querías. Pensaba que había conocido a algunas niñas malas a lo largo de mi vida, pero tú eres la peor.

Rhoda apoyó los brazos en la barandilla de mármol y replicó:

—No dices más que mentiras. Todo el mundo lo sabe. Nadie se cree lo que cuentas.

—¿Quieres saber qué hiciste después de golpear al muchacho? Muy bien, te voy a contar lo que hiciste después. Le arrancaste la medalla de la camisa. Luego lo hiciste rodar por el embarcadero hasta que cayó entre los pilotes.

Se rio sin hacer ruido mientras pensaba: «Ahora sí que me presta atención. La tengo preocupada de verdad».

Rhoda lo observó desde arriba con sus luminosos ojos castaños muy abiertos, con inocente sorpresa.

—A mí me daría miedo decir mentiras como esa —dijo remilgadamente—. Me daría miedo no ir al cielo.

—No te molestes en poner esos ojos de corderito, señorita Rhoda. No soy un idiota como el resto. Yo no soy...

Pero justo en ese momento la señora Forsythe salió a la galería y Leroy se dejó caer de rodillas súbitamente y comenzó a afanarse en el arbusto.

—¿Con quién estabas hablando, Rhoda? —preguntó la anciana. Echó una breve mirada en derredor, pero al no ver a nadie dijo—: Estaba segura de haber oído voces aquí fuera.

—Estaba leyendo en voz alta —respondió Rhoda. Cogió el libro, lo abrió y añadió—: Me gusta leer en voz alta. Suena mejor en voz alta.

Por debajo de ellas, Leroy permanecía acucillado contra la pared del edificio riéndose, satisfecho de su astucia. ¡Aquella cría malvada llamándolo mentiroso a él! ¡Aquella cría era capaz de superar al más mentiroso del pueblo sin esforzarse! La historia de Rhoda con el palo había sido brillante. ¡No es que él se la creyese ni por un momento! No era tan estúpido como para creer que una niña de ocho años fuese a atreverse a hacer algo así. Pero había sido brillante, de todas formas. Una patraña así no se le ocurre a cualquiera sobre la marcha. Luego, cuando dejó de oírse la voz de la señora Forsythe y oyó cerrarse la puerta corredera, se incorporó con cautela y susurró:

—Sabes que digo la pura verdad. Sabes que he conseguido descubrir lo que sucedió.

Rhoda se apoyó en la balaustrada de mármol y le espetó:

—No dices nada más que mentiras. Siempre estás mintiendo, Leroy. Todo el mundo sabe que no dices más que mentiras.

—No soy yo quien se pasa el día mintiendo. Eres tú quien se pasa el día venga a mentir.

Y entonces, como para dar por concluida aquella rencorosa escenita en el balcón, Rhoda volvió al interior de la casa con su libro y Leroy se puso a podar las ramas del arbusto satisfecho, como si estuviese tijereteando a la niña en lugar de un seto.

Christine Penmark aparcó junto a la puerta de la Fern School y la señorita Octavia, que espiaba tras las persianas, bajó al camino para reunirse con ella. Circularon durante un rato en silencio, o charlando de cosas que no les importaban lo más mínimo; luego, cuando fueron acercándose a Benedict y descendieron la larga avenida de encinas y azaleas, la señorita Fern comentó:

—Tiene usted que echarle un vistazo a nuestras adelfas cuando estemos allí. Son muy antiguas. Las plantó mi abuelo para que delimitasen el lugar desde la carretera, pero ahora parecen árboles. Ya ve que están completamente florecidas en esta época del año.

Cuando las dos mujeres salieron del coche la profesora dijo que la noche anterior había avisado a los vigilantes y que al mediodía tendrían preparado el almuerzo. Sería algo sencillo: tortillas de cangrejo, panecillos caseros, algo de ensalada verde y café helado. Esperaba que a la señora Penmark le gustasen los cangrejos.

—Son tan abundantes en esta época del año... Solo hay que sacarlos de las zonas menos hondas de la orilla. Una vez, cuando tenía la edad de Rhoda, mi padre tuvo la ocurrencia de construir un criadero dentro mismo del agua, de manera que pudiésemos dejar allí los cangrejos y alimentarlos para cuando

escasearan; pero la cosa fue imposible de llevar a cabo, como la mayoría de sus ideas. Figúrese: al encerrarlos todos juntos, los cangrejos se comían entre ellos antes de que nos diese tiempo a comérmolos nosotros.

Pasearon por el terreno examinándolo todo. Se asomaron al puente que dominaba el Little Lost River y contemplaron los reflejos en la superficie negra y viscosa del agua; luego, al oír la campana que señalaba la hora del almuerzo, regresaron a la casa. Después de comer, Christine dijo que le gustaría pasear a solas por el embarcadero si la señorita Fern se lo permitía; la profesora asintió complaciente:

—Por supuesto, por supuesto. Yo bajo más tarde si le parece bien. Quiero coger unos esquejes de esas azaleas anaranjadas para una amiga del pueblo a quien siempre le ha gustado el color. Se trata de una especie de deporte botánico, nunca he visto otras de ese color en concreto en ninguna otra parte. Tenemos tiempo de sobra. No tengo planes para esta tarde.

Christine fue hasta el final del embarcadero y se quedó allí parada, indecisa; luego, comprendiendo por qué deseaba visitar aquel lugar a solas, abrió su bolso, sacó la medalla a la caligrafía y la dejó caer entre los pilotes. En cierto modo, pensó, era tan culpable como Rhoda. Dio un leve respingo al descubrir lo ladina y deshonesto que se había vuelto, al comprobar cómo su personalidad se desintegraba bajo la presión de la angustia y la culpabilidad. Pero le pareció que era lo mejor que podía hacer con la medalla en aquel momento, ya que se había dado cuenta al visitar a los Daigle de que nunca podría devolvérsela. A continuación, como para justificar aquel acto, se dijo en voz baja: «Rhoda es sangre de mi sangre. Mi deber es asegurarme de que nadie le hace daño».

Entró en el cenador, una estructura destartalada que los huracanes habían demolido casi por completo, y permaneció allí vacilante, tratando de organizar sus pensamientos de forma lógica. Tal vez sus preocupaciones estaban justificadas, tal vez no. Pero ¿cómo saberlo? ¿Cómo podía estar segura? La duda era algo terrible y destructivo, pensó. Habría sido mejor la certeza en uno u otro sentido. Se sentó y elevó las manos en un gesto de impotente desamparo.

La señorita Fern se reunió con ella, llevaba colgada del brazo una cesta con las flores que había recogido. Estuvieron un rato en silencio, observando el nivel del agua de la bahía, con la única interrupción de los mújoles dando saltos, trazando gráciles arcos sobre las zonas de arena de la orilla. Al rato, la señorita Fern dijo:

—Borre esas arrugas de su frente. Está usted mucho más guapa cuando sonrío. Créame, no hay nada por lo que merezca la pena fruncir el ceño, y menos aún llorar.

—¿Por qué no me dice qué cree usted que sucedió el día del pícnic? Ya ve usted que estoy preocupada.

La señorita Fern respondió sorprendida:

—Vaya, yo pensaba que ya lo sabía. —Entonces, enderezando las flores cortadas y recolocándolas una por una en la cesta, dijo que en su opinión el chico se escondió en el embarcadero huyendo de la insistencia de Rhoda, tal vez en aquel mismo cenador en el que se encontraban ahora, pero Rhoda lo descubrió y cuando él la vio venir se aturulló y retrocedió hasta el agua.

—Sí. Sí, eso puedo figurármelo.

La señorita Fern continuó explicando que Claude, a pesar de su aparente fragilidad, era un buen nadador, y que por supuesto Rhoda lo sabía. Una vez en el agua, no podía imaginar sino que su compañero nadaría hasta la orilla. ¿Cómo iba a saber que en aquel punto exacto se encontraban aquellos pilotes? Los niños son bastante extraños, según le parecía a ella. No podemos juzgarlos de acuerdo con los parámetros que utilizamos para juzgar a los adultos. Los niños son con frecuencia inseguros y se sienten desvalidos. Quizás lo único que pensó Rhoda en aquel instante fue que al chico se le iba a estropear la ropa nueva y que ella se ganaría una reprimenda. Los gritos del guarda la habrían atemorizado aún más si cabe y decidió alejarse corriendo hacia el interior. Tal vez se apostó tras aquellos matorros observando y cuando vio que Claude no salía del agua al momento se le ocurrió, siguiendo la retorcida lógica infantil, que se había escondido bajo el embarcadero para asustarla. Así que al principio no hizo nada, y más tarde, evidentemente, cuando ya fue demasiado tarde, no fue capaz de confesar lo que había sucedido.

Dejó la cesta en el suelo, se protegió los ojos del sol y admiró la bahía azul, llena de ondas.

—Creo que en el peor de los casos, ya que desea que sea franca con usted, el asunto es este: Rhoda, en un caso de emergencia, desertó como un soldado aterrorizado bajo fuego enemigo. Pero es que hay tantos soldados, tanta gente más inteligente y mayor que ella que ha huido al primer disparo...

Se levantaron y se acercaron al embarcadero, y la señorita Fern cogió impulsivamente a Christine por el antebrazo:

—No soy su enemiga. No debe volver a pensar eso. Si me necesita, acuda de inmediato a mí.

—Me he sentido tan afligida por la muerte del chico... Me he sentido muy angustiada, y también culpable.

La profesora contestó que comprendía muy bien cómo se sentía la señora Penmark; sin embargo, en lo que a la culpa se refería, difícilmente podía darle consejo a los demás, dado que ella misma había soportado una culpabilidad irracional durante toda su vida. Era bastante estúpido e ilógico sentirse así, porque la culpa, si una la examina con frialdad, se puede entender sencillamente como una forma dolorosa de orgullo.

Pero se da por hecho que todos cargamos con nuestros sentimientos de culpabilidad particulares, ya que nuestro desarrollo y el lugar que ocupamos en este mundo se basan en dicha premisa. Nos enseñan desde muy temprano que nuestros impulsos humanos son vergonzosos y degradantes, que el hombre mismo es una cosa de una vileza absoluta, que su propio nacimiento es el resultado final de un pecado que debemos lamentar y en cierto modo enmendar. Le parecían bastante ingenuos aquellos que se asombraban cuando los obispos, los predicadores y los cardenales que apresaban los comunistas se venían abajo rápidamente y confesaban bajo presión cualquier acción malvada, cualquier pecado detallado a medias que sus captores ponían en su boca: se les había condicionado para que aceptasen sus pecados individuales desde la cuna. Lo sorprendente, en su opinión, no era que se apresurasen a confesar tales monstruosidades: lo raro era que no tardasen menos aún.

—No sé, la verdad es que no soy demasiado intelectual —remató.

Se subieron al coche y la señorita Fern, prosiguiendo con el tema, dijo que a menos que el ser humano fuese capaz de comprender la infinitud, la tremenda anomalía de un universo sin dimensiones, no le sería posible comprender la naturaleza de Dios. Ella pensaba que los esfuerzos de los mortales como nosotros por catalogar, delimitar y atribuir nuestros preceptos morales a Él, o tratar siquiera de definir Su naturaleza, eran tentativas estúpidas y presuntuosas.

Christine pensó: «Voy a creerme lo que me ha explicado Rhoda. Le voy a conceder el beneficio de la duda. No hay razón para pensar que la muerte de la anciana en Baltimore y la del pequeño Daigle estén relacionadas. No puedo hacer otra cosa que confiar en ella, a menos que quiera seguir rompiéndome la cabeza».

La señorita Fern continuó hablando en voz queda, interrumpiendo su discurso ocasionalmente para señalar algún árbol raro o algún punto de referencia histórico con el que estaba familiarizada.

—¿Cómo podemos saber si nuestra noción de lo bueno y lo malo guardan una relación siquiera ligera con Dios? ¿Cómo podemos estar tan seguros de que Él comprende siquiera nuestras pruebas y definiciones? Desde luego, no encontramos nada en la naturaleza ni en los crueles hábitos de los animales que nos lleven a pensar que así sea.

—Tal vez. No lo sé.

—Monica Breedlove se refirió a mí (en uno de sus discursos para la colecta) como «esa simple y romántica madre de Whistler rodeada de señoronas profesoras». —Soltó una risa desdeñosa, colocó bien la cesta a su lado y prosiguió—: En realidad es al contrario. Monica piensa que la mente del hombre se puede modificar si se tumba en un sofá y charla sin cesar con otro que la mayoría de las veces está más perdido que su paciente. Lo cierto es que Monica es mucho más ingenua y romántica que yo.

Después de comer, Rhoda pidió permiso para ir a sentarse en el parque y la señorita Forsythe accedió. La niña cogió su libro y se dirigió a su rincón habitual bajo el viejo granado. Apenas acababa de encontrar la página en la que se había quedado cuando Leroy, que no era capaz de dejarla en paz por mucho tiempo, entró en el parque y fingió que barría el camino que quedaba a las espaldas de la chiquilla. Barrió una y otra vez la misma zona y finalmente dijo:

—Aquí te encuentro, leyendo y tratando de aparentar ser una niña mona. A lo mejor estás recordando cómo le pegaste a aquel chico con el palo. ¿Es eso en lo que estás pensando ahora mismo? ¿Eso es lo que hace que parezcas tan satisfecha y feliz?

Rhoda, con el tono de voz que emplearía un adulto hastiado pero comprensivo, le respondió:

—Termina de barrer y déjame en paz. No quiero escucharte. No dices más que tonterías.

Leroy apoyó su escoba un momento en el suelo y examinó el granado mientras dejaba escapar una risita socarrona y asentía con la cabeza. Cogió una rama muerta y la sostuvo; luego, situándose frente a la niña, sopesando la rama en la palma de la mano, le preguntó inocentemente:

—¿Era más o menos así de grande el palo que utilizaste?

—Barre el camino. O si no vete a hablar con otro.

—El pequeño Claude intentó subirse al embarcadero después de que lo hicieses rodar hasta el agua, sin embargo tú le golpeaste las manos hasta que

se tuvo que soltar y se ahogó; pero, antes de eso, le soltaste un buen trancazo en la sien, que es por donde estuvo sangrando.

Rhoda miró a su alrededor en busca de algo para marcar la página, porque no quería estropear un objeto de su propiedad doblándole una hoja. Delante de ella, en el camino, había una diminuta y suave pluma de paloma; la recogió, la sopló para quitarle el polvo y la colocó dentro del libro. Luego, dejando el libro a un lado sobre el banco, miró fijamente y con calma a Leroy.

—Haces como si no supieses de qué te hablo —prosiguió Leroy con satisfacción—, pero lo sabes muy bien. No eres tonta como el resto, eso tengo que admitirlo, da igual lo mala que seas. No se te escapa una, igual que a mí no se me escapa una. No eres una boba, eso tengo que reconocerlo, y por eso no dejaste el palo manchado de sangre a la vista de cualquiera. ¡Ah, no! Tú eres más lista que eso. Te llevaste el palo cuando huiste del embarcadero y cuando estuviste al resguardo de los árboles te acercaste a la playa y lavaste bien la sangre. Luego lo tiraste en medio del bosque donde nadie pudiese encontrarlo.

—Creo que eres un hombre muy estúpido.

—Tal vez soy estúpido, pero no tanto como tú —dijo Leroy. Cada vez disfrutaba más con la escena. Aquella cría malvada hacía como si la cosa no fuese con ella y no le interesase, pero ¡vaya si le interesaba! Muy en el fondo estaba aterrada, aunque no iba a admitirlo—. Tú eres la estúpida, y no yo —continuó—, porque eres lo bastante estúpida como para creer que la sangre se puede limpiar cuando no es posible.

—¿Por qué no se puede limpiar la sangre?

—Porque no, y ya está. Puedes lavar y lavar, y no conseguirás limpiarla, al menos no del todo. Todo el mundo lo sabe menos tú. Lo sabrías si no hablastes tanto y escuchases más a la gente que sabe.

Comenzó a barrer el camino con energía.

—Mira, voy a decirte lo que voy a hacer a menos que empieces a tratarme bien: voy a llamar a la policía y les diré que empiecen a buscar ese palo en el bosque; y lo encontrarán. Tienen lo que llaman *perros husmeadores de palos ensangrentados* para que les ayuden, y estos perros husmeadores de palos ensangrentados son capaces de encontrar cualquier palo, siempre que esté manchado de sangre. Y cuando estos husmeadores de palos ensangrentados les lleven el palo que lavaste con tanto cuidado pensando que nadie lo distinguiría, por mucho que te pareciese limpio, lo rociarán con un polvo especial y la sangre del pobre chico reaparecerá para acusarte de lo que

hiciste. Se volverá de un color azulado como el de un huevo de petirrojo. Y entonces los policías...

Se dio la vuelta súbitamente al ver entrar en el recinto a la señora Penmark, que buscaba a su hija y se encaminaba hacia ellos. Christine notó la tensión de inmediato e increpó a Leroy:

—¿Qué le estaba diciendo esta vez? ¿Con qué la estaba fastidiando?

Leroy replicó, apoyándose en su escoba:

—Vamos a ver, señora Penmark, no le estaba diciendo nada fuera de lugar. Solo estábamos charlando.

—¿Qué te ha dicho?

Rhoda se levantó del banco, cogió su libro y dijo:

—Leroy me decía que tengo que correr y jugar más, que me voy a volver ciega si me paso el día leyendo.

Pero la señora Penmark se había percatado de la mirada fría y furiosa de su hija, y ahora advirtió la sonriente expresión de triunfo en el rostro de Leroy al escuchar las palabras de la niña. Sintió la ira hirviendo en su interior, pero controló el tono de voz y las manos y dijo:

—No quiero que vuelva a hablar con Rhoda bajo ninguna circunstancia. ¿Entendido?

Leroy abrió los ojos fingiéndose dolido y asombrado:

—No le he dicho nada fuera de lugar a la chiquilla. Ya la ha oído.

—Me da igual, no le permito que vuelva a hablar con ella. Si la vuelve a molestar o molesta a cualquiera de los otros niños lo denuncio a la policía. ¿Ha quedado suficientemente claro?

Agarró a su hija de la mano y rodearon juntas el estanque de los nenúfares dirigiéndose hacia el portalón. Cuando llegaron allí, mientras Christine tiraba del pesado picaporte, Rhoda se giró y le lanzó a Leroy una intensa y pensativa mirada escrutadora. Le dirigió una de esas respuestas convencionales de la infancia, una respuesta a un mismo tiempo sabia y profundísima:

—Lo que dices de mí, en verdad lo estás diciendo de ti.

Aquella misma noche, después de cenar, Leroy se quitó los zapatos, soltó una carcajada y le contó a su mujer el incidente. Sus tres niños estaban sentados en un banco bajo la altea, hilvanando clavellinas con hebras de hierba, con los dedos de los pies desnudos y callosos hundidos en la sólida tierra. Cuando terminó, Thelma bajó la voz para que los chicos no pudiesen oírla y dijo:

—Te tengo dicho que dejes en paz a la chica, Leroy. Te vas a meter en un lío. Vas a seguir fastidiando a esa niña hasta que te metas en un buen

embrollo.

—Es que me encanta burlarme de la cría malvada esa. Antes no le sacaba nada, pero ahora la tengo comiendo de mi mano.

—Te estás buscando un disgusto, no te digo más.

—No me voy a llevar ningún disgusto. Es maja, la pequeña Rhoda. No sale corriendo para gimotear y chivarse. Es malvada, sí, pero también es maja.

—Se sentó en silencio sonriente, asintiendo con la cabeza mientras digería la cena.

Había allí un olor curioso, un olor vagamente mohoso del que no era posible identificar el origen, como si hubiese llovido sobre las camas y luego se hubiesen secado en la oscuridad. Thelma entró en la casa y cogió una lata de cerveza. Cuando volvió dijo:

—Puede que Rhoda no te delate, pero te puede oír alguien, igual que hoy ha estado a punto de oírte la señora Penmark. Y entonces habrá problemas. Imagínate que te oye y llama a la policía como te ha dicho. La policía te llevará a la comisaría y te partirá la boca.

Leroy se encogió de hombros, rio con condescendencia y replicó:

—Pero ¿por quién me tomas? ¿Te crees que soy tonto?

Siete

Después de aquello Christine se sintió aliviada, dado que la señorita Fern había disipado sus dudas, y a lo largo de los siguientes días se dedicó a sus tareas de cocina, sus labores de costura y a atender la casa y a su hija. Asistió a una boda vespertina con la señora Breedlove y lloraron un poco mientras se secaban los ojos con los pañuelos; salió a comprar un colchón clásico y rígido que Kenneth quería para su dormitorio; fue a un baile que ofrecía el tesorero de la compañía para la que trabajaba su marido en honor de sus sobrinas de Nueva Orleans. Estaba decidida a rechazar sus temores, a olvidar su incertidumbre, y así lo hacía mientras se mantenía ocupada o rodeada de otras personas; pero por la noche, cuando Rhoda dormía y la casa quedaba en tal silencio que las vibraciones y el sonido se magnificaban en su mente, volvían a asediarla las dudas.

Una mañana se levantó con la convicción de que si no asumía sus responsabilidades, si no hacía un tremendo esfuerzo de autocontrol, terminaría tan abrumada como la señora Daigle. Se le ocurrió que si cuestionaba la normalidad de Rhoda, si había motivos reales para sospechar que la niña poseía inclinaciones criminales, no podía seguir evitando el asunto; era su deber, si sus temores tenían algún fundamento, educarse a sí misma, leer y estudiar sobre aquellos temas que había obviado hasta entonces: aceptar la realidad que se presentara a sus ojos por desagradable que fuese con valentía y resolución; ponerle remedio a la situación si era posible, y si no, afrontar los hechos como mejor supiese. Únicamente por medio del conocimiento sería capaz de ayudar a su hija y guiarla con comprensión e inteligencia hacia actitudes más tolerables, hacia objetivos más convencionales.

Su pensamiento se dirigió automáticamente hacia Reginald Tasker y las conversaciones que habían mantenido. Sintió el deseo de telefonearle al instante para pedirle orientación; pero llegados a ese punto la duda ya había hecho algo de mella en sus buenos propósitos y le dio miedo llamarlo como si fuese a ser capaz de adivinar el verdadero motivo de su interés; entonces, a pesar del desprecio que sentía por lo taimado de su culpable modo de actuar, resolvió lidiar con el asunto de otra manera. Organizó un cóctel e invitó a

Tasker junto con otras personas que por lo pronto no le suscitaban ningún otro interés; así crearía la oportunidad de quedarse a solas con él y le pediría con fingida despreocupación, como si la cosa se le acabase de ocurrir, que la aconsejase en su estudio. Desde luego, en aquellas circunstancias Tasker no le atribuiría otras razones que el puro entretenimiento; aunque de no ser así se vería obligada a incurrir en una nueva mentira. Le contaría que estaba pensando en escribir una novela ahora que Kenneth estaba fuera y que tanto tiempo libre le resultaba tedioso.

Celebró aquella velada el último día de junio. Lo organizó todo para que Rhoda se quedase con la señora Forsythe al otro lado del rellano, pero la niña quería estar un rato allí para conocer a los invitados de su madre. Christine accedió y cuando los invitados estuvieron allí reunidos la señora Forsythe la trajo. Rhoda llevaba un vestido largo de lino blanco con bordados amarillos que le había hecho su madre pocos días antes, zapatos blancos y calcetines amarillos, sus trenzas en forma de horca aparecían recogidas con lacitos también de este último color. Los invitados estaban fascinados con ella. La niña les dedicaba su sonrisa vacilante y encantadora; dispensaba reverencias tal y como le había enseñado no hacía mucho la señora Forsythe; escuchaba con solemnidad reconcentrada mientras le dirigían algún cumplido, con los ojos abiertos y llenos de pura inocencia; se comportó con cortesía, decoro y seriedad, y cuando la señora Forsythe le dijo que tenían que irse asintió gravemente y emitiendo el suave ronroneo de un animal satisfecho y mimado se lanzó a los brazos de su madre con calculada espontaneidad; y acto seguido, sonriendo de nuevo, bajando la mirada con recato, dejando ver únicamente el hoyuelo de su mejilla, cogió la mano de la vecina, y se marchó pegada a sus caderas como para protegerse.

Una vez desapareció la niña y sus invitados ya no necesitaban de su atención, Christine se acercó a Reginald y le dijo que desde aquel día en que contó la historia de la enfermera Dennyson en casa de Monica se había sentido cada vez más atraída por su campo de estudio; incluso había leído los artículos sobre el caso Ponder. Luego, tocándole el brazo, ladeando un poco la cabeza como en confesión, afirmó que jamás habría leído cosas así si él no se las hubiese presentado... ¿no le daba vergüenza ir por ahí corrompiendo a las pobres mujeres casadas? Reginald respondió que no le daba ni la más mínima vergüenza. Al contrario, era una de las cosas de las que se vanagloriaría cuando llegase a la vejez, o que añadiría en una versión más halagadora y prolija a sus memorias.

A sus espaldas, en el balcón, un joven intelectual decía con una voz que atravesaba el espacio hasta llegarles con estridente claridad:

—Un novelista distinguido con algo que decir no tiene por qué preocuparse del estilo o de detalles de presentación. Pongamos a un hombre como Tolstoi por ejemplo. Acabo de releer *Anna*. A Tolstoi no le daba miedo la obviedad. Se regodeaba en los lugares comunes. Por eso su trabajo ha sobrevivido.

Christine dijo:

—La última vez que hablamos de crímenes nos referimos a los que cometen los niños. Usted dijo, aunque me cueste creerlo, que no era algo infrecuente que los niños cometiesen crímenes graves. Afirmó que los sujetos destinados a ganar fama en ese campo siempre comienzan jóvenes. ¿Hablabas usted en serio o se aprovechaba de mi inocencia?

—Bueno, nunca me ha parecido que Tolstoi se ocupara de obviedades. Dickens, sí. Pero Tolstoi lo veo difícil.

Reginald contestó que hablaba en serio, desde luego. Había una clase de criminal en la que estaba particularmente interesado. Era su especialidad y llevaba mucho tiempo buscando y recopilando informes de los casos, tomando notas para un estudio en profundidad de aquella tipología. Se trataba de un cuadro criminal que se daba, por lo visto, de igual manera en mujeres como en hombres, algo infrecuente, para empezar. Los sujetos pertenecientes a este tipo, a no ser que resultasen demasiado estúpidos o que la suerte no estuviera de su parte, terminaban siendo asesinos a gran escala. No mataban por los motivos que impulsan a menudo el carácter necio y pasional del ser humano. Nunca mataban por pasión, dado que parecían incapaces de sentirla, ni por celos, amor no correspondido o venganza. No se hallaba a primera vista ningún elemento de crueldad sexual en ellos. Únicamente mataban por dos razones: por obtener un beneficio, porque todos poseían un insaciable deseo de posesión material, y para eliminar un peligro cuando su seguridad se veía amenazada.

—Estoy muy interesada. ¿Me permitiría echar un vistazo a sus archivos? Los trataría con sumo cuidado.

La señora Breedlove, con un martini en la mano, se abrió paso entre la multitud hasta llegar a ellos dos. Permaneció escuchando con una especie de asombro teatral y luego dijo sin pensárselo dos veces:

—¡Pero mi querida Christine! ¿Qué le ha sucedido? ¿A qué viene este inesperado cambio?

Christine sonrió con embarazo y respondió:

—Dudo que exista un motivo.

La señora Breedlove negó pacientemente con la cabeza, se sentó entre ambos y proclamó:

—Existe un motivo, querida Christine; existe siempre una motivación psicológica profunda para cada cosa que hacemos, solo tenemos que encontrar su origen. —A continuación, tan inoportunamente como hasta el momento, añadió—: Cuando yo me psicoanalizaba con el doctor Kettlebaum solía llegar muy pronto, dado que había logrado una transferencia más que positiva con aquel pobre hombre. Había un apuesto joven británico que iba antes de mí y nos encontrábamos muy a menudo en la sala de espera. A veces, cuando el doctor Kettlebaum estaba enganchado al teléfono entre visitas y tardaba en llamarme, charlábamos el uno con el otro. Este joven (hace años que olvidé su nombre, algo sintomático también, como verán) me dijo en una ocasión que me consideraba de una belleza infrecuente; si no fuese por un detalle sería su ideal. Ya se ve que tenía una personalidad extraña. Me dijo que le fascinaban las mujeres que tenían solo una pierna, y que estaba claro que yo tenía dos.

Reginald silbó entre dientes y dijo:

—Caray, esa no me la esperaba.

Monica prosiguió:

—Así que le dije: «Admito que es usted muy atractivo. Voy a ir más allá y le diré que es el hombre con las pestañas más bonitas que he visto nunca, pero si piensa que me voy a cortar una pierna para satisfacerle, por sobresaliente que usted sea, ¡está tremendamente equivocado, querido!».

Reginald y Christine rieron a un tiempo y la señora Breedlove, riéndose también al recordar, continuó:

—Y entonces aquel joven de gusto tan excéntrico se me quedó mirando fijamente con ese aspecto que los británicos han llegado a perfeccionar y me contestó: «No espero algo así, se lo aseguro».

—Pero ¿dónde encontraba mujeres con una sola pierna? —preguntó Christine.

—Querida, querida: nuestras cabezas están tan sincronizadas... Eso es precisamente lo que le pregunté yo; pero él me miró con la más absoluta de las sorpresas y replicó: «¿Encontrarlas? Querida, ¡el problema es cómo no toparse con ellas! Londres está llena de mujeres con una sola pierna, como habrá comprobado. Están por todas partes».

Se hizo un silencio y entonces Christine apostilló:

—¿La moraleja va por mí? ¿Quiere decir que uno encuentra lo que busca su mente?

—¡Exacto! —dijo la señora Breedlove.

Y se lanzó a explicar que ella siempre había pensado que el rechazo de la señora Penmark a escuchar datos sórdidos o criminales era sintomático. Dicho de otra manera: lo calificaba como un deseo positivo encubierto por una reacción negativa. Esto significaba, en realidad, que durante un tiempo había sufrido una incapacidad emocional para examinar con el detenimiento necesario sus pulsiones dirigidas al odio y la destrucción, pero que ahora, una vez sus angustias se habían aplacado de manera evidente, era por fin capaz de afrontarlas. En general estaba satisfecha de comprobar el repentino interés de Christine por lo criminal, una actitud mucho más saludable. Algo que indicaba una amplitud de miras y una mayor madurez respecto a tiempos pasados.

Se dio la vuelta buscando la complicidad de su amigo y Christine, confusa, ofreció la explicación que tenía preparada, la explicación que en adelante ofrecería tan a menudo para justificar sus actos. Siempre había tenido el secreto deseo de escribir una novela, aunque dudaba de si sería capaz de llevarlo a cabo. Sin embargo, las cosas que le había oído contar a Reginald eran tan novedosas, tan fuera de lo común (o así se lo parecían) que se sentía tentada de utilizarlas en un libro autobiográfico al que le estaba dando vueltas: un libro que quedaría reforzado y sustentado por detalles de casos reales. Se detuvo con súbita cautela mientras pensaba: «¿Por qué he dicho *autobiográfico*? Creo que es extraño».

Esperó que la señora Breedlove advirtiera su desliz, pero dado que no lo hizo se levantó y dijo que tenía que atender a sus otros invitados. Fue entonces cuando Reginald se ofreció a prestarle a la señora Penmark el material que había recopilado. Había organizado muchos de aquellos casos y los había clasificado más o menos por categorías. Su propio libro, si es que algún día era capaz de escribirlo, sería de cariz factual, así que no entraría en conflicto con el de ella. Le preguntó si había decidido la trama de la novela, si tenía ya desarrollados algunos de los detalles. Christine respondió que no, lo único que tenía claro en líneas generales era que trataría sobre una asesina en serie y las desastrosas consecuencias que provocaba su violencia no solo entre sus víctimas, sino también entre los supervivientes. Para empezar era poca cosa, lo sabía, pero era todo lo que tenía resuelto hasta el momento.

Al día siguiente la señora Forsythe propuso que, como capricho especial, se llevaría a Rhoda a tomar un refresco con helado a la esquina. Era una mujer alta y delgada bien entrada en la sesentena, dotada de unas caderas anchas y rotundas, los hombros caídos. Había sido una belleza absoluta en su época (la perfecta Gibson Girl, decía la señora Breedlove), y seguía llevando la melena rubia veteada al estilo Pompadour de sus días de gloria, un pompadour más pequeño y redondeado con un moño firmemente anudado en el centro de manera que ahora el efecto era más el de un cojín fijado en su sitio con un pisapapeles. Salieron juntas por la puerta y Rhoda vio que Leroy la esperaba junto a la acera. De repente se le ocurrió una nueva manera de fastidiarla, un método distinto de demostrarle su enamoriscada animosidad a la niña. La idea le pareció sutil e ingeniosa a un tiempo. Fue al sótano y cogió una rata muerta de la trampa en la que estaba desde primera hora de la mañana. Le ató un lacito alrededor del cuello y la colocó dentro de una cajita de regalo que conservaba de las navidades pasadas. Luego la envolvió en papel de colores y le puso unas cintas de adorno; lo tenía listo cuando la niña reapareció.

Le guiñó un ojo cuando la señora Forsythe le dio la espalda y le hizo a Rhoda un gesto de invitación hacia la parte de atrás del edificio, pero la niña lo ignoró; se quedó de pie sobre el pavimento como si esperase una explicación más clara, y cuando la anciana subió las escaleras, se detuvo y rebuscó las llaves en su desordenado bolso, Leroy se acercó y le musitó suavemente a la chiquilla como si le cantase una serenata: «¡Tengo un regalo bien bonito! ¡Sí, un regalo bien bonito! ¡Te tengo preparado algo solo para ti!».

Rhoda asintió y él se dirigió al sótano y se quedó parado tras el umbral, donde no pudieran verlo. Rhoda fue a su encuentro rápidamente y él le dijo en un susurro innecesario, puesto que no había nadie cerca que pudiese oírles:

—He llegado a la conclusión de que tú y yo deberíamos ser buenos amigos. Así que tengo un regalo para que me perdones por las cosas malas que te he dicho. En cuanto vi esto que te digo pensé en ti. Me dije: «Esto me hace pensar en Rhoda Penmark, ¡vaya que no!».

—¿Qué es, Leroy? ¿Qué me vas a dar?

—Ábrelo. Abre la caja y lo ves.

La niña abrió la caja. Alzó la cabeza y observó fijamente a Leroy con una peculiar expresión distante en la mirada. El hombre soltó una risa y se sentó en el banco, extremadamente satisfecho por la genialidad de su ocurrencia; pero se trataba de una risa contenida, como si ambos estuviesen envueltos en una conspiración que jamás habría de ser revelada.

—¿Sabes en qué me hace pensar este regalo? —le preguntó cuando recuperó el aliento—. Me hace pensar en Claude tumbado en su ataúd. — Esperó a la reacción de la niña, pero al no haber respuesta prosiguió—: Al principio se me ocurrió que podía regalarte unas fragantes florecillas, pero no tenía tiempo para ir hasta el cementerio y robarlas de la tumba de Claude.

Rhoda se levantó, pero Leroy, agarrándola del brazo para detenerla, le dijo:

—Dime una cosa ahora que volvemos a ser amigos. ¿Has encontrado el palo aquel que limpiaste tan bien? Si no has sido capaz de encontrarlo mejor que te des prisa. Igual me enfado contigo de nuevo y le digo a la policía que lo busque.

Aquella noche Reginald se presentó en el apartamento de los Penmark para dejarle a Christine la documentación prometida. Cada ficha llevaba un resumen adjunto concretando el contenido, además de con sus propios comentarios en más de uno. Cuando se hubo marchado y Rhoda estaba leyendo en el parque Christine sacó una de las carpetas y leyó tres casos con el título: «Jóvenes. Situaciones sencillas. Criminales no demasiado brillantes. Descubiertos a temprana edad».

Raymond Walsh, un chico de dieciséis años, mató de un disparo a un amigo más joven aún que él por unos pocos dólares. Beulah Hunnicutt y Norma Jean Brooks, ambas muy jóvenes, asesinaron a un granjero que se había hecho amigo de ellas para quitarle los dos dólares que llevaba en el bolsillo. Milton Drury mató a su madre y le prendió fuego para quedarse con el dinero que llevaba encima.

Con la carpeta que contenía aquellos, como se decía, casos sencillos y en cierto modo relativamente claros, había una nota de puño y letra de Reginald. Todos los sujetos habían actuado de manera extremadamente estúpida, a todos se les había descubierto muy jóvenes (tal vez al principio de sus carreras). La avaricia, según su opinión, era el móvil principal de todos ellos, el denominador común de aquella clase de gente. Ninguno de ellos poseía noción alguna de moral humana, ninguno era capaz de comprender las ideas de lealtad, afecto, gratitud o amor; todos eran fríos, despiadados y tremendamente egoístas. Quizás la tipología de aquellos sujetos era más fácil de contemplar en estos sencillos casos infantiles que en otros más elaborados con los que habría que enfrentarse más adelante.

La señora Penmark suspiró, encendió un cigarrillo y dejó la carpeta sin terminar de leer el resto de casos. Se dirigió hacia la ventana, se arrodilló en el asiento y contempló durante largo rato la calle verde y serena, los árboles

meciéndose bajo el cálido sol de julio; luego regresó a su silla y reanudó la lectura. Había casos relativos a sujetos más experimentados, gente quizás más inteligente que los del primer grupo, pero no mucho más. Como mínimo habían tenido suerte por un tiempo y los habían descubierto cuando comenzaban a perfeccionar sus diversas técnicas.

Tillie Klimek, de Illinois, envenenó a cinco maridos para cobrar el seguro; Houston Roberts, de Misisipi, asesinó a dos esposas y a una de sus nietas por lo que podía obtener de sus muertes. Intentó matar a una segunda nieta, pero la niña se recuperó y lo detuvieron. Daisy de Melker, de Sudáfrica, fue una envenenadora a sueldo a gran escala. Terminaron ejecutándola por el asesinato de su hijo, a quien había asegurado por quinientos dólares.

La señora Penmark guardó la documentación en su escritorio y llamó a su hija al almuerzo. Rhoda salió lentamente del parque, pero cuando pasaba por delante de la puerta del sótano Leroy asomó la cabeza y le dijo:

—Cuando la policía encuentre ese palo y lo vuelva azul te sentarán en la silla eléctrica. Te freirán muy despacito. ¿Te has fijado alguna vez cuando tu madre fríe beicon, has visto cómo se va retorciendo? Así te vas a quedar cuando te sienten en esa silla eléctrica. Te pondrás marrón y te retorcerás de arriba abajo.

—La silla eléctrica es demasiado grande para mí. No encajaría bien.

—Eso es lo que tú te crees —respondió Leroy con sorna—. Mira: deja que te diga una cosa. Tienen una silla especial para niñitas malvadas como tú. Tienen sillitas rosas de tu tamaño, y son bien bonitas, pero ya te adelanto que a las chiquillas que fríen ahí como chuletas de cerdo no les parecen tan bonitas.

—Eso que dices de hacer que un palo se ponga azul te lo has inventado. No irás al cielo si sigues contando mentiras. Cuando mueras te irás al lado malo, ahí es donde vas a ir a parar, Leroy.

—Entra en tu casa, que es la hora de la comida. Tu mamá te dijo que no me hablastes y me dijo que no te hablase yo tampoco. Así que basta de charleta. Pero mejor que encuentres ese palo, es lo último que te digo. Te podría contar un montón de cosas que te gustaría saber, pero tu mamá me dijo que no hablase contigo. Entra en tu casa y deja de fastidiar.

Cuando la niña se hubo marchado Leroy se tumbó en su cama improvisada pensando en lo listo que era. Ahora sabía cómo manejarla, a esa; la tenía bien preocupada, a aquella chiquilla malvada, pero preocupada de verdad. No tardaría en echarse a temblar cuando oyese su voz. Que se preparase si no.

Rhoda entró en el apartamento y comió; luego, tras practicar su lección de piano, le preguntó con despreocupación a su madre:

—¿Es verdad que después de limpiar cualquier cosa que estuviese manchada de sangre un policía es capaz de distinguirla echándole unos polvos por encima y que entonces se pone de color azul?

—¿Quién te ha estado explicando esas cosas? ¿Leroy?

—No, madre, no ha sido él. Me dijiste que no hablase con Leroy. Es que escuché a unos hombres charlando cuando pasaban por la puerta del parque.

La señora Penmark respondió que no sabía nada sobre manchas de sangre, pero que se lo preguntaría al tío Reginald, que era una autoridad en la materia, si a Rhoda de verdad le interesaba saberlo; pero la niña, súbitamente alarmada, sacudió la cabeza de lado a lado y dijo:

—No.

Después Christine volvió a la cocina para acabar de fregar los platos; pero ahora sus sospechas se habían reavivado y se preguntó por qué había preguntado la niña algo tan extraño, dado que tenía muy claro, y lo sabía desde hacía bastante tiempo, que Rhoda jamás preguntaba nada sin motivo, por el gusto de oír su propia voz, como hacen otros niños.

Poco después vio que Rhoda entraba en su dormitorio y salía con un paquete de papel; enseguida, vigilando con cautela a su madre para asegurarse de que no la observaba, abrió la puerta que daba al vestíbulo y la cerró sin hacer ruido tras de sí. La señora Penmark entreabrió la puerta de la cocina, que también comunicaba con el vestíbulo y contempló a su hija con curiosidad y temor; y cuando vio que la niña se dirigía a la trampilla del incinerador se abalanzó presurosa sobre ella, la agarró del brazo, se interpuso entre esta y la portezuela:

—¿Qué hay en ese paquete? ¡Dámelo, Rhoda! ¡Dámelo ahora mismo!

—No hay nada, madre.

—Llevas algo que querías quemar. ¡Dámelo!

Le quitó el paquete a la ceñuda niña; la condujo hacia la puerta del apartamento; pero Rhoda se apartó de ella en un ataque imprevisto de pánico y de repente comenzó a lanzarle mordiscos y a golpearla como un animal acorralado y fuera de sí. Sorprendida al sentir los afilados dientes de la chiquilla en su muñeca dejó caer el paquete y Rhoda lo cogió al vuelo y corrió pasillo abajo. Ya tenía la mano sobre la trampilla cuando la madre la alcanzó, y le arrebató de nuevo el paquete a la niña forcejeante.

Cuando comprendió que había sido derrotada, Rhoda se calmó y observó a su madre con una mirada tan fría y cargada de implacable rencor que

Christine se llevó una mano al corazón automáticamente y lo oprimió como si la escena le resultase insoportable; entonces, profiriendo ruiditos primitivos y animalescos, la niña se abalanzó de nuevo sobre su madre, como si hubiese perdido por completo el control. Pero esta vez la señora Penmark la sujetó por los hombros y la sacudió, el flequillo saltando arriba y abajo, su delgado cuello inmaduro bamboleándose adelante y atrás. Empujó a la chiquilla delante de ella, entró en su salón y abrió el paquete; y allí, tal como esperaba, estaban los zapatos provistos de láminas metálicas que Rhoda había llevado al pícnic y que no se había vuelto a poner desde aquel día.

Christine dijo:

—Ya sé por qué estabas tan interesada en lo de la sangre. Golpeaste a Claude con un zapato, ¿verdad? —Le sorprendió la serenidad de su propia voz, lo impersonalmente que era capaz de actuar en aquel instante al afrontar un descubrimiento tan terrible—. Le pegaste con el zapato, ¿no es así? —repitió—. ¡Responde! ¡Dime la verdad!

Rhoda no contestó de inmediato. Miró de soslayo a Christine con cautela, rumiando incluso entonces un plan para doblegar a su madre una vez más a voluntad, para ganarse su aprobación y tenerla de nuevo de su lado.

—Ahora ya lo sé, así que no tiene sentido que me sigas mintiendo —dijo la señora Penmark—. Le golpeaste con el zapato, por eso tenía marcas de media luna en la frente y en las manos.

Rhoda se apartó con lentitud, una expresión de paciente desconcierto cruzaba sus ojos; luego, se lanzó de cabeza al sofá y enterró la cara en un cojín llorando lastimeramente mientras atisbaba entre los dedos, atenta a la reacción de su madre. Pero la actuación no resultaba en absoluto convincente, y Christine contempló a su hija con un nuevo y desapasionado interés al tiempo que pensaba: «De momento es una aficionada, pero mejora día a día. Está perfeccionando su número. Dentro de unos años no parecerá en absoluto impostado. Será mucho más convincente, estoy segura».

—¡Respóndeme! —inquirió con repentina cólera—. ¡Respóndeme!

La niña, al comprobar que no impresionaba a su madre, se levantó del sofá, se le acercó con soltura y se plantó frente a ella:

—Le pegué con el zapato —dijo con calma—. Le tuve que pegar con el zapato, madre. ¿Qué podía hacer si no?

La señora Penmark montó en cólera y en medio de su desesperado pánico abofeteó la cara de la niña con tal fuerza que esta se tambaleó hacia atrás y cayó con las piernas extendidas en una de las grandes y mullidas sillas. Christine se apretó la frente con las palmas de las manos, mareada y

aterroizada. Se sentó para recomponerse y cuando su ira se disipó y le quedó únicamente una sensación de náusea en el estomago, una sensación de irrealidad en la mente, dijo fatigada:

—¿Eres consciente de que asesinaste a ese chico?

—Fue culpa suya —dijo Rhoda pacientemente—. Fue todo culpa de Claude, no mía. Si me hubiese dado la medalla como le pedí no le habría pegado. —Se echó a llorar, apoyando la frente contra el reposabrazos de la silla—. Fue culpa de Claude, fue culpa suya.

Christine cerró los ojos y dijo:

—Cuéntame lo que sucedió. Esta vez quiero la verdad. Sé que lo mataste, así que no tiene ningún sentido que me vuelvas a mentir. Empieza por el principio y explícame lo que sucedió.

Rhoda se lanzó a los brazos de su madre y exclamó:

—¡No volveré a hacerlo, madre! ¡No lo haré nunca más!

Christine le secó los ojos a la niña, le arregló el flequillo y repitió con serenidad:

—Estoy esperando una respuesta. Cuéntame. Tengo que saberlo ahora.

—No me quiso dar la medalla como le pedí, y ya está... Y luego se escapó y se escondió en el embarcadero, pero lo encontré y le dije que le pegaría con el zapato si no me la daba. Él sacudió la cabeza y me dijo «No»; así que le pegué una vez y él se quitó la medalla y me la dio.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, pues intentó escaparse de nuevo, así que le volví a golpear con el zapato. No dejaba de llorar y armar alboroto, y a mí me dio miedo de que alguien lo oyese. Así que le pegué otra vez, madre. Esta vez le pegué más fuerte, madre, y se cayó al agua.

Christine cerró los ojos diciendo:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Ahora la chiquilla lloraba con más insistencia, la boca torcida en una mueca de aprensión.

—No le quité la medalla. Claude me la dio cuando se la pedí. Pero después dijo que le iba a contar a la señorita Octavia que se la había robado y que ella haría que se la devolviese. Por eso le pegué la segunda vez.

La señora Penmark pensó: «¿Qué tengo que decir? ¿Qué tengo que hacer ahora?».

De repente la niña se secó las lágrimas, la abrazó y dijo con coquetería:

—¡Ay, es que mi madre es la más bonita! ¡Qué bien me cuida! Se lo digo a todo el mundo, le digo: «Mi madre es lo más dulce que...».

—¿Por qué tenía heridas en el dorso de las manos, Rhoda?

—Intentó trepar por el embarcadero después de caerse al agua. Yo no le habría vuelto a pegar, pero iba a chivarse. Así que le golpeé en las manos para que se soltase. Pero no se soltaba por fuerte que le pegase, madre; así que le tuve que golpear unas cuantas veces en la cabeza y también en las manos. Entonces sí que le pegué con ganas y es cuando se me manchó de sangre el zapato. Al final cerró los ojos y se soltó del embarcadero como le decía que hiciese. Pero fue todo culpa suya, madre. No debería haberme amenazado con chivarse, ¿verdad, madre?

Entonces, acordándose de lo que Leroy le había dicho, la niña volvió a gemir, aunque esta vez gemía de terror, jadeando entre sollozos.

—¿Me van a sentar en esa sillita y le van a meter electricidad? —Se acercó a su madre—. Yo no tengo la culpa de que Claude se ahogase. Fue culpa suya.

Christine fue de un lado a otro de la habitación presa de un pánico desorientado, apretándose las mejillas con las manos. La niña se aferró a su cintura y le dijo temblando con súbito terror:

—No les dejarás que me sienten en esa silla, ¿verdad?... ¡Madre! ¡Madre! No dejarás que me hagan daño, ¿verdad?

Christine se detuvo en seco, se volvió hacia la niña atemorizada y le respondió:

—Nadie va a hacerte daño. No sé que tenemos que hacer ahora, pero te prometo que nadie te hará daño.

La niña se restregó los ojos aliviada. Esbozó su habitual sonrisa, el hoyuelo se le marcó con claridad. Desplegó el abanico típico de carantoñas encantadoras para su madre y al rato le preguntó con su vocecita ingenua:

—¿Qué me das si te doy una cesta besos?

—¡Haz el favor! —dijo Christine—. ¡Haz el favor!

—¡Dime la respuesta, madre! ¿Qué me das si...?

—Vete a tu cuarto y lee —replicó la señora Penmark con aspereza. Enseguida, con prudencia, añadió—: Quiero pensar. Tengo que decidir qué es lo mejor que podemos hacer.

Pero incluso mientras pronunciaba aquellas palabras era consciente de que era incapaz, en aquel momento de tensión, de tomar decisiones ahora ya inevitables sobre la postura nueva y necesaria que debería adoptar hacia su hija ni de dar forma a los planes necesarios para llevar a cabo dichas decisiones en el caso de que llegase a tomarlas. Su mente ya no se movía en la línea recta del pensamiento racional; giraban como una rueda en rápidos y

violentos círculos de emoción a los que parecía incapaz de escapar, las cosas que la niña le había contado repetidas a su oído una y otra vez siguiendo un esquema nítido e inaudible.

Había deseado acallar sus dudas, saber la verdad..., y ahora la sabía. Se enfrentaba por fin a la realidad inmutable de lo que durante tanto tiempo había temido en sus fantasías. Y ahora que lo sabía, se consoló, incluso en aquel momento de confusión, con la certeza de que independientemente de lo horrorosa que fuese la realidad al menos ya no podría torturarse con sus sospechas ni fustigar su mente con la duda.

Al rato entró en el dormitorio de la niña y dijo:

—¿Por qué no sales a jugar al parque? Quiero estar sola. Tengo que pensar qué es lo que más nos conviene. —Añadió, mientras Rhoda asentía, sonreía y se encaminaba hacia la puerta—: Tienes que prometerme que no le contarás a nadie más lo que hemos hablado. Es muy importante. ¿Lo entiendes? ¿Lo...?

Pero al percibir la expresión indulgente y despectiva en la mirada de su hija se sintió de repente poco experimentada y un tanto torpe. Su voz vaciló y se cortó, porque fue consciente de que su advertencia no hacía sino revelar la profundidad de su propia ineptitud de aficionada y de que no había una sola posibilidad de que Rhoda contase a nadie lo que había hecho. Entonces, prudente, mientras la niña permanecía ante ella divertida, aunque exteriormente sumisa como de costumbre, añadió:

—¿Cómo te las arreglaste en Baltimore con la anciana? Sé tanto ahora mismo que una cosa más ya no importa demasiado.

Y Rhoda, segura de su triunfo, sonrió y respondió con docilidad:

—La empujé, madre. Le di un empujoncito.

Una vez se hubo marchado su hija, Christine se dirigió al cuarto de baño sin un propósito claro; se quedó allí plantada, indecisa, pero al contemplarse en el espejo señaló su imagen y soltó una risa estridente. Luego, apoyando la cabeza contra el cristal, con los brazos colgando fláccidamente a los lados, supo que debía vivir con el secreto como mejor pudiese; debía ser optimista y esperar lo mejor.

Si había algo que deseara en aquel momento era hablar con alguien sobre su hija, pero sabía que aquello era imposible, desde luego no en aquel preciso momento. Sería complicado explicárselo incluso a Kenneth, a quien, por supuesto, se lo tenía que contar. Luego, cuando su necesidad de confidencias se hizo demasiado difícil de soportar por más tiempo, le hizo a Reginald Tasker una especie de confesión equívoca y comprometida, una confesión que

estaba segura de que no sería capaz de interpretar de manera conveniente. Lo llamó por teléfono y le dijo que había estado trabajando concienzudamente en la estructura de su novela. Había decidido que el libro giraría en torno a una niña criminal, una niña que no se asemejase en nada a ninguna otra asesina sobre la que hubiese leído antes.

—¿Y qué hay de la madre? ¿También será una delincuente?

—No. La madre no será nada fuera de lo común, bastante normal y corriente.

—Ahí tiene su conflicto —dijo Reggie—. Cuando averigüe lo que va a hacer con él cuéntemelo, por favor.

Charlaron un rato sobre gente a la que conocían y, al terminar, Christine se sentó de nuevo junto a la ventana con las manos sobre el regazo. El violento torbellino de su cabeza había remitido un poco y se obligó a valorar las vías abiertas para lidiar con el futuro de su hija. Lo primero que había que tener en consideración era la cordura de la niña; ¿era Rhoda verdaderamente una perturbada y, por lo tanto, sin responsabilidad sobre sus actos? Si era una perturbada, ¿no debía estar en un lugar donde pudiesen darle un tratamiento o tal vez curarla?, ¿donde evitasen que pudiese hacer más daño? Pero casi al mismo tiempo negó con la cabeza. Rhoda no era una perturbada, y cualquiera que la conociese mínimamente lo sabía con certeza, pero aunque lo fuese, aunque Kenneth y ella terminasen llegando juntos a la conclusión de que aquello era lo que más le convenía, ¿cómo se disponen esa clase de cosas? ¿Habría que comunicárselo a la familia de Kenneth? Sacudió la cabeza con impotencia. No sabía cómo actuar frente a una situación así.

Se levantó bruscamente y deambuló por el apartamento, ordenando y recolocando sus pertenencias sin ser del todo consciente, como si sus acciones no fuesen más que la mecánica externa de una turbulencia interna que no era capaz de organizar con tanta facilidad. Se dijo que no leería más documentación criminal; ahora ya no le serviría más que para incrementar su angustia, para hundirla en su depresión; y luego, moviéndose con la precisión impersonal de un juguete, comenzó a leer de nuevo con avidez, como si algo en su ser presintiese que aquellos archivos le indicarían tarde o temprano cosas que quería saber; que terminarían revelándole un conocimiento secreto de su propia vida, un conocimiento que, ahora era consciente de ello, sería una insensatez continuar obviando por más tiempo.

Leyó casos relacionados con la actividad de las asesinas en serie más célebres, la totalidad de las cuales había actuado únicamente para extraer de aquello algún beneficio. Estaba la señora Archer-Gilligan, propietaria de una

residencia para ancianos, que imponía a sus huéspedes un contrato leonino y que tomaba las precauciones convenientes para no quedarse en números rojos; estaba Belle Gunness, de Indiana, que tras dar buena cuenta de sus pretendientes con un hacha los habría descuartizado en una especie de silo y habría usado la carne para engordar a sus cerdos; estaba la señorita Bertha Hill, que vivía en un pueblo llamado Pleasant Valley; estaba Christine Wilson, la chica británica que utilizó cólquico con tal prodigalidad que los médicos de su época creyeron que una nueva epidemia desconocida había estallado en Inglaterra; estaban también la señora Hahn, la señora Brennan y la señorita Jane Toppan; estaba Susi Olah, que casi sin ayuda arrasó prácticamente con la totalidad de la población masculina de dos pueblos húngaros.

Encontró una serie de casos referidos a asesinos en masa del género masculino, pero solo leyó uno de ellos: Albert Guay, de Quebec, joyero, hizo estallar un avión con todo su pasaje para cobrar el seguro de viaje de su esposa, que iba dentro. En la carpeta del caso Guay había una nota adjunta. Según la opinión de Reginald, el sujeto se colocaba, gracias a aquellas veintitrés víctimas, a la cabeza de la clasificación de los más renombrados asesinos en masa no por méritos propios, sino casi por accidente. En comparación con artistas excepcionales como Alfred Cline, James P. Watson o la Incomparable Bessie Denker, no era en realidad más que un patoso estúpido.

La señora Penmark dejó a un lado las carpetas, se quedó quieta tras la ventana que daba al parque y repitió aturdida:

—Bessie Denker. Bessie Denker... ¿Dónde he oído yo antes ese nombre?
—Jugueteó con la cuerdecilla de la persiana veneciana y, después de unos instantes, sus labios, como si funcionasen al dictado de su pensamiento, formaron estas palabras—: ¡Bessie Denker! ¡August Denker! ¡Emma Denker!... Y había una anciana a la que llamábamos prima Ada Gustafson.

Presa de un pánico súbito, llamó a Rhoda, que estaba en el parque; y cuando la niña se presentó ante ella le dijo con aspereza:

—¡Coge los zapatos y mételos en el incinerador!

La niña se alejó para obedecerla y Christine le gritó con voz estridente y agonizante:

—¡Rápido! ¡Rápido, Rhoda! ¡Mételos en el incinerador! ¡Quémalos enseguida!

Se quedó tras la puerta observando mientras la chiquilla recorría el vestíbulo, abría la trampilla y dejaba caer al horno los zapatos manchados de

sangre.

Ocho

Aquella misma noche, un poco más tarde, la señora Breedlove entró en el apartamento de los Penmark haciendo gala de su agresividad y expansión habituales. Había ido de compras, se hundió en la primera silla que encontró y se puso a contar:

—He comprado algo para usted y para mí. Es una cosa que quiero desde hace tiempo pero que no encontraba. Sé que usted también querrá una porque su cocina es como la mía.

Se trataba de unas jaboneras que se adherían al fregadero.

—No es necesario hacer agujeros en las baldosas para fijarlas. Se adhieren por succión. —Le mostró las ventosas y continuó—: Se untan por dentro con aceite de ricino, por extraño que parezca, y se pega sobre la baldosa de golpe, con firmeza. Se queda fija como si estuviese ahí clavada.

Pero la señora Penmark se encontraba todavía bajo la impresión de lo que su hija le había contado pocas horas antes y escuchaba a Monica en un mutismo distante, con una ligera sonrisa, asintiendo a intervalos regulares y atendiendo apenas a lo que su invitada le explicaba.

La señora Breedlove se abanicó y prosiguió:

—La arrogancia de los tenderos nunca deja de sorprenderme. Cuando estaba comprando las jaboneras, el dependiente me dice: «Mejor le explico cómo hay que colocarlas, señora». Así que le replico: «Mire, querido, sé leer un poco, se lo aseguro; y las instrucciones aparecen bien claras en la etiqueta». Y entonces él sonríe burlonamente con esa expresión de superioridad que adoptan los hombres, en especial cuando hay otros hombres alrededor, y responde: «A las mujeres no se les da demasiado bien todo lo relativo a lo mecánico. Mi señora no es capaz ni de colocar bien una bombilla». Así que le contesto: «Me atrevería a decir que soy capaz de arreglármelas con cualquier cacharro que pueda manejar usted o cualquier otro hombre, y lo que es más: no me sorprendería nada que fuese capaz de arreglármelas con cosas que tal vez tampoco usted sepa cómo manejar».

Continuó con su chachara en un tono complacido y vivaz, repitiendo lo que le había dicho al dependiente y lo que el dependiente le había respondido. La señora Penmark sonreía con aprobación y permanecía sentada con las

manos tan inertes sobre el regazo que parecían haber perdido ya parte de su energía práctica y cotidiana. El relato de la señora Breedlove le llegaba de forma vaga, no como algo identificable, sino como un telón de fondo de sus propios pensamientos, ya que su mente se centraba aún en el problema de Rhoda y en qué debía hacerse con ella ahora... ¿Debía ir a la policía y confesar lo que la niña había hecho? ¿Era aquella la mejor solución? Por supuesto no era probable que una criatura de su edad fuese arrestada y juzgada por asesinato, pero estaba claro que se la llevarían y la meterían en una institución. «En mis tiempos las llamaban *reformatorios* —pensó mientras asentía con una sonrisa alentadora dirigida a Monica—, pero no sé si siguen llamándolas así».

—Mire: de jovencita —decía Monica con una afabilidad resuelta— tenía un hermano mayor que luego murió de escarlatina. Le pusieron el nombre de mi padre: Michael Lanier Wages, y era un chico brillante. Recuerdo que, cuando yo era pequeña y tan tímida que corría a esconderme si a algún desconocido se le ocurría siquiera hablarme, la gente decía: «Qué suerte tiene el señor Wages de que si le ha salido un hijo estúpido sea la niña. No importa lo tonta que sea una chica, siempre tendrá la posibilidad de encontrar a alguien que la mantenga y asegurarse un futuro; de hecho, igual hasta es ventajoso para ella ser un poco estúpida; pero un chico tiene que ser listo si pretende ganarse un lugar en el mundo».

Se calló y le echó una mirada a Christine, que apenas había escuchado lo que le decía y sonrió obedientemente replicando:

—Desde luego, Monica. Eso es bien cierto.

Bajó la mirada de nuevo mientras cavilaba que si confesaba y las autoridades le quitaban a Rhoda y la metían en alguna clase de institución semipenal se desencadenarían inevitablemente la publicidad y las noticias en los diarios. Tal vez la situación sería considerada lo suficientemente inusual como para reproducirla por todas partes, en los periódicos de todo el país... Frunció el ceño al imaginarse los titulares que anunciarían la historia inevitablemente: «La nieta de Bravo, autora material de dos asesinatos», o: «Adultos muertos a manos de una niña». Una vez pusiera en marcha la maquinaria no habría posibilidad de evitar la publicidad habitual. Monica, Emory y las hermanas Fern (todos los del pueblo, de hecho) lo sabrían y se compadecerían de Kenneth y de ella, una idea que se le hacía insoportable. La carrera de su marido se truncaría una vez más; se verían obligados a marcharse de allí, a buscar otro refugio. ¿Estaban condenados a pasarse la

vida huyendo, no tendrían un instante de paz? ¿Tenían que ser siempre víctimas de la avaricia de su hija?...

La señora Breedlove hizo una pausa dubitativa y a continuación dijo:

—Mi madre, que no tenía agallas (era como todas las mujeres de su época, supongo) y que estaba de acuerdo con lo que cualquiera opinase, dijo: «Sí, desde luego es una virtud importante que un chico sea inteligente». Y entonces el visitante dijo: «Lo único que le hace falta a una chica es ser bonita. Para las chicas es importante ser bonitas». Al oír eso decidí que yo no iba a ser bonita ni aunque la naturaleza así lo dispusiese, cosa que está claro que no sucedió.

Soltó una risita bobalicona, lanzó su piedrecita por encima del hombro y observó insistentemente a la señora Penmark, cuyo rostro aparecía congelado automáticamente en una sonrisa de apaciguadora falsedad. Durante un instante ni siquiera advirtió que la estaban mirando con aquel interés escrutador, porque estaba rumiando que la exposición de los crímenes de su hija no solo los destruiría a Kenneth y a ella, sino que conllevaría también la destrucción inevitable de la madre de Kenneth y de sus hermanas solteras. Eran gente convencional y mojigata sin ninguna capacidad de ponerse en el lugar de los demás, sin una pizca de clemencia en sus corazones. Jamás serían capaces de asumir la realidad de un Penmark criminal; la culparían a ella de la anormalidad de la niña. Aquello podía soportarlo, aunque esa seguridad era un trago amargo; pero la situación de su marido sería incluso más complicada que la suya. Él estaba ligado a la falta de imaginación de su familia de un modo del que no era consciente y que jamás admitiría. Ella le había desagradado a la familia desde el principio; no habían hecho nada por ocultar el desagrado que les producía su matrimonio. Tras aceptar la tragedia que los unía, ¿no comenzaría él a contemplarla con otros ojos, no se preguntaría si las objeciones de su madre y de sus hermanas habrían sido justas después de todo?... Suspiró de nuevo y sacudió la cabeza con desamparo.

—Así que me dije a mí misma —continuó la señora Breedlove—: «Voy a ser más lista que cualquier hombre sobre la faz de la Tierra, y además en su campo». —Se movió inquieta y prosiguió—: Me dije: «De todas formas, ¿quiénes se creen que son los hombres? Se van a enterar de lo que vale un peine», me dije.

Christine asintió con abstraída conformidad. Cuanto más valoraba las cosas tal como eran, menos provecho le encontraba a la posibilidad de entregar a su hija llegados a aquel punto. Aun en el caso de que la destinasen a un reformatorio, ¿qué conseguirían con ello a largo plazo? Si lo que había

oído sobre tales instituciones era cierto, no serviría más que como trasfondo definitivo para la corrupción de la niña, si es que realmente le quedaba por alcanzar una corrupción definitiva... Luego, levantando la mirada al notar que se esperaba algo de ella, volvió a sonreír, emitió un sonido ininteligible con los labios y terminó por decir:

—Sí. Sí, Monica, seguro que es verdad.

La señora Breedlove siguió hablando durante un minuto más, su voz cada vez más indecisa; y entonces, al llegar al final del relato sobre sus reacciones en torno a la perfección de los hombres, alzó los ojos y observó fijamente a la señora Penmark; al ver que su amiga ya ni siquiera fingía escucharla le dijo, pinchándola con sorna:

—¿Qué le sucede hoy? Está pálida y turbada. Desde luego hay algo que le preocupa. ¿Quién se ha metido con usted, querida Christine? ¿Quién la ha tratado mal?

Se acomodó en su silla y estiró las piernas, sus rodillas se ladearon y quedaron marcadas bajo el vestido de verano, el borde de los zapatos apoyados desmadejadamente sobre la alfombra. A continuación, en el tono agudo y artificial en el que se le habla a un niño conflictivo para apaciguarlo:

—Voy a ser muy franca, querida Christine. Emory y yo llevamos días preocupados por usted. Anoche hablábamos de ello durante la cena y llegamos a la conclusión de que últimamente está desconocida. ¿No quiere contarme qué le preocupa? ¿No va a dejar que la ayude?

Christine se rio cautivadoramente y argumentó, con una voz que sabía que no engañaba a nadie:

—No es nada, Monica. Últimamente no he dormido bien. Igual es el calor. Tenga en cuenta que no estoy tan acostumbrada como usted o Emory. No me he encontrado demasiado bien. No se preocupen por mí.

—Está usted desconocida desde el día del pícnic de las Fern. Eso dijo Emory anoche. Al principio no estuve de acuerdo con él, pero si me paro a recordar creo que es cierto. —Esperó y luego añadió con desenfado—: Bueno, pues si no me lo quiere contar, no me lo quiere contar. —Se levantó para marcharse mientras decía—: Tómese su tiempo, querida. Estoy segura de que me lo contará cuando sea el momento.

—No hay nada que contar. Nada en absoluto.

Durante un rato habló alegremente, como para demostrar que la afirmación de la señora Breedlove era incorrecta y que ella no había cambiado; pero todo el tiempo que pasó sonriendo y haciendo preguntas negaba interiormente con la cabeza diciéndose: «Se equivoca. No le contaré

jamás ni a usted ni a nadie lo que sé sobre Rhoda. ¿Cómo voy a contarle a nadie algo semejante?».

La señora Penmark estuvo despierta aquella noche mucho rato, dando vueltas de un lado para otro con inquietud; pero al llegar la mañana cayó en un sueño desapacible y atribulado. Se encontraba sola en una ciudad blanca deshabitada, aunque llena de gente. Un cielo amenazador se cernía sobre ella, un cielo plagado de unas extrañas nubes de forma oblonga inmóviles en el horizonte. Ella iba mirando en cada casita habitada por gente que no estaba viva y decía: «Me he perdido. ¿Alguien me puede indicar cómo salir de este lugar tan frío?». Y entonces la ciudad estaba llena de gente. Caminaba a través de ellos con la misma facilidad que ellos lo hacían a través de ella. No le dirigían la palabra ni daban muestras de advertir su presencia, y ella decía: «Soy uno de ellos, pero aún no lo saben».

Se sentía agotada y deprimida, y se quedó llorando frente a una casa que sabía que era la suya. Entonces echó a correr, consciente por fin de que no era nada, de que ella no era más que un fantasma sin sustancia igual que el resto, hasta que alcanzó una pequeña colina a las afueras de la ciudad y mientras descansaba en la parte más alta divisó una casa con forma de zapato con el nombre «Christine Denker» escrito en la fachada con la caligrafía de Rhoda y que se desmoronó por completo sin que quedase nada que indicase dónde había estado más que el polvo gris que se elevaba y se posaba en aquel lugar. En aquel instante estaba a punto de despertarse, y dijo: «Nos destruirá a todos. Yo tampoco me escaparé. Con el tiempo acabará destruyéndonos a todos».

Las manos le temblaban cuando se despertó, su camisón estaba empapado en sudor. Se incorporó, encendió un cigarrillo y se quedó fumando a oscuras. Entonces, súbitamente, los gallos del patio de las casuchas pobres y despintadas de algunas manzanas más allá dejaron oír su canto y supo que se acercaba el amanecer. Se acercó a la ventana y contempló el cielo, que se volvía rosa y gris perla sobre los arroyos, y el intrincado dibujo de los ríos y las bahías al este. Gimió de súbito, las palmas apoyadas en el amplio antepecho de ladrillo rojo de su ventana y las gotas del rocío que allí se habían acumulado reventadas entre sus manos como ampollas. Luego entró en el salón y encendió su lámpara de lectura, la bombilla disipó la media luz irreal del amanecer.

Cerró la puerta del dormitorio de su hija para que la máquina de escribir no la molestase y entonces, sentada en su escritorio, le dirigió otra carta a su marido, una de esas cartas arrebatadas y repletas de pormenores que no tenía intención de enviarle. En ella le confesaba su angustia y su desesperación; se

había empeñado en averiguar la verdad y ahora la sabía, no tenía ni idea de cómo iba a acabar este asunto con Rhoda; el único consuelo que extraía de saberlo todo era que ya no se destrozaría los nervios con la duda. Pero en aquel momento, le explicaba, desearía no saber nada, continuar creyendo a pesar de su mediocre sentido común en la remota posibilidad de la inocencia de su hija.

El problema que Kenneth y ella afrontaban ahora (un problema que ella conocía en su integridad pero que él aún no) era tan complejo que parecía imposible encontrarle solución satisfactoria. ¿Cuál era su deber en el futuro hacia su hija y hacia la sociedad en la que vivían?

Escribió: «Si al menos te tuviese conmigo, cariño mío. Si al menos estuvieses aquí a mi lado para apoyarme, para darme consejo sobre cómo actuar. Pero no estás aquí, y tengo que arreglármelas lo mejor que pueda hasta que regreses. Tengo que convencerme de que Rhoda es demasiado joven para comprender lo que ha hecho y, no obstante, otros niños no mayores que ella entienden estas cosas muy bien. ¿Piensas como yo que ha aprendido la lección y que no volverá hacer nunca algo así? Estoy decidida a reflexionar lo menos posible sobre todo lo que sé ahora. Debo confiar que, en última instancia, las cosas se solucionarán por sí solas.

»Estoy perdida prácticamente por completo, cariño mío. ¿Qué tendría que hacer ahora? ¡Vuelve pronto conmigo! Quiero tenerte aquí ya. Te necesito tanto... ¡Vuelve! ¡Por el amor de Dios, vuelve pronto conmigo! No soy ni por asomo tan valiente como aparento».

Cuando terminó la carta la guardó bajo llave en el cajón con las otras. Ahora en el exterior había luz, el sol estaba bien alto; se hizo un café y se sentó bebiéndolo con una expresión extraña y contemplativa en el rostro mientras su mente giraba incansable en su rueda continua de pensamiento... Era estúpido y bastante presuntuoso por su parte dar por hecho que ella sola tenía que tomar las decisiones necesarias respecto a la niña, como si sus opiniones fuesen las únicas de valor... No: aquello no era cierto; la responsabilidad sobre su hija era algo que compartía a partes iguales con Kenneth; y cuando terminase su trabajo y estuviese con ella de nuevo discutirían el asunto con calma; extraerían fuerzas el uno del otro; decidirían juntos qué debían hacer.

Pero el hecho de que, independientemente de lo que hubiese hecho la niña, era sangre de su sangre y que sencillamente el deber de ambos era protegerla contra la crueldad del mundo permanecía invariable. No sabía cómo se lo tomaría Kenneth cuando asumiese sin ninguna duda lo que Rhoda

había hecho, pero en lo que a Christine respectaba iba a proteger a su niña lo mejor que pudiese. Por supuesto, también se preocuparía del bienestar de los demás; vigilaría constantemente a su hija para asegurarse de que no le hacía daño a nadie más. Aunque quizás se estaba afligiendo innecesariamente dándole vueltas una y otra vez a este tema; quizás no volviera a suceder jamás algo así ahora que ella lo sabía y Rhoda era consciente de que lo sabía. Pero, sin importar lo que la niña fuese en este instante o en lo que estuviera destinada a convertirse en un futuro, ella la protegería. Sobre eso no había duda. Era su deber proteger a su niña. ¿Qué clase de monstruo sería si traicionase y destruyese a su propia hija? La idea era impensable, y al sacudir la cabeza desesperada derramó café en el platillo y se quejó en voz alta sin querer:

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Dios mío, ¿qué otra cosa puedo hacer para protegerla?

Llevó la taza a la cocina y la dejó en el escurrerplatos; volvió a su silla y cogió los archivos de nuevo, a pesar de que una y otros la repelían y la atemorizaban por igual. Se dijo que en realidad no le apetecía leerlos, pero ahora que los había comenzado sentía una necesidad compulsiva de continuar. Se dijo para justificarse su empeño que ya había vivido demasiado tiempo en la ignorancia; tal vez si hubiese afrontado la realidad antes habría comprendido mejor y con mayor prontitud a Rhoda; pero incluso entonces una parte de su mente sabía que esta complaciente explicación era solo cierta a medias, porque ahora leía aquellos casos, a pesar de repetirse que no deseaba leer más, con una avidez reluciente, como si supiese que uno de ellos, si persistía en sus esfuerzos, revelaría no solo el verdadero enigma de la mente de su hija, sino que esclarecería también muchos otros que se escondían en la suya. Entonces, suspirando levemente, comenzó a leer y a buscar concienzudamente el caso en concreto que deseaba hojear y que aún no había encontrado.

En aquel instante se disparó la alarma del despertador, que había programado para las ocho, y tras despertar a su hija se afanó en las preparaciones del desayuno. Desde la ventana de la cocina vio llegar a Leroy a su trabajo. A la altura de las puertas del garaje bostezó, se rascó, se rio por lo bajo y alzó la mirada hacia la ventana de Rhoda. Se quedó allí debajo y susurró:

—¡Rhoda! Pequeña Rhoda, ¿estás despierta?

La señora Penmark se replegó hacia el interior de la cocina para que no la viese y entonces Leroy, lanzando miradas cautas a un lado y a otro, dijo en

voz baja:

—¡Rhoda! ¡Rhoda! Dime una cosa: ¿has encontrado ya lo que estabas buscando? —La niña no dio ninguna señal de percibir su presencia y él se dio la vuelta ahogando una risa triunfal—: Si todavía no lo has encontrado, mejor que busques mejor. Solo te digo una cosa: mejor que no lo encuentre yo primero. —Su voz era un murmullo enérgico, mantenía un dedo cruzando afectadamente sus labios; a continuación, apoyándose en los escalones y con los ojos fijos en la ventana de la niña añadió—: ¡Kkkkkj! ¡Kkkkkj! Ya sabes lo que quiere decir eso, ¿no? Si no lo sabes, mejor que lo averigües. —Se rio de nuevo y continuó—: ¡Kkkkkj! ¡Kkkkkj! —Se dirigió hacia su cuarto en el sótano mientras añadía—: Sé que me estás escuchando detrás de la cortina. Sé que has oído todo lo que te he dicho.

Cuando la niña bajó a desayunar Christine dijo:

—Os he escuchado hablando a Leroy y a ti. ¿A qué se refería con ese sonido tan peculiar que estaba haciendo?

—No sé a qué se refería. Leroy es un tonto. No le escucho la mitad de las veces.

Se sentó a la mesa y desplegó su servilleta con rostro apacible y ojos soñolientos. Luego bostezó tapándose la boca refinadamente con la palma de la mano y cogió su cuchara. Christine pensó mientras la miraba: «Es incapaz de sentir remordimientos ni culpabilidad. Está completamente serena». Y más tarde, cuando Rhoda estaba en el parque, prosiguió con su lectura de los casos. De tanto en tanto se entretenía en especulaciones sobre la extraña mente del criminal, tratando de encontrar en cada uno una enseñanza aplicable a su situación. Se preguntaba qué fuerzas habían impelido a aquellas personas a ser como eran. ¿Era el resultado de una educación precaria? ¿Era consecuencia de un entorno dañino? ¿O se trataba de un elemento innato y predestinado que en el mejor de los supuestos tan solo podía modificarse ligeramente?

Estas cavilaciones la tuvieron tan ocupada durante toda la mañana que terminó telefoneando a Reginald Tasker para pedirle opinión. Reginald dijo que había consagrado años a leer, recopilar, anotar y catalogar casos como el que a ambos les interesaban y que en su opinión el entorno tenía muy poco que ver con su recurrente aparición, si bien era lógico pensar que el ambiente podía modificar aspectos externos. La manera más sencilla de comprender aquella tipología era contemplarlos como seres humanos normales de cincuenta mil años atrás, antes de que el hombre se entregase a la labor de

civilizarse o diese a su código de axiomas la forma de códigos morales por el que nos regimos hoy.

Dicho de otra manera: la mayoría fuimos capaces, de uno u otro modo y bajo la fuerza moldeadora del precepto y el ejemplo, de desarrollar esa rareza que llamamos conciencia para adquirir una personalidad moral admisible dentro de lo razonable; pero otros no poseían esa capacidad, independientemente de las influencias benignas a las que estuviesen expuestos. Ni siquiera tenían la capacidad de amar a nadie si no en respuesta a las más crudas manifestaciones de la carne. Estaban dotados de comprensión para las nociones de bien y mal, pero entre ellos no tenían la misma comprensión de dichas nociones. Se trataba de verdaderos criminales innatos a los que era imposible cambiar ni alterar...

Cuando volvió de hablar por teléfono, la señora Penmark cogió las carpetas y retomó la lectura. Leyó y leyó hasta que terminó llegando a un caso que Reginald había anotado de su puño y letra con el título de «La imparangonable Bessie Denker». Tomó desmayadamente entre sus manos la carpeta, frunció el ceño y sacudió la cabeza desconcertada por la insistente familiaridad de aquel nombre. La historia la firmaba Madison Cravatte, un nombre que llegados a ese punto ya le sonaba bastante y que escribía con aquella especie de sorna tan típica de su oficio.

Comenzaba: «El caso es que si me obligasen a escoger mi asesina preferida de entre el ejército de talentosos especímenes femeninos, mi elección no sería la oxigenada Eva Coe, de nombre tan vaporoso y corazón tan duro; no sería aquella bebedora de chocolate de sonrisa bobalicona, la señorita Madeleine Smith, que tan fervorosamente adoran los ingleses. No sería nuestra igualmente bienamada Lizzie Borden, inmortalizada hoy por medio de unos ripios, y de quien se dice que perfeccionó su destreza con el hacha cortándoles la cabeza a sus gatitos; no sería la hermosa Lyda Southard, una dama que jamás recibió el aplauso que merecía por parte de un público descreído; no sería la beatífica Anna Hahn, que además del uso generoso del arsénico, las pastillas para dormir y la estricnina, introdujo un nuevo agente letal en los anales de América: el aceite de crotón, ¡quién lo diría, amigos míos!

»No, no se trataría de ninguna de estas artistas en el arte del asesinato, por talentosas que hayan sido. A quien escogería para un primer puesto sería a la sin par Bessie Denker, cuyo reinado las supera a todas: Bessie Denker, que poseía un congelador empotrado por corazón, una rueda de acero por columna vertebral, un instrumento de la precisión y la impersonalidad de una

calculadora por cerebro. No ocultaré mi admiración por esta cautivadora dama. Para mí, Bessie Denker se lleva la palma. Lo nuestro va en serio. Bessie Denker es mi gran amor y no me importa que se entere todo el mundo».

Al llegar a este punto la señora Penmark hizo un gesto de desagrado, dejó a un lado las carpetas y se puso manos a la obra con sus tareas cotidianas. Aquella noche, acuciada por la necesidad de despejar su mente, llevó a Rhoda al cine. Se sentó en la sala a oscuras tratando de concentrarse en la línea argumental, pero no fue capaz. Después fueron a una pastelería a tomar helado y tarta. No reemprendió la lectura de las carpetas hasta la noche, cuando Rhoda ya estaba dormida; entonces, apresurándose a buscar de nuevo el caso Denker, continuó recorriendo sus atroces detalles.

Supo así que el nombre de soltera de Bessie Denker era Bessie Schober, que había nacido en 1882 en una granja de Iowa y que fue la hija mayor de Heinz y Mamie (Gustafson) Schober. Tuvo un hermano y una hermana, ambos menores que ella. El pequeño murió por culpa de una dosis de arsénico que Bessie, con la inocencia propia de sus siete años, espolvoreó sobre su pan con mantequilla al confundirlo con azúcar. La pequeña se las ingenió para caerse en un pozo mientras ayudaba a su hermana a sacar un cubo de agua y se ahogó. Años más tarde, cuando la señora Denker fue acusada de otros crímenes y se enfrentaba a la pena de muerte, los vecinos que conocían a la familia por entonces ya del todo extinta gracias a la energía y a la determinación de Bessie decían que a su abuelo Gustafson le habían descerrajado un tiro una tarde de domingo mientras echaba una cabezadita en su mecedora en el porche trasero. Nadie supo jamás cómo sucedió ni quién fue el autor. Desde luego, en aquel momento nadie sospechó de la callada y pequeña Bessie Schober, con aquellos ojazos, la única persona que estaba con él y que contaba entonces once años.

El señor Cravatte se disculpaba por la deficiente exposición de estos sucesos tempranos y fiados a la especulación que concernían a su ídolo, pero si el lector deseaba una descripción más detallada, un estudio verdaderamente profundo de los primeros años de la vida de Bessie Schober Denker, los emplazaba a leer la excelente serie de artículos que le dedicó en sus últimos años Richard Bravo, que informó del proceso a la señora Denker y que había estudiado su biografía hasta el más mínimo detalle; que era, de hecho, la autoridad reconocida en lo que se refería a los inicios de su carrera.

A la señora Penmark le sudaban las manos; le temblaron mientras dejaba a un lado la carpeta y encendía un cigarrillo. Se preguntó por qué, si su padre

estaba considerado una eminencia en ciertos aspectos del caso Denker, jamás le había hablado de ello como hacía con otros asuntos de la época en los que había tomado parte como periodista. ¿O había hecho alguna alusión alguna vez y ella, por desinterés, simplemente lo había escuchado para olvidarlo después? Si estaba en lo cierto en esto último era comprensible que los nombres Denker, Schober y Gustafson le fuesen tan familiares ahora, como si los hubiese conocido en algún momento distante del pasado, por eso era capaz de anticiparse a algunos sucesos que tendrían lugar más tarde incluso antes de leer el informe. No lo sabía. Y de repente no quiso saberlo. Intuyó que no había sido muy inteligente por su parte leer aquellos casos llenos de premeditación e implacable avaricia. En realidad no podía extraer ningún provecho de ello. Aquella ocurrencia había sido un error. No seguiría leyendo.

Pero, contra su voluntad, continuó recordando el caso Denker y repitiéndose para sus adentros: «Había un chico que se llamaba Sonny, creo. ¿No era Ludwig su verdadero nombre? También había otro, mayor que Emma, que se llamaba Peter... Sí, estoy segura de que el nombre era Peter. Y luego otra chica, la más pequeña de los Denker, pero ahora no recuerdo cómo se llamaba, aunque desde luego en su momento lo sabía».

Se acercó al espejo y observó su imagen fijamente sobrecogida: «¿He perdido la razón? ¿Cómo voy a haber conocido a esa gente?». Entonces se dijo que no leería más. Esta vez lo decía en serio. Al día siguiente le devolvería los archivos a Reginald. Apartaría de su mente aquellas deducciones que con tanto ahínco pugnaban por ser reconocidas. Echó un vistazo a su reloj y, al comprobar que era pasada la medianoche, se fue a la cama, a pesar de que estaba desvelada y no fue capaz de dormir. Se repetía a sí misma: «¿Qué relación hay entre Bessie Denker y yo? No quiero saber nada más de ella. Ya tengo suficientes problemas».

Nueve

Cada diez de julio la señora Breedlove y su hermano Emory Wages dejaban su apartamento del pueblo y se iban a pasar el resto del mes y agosto entero al hostel Seagull. Generalmente, antes de marcharse, Monica celebraba una gran cena buffet en el club de campo como para consolar a sus amigos por privarlos de su compañía durante un período de tiempo tan largo. En aquella ocasión había organizado dicha velada para el 4 de julio, dado que ese año se había programado allí un elaborado despliegue de fuegos artificiales que la anfitriona consideraba que podría disfrutar con sus invitados. Llevaba planificando la fiesta desde mediados de junio. Había conversado cansinamente sobre el asunto con la señora Penmark, decidiendo con ella qué bebidas debían servirse, los platos más adecuados que habían de encargarse aquel año a sus proveedores.

Por lo tanto se quedó un tanto sorprendida cuando aquel día por la mañana Christine la llamó por teléfono para decirle que al final no podía asistir porque, como sabía, no se encontraba demasiado bien. Además, Rhoda era otro problema. La señora Forsythe había tenido la amabilidad de cuidarla tantas veces hasta ahora que no podía pedirle más favores... Por supuesto, estaba la posibilidad de llamar a una niñera, sencillamente, pero eso era algo que por motivos personales tampoco le apetecía hacer.

La señora Breedlove se rio cuando oyó la idea de ponerle una niñera a Rhoda, una niña tan equilibrada, de una madurez tan serena en apariencia. La excusa le parecía un tanto absurda. ¡Si acaso la niña tendría que vigilar a la niñera!

—No se preocupe por Jessie Forsythe. Adora a Rhoda. Estará deseando aprovechar la oportunidad para pasar un rato charlando con la niña más que cualquier otra persona. Si me dan ganas de preguntarle: «Pero ¿no le parece un poco adelantada para usted, Jessie?», aunque por supuesto no lo hago. Sus propios nietos no soportan a la pobre mujer y se burlan de ella en su cara. Rodha, evidentemente, como es una señorita, demuestra más tacto y consideración por la gente mayor.

—Es posible. Tal vez tiene razón, Monica.

—Lo cierto del caso —dijo la señora Breedlove con jovialidad— es que le da usted demasiadas vueltas. Últimamente está descuidando tanto sus obligaciones sociales que incluso Emory, que por lo general no se entera de nada, se ha dado cuenta. Vamos: debe dejar de lado su pequeña depresión pasajera y venir a la fiesta, incluso aunque no le apetezca mucho. Le aseguro que será usted el centro de atención, como de costumbre, con los hombres casados devorándola con los ojos y pensando que ojalá sus horribles esposas se pareciesen un poco a usted. Déjemelo a mí, Christine; lo único que tiene que hacer usted es presentarse lo más guapa que pueda. Yo tengo que estar pronto en el club para vigilar la decoración, pero ya le he dado instrucciones a Emory para que la recoja alrededor de las seis.

En la fiesta, la señora Penmark vio a Reginald enseguida y se apresuró a acercársele. Se sentaron juntos en la terraza, al lado de la puerta de doble hoja, y él se interesó por cómo le iba con los casos del archivo. Ella contestó que había estudiado un poco el caso Denker, había leído algunas páginas, pero la habían turbado tanto que terminó por abandonarlo. —Hizo una pausa, negó con la cabeza y dijo—: ¿No ha tenido usted nunca la sensación, al visitar un lugar por primera vez o al conocer a alguien, incluso al oír una conversación por vez primera, que todo lo que sucede en ese instante ya había sucedido anteriormente?

—Sí, bastante a menudo. Hay un nombre para eso, pero lo he olvidado.

—Bueno, pues por ridículo que suene, eso es lo que me pasa con Bessie Denker. No lo comprendo.

—Quizás ya había leído el caso antes y lo había olvidado, sencillamente.

Christine habló al cabo de unos segundos:

—Me quedé sorprendida al ver que se mencionaba el nombre de mi padre. No sabía que hubiese conocido siquiera a aquella gente.

—A lo mejor por eso el caso le es familiar. Probablemente le oyó hablar de él cuando era niña.

—No creo. Es otra cosa, estoy segura.

Reginald afirmó que los informes de Bravo sobre el juicio habían sido algo muy superior al habitual reportaje correcto del periodismo; lo cierto es que fueron ensayos tallados a la perfección y se habían convertido ya en clásicos de su género. Su padre había establecido unas pautas en el caso Denker que el resto de periodistas imitó pero nunca llegó a igualar.

—Siempre estoy descubriendo cosas nuevas sobre él.

Reginald asintió, se terminó su copa y dijo:

—¿Hasta dónde leyó del caso Denker antes de abandonarlo?

Y cuando ella le respondió él se ofreció a ahorrarle el esfuerzo de leer los aspectos previos del caso, algunos de los cuales eran absolutamente increíbles, explicándoselos.

Cogió otra copa, cerró los ojos para concentrarse y dijo con su tono leve y ágil que el padre de Bessie, el viejo Heinz Schober, había muerto en extrañas circunstancias en un accidente relacionado con una trilladora, accidente al que nunca se encontró explicación adecuada. Más tarde, años después, los admiradores de la señora Denker habían considerado como algo significativo el hecho de que Bessie estuviese trabajando junto a su padre en aquel momento, pero si estuvo involucrada en la muerte, nunca llegó a demostrarse. En cualquier caso, el viejo había dejado a su viuda en una situación cómoda. Bessie tenía por entonces veinte años y estaba ansiosa por emplearse a fondo en una carrera ya prometedora, si bien azarosamente iniciada, pero pensó que podría irle mejor en una ciudad, y ya tenía su mente puesta en Omaha, Nebraska.

Permaneció, sin embargo, en la granja durante un tiempo para cuidar a su madre, que sufría de cólicos desde la muerte de su marido; luego, una vez muerta la madre dentro de lo programado, y una vez Bessie hubo cobrado el dinero del seguro y heredado la granja, se mudó. En Omaha se casó con un tal Vladimir Kurowsky, un hombre de considerable fortuna. Este, por insistencia de su esposa contrató un cuantioso seguro de vida. Pronto abandonó a la que había sido su esposa durante menos de un año a su sufrimiento y al disfrute de unas posesiones rápidamente obtenidas. Así que la viuda Kurowsky cobró sus pólizas, vendió su propiedad y se trasladó a Kansas. No tardó en conocer a un joven granjero llamado August Denker y casarse con él. Provenía de una familia acaudalada, aunque su rama más cercana no contaba con demasiados posibles. Cuando la señora Denker cerró su residencia de Kansas y emprendió la vida en la granja con su marido dio comienzo la fase crucial de su carrera, la fase que en un futuro asombraría y haría las delicias de sus contemporáneos.

Reginald encendió un cigarrillo que compartió con su interlocutora y luego prosiguió su explicación: Richard Bravo había llevado a cabo un estudio admirable de August Denker, a quien consideraba la víctima por antonomasia, el tipo de sujeto predestinado que el asesino de masas se encuentra una y otra vez a lo largo de su camino..., aquel que gracias a su ingenuidad y a la inocencia natural de su mirada hace posible el triunfo del

homicida durante períodos de tiempo tan extensos. Bravo había visto una fotografía de August Denker tomada aproximadamente en la época en que se casó con su increíble esposa. Era rubio, poseía unos rasgos delicados, casi femeninos; y sus ojos contemplaban el mundo con inocencia y franqueza. Era bastante apuesto en un sentido negativo de la expresión. Tocaba el violín, aunque no demasiado bien, por lo que se decía...

La señora Penmark se apretó los ojos con las manos, sacudió la cabeza y dijo entre dientes:

—No. No, no era el violín. Estoy segura de que no era eso. Era un instrumento de otra clase..., al menos era algo que había que soplar... Creo que era una corneta.

Un grupo entró en la terraza y se quedó charlando cerca de ellos, Reginald permaneció en silencio hasta que estuvieron fuera del alcance de sus oídos; entonces volvió a hablar de la señora Denker y de las asombrosas vilezas que había llevado a cabo. En el momento en que se casó con August Denker ya tenía organizado un plan magistral para aniquilar a su familia, y durante mucho tiempo todo siguió el curso previsto.

Pasado un instante, Christine lo interrumpió:

—¿Cómo consiguió salirse con la suya durante tanto tiempo? ¿Nadie sospechó, con tantas muertes?

Según Reginald, el hecho de que Bessie Denker pasase desapercibida durante tanto tiempo no era tan improbable como por lo visto pensaba la señora Penmark. En primer lugar, la gente buena no suele ser suspicaz. No pueden imaginarse a otros haciendo lo que ellos mismos serían incapaces de hacer; generalmente aceptan la solución menos aparatosa como la más correcta y se olvidan del asunto. Además, la gente normal tiende a imaginarse al asesino en serie con una apariencia tan monstruosa como su mente, algo que, se comprenderá, está muy lejos de la realidad. Hizo una pausa y luego dijo que estos monstruos de la vida real acostumbran a tener un aspecto y un comportamiento más normales aún que los de sus congéneres realmente normales; representan una imagen de la virtud más convincente aún que la propia virtud (de la misma manera que un capullo de rosa de cera o un melocotón de plástico parecen más perfectos a la vista, más próximos a lo que el ojo considera que es una rosa o un melocotón, que el original imperfecto que les ha servido de modelo).

Se estiró con delicadeza y añadió que Bessie Denker debió de ser una de las mejores actrices de su época, con sus idas y venidas a la iglesia, sus visitas junto con otros miembros de la familia de su marido, su incansable hornear

tartas y pasteles para los mercadillos benéficos de la parroquia y sus recaditos piadosos para los menos favorecidos.

Reginald hablaba sin parar, pero la señora Penmark, cada vez más inquieta, lo interrumpió para preguntarle:

—¿Quién era Ada Gustafson? ¿Qué papel tuvo en los asuntos de la señora Denker?

El hombre dejó caer la ceniza de su cigarrillo en la hierba, se rio y contestó:

—¡Ah, esa!

Y, sin transición, se puso a explicar que Ada Gustafson era una mujer pobre, una conocida de la señora Denker, una solterona excéntrica que entró en escena algo más tarde, cuando la mayoría de los miembros de la familia Denker habían pasado a mejor vida, y a quien se aludía en el informe del proceso como «la vieja Ada Gustafson». En aquella época estaba bien entrada en la sesentena, pero seguía conservando fuerzas y energía; como al final de su vida no tenía dónde ir buscó refugio en la casa de su prima lejana, Bessie Denker; una vez fue acogida se aseguró la estancia encargándose de la cocina, la limpieza, el cuidado de los cuatro hijos de Bessie y yendo a trabajar el campo, incluso, con August y el resto de los hombres. Era mojigata y observadora, quizás con más de un rasgo del carácter de su prima; y estaba destinada a ser la horma del zapato de Bessie, la Némesis que terminaría por derrotarla. Había contemplado todo lo sucedido en la granja con las cejas cínicamente arqueadas y una mueca sardónica en los labios. Guardó silencio durante algún tiempo, pero adoptó la costumbre de vigilar los movimientos de su prima Bessie mientras asentía pensativa como si calibrara y barajase la imagen que ya se había hecho de ella. Fue por el asesinato de la prima Ada Gustafson y no por ninguno de los otros asesinatos, que habrían sido más difíciles de demostrar, por lo que fue procesada y finalmente ejecutada la señora Denker.

Christine escuchaba en silencio la larga explicación mientras pensaba: «Recuerdo levemente a la prima Ada. A ninguno de nosotros nos gustaba que estuviera en casa. Tenía un perro que se llamaba Spot. Nos lanzaba dentelladas a Emmy, a Sonny y a mí, pero acabamos haciéndonos amigos. Aunque recuerdo que nunca se hizo amigo de Peter».

De repente se echó hacia delante en su silla, dejó su vaso en la mesa y entrelazó los dedos; la inspiraba una comprensión que ya no podía negar, una sensación de aproximarse a algo funesto que había tratado de evitar, pero que

ya no le era posible ignorar. Se giró a medias en su silla, contempló fijamente los setos a lo lejos en el prado y dijo con una voz casi inaudible:

—¿Cómo se llamaba la hija pequeña de los Denker?

Reginald respondió con entusiasmo:

—Vaya, pues se llamaba Christine, igual que usted. Y, por lo que se sabe era también tan hermosa como usted. Era rubia como el padre y había heredado sus delicados rasgos. El padre de usted la conoció y le causó una profunda impresión. El que escribió sobre su situación fue uno de sus artículos más logrados. Todavía hoy se sigue reeditando de vez en cuando.

Súbitamente la señora Penmark se levantó, se apoyó en la silla y dijo que no se encontraba bien. Era mejor que volviese a casa de inmediato. Reginald se ofreció a llevarla en coche, pero ella insistió en que sería más sencillo llamar a un taxi. Se dirigió enseguida a la señora Breedlove para explicarle su repentina indisposición y la mujer le espetó en tono ofendido:

—¿Qué le sucede últimamente? Está usted desconocida. Tiene la cara pálida y descompuesta, querida, y un tic bien visible en el ojo.

Christine, incapaz de responder, dio un respingo y se volvió, pero la señora Breedlove la agarró del brazo y le dijo preocupada:

—Si tiene que irse, váyase. Pero no se moleste en buscar un taxi. Edith Marcusson acaba de llegar justo ahora, se acuerda de Edith, ¿verdad?, y su chófer está todavía dando la vuelta en el camino de entrada.

Salió e hizo detenerse al conductor, le dio instrucciones y le dijo a Christine:

—Cuando llegue a casa tumbese y descanse un rato. En cuanto esto termine iré a ver cómo se encuentra.

Christine asintió y le dio la espalda mientras decía para sus adentros: «Ahora sé quién soy. No puedo seguir engañándome». Se arrellanó en el asiento y apoyó la mejilla contra la tapicería del coche, sintiéndose al borde de una crisis de ansiedad, pero una vez en su apartamento, rodeada de los objetos que le eran familiares, parte de aquel pánico remitió; poco después llamó a la puerta de los Forsythe para reclamar a su hija.

La señora Forsythe dijo:

—¡Ay, qué lástima! Rhoda y yo habíamos organizado un pequeño banquete por nuestra cuenta y estábamos poniendo la mesa. Vamos a encender la radio mientras comemos para que nos acompañe la música del Arbor Room. ¿No puede dejar que se quede un rato más? Le prometo que la cuidaré lo mejor que sepa.

Su pompadour con aspecto de cojín, que había apuntalado y fijado con agujas y horquillas de ámbar, se había liberado de su sujeción, y el firme y pétreo moño que anclaba aquella masa se ladeaba junto con el redondo cojín en dirección a su oreja izquierda. Suspiraba y se recolocaba el pelo con los ojos violetas abiertos e implorantes.

—Sería una pena tan grande que Rhoda se marchase ahora... Una pena tan grande para todos... —agregó encarecidamente.

La señora Penmark accedió a que la niña se quedase. Volvió a su salón y entonces, como si la impulsasen fuerzas superiores a su angustia y desagrado, a su determinación de no volver a pensar en la horrible vida de su madre, comenzó a leer el informe del caso Denker en el punto en el que Reginald había dejado su relato.

Según Madison Cravatte, las relaciones de los Denker habían sido tan complicadas como las de una novela victoriana en tres tomos. Hacían falta gráficos, planos y una lista con el reparto de personajes del libro para aclararse. Sin embargo, la pequeña Bessie Schober, tras casarse y entrar a formar parte de la familia, no había escatimado el tiempo en observarlos para llevar a cabo sus letales propósitos. Había analizado la personalidad y el carácter de sus nuevos parientes con un celo casi desmesurado. Estudió de cerca los grados de afinidad existentes entre ellos, la proximidad de los lazos de sangre con el abuelo Carl Denker, que era quien controlaba el dinero, con la atención concentrada que un ajedrecista le dedica a sus movimientos en un campeonato... Y, si le permitían continuar con la tal vez algo trillada metáfora del ajedrecista, sus movimientos para desviar el flujo del dinero de los Denker desde otras ramas de la familia y dirigirlos de manera inevitable en dirección a su marido, fueron tan sagaces y calculados, tan gélidamente brillantes en su partida mortal en beneficio propio como los de cualquier campeón en su menos violento terreno.

Todo esto lo llevó a cabo premeditadamente por medio del veneno, el hacha, el rifle, la pistola o los suicidios simulados por ahorcamiento y ahogo en el agua; y, ya que llevaría mucho tiempo relatar el conjunto de tragedias familiares como se merecían, estaría dispuesto a afirmar que al cabo de diez años Bessie había conseguido lo que se proponía en veintitrés movimientos de tal audacia, con una estrategia tan genial, con tan notable refinamiento en el detalle, que se había convertido en la favorita de cualquier intelectual aficionado a lo criminal. Pero si el lector interesado deseaba obtener más información para estudiar exhaustivamente el caso de esta mujer y los detalles de las diversas muertes de los Denker, entonces tenía que emplazarlos a la

lectura del volumen de Jonathan Mundy dedicado a Bessie Denker en su obra *Grandes criminales americanos*.

La penumbra empezaba a apoderarse del apartamento, así que Christine se acercó a la mesita y encendió la lámpara; pero se detuvo a contemplar el cielo durante la puesta de sol, que resplandecía repleto de colores amortiguados. Unos pájaros, volando en lo alto, dibujaban delgadas líneas sobre los tenues colores que se desvaían; las encinas se enderezaban rítmicamente bajo las corrientes vespertinas provenientes del golfo, permitiendo la visión de bóvedas de horizonte despejado, pulcro y de un azul oscuro. Permaneció inmóvil durante un instante y a continuación deambuló nerviosa por la casa encendiendo luces sin motivo y apagándolas caprichosamente de nuevo.

Al rato volvió al archivo del caso para leer el final: «En el momento del juicio a Bessie Denker el único miembro vivo de la familia era la pequeña Christine, sobre la que tanto se ha escrito. Ignoramos el destino de esta desafortunada niña que de algún modo logró escapar al “plan magistral” de su madre, aunque se cree que la adoptó alguna familia respetable. Pero uno no puede evitar preguntarse cómo habrá sido su vida desde entonces. ¿Dónde está ahora? ¿Está casada y tiene hijos? ¿Ha olvidado los horrores que hubo de experimentar en su más tierna infancia? Uno no puede sino preguntarse por la suerte de esta desafortunada y atemorizada chiquilla que escapó quién sabe cómo de la furia de su madre. Lo más probable es que jamás sepamos qué fue de ella. Su nueva identidad se ha ocultado a conciencia».

Christine dejó caer la carpeta, turbada, se tumbó en su cama y enterró el rostro entre las almohadas. Sollozó mientras decía:

—Aquí estoy, ya que lo queréis saber. Aquí estoy. —Y tras un instante—: Después de todo no escapé... ¿Por qué estáis tan convencidos de que escapé?

De nuevo la señora Penmark no pudo conciliar el sueño. Permaneció en la cama mirando el techo blanco, tenuemente luminoso en la oscuridad, con los ojos fijos en la elaborada decoración de frutos y flores que había sido originalmente el centro de una lámpara de araña. Oía el rumor de los árboles fuera, al atravesar la brisa sus ramas, alzándolas y moviéndolas con suavidad. Le llegaba un olor cercano de hojas de alcanforero aplastadas; y, desde la distancia, el perfume de un dulzón embriagador de los jazmines del jardín de los Kunkel abriéndose en la noche; luego, cuando ya no soportaba por más tiempo el silencio ni las cavilaciones que atravesaban su mente en esquemas repetitivos, se incorporó, fue hasta el balcón de la parte trasera y miró. En el

estudio de la señora Breedlove había una luz encendida, y sumida en la desesperación se dirigió al teléfono y marcó el número de Monica.

—Me alegro tanto de que haya llamado, querida Christine. Tenía intención de ponerme en contacto con usted cuando regresé con Emory de la fiesta, pero eran ya las once pasadas y di por sentado que se habría retirado a descansar. Bueno, ya sabe usted cómo son los invitados, claro. Cuando toman unas copas ya no hay manera de que se vayan.

Luego, en un tono más suave, como si recordase que su hermano estaba dormido, bajó la voz y dijo:

—Siento mucho que no pudiese quedarse hasta el final. Ahora debe cuidarse. No vamos a permitir que caiga enferma. Ninguno de nosotros podríamos soportarlo, querida Christine. —Se calló un instante y luego, como si hubiese echado un vistazo al reloj en aquel intervalo, propuso—: ¿Por qué no sube a hacerme una visita rápida? Solo es la una y media, y no tengo nada de sueño. Hacemos café, ahora pongo el agua a hervir, y nos sentamos en la cocina como un par de viejas viudas campesinas.

Recibió a su invitada en la puerta avisándola de que no hiciese ruido con un dedo sobre los labios. Vestía un kimono floreado, llevaba la cara embadurnada de manera irregular en crema hidratante y el cabello recogido con bigudíes. Se rio con cuidado de no levantar la voz y dijo:

—Siempre he tenido preferencia por los rulos, pero lo cierto es que los rulos no son para mí. Ríase sin empacho si le apetece, querida. No me molesta lo más mínimo que los demás me encuentren ridícula.

Christine asintió y sonrió como pudo mientras pensaba: «Tendría que haber dejado las cosas como estaban. No debería haber ido fisgoneando en el pasado para descubrir cuál era mi secreto. Mis padres adoptivos fueron muy sabios al no contármelo. Tenían razón al protegerme de un pasado que no podía cambiar ni evitar. Pero no he sido capaz de dejar las cosas como estaban, he tenido que rebuscar y fisgonear. Y ahora lo sé todo».

Cuando el café acabó de subir, la señora Breedlove lo sirvió y se sentaron juntas bajo la cruda luz cenital de la cocina. Monica hizo un relato pormenorizado del banquete, disculpándose ocasionalmente por la inconcreción de sus reflexiones, por la torpeza de su articulación; luego, de repente, el tenor de sus pensamientos cambió y le dijo a Christine tocándole una mejilla:

—Hay algo que la preocupa. ¿No me va a decir de qué se trata? Creo que a estas alturas ya sabe que puede confiar en mí para lo que sea.

Christine negó con la cabeza, suspiró y bajó la mirada indefensa.

—No puedo. No puedo decírselo. Ni siquiera a usted, Monica.

Se dirigió hacia la nevera, sacó un cartón de crema de leche y la vertió en una jarrita de estaño: «¿Cómo puedo culpar a Rhoda por las cosas que ha hecho? Yo soy la portadora de la mala semilla que la ha hecho ser como es. Si hay algún culpable soy yo, no Rhoda». De repente se sintió indigna y culpable al pensar en cómo había echado a perder a la niña, aunque hubiese sido de manera involuntaria. «La culpable soy yo. Yo he sido la portadora de la mala semilla», se repitió para sus adentros.

La señora Breedlove esperó unos instantes y luego dijo que si Christine no le explicaba el problema tendría que adivinarlo.

—Dígame una cosa. ¿Es que Kenneth y usted han decidido separarse? —Le hizo gracia su atrevimiento y continuó—: ¿Ha conocido a una muchachita hispana en Chile y le ha dado puerta a usted dejándole como único recuerdo una breve carta explicativa?

—La cosa no va por ahí, Monica. Ojalá estuviera tan segura de todo como lo estoy de Kenneth.

La señora Breedlove esperó mientras le daba sorbos a su café y finalmente preguntó:

—Lo único que se me ocurre entonces es la salud. ¿Teme usted haber contraído alguna enfermedad?... ¿Cáncer, por ejemplo? Si sospecha algo parecido tenemos que afrontarlo con valentía. Tenemos que hacer todo lo posible, y hoy en día se pueden hacer muchas cosas; cualquier cosa que se pueda hacer, la haremos.

—Estoy completamente sana, que yo sepa.

La señora Breedlove dejó su taza.

—No seguiré sonsacándola, Christine. Solo le diré que la quiero de verdad, de corazón..., como si fuese mi hija, de hecho. Y lo mismo siente Emory; pero no hace falta que se lo diga, porque usted ya lo sabe.

Christine asintió y apoyó la frente en la mesa. Monica permaneció en pie a sus espaldas, le puso una mano en el hombro y dijo en un tono suave y serio que muy pocas veces empleaba:

—Ya sabe que puede confiar en mí. Ya sabe que puede confiar en mí.

Entonces Christine se levantó a ciegas, le echó los brazos al cuello a la mujer y se deshizo en llanto. La señora Breedlove intentó calmarla, arrullándola con ruiditos cariñosos:

—¡Querida, querida, Christine! Ahora se sentirá mejor. Quizás ahora sea capaz de dormir un poco. —Luego, en su acostumbrado tono de voz, añadió—: El doctor Ewing me dejó un frasco de píldoras hace una semana o así para

cuando estoy nerviosa. No las he usado. Voy a buscárselas. No tiene sentido que no duerma.

Regresó con el frasco; pero al llegar a su apartamento, Christine lo guardó junto con la pistola y las cartas que no había enviado a su marido.

Diez

Después de un largo rato se quedó dormida, y entonces se vio sumida en un sueño terrorífico. Había una mujer con un hacha que avanzaba por la carretera. Se detuvo en la granja y husmeó por allí; y al no encontrar lo que buscaba se dirigió al granero escondiendo el hacha a su espalda y llamó con voz dulce y paciente: «¡Christine! ¿Dónde estás, Christine? No me tengas miedo. ¿Es que crees que tu madre sería capaz de hacerte daño?».

Pero Christine, escondida entre unos altos matorrales, no respondía; y cuando levantó de nuevo la vista el granero estaba repleto de ventanas, y cada una de ellas enmarcaba el rostro de una de las víctimas de su madre. Una de las ventanas estaba vacía, y su madre decía: «¡Christine! ¡Christine, ve a ocupar tu lugar con el resto!». Entonces los otros cantaban a coro desde sus ventanas: «Nunca encontrarás a Christine. Su identidad actual se ha ocultado a conciencia».

La mujer sin rostro continuaba: «La encontraré allí donde esté. Soy la Incomparable Bessie Denker, la del plan magistral que salió a pedir de boca».

Luego, sin transición, contempló la cara plácida y convencional de su madre y, temblando, se apretujó contra el suelo mientras la gente de las ventanas se decían preocupadas entre ellas: «La Incomparable Bessie Denker ahora va a por Christine. Christine, ve a ocupar tu lugar con el resto. ¿Alguien ha visto a Christine? Christine es la que se escapó».

La señora Penmark, debatiéndose inquieta sobre la almohada, emergió a la realidad con esfuerzo, las manos sudorosas y entrelazadas. Se incorporó en la cama y alisó la almohada. Se quedó tumbada temblando unos instantes, los dientes le castañeteaban arrítmicamente como si hiciese frío. Trató de volver a dormir y terminó consiguiéndolo al rato. Al despertarse era de día. Estaba lloviendo y el viento arrojaba la lluvia sobre las copas de los árboles y el volumen de las ramas bamboleantes. Los árboles del parque se doblaban, empapados y desolados, antes de que el viento los azotase y los volviese a enderezar. Las alcantarillas estaban inundadas y el agua descendía por el patio con un sonido beligerante tan parecido a la voz humana que si uno prestaba atención podía llegar a descifrar lo que decía.

Cerró las ventanas y pasó la fregona por donde había entrado la lluvia; luego, al dirigirse a la cocina para preparar el desayuno de la niña, vio a Leroy envuelto en un viejo chubasquero de plástico, chapoteando con los zapatos mojados mientras caminaba cargando las cenizas del sótano. Se detuvo indecisa tras el cristal como si hubiese olvidado lo que se disponía a hacer, escuchando el golpeteo de las latas al dejarlas Leroy en el callejón para que las recogiese el basurero a las nueve. Regresó al patio y se agachó para desatascar un desagüe inundado, taponado por una acumulación de hojas; y aunque no era posible oír el murmullo de su voz, casi podía saber lo que decía por el movimiento malhumorado de sus labios.

Cuando Rhoda terminó de desayunar y hubo doblado y guardado en el cajón del aparador su servilleta, pidió permiso para ir a visitar a la señora Forsythe. La anciana, dijo, le había prometido enseñarle a hacer crochet; y, ahora que estaba lloviendo y tenía que quedarse en casa le gustase o no, le parecía un buen momento para recibir una primera clase. La señora Penmark frunció el ceño indecisa. Ahora que era consciente del horror que constituía la herencia de Rhoda y podía trazar con cierta seguridad su carrera futura se preguntaba si podía justificarse moralmente que le permitiese pasar tiempo a solas con alguien; tal vez no debería volver a perderla de vista e incluso advertir a otros de su tendencia criminal; pero dándose cuenta de lo difícil que sería poner en práctica aquellas medidas histéricas bajó la mirada indefensa y recordó su intención de no tomar ninguna decisión hasta que su marido regresase.

—Si te dejo ir tienes que prometerme que no le harás nada a la señora Forsythe. ¿Entiendes?

—No, madre. No sé de qué me hablas.

—¡Por favor, Rhoda! Ya basta de teatro y de engatusar. Las dos sabemos muy bien de qué hablo. A partir de ahora hablaremos con naturalidad. Sabes muy bien a qué me refiero.

Rhoda soltó una risita, asintió y dijo con voz desacomplejada:

—Sé a qué te refieres. Pero no voy a hacerle nada a la señora Forsythe. — Y a continuación, juntando las manos y poniendo los ojos en blanco con malicia, añadió—: La tía Jessie no tiene nada que yo quiera.

Tras marcharse la niña y una vez hubo cumplido con una parte de sus labores cotidianas matutinas, las implicaciones que se habían ido posando con persistencia en la mente de la señora Penmark hasta alcanzar la certeza de su propia identidad estallaron con toda su fuerza. Se detuvo mientras quitaba el polvo de la consola en madera de palisandro y se dio la vuelta con rostro

ceñudo; un instante después era incapaz de recordar qué le había llevado hasta su dormitorio. Dejó la bayeta y permaneció de pie junto a la cama gesticulando inútilmente con las manos.

El descubrimiento de su verdadera identidad había esclarecido bastante aquello que durante su infancia la desconcertaba. Ahora comprendía que Rhoda no era responsable de las cosas que había hecho. Ella, y no Rhoda, era la culpable, porque era ella quien le había transmitido la herencia de Bessie Denker a la chiquilla, la herencia que había permanecido latente durante una generación pero que había florecido de nuevo para aplicarse a la destrucción. Consciente de ello, ¿cómo iba a echarle la culpa a su hija? ¿Cómo pedirle responsabilidades?... Cuanto más vueltas le daba al asunto en su pobre y conturbada mente más evidente le parecía su culpa, y se repetía para sus adentros: «Estoy tan avergonzada..., tan avergonzada...».

Terminó por tomar asiento, la desesperación invadía su cabeza; entonces, haciendo un último esfuerzo por aliviar aquella conciencia culpable que sabía que la destruiría, se preguntó si la circunstancia de que la abuela y la nieta compartiesen una inclinación por el crimen era algo más que coincidencia, un hecho casual como cualquier otro: un hecho sin consecuencias ulteriores. Tal vez estaba excediéndose al asumir su propia culpabilidad. Tal vez ella no constituía el nexo inevitable entre Bessie Denker y la niña; después de todo, tal vez era inocente. Intuyó que si había alguien capaz de saberlo, ese era Reginald Tasker; pero durante un rato estuvo sopesando si era oportuno llamarlo por miedo a que él no tomase su pregunta como algo abstracto, sino que lo relacionase de inmediato con el problema al que se enfrentaba y desentrañase el secreto que se había determinado a ocultar ante todos.

Llegó a la conclusión de que era poco probable que sospechase el verdadero propósito de aquella pregunta. Conocía una pequeña porción de la realidad que le atañía, pero no la suficiente. Solo ella conocía todas las piezas del rompecabezas: la muerte de la anciana en Baltimore, la muerte del pequeño Daigle, la horrorosa herencia de la niña..., esas piezas que, al igual que en un rompecabezas simple, uno con piezas menos esenciales que aquellos que tanto le gustaba montar a Rhoda, revelaban implacablemente un todo.

Fue de un lado a otro con inquietud, incapaz de tomar una decisión, y al final Reginald resolvió el asunto por ella. Telefonó él mismo al mediodía para preguntarle si se encontraba mejor. Enseguida le preguntó:

—¿Ha tenido oportunidad de terminar de leer el archivo Denker? Estábamos llegando al meollo cuando tuvo que marcharse.

—Sí, he terminado de leerlo.

—Menudo elemento esa Bessie Denker, ¿verdad?

—Sí. Sí, desde luego.

El hombre parloteó, pero cuando se calló un instante para concentrarse Christine le planteó su pregunta rápidamente, más a bocajarro de lo que pretendía. Reginald respondió que no se trataba de un factor sobre el que se hubiese parado a reflexionar particularmente, pero que después de todo ¡no veía por qué no! Aquello que hacía de esa clase de personas lo que eran no se trataba de una cualidad positiva, sino de una negativa. Se trataba de la carencia de algo en su carácter desde un principio, no de algo que se adquiriese. Es cierto: el daltonismo, la alopecia y la hemofilia eran el resultado de la carencia de una u otra cosa, y nadie negaba que proviniesen de la transmisión. La debilidad mental también era la carencia de algo y estaba claro que se transmitía de generación en generación...

Christine lo había preguntado para hacer acopio de convicciones, pero no estaba recibiendo la corroboración necesaria, así que dijo con voz desfalleciente y desesperada:

—Pero ¿los psiquiatras qué opinan?

Reginald se rio de su simpleza. Para responderle, dijo, primero debería hacerle él mismo algunas preguntas: ¿Qué importaba lo que hubiese opinado un psiquiatra? ¿Y en qué año se habrían pronunciado?... Acababa de leer el testimonio del antiguo caso Thaw y tal vez le interesaría saber que seis psiquiatras de entre los más experimentados de nuestra época habían testificado en favor de la acusación mientras que otros seis, igualmente distinguidos en el campo de la psiquiatría, testificaron lo contrario para la defensa.

Después de colgar, la señora Penmark deambuló por su apartamento sintiendo que iba a venirse abajo de un momento a otro; y le parecía ahora que el terrorífico esquema básico de su vida quedaba claro. Pero aquel pensamiento era demasiado horroroso para afrontarlo en aquel instante, así que se sentó junto a la ventana y mientras contemplaba los árboles que se doblaban bajo la fuerza del viento y la lluvia, dijo con voz apenas audible y temerosa:

—¡Por favor, ay, por favor!

Luego, abrumada por un sentimiento de culpabilidad tan intenso que era apenas soportable, anduvo de aquí para allá presa del pánico y la inquietud, con las manos sudorosas entrelazadas como si implorase a un poder

implacable que le concediese de nuevo serenidad, que negase en su lugar la verdad que ella ya no podía negar.

Escribió a su marido otra de aquellas largas cartas apasionadas... En cierto modo, le dijo, se había casado con él bajo falsos supuestos. Le dijo quién era su madre y cómo había llevado a cabo su descubrimiento. Richard Bravo había estado estrechamente vinculado con el caso Denker. Ahora no era difícil de comprender cómo la habían conocido (la única superviviente) él y su esposa, y cómo se la habían llevado más tarde con ellos; pero lo que seguía preguntándose era por qué lo habían hecho. «Tal vez esperaban rescatarme, puesto que eran gente cariñosa y amable; salvarme de los sucesos que había presenciado y experimentado a una edad tan temprana. Estuvieron a punto de conseguirlo, pero no salió bien del todo».

Escribió: «Desde que descubrí la verdad sobre mí he estado pensando en las objeciones de tu madre a nuestro matrimonio. Tenía razón al desconfiar de mí..., aunque los motivos que alegaba para ello eran equivocados. Debí percibir intuitivamente que había algo terrible en mí, que no te traería más que desolación e infortunio. Y esto es lo que te traeré, cariño mío. Ahora lo veo con una tremenda claridad.

»Pero si tu madre estaba intuitivamente en lo cierto al oponerse a que te casases conmigo, también lo he estado yo al no explicarte nada de lo que he averiguado sobre Rhoda desde que te fuiste. Ahora me pregunto si algún día seré capaz de contártelo. No lo creo. Te das cuenta de lo vergonzoso y humillante que eso sería para mí, ¿verdad? Tengo que pensar en estas cosas y sacar algo en claro, lo más claro que me sea posible, y tengo que vivir mi vida con Rhoda con una clase de valentía que ahora mismo no poseo. Tengo que hacerlo lo mejor que pueda.

»Ahora percibo con más intensidad que nunca que el problema de Rhoda no es el cúmulo de elementos que siempre había considerado que era. El problema es mío y tengo que resolverlo por mi cuenta. Yo soy la única responsable. Era yo la portadora de la mala semilla que la ha hecho ser como es, y no tú. Cuando regreses y descubras todo esto, porque sé que evidentemente tendré que contártelo de algún modo un día u otro, y aceptes sus consecuencias como yo ya lo he hecho, creo que deberías abandonarnos a Rhoda y a mí. Todavía eres joven y debes casarte de nuevo y engendrar los hijos a los que tienes derecho, niños sanos y normales, sin esta odiosa marca que llevamos mi hija y yo en nuestro interior».

La tormenta de verano había cesado antes de que terminase de escribir la carta y el cálido sol de julio brillaba de nuevo. Caía sobre los alcanforeros goteantes, sus hojas húmedas reflejaban el fulgor de tal manera que el ojo desnudo no era capaz de soportarlo. Bajó las persianas y levantó las tablillas mientras oía los últimos restos de lluvia deslizarse por las cañerías de los desagües y sisear en los sumideros. Era sábado; en ese momento vio a Emory aparcar bajo los árboles chorreantes que lanzaban destellos y subir el camino seguido de su hermana Monica. Ellos la vieron, a su vez, allí tras la ventana y la saludaron manoteando con la acostumbrada jovialidad, y cuando salieron de su campo de visión Monica dijo en tono serio:

—No sé qué le sucede a Christine últimamente. He de confesar que estoy preocupada por ella. Christine siempre ha cuidado su aspecto, y sin embargo diría que lleva un mes sin hacerse la manicura ni ir a la peluquería. Empieza a tener una pinta marchita y astrosa. Tampoco come bien, lo sé. Ella dice que sí, pero no me lo creo.

—¡Vamos a ver! —dijo Emory cordialmente—. ¡Vamos a ver, Monica!, ¿por qué no dejas de meter las narices en los asuntos privados de Christine? ¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos, para variar?

Aquella noche, la señora Penmark recogió toda la documentación que le había prestado Reginald y se la devolvió. No tenía intención de entrar en su casa, pensaba dejársela a su criado cuando abriese la puerta, pero Reginald la vio llegar y salió a recibirla. Insistió en que pasase y se tomara una copa con él, pero ella respondió que prefería té y el criado fue a preparárselo. Reginald se interesó por cómo progresaba la novela. ¿Había profundizado en los detalles de sus personajes? ¿Tenía ya la trama bien urdida?

Christine explicó que el libro trataría sobre una niña que repite las pautas criminales de la carrera de su abuela, y Reginald intervino:

—Eso lo explica todo. Esta mañana me preguntaba por qué se interesaría usted por el tema de la herencia frente al condicionamiento del entorno.

—Sí. Sí.

—¿Y qué hay de la madre? ¿Está cortada por el mismo patrón, como se suele decir?

—No, no lo creo. A la madre la veo como una mujer corriente sin demasiadas luces; de las que uno se cruza a diario. Se encuentra indefensa y es bastante vulnerable. Me temo que es más bien una mujer aburrida y normalita.

—Servirá muy bien como contraste —respondió él. Le dio un sorbo a su copa y añadió—: Dígame una cosa: esta madre normal y corriente ¿sabe lo de su hija o solo lo sospecha? Quiero decir, ¿anda metida en el ajo?

—Está un poco metida en el ajo. Bastante metida.

—¿Y sabe esta madre convencional algo de la abuela criminal?

—Al principio no, pero lo averigua. Eso le da explicación a muchos elementos del carácter de su hija.

Reginald asintió y dijo tras un instante:

—Suená bien. Pero recuerde una cosa: intente mantener la tensión. — Luego, mientras ella se levantaba para marcharse, añadió—: Las viejas señoras de la fiesta de Monica tenían curiosidad por saber por qué se fue tan repentinamente; y si quiere saber cuál fue su veredicto le diré que piensan que se encuentra usted «en estado de buena esperanza».

La ocurrencia provocó a la señora Penmark una carcajada histérica y desenfrenada. Su risa se alargó tanto que Reginald se alarmó un poco y tendiéndole la copa le dijo:

—Bébase esto, Christine. Le conviene tomarse un trago, por lo que veo.

Una vez en casa de nuevo, Rhoda estuvo practicando al piano durante una hora y al llegar la noche se sentó a la luz de la lámpara para memorizar la lección del sábado, que era al día siguiente. Cuando se la supo al dedillo le pidió a su madre que se la preguntase, y así lo hizo Christine mientras pensaba: «Rhoda siente cierta predilección por las crueldades del Antiguo Testamento. Hay algo en ella tan primitivo y terrible como en ese libro».

La niña sacó las tarjetas con las mariposas pegadas que había ganado la última vez y se las enseñó a su madre.

—Estoy segura de que mañana también me sabré perfectamente la lección; con eso tendré cuatro tarjetas y solo necesitaré ocho más. No tardaré mucho en conseguir otro premio. Espero que esta vez no sea un libro.

Al día siguiente, la señora Penmark se levantó enferma. Se sentía débil y mareada, y después de enviar a su hija a catequesis se llevó la palma de la mano a la frente sumida en una sensación de irrealidad tal que durante unos instantes creyó que no sería capaz de volver a ponerse en pie. Pero la señora Breedlove bajó poco después para visitarla como cada domingo por la mañana y, al oírla charlando en el vestíbulo con la señora Forsythe, Christine se dirigió a la puerta decidida a ignorar sus temores. Monica, todavía preocupada por su amiga, entró con una jovialidad resoluta. Acababa de

ensayar una de sus anécdotas mientras bajaba las escaleras y, dejándose caer en una silla, se puso a hablar de una de sus conocidas, una mujer cuyo pésimo gusto la convertía en el hazmerreír de sus amigos.

—La pobre Consuela vino al banquete y yo tenía especial interés en usted que la conociese, pero no llegó hasta más tarde..., después de que usted se marchase.

Christine asintió y sonrió como pudo; la señora Breedlove continuó:

—A todo el mundo le da lástima Consuela por su falta de estilo. Martha David hacía una alusión en ese sentido cuando esta mañana me ha llamado para charlar sobre la fiesta, pero yo le he dicho: «Ah, no. Ah, no, qué va. Consuela no es la víctima de nadie, créeme. Hay algo en Consuela que la impulsa a vestir como viste. No es por ignorancia y Dios sabe que no es porque no se pueda permitir comprarse otras prendas. No es que se quede con lo que el dependiente le endilgue como insinúas. Ah, no. Todo forma parte de un objetivo bien definido».

La señora Penmark miró a su alrededor con desesperación, súbitamente hastiada de la inagotable y agresiva jovialidad de su amiga. Se removió en su asiento y bajó la mirada hasta sus manos.

—«Si Consuela comprase lo primero que los dependientes le echaran por encima el efecto sería muy distinto», le dije. «Mira: en primer lugar, en ninguna tienda venden esa clase de ropa hoy en día; ni siquiera en las tiendas de saldo de los muelles. Ni siquiera las empresas de venta por correo venden botas abotonadas hasta arriba, velos de colores ni faldas plisadas. Para encontrar cualquiera de esas cosas hay que buscarlas a conciencia. Ay, ten por seguro que Consuela se ha entregado en cuerpo y alma a buscar esas extravagancias para su vestuario con la misma pasión que pone un submarinista en la búsqueda de la perla perfecta».

Christine se levantó repentinamente sintiéndose desfallecer y se tumbó en el sofá del salón. Monica se sentó a su lado preocupadísima.

—Ni siquiera lo voy a discutir con usted, Christine. Voy a llamar a mi médico para que le haga una revisión. Si está usted enferma, y es bastante evidente que lo está, hay que hacer algo.

Mientras decía esto ya estaba marcando el número de teléfono, y el médico dijo que iría enseguida. Así lo hizo, y la señora Breedlove lo recibió en el vestíbulo para sostener una de esas charlas preliminares que los doctores están acostumbrados a soportar. No encontró que la señora Penmark tuviera ningún problema desde el punto de vista psicológico. Le recomendó que no se preocupase demasiado; le ordenó que comiese más de lo que comía

últimamente, incluso aunque tuviese que forzarse. Le recetó unas pastillas para el insomnio. Cuando se hubo marchado, Christine se dirigió resuelta a la cama, decidida a no pensar más en las cosas que la preocupaban; y en los días siguientes se las arregló como mejor pudo con una rutina tan estricta, tan repleta de actividades triviales, que no le quedó tiempo para darle vueltas a sus problemas.

Desarrolló una ternura anormal hacia su hija. La seguía de aquí para allá con la mirada, apaciguándola, excusándose ante ella, sirviéndola con humildad, como si implorase su perdón por la herencia que le había transmitido. Compartían un vínculo macabro que las unía, que las ataba a un pasado común, una comunidad culpable que nada que se pensase o se dijese podría cambiar. Estaban ligadas la una a la otra por la vida de Bessie Denker. No había vuelta atrás. No tenían escapatoria.

En ocasiones, cuando se encontraban en el apartamento, como si la señora Penmark hubiera construido un espejismo que no podía hacerse efectivo en la realidad y lo supiese, por bien que no quisiera verlo, rodeaba con sus brazos a la chiquilla y la atraía hacia sí en un gesto de expiación, como si el amor fuese lo suficientemente fuerte para convertir a la niña en la criatura que ella deseaba que fuera: una niña sencilla y cariñosa que la amase recíprocamente; y cuando su enfermizo afecto aumentaba se abalanzaba sobre ella cuando menos se lo esperaba la niña y cubría su frente y sus mejillas de besos apasionados o la abrazaba con ansia. Rhoda soportaba las caricias de aquellos momentos con asombrado mutismo, se recolocaba el flequillo, se alisaba el vestido y se apartaba. Evitaba a su madre como mejor podía. Leía, practicaba al piano, estudiaba sus textos para la escuela dominical, se aplicaba en sus clases de costura, se sentaba ociosa bajo el granado y pensaba en sus cosas.

Una vez, presa de la desesperación, la señora Penmark le reprochó a la niña arisca:

—¿Es que no me quieres ni lo más mínimo? ¿No sientes afecto hacia nadie? ¿Estás tallada en piedra?

Y Rhoda, sin dejar de alejarse en dirección a la puerta, ignorante de lo que se esperaba de ella, se rio de manera encantadora, balanceó la cabeza en aquel gesto que sabía que los mayores encontraban irresistible y respondió:

—¿Qué tonterías dices? ¡Menuda tontería!

A medida que se acercaba la fecha de su partida, la señora Breedlove se preguntaba si era buena idea siquiera irse, marcharse y dejar a su querida

Christine, que estaba enigmáticamente turbada y no se encontraba bien en absoluto, sola. Trató de solucionar el problema haciendo que Rhoda y ella los acompañasen aquellos días en el hostel. Estaba convencida de que gracias a sus influencias conseguiría un par de reservas pese a contar con tan poco tiempo de antelación; pero Christine declinó el ofrecimiento. Le rogó a su amiga que no se preocupase por ella. Estaría perfectamente. Si sucediese cualquier cosa la avisaría de inmediato.

—Ah, pues muy bien, si insiste en su tozudez —dijo Monica con exasperación. Luego, suavizando un poco el tono—: Pero por lo menos haga el favor de llamarme en caso de que me necesite. Deje que insista. Ya sabe dónde voy a estar. No es muy lejos.

Se marchaban al día siguiente, y Christine la ayudó a prepararse. Una vez estuvo todo listo, Monica aparcó su coche en la salida y volvieron juntas al apartamento para comprobar que el gas estuviese cerrado, que ningún grifo gotease y que las ventanas quedasen bien cerradas. Llamó a Leroy desde el balcón de la parte trasera y le dijo que le bajase el equipaje y lo metiera en el maletero del coche. Así lo hizo, y Rhoda lo siguió escaleras abajo. Una vez en el patio, el hombre le guiñó un ojo a la niña y le dijo en voz tan baja que las mujeres no lo oyeron desde arriba:

—Mejor que le pidas a la señora Breedlove que te busque el palo ensangrentado mientras está en la bahía. Mira que te he dicho veces que encuentres ese palo antes que yo, pero no me haces ni caso.

—No hay ningún palo que encontrar.

Leroy se rio, ladeó la cabeza y contestó con el tono malicioso y cargado de intención del galanteo:

—¡Kkkkj! ¡Kkkkj! Ya sabes lo que significa ese chisporroteo, vaya que si lo sabes, verdad, ¿señorita Rhoda Penmark?

—Lo único que sé es que eres tonto.

—Ese es el ruido que hacen los niños cuándo los están friendo en esa sillita azul.

—Dijiste que la silla era rosa.

—Tienen dos sillas. Ya lo sabrías si no hablaras tanto y prestases más atención a lo que intentan explicarte los demás. Tienen una sillita azul para los niños malos y una sillita rosa para las niñas malas. —Puso los brazos en jarra y se balanceó con voluptuosidad de lado a lado—. Eso no lo sabías, ¿eh? Mira que siempre digo que eres lista, pero ya no lo pienso. Ahora me parece que eres realmente boba.

Las dos mujeres bajaron las escaleras y, cuando el coche dobló la curva y Christine emprendió el camino de vuelta a la casa, Leroy se rio por lo bajo, se apretó la nariz con el índice y dijo:

—¡Kkkkj! ¡Kkkkj! Sabes lo que significa ese sonido tan bien como yo. Vaya que si lo sabes. Y si aún no lo tienes claro lo averiguarás muy pronto.

La señora Penmark, sin volver la cabeza, llamó a su hija y Rhoda fue a su encuentro en el camino de entrada. Leroy se quedó observándolas mientras se alejaban. La mantenida aquella de Christine no tenía muy buen aspecto últimamente, pensó. Lo cierto es que se la veía demacrada y exhausta. Tenía la piel pálida y correosa, además. ¡Y vaya unas ojeras! Esa parecía diez años más vieja que el mes pasado. Se preguntaba cuál sería el motivo... Esa mantenida de Christine debía de estar pasando por lo que llamaban «neurosis de guerra». ¡No, no era neurosis de guerra lo que tenía esa; esa lo que tenía era neurosis de cama!

La genialidad de su ocurrencia se apoderó de él de tal modo que se sentó en los escalones de la parte de atrás del edificio y ahogó una risotada, vigilando a un lado y a otro. Alguien se le debía de estar metiendo en las bragas, ¡vaya que no! Alguien debía escalar la balaustrada cuando todos dormían para darle lo suyo. Y la Christine esa seguramente estaba ahí plantada en camión, si es que llevaba algo encima, para abrirle la puerta. Se preguntaba quién sería. No podía ser el señor Emory Wages: demasiado viejo. De todas formas tampoco podía escalar una balaustrada. No podía ser el insignificante aquel de Reggie Tasker que escribía articulos sobre criminales. Ese saltaría despavorido por la ventana como una mujer se le insinuase. Estuvo pensando un rato, pero no era capaz de representarse más que una silueta imprecisa sin nombre, alguien extraordinariamente parecido a él mismo.

«No es neurosis de guerra lo que tiene esa —se repitió—. ¡Esa lo que tiene es neurosis de cama!»

Se rio de nuevo, bamboleando la cabeza arriba y abajo en gesto de aprobación ante su ingenio y desparpajo.

Once

Una de las fuentes de orgullo del pueblo era la biblioteca en conmemoración de Amanda B. Trellis, un edificio de piedra y ladrillo que ocupaba prácticamente una manzana del centro. Estaba ubicada sobre el terreno del Cementerio de la Fiebre Amarilla, aunque se habían exhumado las fosas y trasladado los restos de las víctimas. Construyeron un jardín en la parte de atrás de la biblioteca, protegido por los mismos muros medio desmoronados que en su día protegieran las tumbas. Había caminitos entre los arbustos, casetas provistas de bancos y mesas de campo, pérgolas invadidas por los jazmines y las enredaderas.

Se habían mantenido tal y como estaban algunas de las lápidas, con sus fechas originales y sus afirmaciones de una moralidad más arcaica que la nuestra, como si también fuesen arbustos a su manera; como si tuviesen la capacidad de contagiar al lector atento de esa melancolía, esa conciencia de la transitoriedad de la vida que constituye el motivo por el que leemos a los filósofos.

Con frecuencia, por las mañanas, después de que pasara el cartero y supiese si tenía o no correo de su marido aquel día, Christine se iba a la biblioteca e investigaba en profundidad sobre la desoladora vida de Bessie Denker. Descubrió que alrededor del nombre de su madre había proliferado toda una literatura especializada de leyenda. Era más famosa ella gracias al mal que había llevado a cabo de lo que lo son los más piadosos por sus buenas obras; y a medida que acumulaba lecturas iba tomando notas en un cuaderno que daba credibilidad a la historia que le había contado a la bibliotecaria que la ayudaba en sus pesquisas: que estaba recopilando material para escribir una novela en un futuro.

Normalmente, cuando iba a la biblioteca dejaba a Rhoda con la señora Forsythe, pero de vez en cuando se llevaba a su hija con ella. En aquellas ocasiones la niña se sentaba no junto a su madre, sino más o menos cerca, y leía para entretenerse uno de los libros que había sacado de las estanterías o continuaba con la labor de costura que ella y su maestra encontraban tan fascinante mientras la señora Penmark se quedaba en la caseta leyendo los artículos de Richard Bravo relativos al caso Denker. El sentimiento de

enternecida culpabilidad que le producía su hija se había trastocado. Ahora observaba a la niña con una mezcla de incompreensión y frío desagrado. Raramente hablaban cuando estaban a solas, un acuerdo que parecía satisfacer a Rhoda más que cualquier otro que hubiese tenido con su madre.

Cuando se quedaba en casa se repantingaba junto a la ventana mientras Rhoda iba a ver a la vecina al otro lado del vestíbulo o salía a jugar al parque. Le había dado instrucciones de que se sentase siempre en el banco que había bajo el granado, donde podía vigilarla; y Rhoda, comprendiendo las intenciones de Christine y juzgando que eran justas y razonables (más razonables, desde luego, que el afecto y la confianza ciega que antiguamente le profesaba), la obedecía con una especie de resignación cínica y aquiescente.

A veces, cuando iba a la biblioteca y sabía que Rhoda comería con la señora Forsythe, se llevaba el almuerzo y lo tomaba en una de las mesas de campo bajo la pérgola; en una ocasión una ayudante de la bibliotecaria, una mujer desaliñada con una mancha granate en la mejilla, marca que trataba con la mayor indiferencia y que no se esforzaba en tapar, salió a comer al jardín. Se sentó frente a la señora Penmark y dijo:

—Creo que no me he presentado nunca. Bueno, en cualquier caso: soy Natalie Glass y llevo tiempo preguntándome cómo lleva su libro. Es el primero que escribe, ¿verdad? ¿Ha comenzado ya o se encuentra aún en el período de documentación?

—Estoy dándole vueltas todavía. Es probable que no llegue a ninguna parte. Es pronto para saberlo.

La señorita Glass desenroscó la tapa de su termo, le dio un mordisco a su bocadillo y preguntó con voz amortiguada:

—¿De qué trata?

Christine esbozó aquella trama basada en su propia situación igual que había hecho con Reginald Tasker mientras la señorita Glass asentía, mordisqueaba su bocadillo y recogía las migas que se le caían en la palma de la mano. Encogiendo sus hombros puntiagudos dijo:

—Ah, bueno, puede suavizarlo un poco cuando lo redacte. —Y enseguida —: ¿Y qué hay del padre de la niña? ¿Está al tanto de la identidad de la progenitora de su esposa? ¿Sospecha también de su hija? —Luego, chupándose la punta de los dedos, añadió—: Si necesita algo que no tengamos aquí, dígamelo. Tal vez yo se lo pueda conseguir.

—El padre no sabe nada de la ascendencia de su esposa. Recuerde que ella no lo descubre sino relativamente tarde: mucho después de haberse

casado. Él sabe que la niña es extraña, pero sabe lo suficiente como para encontrarlo alarmante.

Se hizo un silencio mientras la señorita Glass sorbía su café y digería mentalmente lo que acababa de escuchar. Entonces preguntó de improviso:

—¿Y cómo lo terminará?

—No lo sé. El final no lo veo claro.

—No veo un final feliz, no con ese planteamiento.

—Un final feliz es imposible. No. Yo tampoco lo veo.

La señorita Glass detuvo el movimiento de su mano al alzar la taza para beber, entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante como si alguien la hubiese llamado desde la biblioteca; luego, al comprobar que no era así, dijo:

—La única manera de terminar el libro es que la madre le pegue un tiro a la niña antes de que crezca y comience a cebarse en los vecinos.

—¡Ay, no! —exclamó Christine al instante—. ¡Ay, no!

La señorita Glass pareció sorprendida por la vehemencia de su reacción.

—No se me ocurre qué otra cosa puede hacer la madre. Esa sí que tiene un problemón entre manos, si me lo permite.

—¡Ay, no! No sería capaz de hacerle daño a la niña. No casaría con su personalidad. Se trata de una mujer débil a la deriva. Carece de fuerzas para tomar decisiones.

—Puede hacer que se «crezca ante la adversidad», como dicen ustedes los escritores.

—No, mi heroína, si quiere llamarla así, no sobreviviría tras hacer algo así. No tendría fuerzas. Es imposible.

—Pero habrá contemplado esta posibilidad, ¿verdad?

—Sí. He reflexionado sobre un final así una y otra vez. Pero no es posible.

—Bueno, supongo que tiene usted razón. Bien mirado, que la niña muera parece más el principio que el final de una novela... A no ser que planeé usted escribir algo de la extensión de *Lo que el viento se llevó*. Si su heroína asesinase a la niña tendría que seguir viviendo con la culpa; se vería obligada a enfrentarse a su marido y surgirían toda clase de complicaciones. Tendría que cuidar mil detalles, comenzar una nueva vida (dando por hecho, por supuesto, que la policía no la descubra antes y la ahorquen).

—No lo sé. No lo sé... Pero tengo que decidirlo pronto. Habrá que hacer algo pronto.

La señorita Glass recogió el papel y las migas de su sándwich, se colocó el termo vacío bajo el brazo y se dispuso a volver al trabajo; entonces, deteniéndose, dijo:

—Su idea me parece interesante. Le daré vueltas cuando llegue a casa.

A través de sus lecturas, sus tareas domésticas, la vigilancia de su hija y sus largas y constantes cartas a su marido la señora Penmark terminó alcanzando una especie de resignación letárgica. Monica telefoneaba de vez en cuando para comprobar si se encontraba bien, y una tarde le dijo que habían anulado una reserva en su hotel. Sabía que organizarle la vida a otras personas era uno de sus defectos más repelentes (cómo no saberlo, Dios Santo, si Emory se lo repetía sin tregua), pero había estado pensando tanto en Christine y Rhoda, las echaba tantísimo de menos, que se había tomado la libertad de hacer una reserva en su nombre. Esperaba que Christine le perdonase su osadía, pero (como un favor a Emory y a ella misma) ¿no podría venirse a aquel parador diez días? Luego, sin esperar a oír la decisión de la señora Penmark, continuó:

—Todo está arreglado. Emory les recogerá mañana a las seis cuando salga de la tienda. Vamos, querida Christine, ¡vénganse con él! Si no le apetece hacer el equipaje dígamelo e iré yo misma a primera hora a preparárselo.

La señora Penmark respondió que podía arreglárselas por su cuenta y a la tarde siguiente Rhoda y ella ya estaban listas. Disfrutó mucho de su estancia en el hotel. Por las mañanas se tumbaba en la playa con su hija o paseaban por el bosque cercano. Por las tardes jugaba a algunos de los juegos de cartas que le gustaban a Emory, o al bridge con Monica y sus amigos. El comportamiento de Rhoda era intachable; los huéspedes del parador le reían todas las gracias. Sonreía, hacía reverencias, cedía el paso a los mayores, exhibía su hoyuelo... Cuando el primero de agosto la señora Penmark regresó con su hija al pueblo sentía que se había deshecho de gran parte de sus tensiones. Comenzó a alimentar esperanzas de nuevo, a confiar en el futuro.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, cuando ya se habían vuelto a acomodar a la anterior rutina diaria, Rhoda salió a hacer crochet al parque a la sombra del granado; y al cabo de un rato se le acercó Leroy.

—Ya sé por qué le suplicaste a tu mami que os fueseis a la bahía. Querías buscar el palo. Vamos, dímelo, entre tú y yo: ¿encontraste el palo?

Sin levantar la vista de su costura ni dar señales externas de que se estuviese dirigiendo a él, Rhoda dijo:

—Está en la ventana vigilándome. Si quieres que hablemos quédate junto a aquel matorral florido. Ahí no puede verte.

Él se apartó hasta aquel lugar riéndose con socarronería y diciendo para sus adentros «¡Kkkkkj!». Comenzó a repetirse aquel sonido, dado que le

parecía que las posibilidades de aquella ocurrencia eran ilimitadas; y entonces, gracias a una revelación súbita, como si finalmente fuese consciente de la importancia de hechos que habían permanecido siempre informados en su cabeza, se rascó la mejilla y dijo:

—¿Qué ha pasado con aquellos zapatos tan pesados que llevabas antes? Aquellos que iban haciendo tap-tap-tap mientras caminabas, digo. Los llevabas el día del pícnic pero diría que no te los has vuelto a poner desde entonces.

—Eres tonto. Yo nunca he tenido unos zapatos como los que dices.

—Tenías unos zapatos así, ¡vaya si los tenías! Hacían tap-tap-tap mientras caminabas. Me acuerdo de cómo sonaban. No me gustaba el ruido que hacían. Cuando el día del pícnic bajaste a la calle me dije: «No me gusta un pelo el claqueteo de esos zapatos y se los voy a mojar». Y por eso apunté la manguera hacia ellos.

—Me hacían daño en los pies. Así que los tiré.

—¿Sabes una cosa? No le pegaste a aquel chico con un palo. Le pegaste con los zapatos, con eso le pegaste. Nunca ha habido un palo, y por eso no estabas preocupada. ¿A que esta vez tengo razón?

—Eres tonto. No te puedo decir otra cosa.

—No le pegaste con ningún palo. Le pegaste con un zapato. No tuviste que buscar ningún palo para golpearle. Ya tenías tu zapato con la lámina de metal bien a mano para pegarle.

—No me hables. Eres un tonto.

—No soy tonto. Tú sí que eres tonta. Eres tan tonta que te pensabas que decía en serio que le habías pegado con un palo, pero solo estaba intentando que dijese: «No, Leroy. No le pegué con ningún palo. Le pegué con mi zapato, que tiene una lámina metálica en el tacón». Al principio dije un palo para que te preocupases, pero siempre he sabido con qué le habías pegado.

Rhoda seguía sentada en una inmovilidad absoluta, abrió un poco la boca mientras sus manos practicaban el punto que estaba aprendiendo.

—Todo el día con cuentos chinos. Cuando te mueras irás al lado malo.

Leroy se arrodilló junto a la base del matorral florido y examinó su follaje a fin de parecer ocupado si alguien pasaba por allí y los veía. Dijo:

—Ahora deja que te cuente algo sobre esos zapatos. Mientras tu mami y tú estabais fuera en ese hotel perdiendo el tiempo y yendo de aquí para allá me agencié una llave de vuestra puerta. ¿Y quieres saber qué hice cuando me agencié esa llave? Entré en vuestro apartamento y me puse a husmear, ¡eso es lo que hice! Así es como encontré los zapatos y me los llevé. Ahora los tengo

bien escondidos. Los tengo escondidos donde no los pueda encontrar nadie menos yo. Más te vale tratarme bien de ahora en adelante. Más te vale escucharme y hacer lo que te digo. Si sigues portándote como una impertinente le llevaré los zapatos a la policía. Les diré: «En estos zapatos hay sangre del pequeño Claude Daigle. Buscadla».

Rhoda contesto desdeñosa:

—Siempre estás contando mentiras. No tienes esos zapatos. Los metí en el incinerador y los quemé. A mí me daría miedo decir las mentiras que dices tú.

Leroy soltó su risa amortiguada, esperó un instante y dijo:

—Querrás decir que pensaste que quemabas los zapatos. Vamos, no digo que no los quemases un poquito, pero no se quemaron por completo, como tú querías.

Una extraña y acechante expresión cruzó los ojos de la niña. Dejó su costura a un lado en el banco. Miró fijamente al hombre con una serenidad terrorífica.

—¿Sí? —dijo—. ¿Sí?

—Fíjate, escucha y luego adivina quién es el tonto, tú o yo. —Soltó una risita burlona y triunfal y prosiguió—: Estaba en el sótano descansando cuando oí algo que caía repiqueteando por el conducto. Así que me digo: «¿Qué es ese repiqueteo? Desde luego, suena como un par de zapatos con láminas de metal en los tacones», me digo. Así que abro rápidamente la compuerta del incinerador y allí están, encima del carbón, humeando tan solo un poquito. Bueno, se chamuscaron un poco; admito que estaban chamuscados. Pero se salvaron lo suficiente para poder volverlos de color azul y que indiquen dónde había sangre. Se han salvado lo justo para llevarte a la silla eléctrica.

Echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar victorioso su estridente y estúpida carcajada mientras vigilaba a la niña por el rabillo del ojo.

Rhoda se levantó pensativa, se acercó al estanque de los nenúfares y se quedó allí con un pie apoyado en el borde; y entonces, convencida esta vez de que Leroy estaba diciendo la verdad, dijo parsimoniosamente:

—¡Devuélveme los zapatos!

—¡Ah, no! ¡No seré yo quien se los devuelva, señorita Rhoda Penmark! Esos zapatos están bien escondidos donde nadie puede encontrarlos. Me los guardaré para que te portes mejor de ahora en adelante.

Se dirigió hacia el patio. La situación se había vuelto insoportablemente placentera. Se sentó en los escalones de la parte trasera del edificio balanceándose de un lado a otro. La niña lo siguió. Le dijo con paciencia:

—Más te vale que me des esos zapatos. Son míos. Devuélvemelos.

Lo estuvo persiguiendo como una sombra mientras repetía su orden, hasta que él se dio la vuelta y le dijo:

—Bueno, escúchame, Rhoda: estaba de broma y fastidiándote con lo de los zapatos. Tengo trabajo. ¿Por qué no te vas a hacer lo que tengas que hacer y me dejas en paz?

Se apresuró, pero ella lo agarró de una manga y tiró con fuerza:

—Más te vale que me devuelvas los zapatos.

Leroy se giró exasperado y replicó:

—Deja de gritar. Te va a oír todo el mundo.

—Dame mis zapatos. Los tienes escondidos, pero más te vale que los vayas a buscar y me los devuelvas.

—Mira, Rhoda: no tengo ningún zapato. Te estaba tomando el pelo. ¿No eres capaz de darte cuenta de cuándo alguien te está tomando el pelo?

Se encaminó de nuevo hacia el parque, pero la niña lo siguió sin darle tregua mientras repetía en voz baja:

—Dame mis zapatos. Devuélvemelos.

Recogió su escoba de donde la había dejado, apoyada junto al estanque, y se quejó:

—¿Por qué no me dejas en paz? ¿Por qué me sigues dando la lata?

Pero ella no cedía. Continuó tirándole de la manga y repitiendo la orden hasta que él le respondió:

—Al principio estaba bromeando sobre lo de que hubieses matado al chaval, pero ahora creo que lo hiciste. Me parece que realmente lo mataste pegándole con el zapato. —Se puso de nuevo en movimiento y de nuevo lo siguió ella; y entonces Leroy, como si, llevado por la exasperación, estuviese a punto de darle una patada, le dijo con voz aguda—: ¡Métete en casa y practica tu lección de piano! ¡No tengo ningún zapato, te lo he dicho mil veces!

Fue hacia la parte delantera de la casa, donde estaba seguro que ella no lo seguiría. Se detuvo bajo el alcanforero diciéndose asombrado: «¡Me parece que realmente asesinó a ese chaval!». Y de repente: «No quiero saber nada más de ella. Si me vuelve hablar, ni le contestaré». Al principio pensó cómo disfrutaría Thelma con la historia de los zapatos rescatados cuando volviese a casa aquella noche, pero luego comprendió que jamás se lo contaría ni a ella ni a nadie.

Aquella niña le daba miedo. Al día siguiente fue al trabajo decidido a evitarla; para su alivio, aquella mañana no salió al parque; pero, echando

miradas de vez en cuando, la vio asomada a la ventana. Durante toda la mañana fue consciente de que sus ojos observaban cada uno de sus movimientos, su cabeza moviéndose de un lado a otro; en cierto momento sus miradas se cruzaron. Leroy se dio la vuelta turbado, consciente de la furia indisimulada, el odio frío y calculado que reflejaba el rostro de la niña. A las doce se comió su almuerzo en el banco del estanque; media hora después se dirigió al sótano para echar su siesta acostumbrada.

Al poco, el vendedor de helados apareció en la calle empujando su carrito adornado de campanillas y lo arrimó a la entrada del parque para vender su mercancía a los niños del vecindario. Un tropel se arremolinó a su alrededor de inmediato, de modo que el parque y el patio quedaron desiertos por un rato. Al verlo Rhoda le pidió a su madre dinero para comprarse un polo y ella se lo dio. Se encaminó hacia las escaleras y entonces, como si hubiese cambiado de idea a última hora, se dio la vuelta y entró en la cocina; Christine observó lo que hacía. La vio coger tres cerillas de la cajita que había sobre los fogones. Las sostuvo un instante en su mano, como si discurriese algo en concreto, decidió que tres cerillas eran demasiadas y devolvió una a su caja. Bajó las escaleras despacio, se compró un polo y se sentó a comérselo en los escalones, cerca del sótano, dándole diminutos mordiscos mientras escuchaba con aprobación los ronquidos de Leroy en la habitación que había bajo el lugar donde se encontraba.

La señora Penmark se había colocado en la ventana de la cocina para vigilar, preguntándose qué se proponía hacer la niña con las cerillas que había cogido; no tuvo que esperar mucho para descubrirlo, porque Rhoda, mirando con prudencia a un lado y a otro para asegurarse de que ninguna mirada se posaba sobre ella, se dirigió hacia la puerta del sótano, su rostro inexpresivo e inocente de nuevo. Se detuvo frente a la puerta, encendió una cerilla contra el cemento de la pared y protegió la llama con la palma de la mano. Desapareció durante un instante de la vista de su madre al internarse de puntillas en la habitación del sótano. Una vez allí, se agachó rápidamente y acercó la cerilla al montón de virutas y de papeles apilados que formaban la cama improvisada de Leroy. Salió del sótano con sigilo y cerró la puerta tras ella. Deslizó el frágil cerrojo que mantenía cerrada la puerta cuando soplaba el viento y lo echó de golpe; luego, sentándose de nuevo donde antes, mordisqueó su polo con la cerilla apagada todavía en su mano libre.

La cosa había sido llevada a cabo con una eficiencia tan imprevista, con una determinación de tal templanza, que la señora Penmark (si bien una parte de su consciencia lo había sabido, seguramente) no fue capaz de aceptar en

aquel instante el suceso que acontecía ante sus ojos. Se quedó de pie como paralizada tras el refugio de su cortina; y en el momento en que comenzó a gritar oyó en respuesta los gritos amortiguados de Leroy, que le llegaban como ecos desde el otro lado de la puerta del sótano. El humo comenzó a escaparse entre los barrotes de las ventanas que había a cada lado de la puerta. Leroy la embestía, pero el cerrojo resistió durante un rato. Luego su cara apareció tras una de las ventanas. Vio a Rhoda comiéndose su polo. Le dijo con voz desesperada y persuasiva:

—¡Abre la puerta, Rhoda! ¡No estoy enfadado contigo!

La niña se rio cautivadoramente y sacudió su cabeza de un lado a otro.

Entonces, en aquellos terribles instantes que precedieron a su muerte, comprendió lo que le había sucedido. Gritó de nuevo, dejó escapar un aullido largo y angustiado, y vociferó:

—¡No tengo los zapatos! ¡Solo estaba tomándote un poco el pelo! ¡No tengo ni idea de dónde están los zapatos!

Rhoda inclinaba la cabeza sobre su polo mientras le daba pequeños y avaros mordiscos, con los ojos atentos y dirigidos hacia arriba:

—Lo sabes —dijo suavemente—. Sabes dónde están.

Leroy embistió una y otra vez la puerta y finalmente el cerrojo cedió. Corrió hasta el patio. Su ropa se había quemado y le colgaba sobre el cuerpo ennegrecido en largos harapos ardientes. Hasta los cordones de los zapatos ardían, su pelo llameaba. Gritó:

—¡No pensaba delatarte! ¡No sé nada de lo que has hecho!

La lengua rosa y puntiaguda de Rhoda tocó por última vez el polo; luego, alzando la cabeza y juntando las manos, se rio con la risa encantadora y musical de la infancia y le dijo:

—¡Qué tonto!

Se levantó de los escalones, se alisó el vestido y tiró el palo del polo y la cerilla en el cubo de la basura. Se quedó allí balanceando la cabeza sonriente, como si diese su aprobación a una escena organizada para su entretenimiento, mientras Leroy corría envuelto en llamas en dirección al estanque. Pero cuando su mano estaba ya sobre el pomo de la entrada dio un respingo y se dobló hacia atrás; acto seguido, todavía aferrado a la puerta, se derrumbó sobre el cemento, soltó los barrotes y murió.

La señora Penmark le dio la espalda a la ventana y se dijo: «No voy a desmayarme. Esto es una emergencia. Es necesario que conserve la calma».

Fue al dormitorio con la intención de tumbarse un momento, pero no le dio tiempo a llegar. Se le doblaron las rodillas y sintió el percutir terrible de la

sangre en sus oídos. Perdió la consciencia por un instante y al momento se encontró bajando las escaleras, aunque jamás supo cómo había llegado hasta allí, gritando con voz desesperada: «¡Rhoda! ¡Rhoda! ¡Rhoda!».

El patio estaba lleno de gente: vecinos del propio apartamento, del edificio de enfrente y desconocidos que pasaban por allí y habían visto las llamas del sótano. Se dirigió enseguida hacia la verja del parque y se quedó detrás de su hija contemplando al hombre muerto a sus pies...

Alguien gritaba en alguna parte y ella se preguntaba sin cesar quién sería. Se volvió hacia los curiosos y pidió en un tono desquiciado y de reproche:

—¡Dejen de gritar, por favor! ¡Gritando no arreglaremos nada!

Cerró los ojos y se apoyó contra la verja; entonces se dio cuenta de que quien gritaba era ella.

Para entonces, los hombres ya habían formado una cadena y se pasaban cubos de agua de unos a otros, o sacaban pieza a pieza los trastos calcinados del sótano hasta el suelo del patio. Los camiones de los bomberos ya estaban allí, luego la ambulancia que se llevó el cuerpo de Leroy... A continuación se encontró tumbada en el césped dentro del parque y alguien le mojaba la cara con agua del estanque al que Leroy no había sido capaz de llegar. La señora Kunkel, de la casa de enfrente, estaba junto a ella repitiéndole:

—¡Deje de gritar! ¡Pare! ¡Pare!

—Trate de controlarse —le dijo la señora Forsythe.

Christine dijo:

—¡Lo he visto! ¡Esta vez lo he visto! ¡Le he visto cuando salía del sótano! ¡Le he visto morir en la puerta del parque!

—Tiene que controlarse —repitió la señora Forsythe—. Tiene que hacer un esfuerzo y controlarse. —Volvió a mojarle la cara a su amiga con el agua fresca y continuó—: Siga el ejemplo de Rhoda. Rhoda no está asustada en absoluto. Se está portando como una pequeña actriz experimentada.

Entonces, con súbita resolución, como si reuniese sus últimas fuerzas, Christine se puso en pie con la ayuda de la señora Forsythe y de un hombre al que nunca antes había visto, se dirigió a su apartamento y se tumbó cuan larga era en su cama. Se volvió hacia un lado pensando que esta vez sí era innegablemente culpa suya. Hasta entonces podía haber encontrado excusas más o menos justas, pero no en aquella ocasión. Dijo para sus adentros: «Esta vez sabía lo que iba a suceder, o debería haberlo sabido. Y tendría que haberlo evitado. Hace semanas que debería haber hecho algo con Rhoda. Hay que hacer algo inmediatamente».

La señora Forsythe fue a la cocina para coger hielo de las cubiteras y Rhoda entró en el dormitorio y contempló con desdén a su madre. Dijo despreocupadamente, en un susurro que apenas llegó a oídos de Christine:

—Sabía lo de los zapatos. Iba a chivarse.

La señora Forsythe regresó con una bolsa de hielo improvisada para la señora Penmark y comentó:

—Debía de estar fumando de nuevo en el sótano, y mira que le habían dicho que no lo hiciese. Parece que se durmió con un cigarrillo encendido en la mano. Muchos habíamos vaticinado que esto sucedería algún día. ¡Ay, me dan tanta lástima su mujer y su familia! Dudo que su esposa pueda permitirse un entierro decente. Ha sido un accidente muy desgraciado, la verdad. —Fue hasta la ventana y ajustó las persianas de manera que la luz cayera sobre la pared formando láminas regulares que se movían y cambiaban de forma cuando los árboles se balanceaban, confiriéndoles un efecto similar al del sol reflejándose en el agua—. Voy a llevarme a Rhoda a mi apartamento para que no la moleste. Tiene que intentar dormir un poco. Se encontrará mejor después de descansar un rato. Pero tiene que dejar de angustiarse tanto o acabará cayendo enferma. Deje que me ocupe de todo. Preocúpese solo de dormir.

Después de un rato consiguió dormirse y cayó en un letargo profundo y sin sueños como hacía mucho tiempo que no experimentaba; y cuando se despertó sintió una serenidad flemática que era, a su manera, más aterradora que la turbulencia del barullo que había armado momentos antes. Era como si hubiese alcanzado por fin el ojo libre de viento del huracán que la había destruido... Se refrescó la cara con agua tranquilamente, se cepilló el pelo, se pintó los labios y fue a buscar a su hija.

Esa noche, más tarde, sonó el teléfono. Era la señora Breedlove. Le había llegado la noticia del incendio y de la muerte de Leroy, y quería enterarse de lo sucedido de primera mano. Christine le contó lo que sabía: el edificio no había sufrido ningún daño, el propio sótano no había acusado demasiado el incendio, se creía que Leroy se había dormido con un cigarrillo encendido en la mano. Monica respondió con vehemencia:

—Me alegra ver que se lo ha tomado con sensatez. Para serle sincera, me temía que estuviera angustiada y nerviosa de nuevo. En realidad llamaba para saber cómo se encontraba usted. Tampoco es que vaya a echarle en cara que esté preocupada, querida. Después de todo ha sido una horrible tragedia.

Al caer la noche la señora Penmark llamó a un taxi y se dirigió a la casa de Leroy en la calle General Jackson. El lugar estaba lleno de gente y solo

pudo llegar hasta la puerta, no logró entrar. Al preguntar, la viuda apareció para ver quién venía a visitarla y se sentó con ella bajo el arbusto florecido de la altea que había junto al porche. Christine se identificó y le dijo:

—Quiero proporcionarle a Leroy la clase de funeral que usted desearía darle. No se preocupe por los gastos. Yo me ocuparé de todas las facturas. —Thelma se la quedó mirando asombrada, y Christine continuó—: Ya sabe quién soy. Haga que los de la funeraria y el resto contacten conmigo. Les repetiré lo que le acabo de decir.

Luego se levantó y se encaminó hacia el taxi que la esperaba.

Se despertó al día siguiente con el deseo acuciante de leer el volumen de la saga de *Grandes criminales americanos* dedicado a su madre. Condujo hasta la biblioteca, sacó el libro y volvió a su apartamento. Se sentó junto a la ventana y leyó de nuevo sobre cosas que ya conocía, aunque esta vez estaban descritas con mayor detalle.

Cuando August Denker llegó a la propiedad que su esposa le había procurado su carácter se transformó y dejó de ser el marido dócil y bonachón que era hasta entonces. Adoptó un repentino aire de importancia; comenzó a dar órdenes a los demás; y, lo peor desde el punto de vista de la señora Denker, parecía empeñado en echar a perder su patrimonio a fuerza de planes irrealizables pensados precisamente para aumentarlo. No había contado con eliminarlo tan pronto, pero viendo que amenazaba los esfuerzos de toda una vida, abandonó por una vez el artero conservadurismo de su plan magistral y le administró arsénico con la leche.

Ahora su plan se había desarrollado hasta el último detalle; los sueños de su juventud se habían hecho realidad: se encontraba por fin en posesión del dinero de la familia Denker. Se entregó al goce de los frutos de su labor, a representar el papel de la viuda afligida pero valerosa. Era muy poco probable que se arrepintiese de lo que había hecho o contemplase sus actos con remordimientos. Seguramente se veía a sí misma no como una criminal, sino como una astuta mujer de negocios que traficaba con un tipo de mercancía un tanto inusual y cuya habilidad y previsión colocaban su destino por encima del de aquellos menos dotados que ella...

Pero mientras descansaba en su mecedora tan satisfecha contemplando su ordenada casa ya se dejaba oír el aullido del primer sabueso al otro lado del pantano, porque la prima Ada Gustafson, aquel elemento silencioso y suspicaz, comenzó a deambular por la localidad aireando sus sospechas: «August no ha muerto de un ataque de malaria como dice el médico, y nadie me lo puede negar. Mi prima Bessie le ha puesto algo en la leche, ¡como hay

Dios que ha sido cosa suya!... Y eso de que el abuelo Denker haya muerto tan repentinamente también huele muy raro. Vamos, ¡si ese hombre había sido siempre fuerte como un toro!... Y luego están las historias que se contaban en casa sobre Bessie cuando era niña. Me parece mucha casualidad que a la gente no comenzasen a sucederle cosas hasta que la prima Bessie se interesaba por ellos».

Al principio los vecinos escuchaban a la vieja entre divertidos e incrédulos; entonces Ada fue a ver al jefe de policía y le contó su historia. «¡Desenterremos a August! ¡Desenterrémoslo y lo comprobamos!»

Entonces se solicitó un permiso para exhumar los restos de August Denker; y, cuando Bessie se negó lastimeramente a que su marido se convirtiese en un juguete a manos del desprecio de su prima Ada, los agentes consiguieron una orden judicial y desenterraron el cuerpo de todas formas; y puede que por primera vez en su vida la señora Denker experimentase un pánico ofuscante e incontrolable. Perdió el sentido común del que había hecho gala durante tanto tiempo. Urdió un plan tan estúpido que parecía increíble: contó a todo el mundo que August y el abuelo Denker habían sido envenenados, muy bien, pero que no era ella quien lo había llevado a cabo. Ada había cometido aquellos crímenes, explicó, y probablemente también otros. Había sospechado de ella desde el principio, pero había callado porque temía por su propia vida y la de sus hijos. La prima Ada la había amenazado en diversas ocasiones con matarla a ella y a sus hijos y también con prenderle fuego a la casa. Si algo les sucedía a ella o a los niños quería que se acordasen de lo que les había contado sobre la prima Ada y que le sirviesen de testigos más adelante...

Aquella noche asesinó a Ada Gustafson y a todos sus hijos excepto a la más pequeña, Christine. Por lo visto, comenzó por dejar fuera de combate a la vieja Ada golpeándola con la parte roma de un hacha y luego procedió a cortarle la cabeza con un cuchillo de carnicero. Una vez llevado esto a cabo, vistió a la mujer con su ropa y le colocó incluso su propio anillo de bodas en el dedo. Ella se puso la ropa de su marido para escapar y entonces, al salir por última vez por la puerta de su casa, dedicó unos minutos a prenderle fuego al lugar. Esperaba, aunque esta esperanza resultó vana, que las autoridades confundieran el cuerpo de la anciana con el suyo y concluyeran que Ada Gustafson había cometido el crimen, que había sido la responsable de todos los asesinatos.

Envolvió la cabeza de la vieja Ada en papel de periódico y se dispuso a huir de la granja en llamas cargando con aquel bulto; pero su disfraz no

engañó a nadie. La descubrieron a la mañana siguiente sentada en la sala de espera de la estación de Kansas. El paquete redondo descansaba en su regazo, y cuando la policía cortó el atadizo y lo abrió la cabeza de la señorita Ada Gustafson cayó del asiento y rodó por las baldosas hasta detenerse en el centro de la sala.

El motivo por el que la menor de sus hijas no había sido asesinada quedó sujeto a las especulaciones de cada uno. Corrió una historia que todavía resurge ocasionalmente según la cual Ada Gustafson sentía cierta predilección por Christine y, temiendo lo que podía suceder, la habría enviado durante la noche a la granja de unos vecinos; pero no existían datos que probaran esa teoría. Richard Bravo era de la opinión de que Christine se salvó porque la madre consideró que era demasiado pequeña para comprender lo que había sucedido o testificar contra ella en un futuro. Alice Olcott Flowers creía que Bessie Denker esperaba, haciendo alarde de la arrogancia narcisista de los individuos de su especie, burlar a sus perseguidores y escapar con éxito. Probablemente tenía la intención de reemprender su vida en algún otro lugar y conservó a la niña, en ese sentido, por la misma razón por la que habría conservado cualquier otra posesión. Después de todo, la niña constituía una propiedad susceptible de ser asegurada y canjeada más tarde por capital líquido...

La señora Penmark cerró los ojos y dijo:

—No. No fue así como sucedió. Se equivocan todos... No estaba dormida cuando descargó el hacha sobre Sonny; vi cómo lo hacía y salí corriendo para esconderme tras el granero entre la maleza. Allí estaba oscuro y no me podría encontrar. Cuando terminó de matar a los demás se puso a buscarme. Me llamó una y otra vez. Dijo que no me haría daño si salía. Pero yo había estado mirando por la ventana mientras iba matando a los otros, así que no contesté.

Doce

La señora Penmark adoptó el hábito de arreglarse, vestir a la niña inmediatamente después del desayuno y salir a pasear en coche por el campo sin rumbo. Durante estos viajes raramente se dirigían la palabra, como si ahora se comprendiesen de manera tan absoluta que ya no existiese motivo para la comunicación. A veces, cuando no le apetecía conducir, cogían autobuses sin preocuparse de adónde iban. Al verlas sentadas en asientos separados a uno no se le habría ocurrido que viajasen juntas si no fuese porque la niña se volvía a mirar de tanto en tanto a su madre, como si esperase la señal que le indicara qué debían hacer a continuación.

En el centro del pueblo había una plaza llena de arbustos de azaleas, camelias y encinas. Había también una gran fuente de acero provista de cuatro pilones graduados que recogían el agua que caía en cascada desde la cúspide de la estructura, la mantenían por unos instantes y terminaban dejándola correr sobre el foso circular de la base. En ese lugar corría siempre la brisa y a veces Christine llevaba a la niña a la plaza a sabiendas de que allí era poco probable que se encontrasen más que a desconocidos. Se sentaban en los bancos de acero, Christine contemplaba ociosamente su alrededor y Rhoda, en un banco más apartado, seguía con su costura.

El parque era el refugio del desarraigado que no tenía adónde ir; pero una tarde Christine alzó la mirada y vio acercarse a la señorita Octavia Fern. La vieja dama se paró dubitativa, luego saludó con un gesto de la cabeza, como si continuase indecisa y dijo:

—Es usted Christine Penmark, ¿verdad?

—Sí. Sí, claro, señorita Fern.

—Me parecía que era usted, pero no estaba del todo segura. Entonces he visto a Rhoda sentada al otro lado del camino y, claro, he sabido que estaba en lo cierto.

Christine sonrió cortésmente, pero no respondió ni invitó a la mujer a que se sentase.

—Recuerdo perfectamente y con gran placer la mañana que pasamos en Benedict —comentó la señorita Fern tras unos instantes—. Fue un día

encantador, la verdad. Los esquejes de adelfa agarraron con facilidad y trasplanté dos de ellos a nuestro jardín trasero al día siguiente.

La señora Penmark asintió para transmitirle que la estaba escuchando y la señorita Fern continuó:

—Me hubiera gustado que encontrase tiempo para hacerme una visita, pero ya sé lo ocupada que está últimamente. —Hizo una nueva pausa, con la sensación de que se dirigía a una desconocida, que estaba invadiendo torpemente la privacidad de otro, que su presencia en el parque necesitaba de una explicación y que debía hacerse perdonar. Apostilló con apresuramiento —: Raramente atravieso la plaza; pero Burgess me está esperando al otro lado de la calle y esto es un atajo.

Dio unos pasos, su mirada se cruzó con la de Rhoda y la saludó; pero la niña la ignoró con plácida indiferencia. La señorita Fern se quedó allí de pie como si no supiese qué hacer a continuación o cómo ponerse de nuevo en movimiento. Dio la impresión de que estaba a punto de sentarse en el banco junto a la señora Penmark; y entonces, como si el impulso hubiese sido desestimado en el preciso instante en que la posibilidad de ese gesto era contemplada, hurgó en su bolso sin ningún propósito, como si buscase una tarjeta que tuviera que tenderle a un desconocido, y dijo:

—Tenemos que vernos pronto... Pero ahora mejor que no haga esperar a Burgess. Se pone de los nervios cuando la hacen esperar.

Una tarde, días después, tras regresar de la plaza con Rhoda, sonó el timbre de la casa y la señora Penmark fue a abrir. En el vestíbulo se encontró a Hortense Daigle. La señora Daigle entró en el salón, abrazó a Christine y dijo:

—Llevo mucho tiempo esperando a poder devolverle la visita, pero he estado de luto. Y esta mañana le he dicho al señor Daigle: «¿Qué crees que pensará Christine de mí? Tengo que ir a verla hoy sin más demora».

Estaba un poco borracha, y la señora Penmark le acercó una silla. Se sentó y al ver a Rhoda junto a la ventana le preguntó:

—¿Así que esta es su niña? ¿Cómo te llamas? Claude hablaba de ti muy a menudo y en tan buenos términos... Seguramente eras una de sus amigas más queridas. Decía que destacabas mucho en el colegio.

—Me llamo Rhoda Penmark.

—Deja que te vea bien, Rhoda... Vamos, dale un besazo a tu tía Hortense. Estabas con Claude cuando tuvo el accidente, ¿verdad, querida? Tú eras la chiquilla que estaba convencida de que ganaría la medalla a la caligrafía y que

se había esforzado tanto. Pero al final no la ganaste, ¿verdad, cariño? Claude ganó la medalla, claro. Dime una cosa: ¿tú crees que la ganó por méritos propios o que hizo trampas? Esta clase de cosas son tan importantes ahora que está muerto... He llamado por teléfono cientos de veces a la señorita Octavia Fern, pero solo quiere librarse de mí. Resulta que...

Christine liberó a su hija de entre los brazos calientes y húmedos de su visitante mientras le decía:

—Es hora de que vayas a ver a la señora Forsythe. Está deseando verte. No la hagas esperar.

La señora Daigle se incorporó en su silla.

—Ve, no te preocupes por mí. Está claro que no voy a impedirte que cumplas con tus deberes de sociedad. Mi propio marido dice que no hay quien me aguante. ¿Por qué no eres franca y me lo dices abiertamente?

Rhoda le lanzó a la mujer una mirada prudente y divertida, se arregló el flequillo y salió por la puerta. La señora Daigle dijo:

—¿Tiene algo de beber en casa? Lo que sea. No soy maniática. Tengo preferencia por el bourbon con agua, pero me conformo con lo que sea. —La señora Penmark se dirigió a la cocina y comenzó a sacar unos cubitos de hielo. Colocó una botella de bourbon y un vaso en una bandeja; Hortense, siguiéndola hasta allí le dijo—: ¿No me va a acompañar, Christine? Un caballero ya mayor, amigo del señor Daigle, tiene algún tipo de enfermedad del corazón; ¿y sabe qué?, el médico le ha dicho que se tome tres copas diarias. Se supone que relaja las arterias. Aunque este hombre es un abstemio estricto y ha dicho que no, que no lo hará.

Se tambaleó, perdió el equilibrio y se golpeó contra la pared.

—Como si tres copas al día pudiesen ser un problema. Yo a tres copas diarias no lo llamo un problema. Y hablando de problemas, ¿qué haría entonces este caballero si su hijo se ahogase y apareciese machacado entre los pilotes? Vamos, quizás usted no esté de acuerdo conmigo, pero yo a eso sí lo llamaría un problema, y no a beberse tres copas de whisky diarias. —Soltó una risotada, se apartó el cabello de la cara y continuó—: Cuando el señor Daigle me lo contó me estuve riendo hasta que me empezó a doler la barriga.

Christine puso un cuenco con cubitos en la bandeja y lo llevó al salón. La señora Daigle se bebió de un trago un vaso de bourbon solo, dio un sorbo de agua y prosiguió:

—He venido porque quería tener una charla con Rhoda; pero, claro, no sabía que tuviese esas obligaciones sociales. Yo pensaba que era como cualquier otra chiquilla que se queda en casa, cuida de su madre y no va de

casa en casa por todo el pueblo de visita justo antes de la hora de cenar. Siento haber interferido con la vida social de Rhoda. Espero que me perdone, Christine. Le ofrezco mis más profundas disculpas. Me disculparé también con Rhoda cuando vuelva.

—¿Se encuentra usted a gusto? —le preguntó la señora Penmark—. ¿Quiere que dirija el ventilador hacia usted?

—He hablado con muchísima gente sobre la muerte de Claude. Quería hablar también con Rhoda. No hay nada de malo en ello, ¿verdad? Tiene que saber algo que no ha contado; tal vez algo que no pensó que fuese importante y olvidó. Pero cualquier cosa que tenga algo que ver con Claude es importante para mí. Le aseguro que no pienso malmeter lo más mínimo. Mi intención no era más que mecerla entre mis brazos y hacerle un par de sencillas preguntas.

—Tal vez sea mejor en otro momento.

—Estoy completamente libre de prejuicios. No me trate con esa amable condescendencia, señora Penmark. Ya he tenido que soportarla bastante... Pero Rhoda sabe más de lo que ha contado, si me permite la presuntuosidad de no estar de acuerdo con usted. Recuerde que hablé con aquel guarda. Fue una conversación larga e interesante, y dijo que había visto a Rhoda en el embarcadero justo antes de que encontrasen a Claude entre los pilotos. Su hija sabe algo que no ha contado, eso seguro.

Sonó el teléfono y Christine lo descolgó. Oyó la voz preocupada del señor Daigle. Quería saber si su esposa estaba allí. Había estado telefoneando a todos los vecinos del pueblo intentando dar con ella. La señora Penmark le informó de que la tenía al lado y él se comprometió a ir de inmediato a recogerla. Al oír la conversación, la señora Daigle intervino:

—¿Le ha dicho que estoy borracha y montando el numerito? ¿Le ha dicho que haga venir al furgón de la policía, querida Christine?

—Ya ha oído que únicamente le he dicho que estaba usted aquí.

—Eso es lo que ha dicho *en voz alta*, sí. Pero ¿qué es lo que pensaba mientras tanto? Estaba usted pensando: «¿Cómo puedo librarme de esta pelma?». Eso es lo que estaba pensando en realidad... Para su información, le diré una cosa: no me importa lo que piense de mí. ¿Comprende? No sé quién se cree usted que es, tan estirada y soberbia, y mirando a los demás por encima del hombro. Tal vez sea capaz de engañar a alguien con esa actitud de mosquita muerta, pero para mí no es más que una actitud de parvulario.

—Si eso es lo que realmente piensa de mí tal vez sea mejor que no vuelva por aquí.

—No volvería a visitarla ni aunque me ofreciesen un millón de dólares contante y sonante. De estar al tanto de la vida social de Rhoda, no habría venido. A mí no me criaron entre algodones como a usted. Yo me crié con la ley de la calle, como se suele decir. —Se sirvió otra copa, se la bebió de un trago y prosiguió—: Se cree usted importante, ¿verdad? Yendo de aquí para allá tratando a la gente con benevolencia. Nadie le pidió que viniese a mi casa la noche en que mataron a Claude. Tampoco le pidió nadie que viniese en aquella segunda ocasión. Desde entonces me pregunto por qué vino esa segunda vez. Tenía usted algo en mente, pero terminó por no decirlo. Eso le dije al señor Daigle, pero él me contestó que estaba ofuscada.

Se levantó y se quedó bamboleándose junto a su silla, intentando mantener la compostura, con el índice apoyado contra la tapicería.

—No voy a esperar al señor Daigle. Volveré a casa por mi propio pie. Sé cuándo no soy bien recibida en algún sitio, y no soy bien recibida en un lugar en el que la gente está sujeta a tantas obligaciones sociales, si sabe a qué me refiero.

—Siéntese, por favor, señora Daigle. Su marido ha dicho que salía de inmediato. Estará aquí de un momento a otro.

—«Deja que fisgonee cuanto le apetezca», le dije al señor Daigle. «Deja que sea amable si eso es lo que le viene en gana. A Christine todo le sale rodado. Es de esas personas con suerte», le dije.

—No me considero de esas personas con suerte, créame.

—Disculpe que lo señale, porque ya sé que estos juicios de carácter personal no son de buen tono, pero no tiene usted buen aspecto. Parece enferma y desastrada, no sé si me entiende. Pase un día por casa y le hago un tratamiento de belleza gratis, si está atravesando apuros económicos. Llámeme esta semana y llegamos a un acuerdo. A mis amigas no les cobro. No le costará un penique.

El timbre sonó de nuevo y esta vez era Dwight Daigle. Dijo:

—Vamos, Hortense. Es hora de volver a casa.

Hortense soltó un gemido estridente. Se dirigió hacia la señora Penmark, la abrazó y apoyó la cabeza contra su hombro.

—¡Usted sabe algo! ¡Usted sabe algo y no me lo quiere contar!

La señora Penmark decidió que no volvería a la biblioteca, que poco le quedaba por descubrir de su madre, pero al día siguiente se despertó con la necesidad de saber más detalles de la electrocución de la señora Denker. En

esta ocasión no fue al jardín ni a la pérgola; se dirigió a una de las salitas reservadas a los investigadores y sacó los diarios que abarcaban el período sobre el que deseaba saber más. Leyó concienzudamente durante las siguientes horas... La muerte de su madre en la silla había sido la sensación del momento y se había comentado en todas partes. Existía una foto suya en el momento de la muerte. Un reportero había introducido una cámara escondida de alguna manera tras sus botonaduras y, en el instante en que la corriente fulminó a Bessie Denker y la hizo saltar atrapada en sus correas, disparó.

Christine estudió la fotografía con atención reconcentrada. Todo lo que había que ver estaba expuesto a la perfección: la máscara negra que cubría el rostro de su madre; las manos crispadas elevándose desde las muñecas, temblando y desenfocadas por el movimiento; los dedos extendidos y separados como las garras de un ave de rapiña; las piernas rollizas, de una palidez mortecina, y lampiñas, atadas y flexionándose a consecuencia de la descarga...

Permaneció sentada durante un largo rato con la fotografía ante sus ojos... Había sido una insensata al preguntarse cuál sería el destino de Rhoda. Ahora lo sabía con certeza: si no se hacía nada al respecto, la niña repetiría las deleznales pautas de la vida de su abuela, con el tiempo y las circunstancias convenientes. También ella, porque la niña era realmente astuta, conseguiría no ser descubierta por algún tiempo; pero terminarían atrapándola y destruyéndola... Y en el intervalo que mediase entre la realización de sus actos y la detección habría destruido cuanto tocase; también ella terminaría envuelta en un tumulto de publicidad y conmoción: en la cámara de gas, colgada en la horca o convulsionándose hacia delante mientras la corriente la fulminaba y corría por su sangre. En aquel instante contempló con claridad la imagen del destino de su hija, y cubriéndose el rostro se volvió y murmuró:

—¡Que Dios se apiade de nosotras!

Ya no quería seguir leyendo ni pensando más en su madre, así que devolvió aquellos periódicos antiguos al bibliotecario. Recogió sus cosas y se preparó para marcharse; pero la señorita Glass entró en la sala y le dijo:

—He estado pensando en su libro..., sobre todo en el final. ¿Lo tiene ya decidido?

—Sí, creo que sí.

La señorita Glass sonrió culpable y dijo que tenía algo que confesarle, era su deber pedirle disculpas. Había hecho algo que, al pensarlo dos veces, veía claramente que no debería haber hecho. Era consciente del celo que debían

poner los autores en mantener sus tramas en secreto, pero le había interesado tanto el planteamiento de la señora Penmark que se lo había contado a otras personas. La cosa había sucedido así: su hermana, con la que vivía, era una gran aficionada a la literatura y pertenecían ambas a un reducido grupo que se reunía semanalmente para charlar sobre las corrientes narrativas actuales. Bien, pues en la última reunión ella misma había esbozado la trama de la señora Penmark, dado que ilustraba un tema que había surgido. Indudablemente se trataba de una indiscreción por su parte, aunque estaba segura que ninguno de los presentes sería tan rastrero como para apropiárselo.

En cualquier caso, por resumir: la señorita Glass había hablado de las dificultades que tenía la autora para encontrar un desenlace para su novela y el grupo había discutido todas las soluciones posibles. Lo cierto es que fue como si un jurado deliberase sobre un caso. Debatieron las posibilidades del tratamiento psiquiátrico, el reformatorio o la fe ciega en el futuro; y finalmente lo sometieron a votación. Se decidió por unanimidad que la única manera posible de acabar el libro era que la madre guardase el secreto, matase a la niña y se suicidase.

Concluyó:

—Espero que no fuese una indiscreción repetir lo que usted me contó, pero a fin de cuentas tampoco me prohibió que lo hiciera.

—No me importa lo más mínimo. También a mí se me había ocurrido ese final. Tal vez sea el que tenga que usar.

Esa noche la señora Penmark hizo testamento hológrafo como sigue:

«A mi muerte, lego mis joyas y mi paisaje de Utrillo fechado en 1912 a mi amiga Monica W. Breedlove en recuerdo de su permanente afecto. A mi marido, Kenneth Penmark, a quien he amado por encima de todos los hombres, le devuelvo el dibujo de Modigliani que me regaló en su momento con el ferviente deseo de que encuentre a alguien que se haga digno merecedor de él, de que me perdone si puede y se case de nuevo. Mis cuentas bancarias, mis acciones, mis bonos y todas las propiedades que me pertenecían en el momento de mi muerte se las dejo en herencia a Thelma Jessup, viuda de Leroy Jessup, que reside en la calle General Jackson, 572».

Fechó el testamento el día 3 de agosto de 1952, lo firmó y lo guardó en el cajón del escritorio que cerró bajo llave, mientras se decía: «Es todo lo que puedo hacer en compensación».

Cuando hubo acabado con el testamento se quedó sentada pensando durante un buen rato. Ahora sabía lo que iba a hacer; los conflictos que a lo largo de aquel tiempo la habían torturado se apaciguaron. Ya solo quedaba llevarlo a cabo de la manera más considerada y sencilla posible. Deambuló por el apartamento rumiando sus movimientos con la misma preocupación distante con la que en su momento había llevado las cuentas de la familia. Era necesario hacerlo con total serenidad y con discreción; con cada detalle resuelto de antemano... A aquellas alturas no le importaba demasiado lo que a ella le atañía, pero Rhoda no debía sufrir; y no debía pasar miedo; no debía ser consciente siquiera de lo que le aguardaba...

Abrió el cajón del escritorio y leyó fragmentos de aquellas cartas malsanas e implorantes que le había escrito a su marido; las quemó en la chimenea; recogió las cenizas y las tiró por el desagüe. Se puso a rebuscar entre sus papeles metódicamente, rompiendo en pedazos viejas cartas y fotografías que en su momento había guardado para que sirviesen a Rhoda como diversión o motivo de aprendizaje cuando se hiciese mayor y pudiese valorarlas; y una vez hubo borrado su pasado como mejor pudo se fumó un cigarrillo y se fue a la cama, su mente en paz de nuevo. Se despertó reconstituida y serena, y al contemplarse en el espejo de mano de su tocador experimentó una gran consternación por las cosas que le habían sucedido.

Aquella mañana dejó a la niña con la señora Forsythe (ya no tenía demasiada importancia, ahora que el proyecto de Bessie Denker estaba a punto de ser llevado a sus últimas consecuencias) y se dirigió al salón de belleza situado cerca de la plaza. Allí fue donde, sonriendo vagamente para sí misma bajo el secador, resolvió sus planes finales y decidió el día en que morirían ella y su hija. Cuando volvió al apartamento encontró en el buzón una carta de su marido; la leyó una y otra vez, consciente de que este sería el último contacto que tendría con él. Las circunstancias iban tomando un cariz prometedor, decía. Esperaba estar en casa hacia mediados de agosto. Echaba de menos a su esposa y a su niña, y se moría de ganas de volver a verlas. Esperaba también no tener que dejarlas durante tanto tiempo. Le hacía llegar a Christine su amor eterno.

Sacó su fotografía, la puso bajo la luz y la observó durante un buen rato.

—¡Es tan bonito que me diga eso! —dijo con voz suave y audible—. ¡Es tan agradable que me diga eso!

Apretó sus labios contra los del retrato y entonces, tras suspirar con una especie de remordimiento impersonal, se dispuso a llevar a cabo sus planes.

Desde el principio había tenido claro que no podría emplear violencia física ni mutilar a la niña bajo ningún concepto. Lo más considerado que se podía hacer era darle las pastillas para dormir que la señora Breedlove y el doctor le habían recomendado para su malestar y que no se había tomado, como si siempre hubiera sabido que le servirían en caso de emergencia. Pero no sería fácil lograr que Rhoda las ingiriese sin sospechar el motivo por las que se las ofrecía, ya que la niña poseía el instinto primitivo de los animales para evitar el peligro, la misma habilidad para olfatear la trampa y sortearla.

Consideró y descartó diversos planes para hacer que la niña se tragase la poción letal sin sospechar ni angustiarse; y finalmente, para conferirle visos de credibilidad a su objetivo, llevó a su hija a la consulta del médico. La niña no tenía apetito, últimamente parecía pálida y apática, se preguntaba si le ocurría algo. El médico la examinó y después, a solas con la señora Penmark, le confirmó que la niña estaba completamente sana.

De camino a casa Christine anunció:

—El doctor cree que necesitas vitaminas. Nos detendremos aquí y las compraremos.

Compró las pastillas en presencia de su hija. Más tarde cogió el frasco y las substituyó por las pastillas para dormir. Esa noche, una vez Rhoda estuvo metida en la cama, le dijo:

—Supongo que puedes tomarte las pastillas ahora. Lo mismo da ahora que más tarde.

Pero cuando Rhoda vio la cantidad de pastillas que su madre volcaba sobre la palma de su mano razonó:

—No me tendré que tomar todas esas pastillas de golpe, ¿no?

—Eso le he preguntado al médico. Yo tampoco lo sabía. Me ha contestado que generalmente hay que tomar una tras cada comida, pero que tu caso era un poco distinto y que le parecía mejor que te las tomaras todas de una vez.

Rhoda dijo:

—Deja que mire el frasco, madre.

La señora Penmark le tendió el frasco y, después de que la niña lo hubiese examinado, leído la etiqueta y comprobado que las pastillas que tenía la madre en la mano y las del recipiente fueran idénticas, transigió:

—Está bien, madre.

Y se tomó la primera pastilla.

Después de cada una bebía un sorbo de agua; Christine le iba diciendo:

—Con esto notarás el cambio. Te sentirás mejor... Vamos, tienes que tomártelas todas. Ya solo quedan unas pocas, vamos. Un esfuerzo más y te las terminas.

Luego, una vez la niña se hubo tomado todas las pastillas, Christine se sentó a su lado.

—¿Quieres que te lea algo?

La niña asintió. Iba por la mitad de *Five Little Peppers*; la madre encontró la página indicada y leyó en voz baja. Le pareció que la niña no se dormiría nunca; se preguntaba por cuánto tiempo lograría mantener aquella apariencia de calma fingida; luego, después de un rato, los ojos de Rhoda terminaron por cerrarse.

Permaneció sentada aún un rato junto a su hija, observando el movimiento plácido y suave de su respiración, pensando en lo inocente que parecía, en lo ajenos que parecían ahora sus terribles y oscuros instintos; de súbito, sintió que todo aquello no era verdad, que las cosas que la niña había hecho tal vez solo existían en su imaginación; pero se obligó a recomponerse y dijo:

—No me estoy imaginando nada. Todo es verdad.

Se inclinó sobre la fotografía de su marido y la contempló con amor y gran nostalgia. Su rostro le traía tantos recuerdos a la memoria, la convicción de tantas cosas que habían compartido, que temió estallar en sollozos y caer de nuevo presa de la angustia; pero no lo hizo, y se dirigió estas palabras en voz alta:

—Ella no te destruirá como me ha destruido a mí. Y no morirá en público como murió mi madre, ante millones de lectores devorando sus últimas palabras, sus últimos pensamientos, contemplando sus últimos gestos de pánico mientras se toman el café de la mañana. Eso no va a suceder. Eso ya no va a suceder. —Luego tocó la foto con los dedos, se dio la vuelta como arrepentida y dijo en un tono suave y apaciguador—: Si lo supieses todo creo que terminarías perdonándome.

Besó la frente de la niña. Abrió la cerradura de su cajón por última vez. Se quedó plantada con la pistola en la mano, examinándola sin propósito alguno, como si no comprendiese para qué servía. Y entonces, en pie frente al espejo de su dormitorio, levantó el arma y se disparó una bala en el cerebro.

La señora Breedlove, que estaba jugando a las cartas con su hermano y otras dos personas a las que acababa de conocer, dejó caer los naipes y dijo por tercera vez:

—Estoy preocupada por Christine. Puedes decir lo que te venga en gana, Emory, pero algo va mal. La he llamado unas cuantas veces esta noche y no responde al teléfono.

—A lo mejor no quiere cogerte el teléfono. Igual ha ido a ver una película. ¿Por qué no dejas de angustiarte y que la pobre Christine se ocupe de sus asuntos?

—Christine siempre responde al teléfono. Y ya no sale sola por las noches. Lo sabes tan bien como yo... No, Emory: hay algo raro en todo esto.

—¿Quién es esa Christine de la que hablan? —preguntó la señora Price—. ¿Es pariente de ustedes?

—Es una vecina —respondió la señora Breedlove—. Pero le tengo mucho cariño, y también a su chiquilla. Es una mujer encantadora..., tan cortés y sensible; de una naturalidad tan absoluta...

Barajó las cartas y después de repartir repitió tercamente:

—Si hubiese salido, como sugiere Emory, la señora Forsythe, que vive justo enfrente, lo sabría. La voy a llamar ahora mismo.

Emory se rio con indulgencia y proclamó:

—¿Qué se puede hacer con mujeres como esta? La recuerdo así desde que tengo uso de razón.

—Bueno, no sé —terció Angeline Price—. Creo que hace bien en llamar a la señora Forsythe. —Miró a la señora Breedlove y ambas asintieron con complicidad.

Emory consultó su reloj y dijo:

—Son las once en punto. Si la quieres coger antes de que se vaya a la cama mejor que te des prisa.

Pero la señora Forsythe explicó que no había visto ni a Christine ni a Rhoda desde justo antes de la hora de cenar. No habían salido. De eso estaba segura. Aunque a lo mejor simplemente se habían acostado temprano.

Monica le pidió:

—¿Podría llamar a su timbre? La espero aquí hasta que lo haga.

Cuando la señora Forsythe volvió al teléfono dijo que había llamado al timbre repetidas veces. También había golpeado la puerta y llamado a Christine en voz alta, pero no había obtenido respuesta alguna.

—¿Algo va mal? ¿Quiere que haga algo?

La señora Breedlove volvió a la partida, pero al momento lanzó su mano sobre la mesa y declaró:

—Voy a ir a ver qué está pasando. —Encarando a Emory, añadió—: Si no quieres venir quédate aquí, pero yo estoy preocupada y voy a ver qué sucede.

—Sabes que no voy a dejar que conduzcas sola hasta el pueblo a estas horas de la noche. —Entonces, riéndose azorado, terminó—: Habrá que ponerse en marcha si vamos a ir.

Cuando se aproximaban al edificio de apartamentos, Johnnie Kunkel, que tenía que llegar a casa alrededor de las doce, doblaba la esquina de la calle después de acompañar a su cita a casa. La señora Breedlove lo llamó y él se les unió en la acera. De entrada, fueron a la puerta principal y Monica golpeó y llamó al timbre. La señora Forsythe les salió al encuentro arropándose con su kimono hasta el cuello.

Monica propuso:

—Johnnie, ¿crees que serías capaz de escalar el balcón de la parte de atrás y llegar a la cocina? Rompe la ventana si está atrancada. Entra luego en la casa y ábrenos la puerta.

Al rato se abrió la puerta y Monica llamó con voz aterrorizada:

—¡Christine! ¡Christine! ¿Va todo bien?

Se dirigieron primero al dormitorio de la señora Penmark, donde todavía ardía una lámpara y se amontonaron todos a la puerta; luego recularon y se pusieron a encender luces por todo el apartamento. La señora Forsythe corrió al dormitorio de la niña y cuando los otros se acercaron dijo:

—Rhoda está viva aún, pero tenemos que conseguir ayuda de inmediato —y dirigiéndose a Johnnie Kunkel, que se había quedado con la boca medio abierta, le pidió con impaciencia—: Coge en brazos a Rhoda y llévala al hospital en tu coche. Conduce tan rápido como puedas. Creo que estamos a tiempo de salvarla, pero tienes que darte prisa. —Luego añadió—: ¡Espera! ¡Espera! ¡Voy contigo!

Después del funeral, Kenneth Penmark se sentó en el salón de la señora Breedlove. A Rhoda le habían dado el alta en el hospital y se había instalado con la señora Forsythe mientras se llevaban a cabo las disposiciones relativas a su futuro. La vecina se había ofrecido aquella mañana a cuidar de la niña durante el tiempo que fuese necesario, mientras tenía lugar aquella emergencia particular, o para siempre si Kenneth estaba de acuerdo. Él le respondió que su madre y sus hermanas llegaban al día siguiente y que, sin duda, Rhoda se iría con ellas. Pero ahora, sentado junto al gran ventilador de Monica, decía, estrujándose la cabeza nerviosamente entre las manos:

—¿Por qué lo habrá hecho? ¿Por el amor de Dios, por qué habrá hecho algo así? —Se volvió hacia la señora Breedlove y le preguntó—: Con usted

tenía más confianza que con ningún otro. ¿No le dijo nada que le haga suponer por qué lo ha hecho? Tiene que haber un motivo.

—No sé por qué lo ha hecho. He pensado en ello hasta la extenuación. Y lo único que puedo decir es que no lo sé. He repasado mentalmente todo lo que me contó y todo lo que sé. He hablado con Reginald Tasker y con la señorita Octavia Fern y tampoco tienen ni idea.

—Hay un motivo. Christine no hacía nada sin un motivo. Soy incapaz de comprenderlo. Soy incapaz de...

—Creo que descubrió algo tan terrible que no fue capaz de soportarlo. Cuando estaba conmigo en el hotel le rogué que me permitiese enviarle a usted un telegrama para que volviera a casa, pero no quiso ni oír hablar del tema. Me contestó que aquello no tenía nada que ver con usted. Parecía encontrarse muchísimo mejor estos últimos días. Pero no debería haberla dejado sola. No debería haberlo hecho. No debería haberlo hecho.

—¿Usted cree que era una perturbada? —preguntó Kenneth.

—No, no lo creo. Decididamente no.

—Christine no estaba loca —dijo Emory—. Estaba enferma de preocupación.

Kenneth suspiró y enterró de nuevo la frente entre las manos como si tratase de calmar un insoportable dolor de cabeza. Entonces llegó la señora Forsythe con la chiquilla, que se lanzó de inmediato a abrazar a su padre. Él la recogió y Rhoda le sonrió, ladeó la cabeza y luego, apartándose, bailó por la alfombra. Alzó levemente la barbilla mostrando su pequeño hoyuelo, palmoteó cautivadoramente y dijo:

—¿Qué me das si te doy una cesta de besos?

—Ven aquí, cariño —le conminó la señora Forsythe—. Aún no estás recuperada del todo. No debes hacer esfuerzos. —Luego, dirigiendo significativamente la mirada a Kenneth, añadió—: Es demasiado pequeña para comprender lo ocurrido. Es una criatura tan inocente en tantos sentidos...

Pero la chiquilla no estaba dispuesta a permitir que la distrajeran de su juego. Hizo una pequeña pirueta y repitió:

—¿Qué me das si te doy una cesta de besos, padre? ¿Qué me das si te doy una cesta de besos?

Tras unos instantes de silencio, Kenneth respondió:

—Te daré una cesta de abrazos.

Y entonces, como si el último vestigio de sus energías se hubiera agotado, se cubrió el rostro y prorrumpió en un sollozo desgarrado y amargo.

—Vamos, Rhoda —dijo la señora Forsythe—. Vamos, cariño. —Agarró de la mano a la niña y la acompañó hacia la puerta—. Vámonos abajo a recortar monigotes de papel. Tu padre está agotado por el viaje. Volveremos luego, cuando haya descansado.

Entonces, volviéndose hacia Kenneth le dijo como si le reprendiese por su aflicción:

—No debe desesperarse ni caer en la amargura, señor Penmark. No siempre nos es dado comprender los designios del Señor, pero tenemos que aceptarlos. Usted no lo ha perdido todo, como ahora cree. Por lo menos Rhoda se ha salvado. Todavía puede sentirse agradecido de tener a Rhoda.



WILLIAM MARCH (18 de septiembre de 1893 - 15 de mayo de 1954) fue un escritor estadounidense y un marine que recibió numerosas condecoraciones. Escribió seis novelas y cuatro colecciones de historias cortas, siendo muy apreciada su producción por parte de los críticos. March fue catalogado como «el genio no reconocido de nuestro tiempo», sin embargo no tuvo mayor reconocimiento popular sino hasta después de su muerte.

Sus novelas muestran sus sufrimientos personales por los conflictos derivados de una serie de problemas familiares, raciales y sexuales sin resolver. Los personajes de March, casi sin culpas propias, tienden a ser víctimas del destino. Sostiene que la libertad solo puede ser alcanzada siendo fiel a la naturaleza y humanidad de cada uno.